

Jacques Heers

La invención de la Edad Media



Crítica



CRÍTICA/HISTORIA MEDIEVAL
Director: Julio Valdeón

Títulos publicados:

Miquel Barceló
ARQUEOLOGÍA MEDIEVAL. EN LAS AFUERAS DEL «MEDIEVALISMO»

Rodney Hilton
CONFLICTO DE CLASES Y CRISIS DEL FEUDALISMO

Pierre Toubert
CASTILLOS, SEÑORES Y CAMPESINOS EN LA ITALIA MEDIEVAL

Christopher Allmand
LA GUERRA DE LOS CIEN AÑOS

Michael Mullett
LA CULTURA POPULAR EN LA BAJA EDAD MEDIA

Werner Rösener
LOS CAMPESINOS EN LA EDAD MEDIA

Emilio Cabrera y Andrés Moros
FUENTEOVEJUNA. LA VIOLENCIA ANTISEÑORIAL EN EL SIGLO XV

LA INVENCIÓN DE LA EDAD MEDIA



CRÍTICA/HISTORIA MEDIEVAL
Director: JULIO VALDEÓN



JACQUES HEERS

LA INVENCIÓN DE LA EDAD MEDIA

Traducción castellana de
MARIONA VILALTA

CRÍTICA
GRIJALBO MONDADORI
BARCELONA

Título original:
LE MOYEN ÂGE, UNE IMPOSTURE

Cubierta: Enric Satué

ISBN: 84-7423-650-9
Depósito legal: B. 30.336-1995
Impreso en España
1995. - NOVAGRÀFIK, Puigcerdà 127, 08019 Barcelona

... puesto que crear frases, y admitirlas sin creer en ellas, es la característica principal de nuestra época.

A. DE GOBINEAU

Cuando un error entra en el dominio público, ya no sale nunca más de él; las opiniones se transmiten hereditariamente. Y, al final, eso se convierte en la Historia.

RÉMY DE GOURMONT

Solamente podemos transmitir una información en tanto que ésta se inserta dentro de lo que ya hemos dicho; en tanto que permite confirmar algunas verdades ya afirmadas.

A. FERRO



PRÓLOGO

Muy a menudo, nuestras sociedades intelectuales manifiestan ser abiertamente racistas. No en el sentido en que interpretamos ese término generalmente, es decir, no en el sentido de desaprobación o desprecio hacia otras civilizaciones, costumbres o religiones distintas de las nuestras, sino por una asombrosa propensión a juzgar negativamente su pasado.

Desde hace mucho tiempo, algunos espíritus distinguidos, liberados de todo prejuicio ridículo y deseosos de definir minuciosamente la naturaleza del hombre extranjero, han dado a conocer de forma serena la vida de los otros pueblos, así como sus particularidades y sus méritos. Ese interés se ha revestido incluso a veces de una admiración que implica, de forma tácita o totalmente explícita, un desengaño y una crítica acerba de la sociedad europea denominada «civilizada» y, por consiguiente, corrompida. La imagen del «buen salvaje», popularizada por Jean-Jacques Rousseau y sus coetáneos, ya había arraigado inmediatamente después del descubrimiento de América, en tiempos de Colón, y sin duda volvía a encontrar en la historia de la conquista temas y acentos mucho más antiguos.[1]

Sin embargo, hay que constatar que esta feliz disposición de espíritu no se aplica siempre a todos los campos de observación. El hom-

1. Francesco Guicciardini, caído en desgracia en 1537 por haber disgustado a Cosme de Médicis, nutre su exilio de amargas reflexiones sobre los vicios de su tiempo. En su *Storia d'Italia* consagra un largo discurso a las hazañas de los navegantes portugueses y españoles, pero inmediatamente opone las costumbres de los indios, tan próximos a la naturaleza, a las del viejo mundo corrompido: «... se contentan con las bondades de la naturaleza; no les atormentan ni la avaricia ni la ambición, sino que viven felices sin religión, ni instrucción, ni habilidad para los oficios, ni experiencia en las armas y en la guerra...». *Storia d'Italia*, ed. F. Catalano, Milán, 1975, vol. I, pp. 209-210.

bre de hoy, y especialmente el hombre inteligente, que sabe mantener una honestidad ejemplar al estudiar otras civilizaciones muy alejadas en el espacio, no muestra ni rigor ni tolerancia al describir las de su propia tierra, separadas de él por algunos siglos. Lo que comprende y respeta de otros lugares es lo que critica, de forma vehemente y despectiva, en su propia civilización, simplemente porque ha pasado el tiempo; y ese desprecio está tan profundamente anclado que acaba por suscitar reacciones de autómata. Así, numerosas obras o discursos están dominados por juicios definitivos que solamente descansan sobre ese credo, sobre certezas injustificadas.

SOBRE LA NECESIDAD DEL CHIVO EXPIATORIO EN LA HISTORIA

Una de nuestras grandes satisfacciones consiste en poder juzgar el pasado. Quizá el historiador no destaca más que otras personas, pero ofrece de buen grado el ejemplo; distribuye, sin dudarlo por un momento, censuras y coronas. Describir, analizar y explicar lo dejan con hambre y carecen en definitiva de atractivos; en cambio, lo que hay que hacer es tomar partido, poner a los malos en la picota, cargarlos de infamia para la posteridad, y exaltar las maravillosas virtudes de los buenos. Ese juego pueril afecta en primer lugar a los grandes personajes, a los que «han hecho la Historia»: héroes gloriosos o héroes-catástrofe; opone de forma resuelta los buenos a los indignos, los valientes un poco estúpidos a los retorcidos que urden sus telarañas; y, sobre todo, los que se han atascado en formas antiguas de ser y de pensar «que ya no corresponden a su tiempo», a los «modernos» que van en buen camino. Nuestros recuerdos se encuentran inevitablemente poblados de reyes buenos (los que han preparado la llegada de los días gloriosos) opuestos a reyes malos, poco recomendables, crueles, absolutistas, y a menudo ciertamente perdedores. Ese patrón se puede aplicar a los demás maestros del destino.

Las elecciones, en este juego de masacres, se fundamentan a menudo en razones muy inconsistentes: un trazo en el carácter, una anécdota concreta, generalmente falsa e inventada por puro placer; en definitiva, una imagen de composición. Revestimos a los hombres de sobrenombres ridículos, de chirigotas; les prestamos palabras que jamás han pronunciado, a sabiendas de que sólo esas palabras permanecerán en las memorias. Para muchos, el conocimiento histórico,

como la política actual, se reduce a pequeñas frases. En el fondo, todo el mundo reconoce la existencia de esas artimañas; pero la etiqueta se pega y generaciones enteras de pedagogos aplicados, de autores de manuales de un conformismo lastimoso, y también de novelistas, vuelven a utilizar indefinidamente los mismos clichés gastados, las mismas clasificaciones maniqueístas, sin remontarse a las raíces.

Los juicios de valor todavía asombran más, pero también pesan más... puesto que se refieren no ya a algunas personas, mascarones de proa, sino a una sociedad, catalogada en bloque, sin remisión: se trata de un camino audaz, que se halla en los antípodas de una reflexión científica aunque sea rápida; una toma de posición en la que podríamos sobre todo discernir los signos de una inmodestia maravillosa o de una ignorancia insondable. Pero también en ese caso, la costumbre ha recibido derecho de ciudadanía.

Es cierto que los autores que se otorgan el derecho de juzgar no están siempre de acuerdo: algunos consideran que el siglo XIX *fue estúpido, y otros en cambio que fue notable; unos creen en el «Siglo de las Luces» de Voltaire y Diderot, mientras que otros espíritus más independientes ponen en duda una fama que consideran artificial, construida con piezas diversas e impuesta a voces: la época de las «luces», dicen, fue el tiempo del gran rey Luis XIV.*

Sin embargo, en este concierto las trompetas tocan al unísono para expresar la maldad de ese largo período que denominamos la «Edad Media»; nadie se extraña; no aparecen sonidos discordantes, o apenas.

Grandes períodos del pasado han escapado, por lo menos en Francia, al desprecio y a las condenas. Nunca se atacan ni las civilizaciones ni tan sólo las sociedades griegas y romanas, desde el momento en que Atenas se impuso en el círculo de naciones hasta la caída del Imperio romano, que se considera, en los países latinos como mínimo, una catástrofe. Esos romanos, cuyas costumbres en ciertas épocas fueron tan detestables y tan poco ejemplares, siguen no obstante siendo los modelos propuestos para la edificación de nuestros hijos, puesto que Tiberio, Nerón y Calígula no pueden hacernos olvidar a los Gracos y a Augusto. Además, lo más corriente es que la explicación se limite a algunos grandes acontecimientos, orientados hacia el culto del héroe, y que no alcance mucho más allá de algunas anécdotas y leyendas. Se nos invita siempre a estudiar, preferentemente, los siglos de las luces, «cunas de nuestra civilización»; a hallar en ellos motivos para fortificar nuestras

virtudes cívicas y para desarrollar nuestro amor a la libertad. Todavía hoy, la Antigüedad, Grecia y Roma, forman parte constantemente de los programas de acceso a las grandes escuelas, mientras que la Edad Media y el Antiguo Régimen antes de 1789 ni se mencionan.

Esa elección, sorprendente pero constantemente repetida, tiene en gran parte un origen intelectual y se inscribe sin duda dentro de una larga tradición; la de los géneros literarios. El héroe de la Antigüedad ha atravesado los tiempos, en cierta forma, gracias a sus autores. En ningún momento se empaña el recuerdo, sino que, al contrario, se adorna con innumerables aportaciones (Eneas, Demóstenes, Alejandro, César, Augusto, Marco Aurelio...). A partir de 1500, esas figuras fueron las únicas que se ofrecieron a la admiración pública. De los Nueve Prohombres hasta entonces cantados por los romances y presentados durante las fiestas populares, no se retuvieron más que los tres «antiguos», es decir, los griegos y romanos; los demás desaparecieron, los de la Biblia y los de las grandes gestas cristianas (Carlomagno, Godofredo de Bouillon). Todos los ciclos de la epopeya caballeresca y de la canción cortesana, de Roland a Lancelot du Lac y al rey Arturo, se borran del repertorio; cada vez más ignorados, esos mitos solamente se mantienen en extraños países alejados de las modas. Los autores «humanistas» y luego «clásicos» sólo se encuentran a gusto entre los «antiguos»; imitan o fusilan sus escritos, buscan en ellos inspiración o, como mínimo, referencias. El amor por las letras se acompaña desde ese momento de una familiaridad, e incluso a veces de una especie de pasión por la historia de los tiempos antiguos.

Más tarde, esas mismas preferencias y su mantenimiento contra toda otra curiosidad han dependido todavía más de intenciones políticas o de apriorismos ideológicos. En gran cantidad de círculos, que, en Francia sobre todo, marcaban las pautas que se debían seguir, se admitió y proclamó que esa Antigüedad ofrecía buenos modelos de gobierno, de «república», decían, y, por si fuera poco, de pueblos prendados de la libertad. Se podían aplicar para la Antigüedad las palabras soberanas, y hasta osaron, en cada página de los buenos libros, hablar de «democracia ateniense» sin discernimiento ni pudor, en contra incluso de toda verdad establecida por el estudio, aunque fuera superficial. Todas las obras sin excepción fustigaban las costumbres políticas de Esparta y evocaban, por mencionar una de las locuras, Atenas y su gobierno de «hombres libres»; esa «democracia» en la que se discernían indiscutiblemente las razones y circunstancias necesarias para el desarrollo de

una civilización brillante. Cada redactor de manuales analizaba las instituciones atenienses en sus mínimos detalles, el régimen de sus asambleas todopoderosas, y el control por parte de los ciudadanos «virtuosos» por naturaleza; sin mencionar generalmente, por un acuerdo tácito, los rigores de la esclavitud, el hecho de que la ciudadanía estaba reservada a un grupo muy reducido, la corrupción política y las horrorosas prácticas demagógicas; ignorando la explotación descarada de las colonias, las razzias de hombres y riquezas, las represiones sangrientas infligidas a los rebeldes desarmados y a los vencidos.

Parece darse a entender, pues, que nuestra civilización, la europea en sentido amplio, ha vivido dos edades gloriosas marcadas con el sello de las libertades y de las creaciones originales. En primer lugar, la Antigüedad, capaz de administrar tan bellas lecciones. Luego, mucho tiempo más tarde, pasados un pesado sueño y una espera interminable, el «Renacimiento», en el que los hombres se despertaron finalmente, cambiaron completamente de actitud ante la vida y tomaron las riendas de su destino. Entre esos dos tiempos fuertes se halla la noche, los tiempos oscuros de la Edad Media a los que es de buen tono no hacer ni caso, excepto, aquí y allá, por algunas manifestaciones marginales, por algunos espíritus fuertes naturalmente desconocidos o incomprendidos, e incluso perseguidos en su tiempo, contestatarios por fuerza y mártires desgraciados (Abelardo, sin duda, y algunos otros...). Tomada en bloque, esa Edad Media no es más que mediocridad. De ahí el entusiasmo con que se cantan los albores más tempranos de nuestros tiempos modernos. En esa aurora vemos la emergencia de otro hombre que, o bien de forma brutal por no sabemos qué gatillo del destino, o bien poco a poco gracias a una fructuosa maduración, habría adquirido otra naturaleza.

La idea de un corte preciso, de un umbral dentro de la evolución, guía todos los discursos. Muchos autores, y no los menos importantes, cuyas buena voluntad y gran audiencia no podemos negar, se preguntan seriamente si ese o aquel personaje (rey, consejero, guerrero o prelado) fueron «todavía un hombre de la Edad Media» o «un hombre ya moderno».[2]

2. Vemos buenos ejemplos de ello, en estos últimos tiempos, con motivo de las conmemoraciones del descubrimiento de América. Algunos autores, o comentadores, o periodistas, se preguntan seriamente dónde situar a Cristóbal Colón: ¿era acaso un hombre «todavía de la Edad Media» que sin embargo anunciaba ya una era nueva, o bien era un hombre «moderno», inadaptado en su tiempo, que habría tenido la desgracia de nacer demasiado pronto? Eso no son más que falsos problemas y juegos pueriles...

Admitida esa idea de una vez por todas, la reputación de esos tiempos sumergidos en la noche se degrada hasta lo detestable. ¿Cómo no ceder a las facilidades? «Medieval» ya no sirve solamente para designar una época, para definir tanto bien como mal un contexto cronológico, sino que, tomado decididamente como un calificativo que sitúa en una escala de valores, sirve también para juzgar y, consiguientemente, para condenar: es un signo de arcaísmo, de oscurantismo, de algo realmente superado, objeto de desprecio o de indignación virtuosa. «Medieval» puede ser y se ha convertido en una especie de injuria.

Cada sociedad se inventa sus chivos expiatorios como un acto reflejo para justificar los fracasos o las equivocaciones, y sobre todo para alimentar las animosidades. La historia del lenguaje político, de las consignas y de los gritos de adhesión para atraer a las masas en la calle y lanzarlas al asalto, o simplemente para movilizar las conciencias, se halla consiguientemente jalonada de esos asombrosos tesoros de vocablos; la palabra, privada o vaciada de significado, se impone, virulenta como un automatismo, para fustigar al enemigo y señalarlo para la venganza pública: es una vía apasionada, vulgar a fuerza de ser ordinaria, con acusaciones a menudo ridículas en su formulación, pero que hacen su camino. De los «lobos rapaces» de los italianos del siglo XIII a las «víboras lúbricas» de los sóviets de ayer, en todos los niveles la gama es infinita.

En las comunas de Italia, centros de civilizaciones brillantes, ensalzados como abras anunciadoras del Renacimiento, los hombres del partido vencedor, verdaderos tiranos, acusaban a sus adversarios reducidos al exilio y desposeídos de sus bienes, de todo tipo de crímenes, los colmaban de palabras indecentes y, como último asalto verbal, y el más peligroso de todos, los denunciaban como «enemigos del pueblo». Así pues, pertenecer al partido derrotado era suficiente para verse cargado con todos los vicios. En Florencia, por ejemplo, ciudad reconquistada por los güelfos en 1267 y sometida a duras medidas de excepción y a constantes sospechas, no existía insulto mayor que el de «gibelino». Esa costumbre se mantuvo durante generaciones y se seguía llamando gibelinos a los hombres hostiles a los dirigentes del momento, aun cuando ese partido había sido reducido a la nada desde hacía mucho tiempo y la búsqueda de un solo gibelino capaz de reaccionar en toda la ciudad habría sido en vano. Esa era y es todavía la ley del género humano...

Las costumbres políticas y los procedimientos de tribuna y de pluma han seguido siendo los mismos en el transcurso de los siglos, igual

de virulentos e igual de ridículos. En el tiempo de las guerras de religión, de los terrores revolucionarios, del «affaire Dreyfus»... los ataques se han ido simplemente desplazando a otros planos. Ahora utilizamos otras palabras, lanzadas a menudo a diestro y siniestro sin motivo real, de tal modo que los vocablos pierden una parte de su gravedad a fuerza de ser prostituidos: «fascistas», «racistas» y otros muchos; sin olvidar, en un curioso regreso al pasado, «medieval».

La palabra medieval, erigida en insulto corriente, mucho más discreta, es cierto, que muchas otras y practicada más bien en los círculos selectos, procede del mismo proceso aproximativo. Se trata de una condena sin beneficio de inventario, confortada además por la necesidad de enmendarse, de afirmarse uno mismo, virtuoso, por encima de toda crítica. El hombre «contemporáneo» (¿o «moderno»?) se siente poseedor de una superioridad evidente y, al mismo tiempo, de un discernimiento suficiente para proferir censuras o alabanzas; tarea de exaltación en la que se complace, incluso ignorando completamente las realidades, y contentándose simplemente con volver a utilizar por su cuenta antiguas consignas. Nuestros autores, en todos los campos de las letras, hablan con gusto del «hombre medieval» como de un ancestro no del todo consumado, que alcanzó solamente un estadio intermedio en esa evolución que nos ha llevado hacia los niveles más altos de la inteligencia y del sentido moral en los que nos hallamos ahora. Esos mismos autores ven en ese hombre medieval un ser de una naturaleza particular, como si fuera de otra raza. Ese hombre no es un vecino suyo, por lo que lo aplastan todavía con más gusto.

Justificados o no y no siempre exentos de segundas intenciones, proferidos la mayoría de las veces a la ligera, esos juicios han trazado su camino de forma brillante y se han ganado un público cada vez mayor. De tal modo que lo que, al principio, no era sin duda más que opciones de algunos autores, ha conquistado un consentimiento universal, hasta tomar la forma de un lugar común. Colmar el pasado con todos los males y fechorías, revestirlo de una imagen negra, permite sentirse más a gusto, más feliz en la propia época y en la propia piel.

La causa está vista: lo medieval da vergüenza, es detestable; y lo «feudal», su carta de visita para muchos, es todavía más indignante. No encontramos palabras nuevas suficientes para condenar esos tiempos de «barbarie», cerrados al progreso; esos tiempos en los que duras restricciones aplastaban, no lo dudamos, lo mejor de la naturaleza humana bajo una capa de oscurantismo y de supersticiones. Todo lo pequeño,

lo mediocre, todo lo que, en nuestra vida pública o privada, no va más allá de torpes balbuceos, todo lo que rechaza las bondades miríficas de las novedades y no se prepara con entusiasmo para el horizonte del 2000 es, por definición, medieval. Todo lo que disgusta en las relaciones humanas, en la gestión de la sociedad y en la manifestación de los poderes, todos esos abusos y esas antiguallas, todo eso es feudal. Sin hablar, evidentemente, de las crueldades, de los dramas y de la violencia.

De lo lamentable a lo ridículo, cada uno de nosotros podría, leyendo periódicos o novelas y escuchando la radio, crear una especie de florilegio, un bello repertorio de sandeces. Quien quiere denunciar una injusticia, o más todavía una superstición, escribe con gusto, para exhortar a sus lectores a indignarse, que «ya no estamos en la Edad Media». Esa fórmula figura en todos los libelos, en todos los informes de acontecimientos escandalosos. «Se diría que estamos en la Edad Media», oímos a menudo en los discursos. No hace mucho tiempo, un ministro acusaba públicamente a uno de sus conciudadanos, culpable de abuso y de prácticas indignas, haciendo referencia naturalmente a esos tiempos oscuros de la Edad Media; eso se daba por descontado. Más recientemente, en París y ante la Asamblea Nacional, un político de cierta importancia recordaba sin pestañear que «los doctores de la Iglesia de Francia han discutido durante siglos para averiguar si las mujeres tenían alma» (se refería, naturalmente, a los tiempos medievales); ello provocó los aplausos de sus amigos de partido, muy numerosos, sin que apareciera seguidamente ningún comentario o rectificación, en lo que, sin embargo, esos profesionales se muestran generalmente como buenos expertos; no se movilizaron los adversarios para defender cierta verdad, ni inmediatamente ni un poco más tarde en los periódicos de gran tirada.

Lo importante no es, sin duda, meditar sobre la deshonestidad o la distracción del orador que descubría quizá, palabra a palabra, un texto preparado por algún subalterno: el hombre público dice a menudo lo que sea e intenta sobre todo utilizar palabras suficientemente contundentes para que sean luego noticia. Lo importante tampoco es acumular hechos y argumentos contra tal burrada; cualquier estudiante que hubiera leído y reflexionado un poco gritaría que eso es una mentira. Lo que cuenta, en esos hechos diversos retenidos al azar, es la acogida que tienen: en cuanto se habla de la Edad Media, se puede proclamar impunemente cualquier disparate, con muchas probabilidades de encontrar ecos favorables.

Para quien tienda al género burlesco, la cosecha no sería peque-

ña: un periódico francés, que se tiene por una publicación seria, hablaba de la «Edad Media de los ferrocarriles», y otro, que se precia de estar bien informado, calificaba a Gengis Jan de «asesino medieval»...

Dentro del género dramático también tenemos ejemplos: un corresponsal de prensa que informaba sobre las horribles matanzas en Líbano y que descubría a cada paso nuevas señales de horror, jalonaba su crónica con las mismas referencias: «... y nos hundimos todavía más en la Edad Media ...».

Los autores más discretos, más sagaces, no caen evidentemente en tales niveles de infantilismo, sino que se mantienen decididamente críticos; algunos caen en un género que pretenden científico alineando las mismas imágenes.

¿HAY QUE REHABILITAR LA EDAD MEDIA?

No se trata en modo alguno de instruir un falso proceso y de tomar la defensa del acusado invocando algunos bellos trazos de civilización, algunos aspectos quizá desconocidos de la sociedad de entonces. Muchos buenos autores ya lo han hecho, a decir verdad desde hace poco tiempo, y siguen haciéndolo de forma muy afortunada. La señora Pernoud, a través de sus obras y de sus conferencias, describe claramente las realidades sociales de esos tiempos medievales, citando sin cesar textos auténticos y obras de escritores y artistas. En otro registro, las novelas históricas de Zoé Oldenbourg me han aportado grandes placeres de lectura nunca desmentidos; sus evocaciones de la vida señorial, del trabajo de la tierra, de la guerra y de las cruzadas, atraen la simpatía del lector y, por lo que a mí se refiere, la adhesión del historiador. Tales libros, inspirados por un gran respeto a la verdad histórica, existen. Se han anunciado y recibido con simpatía; sus tesis no se han discutido y ninguna de sus posturas se ha puesto en tela de juicio. Pero ¿con qué resultados? ¿Cuánto tiempo y cuántas obras de esa calidad harían falta para que la opinión pública evolucionara fundamental y verdaderamente y para que cesaran esas necedades?

Los viajeros de verano y sus guías continúan apiñándose ante numerosas obras maestras del arte de ese pasado «medieval», vestigios bien conservados, restaurados, o exhumados en algún caso de un semiolvido, y presentados de forma atrayente e inteligente. ¿Es eso suficiente?

En el fondo, nada cambia, o muy poco. Las ideas sólidamente an-

cladas y administradas permanecen inquebrantables, como vigorizadas incluso por un frescor nuevo. Admiramos la catedral gótica o, no tan a menudo, algunos códices miniados, pero, para juzgar la sociedad en su conjunto, nos armamos siempre de la misma seguridad para poner en la picota las formas de ser y de pensar de un pasado todavía tan mal conocido. Rebajamos con una mirada condescendiente ese tiempo «de las lámparas de aceite y de la navegación a vela», y evocamos, refiriéndonos a ese «hombre de la Edad Media», condiciones de trabajo, vivienda y vida pública realmente insoportables por el solo hecho de ser distintas a las nuestras.

No cabe duda de que afirmar sistemáticamente lo contrario parecería también excesivo y artificial. Mostrar una especie de nostalgia por las épocas pasadas, por las formas de vida de las que se nos escapan todavía tantos aspectos que permanecen confusos, equivaldría a aferrarse a ideas preconcebidas. Sin duda todo el mundo puede quejarse de la edad contemporánea y soñar con delicias más o menos imaginarias, y todo el mundo puede preferir, por ejemplo en París, Notre-Dame al Centre Pompidou y al forum des Halles; la planta de un monasterio cisterciense a los nuevos barrios de la City de Londres y a lo largo del Támesis; la Plaza del Campo en Siena a la del Louvre, donde brotan extrañas pirámides. Todo es cuestión de gustos y el debate no puede situarse en ese nivel.

Lo importante no me parece elaborar, sobre tal o cual punto, una rehabilitación de esa «Edad Media», y tampoco evocar, por una elección personal, una especie de edad de oro donde todo habría tenido otra calidad humana en una sociedad más serena. Se trata, en cambio, de afirmar que esa Edad Media, en realidad, no existió; que no es más que una noción abstracta forjada a propósito, por distintas comodidades o razones, a la que se ha aplicado a sabiendas ese tipo de oprobio. Se trata, pues, de buscar, para denunciarlos, los orígenes y el mecanismo de ese proceso, de esa verdadera impostura intelectual, responsable tanto de la creencia en un período específico calificado como tal, como de esa mala imagen injustificada, rediseñada con tanta ligereza... como malas intenciones. Una fama que, de forma perfectamente gratuita, pesa sobre nueve o diez siglos de nuestro pasado tomado en bloque, sin discriminación ni matices.

La visión de conjunto, retenida como una verdad cierta, fue fabricada al principio de forma deliberada, y luego fue alterada de forma

voluntaria a lo largo del tiempo en distintas operaciones. Se trató de verdaderas campañas de denigración con mecanismos bien regulados, vinculados a la coyuntura política de los momentos en los que los hombres de poder, o próximos a acceder al poder, pretendían abolir las injusticias, los privilegios, todas las marcas, en definitiva, de la barbarie medieval y feudal. Seguidamente, sus herederos y sus hombres de pluma no han cesado de reconsiderar las mismas acusaciones, los mismos esquemas. Todo eso ha quedado.

Finalmente, es muy necesario recordar que toda comparación entre civilizaciones alejadas en el tiempo es delicada si no imposible y que los conceptos de «progreso», de «calidad de vida», de «bondad» (sin hablar de las libertades...) siguen siendo muy relativos, ¿del dominio de la literatura fácil? Afirmar, por ejemplo, que la casa medieval carecía de comodidades da que pensar. Todo es una cuestión de apreciación y de costumbre. Ante la ausencia de agua corriente, ante los olores de humo, ante las habitaciones mal calentadas y mal iluminadas, ¿debemos preferir el aire de las ciudades, cargado de los gases de los automóviles; el ruido incesante de los motores; las carnes con hormonas y los mariscos contaminados? Las facultades de adaptación y de autosatisfacción parecen infinitas.

En esa vía del análisis de la idea misma de la Edad Media y de su contenido, el discurso puede articularse en tres puntos:

— Un replanteamiento de ese concepto mismo, de su carácter ambiguo e impreciso, de los abusos que de él hacemos con demasiada ligereza; y eso, en particular, ante otra entidad abstracta también imprecisa y arbitraria, la del Renacimiento.

— El examen del encarnizamiento en la condena de los «tiempos feudales», y de esa literatura, cuyos efectos todavía soportamos, que se ha dedicado a presentar esa feudalidad bajo una apariencia completamente falsa; una empresa de demolición que alcanzaba y sobrepasaba los límites del ridículo, pero que no obstante ha dejado rastros tenaces.

— Finalmente, un análisis de algunos aspectos de sociedad o de civilización que esa leyenda negra y las costumbres adquiridas presentan todavía bajo aspectos horribles, pero sobre los que gran cantidad de trabajos recientes aportan rectificaciones interesantes y sorprendentes; un recuerdo, pues, de los trabajos que tienen el mérito de apoyarse sobre algo más sólido que los fantasmas de autores animados por una obsesión ideológica.



Primera parte

EDAD MEDIA Y RENACIMIENTO: LA MAGIA DE LAS PALABRAS INVENTADAS



1. SOBRE EL RIGOR

LA HISTORIA Y LAS MODAS

La trama cronológica sostiene la evocación del pasado. Es una verdad que creeríamos evidente pero que nuestros pedagogos redescubren, algunos arrepentidos y un poco avergonzados, y otros de una forma totalmente descarada. Estos últimos pueden afirmar tranquilamente dos extremos en un intervalo de diez o veinte años.

Durante generaciones, el estudio y la enseñanza de la historia se anclaban en pilares sólidos, sobre marcas perfectamente situadas en el tiempo. Todo acontecimiento y todo fenómeno político, social, económico o religioso debía inscribirse en un marco que aclaraba su contexto y sus distintos aspectos. Sin embargo, no hace aún mucho tiempo, en los años sesenta —una época de grandes y miríficas fermentaciones intelectuales—, el viento de los replanteamientos, las reformas y las innovaciones barrió con todo. Se instruyó rápidamente el proceso contra la historia «tradicional» o «clásica» (¿o «hurgona»?): rutina, falta afligente de imaginación..., todo podía reexaminarse o tirarse a la basura. Durante algunos años, vimos florecer numerosas y atrevidas iniciativas, talleres experimentales y círculos de reflexión. Todo ello se hallaba generalmente apoyado, oficializado por diversas instancias, por un gran número de comités, comisiones y convenciones, revestidas de etiquetas y de siglas, capaces a fin de cuentas de imponer sobre la enseñanza secundaria de Francia una panoplia de reformas aclamadas y aplaudidas. No más cronología, a partir de entonces declarada frustrante y humillante; no más discursos continuos; la historia debía hacerse y presentarse por temas; era de buen tono estudiar las herramientas y las técnicas, las formas de vida, los elementos de la civilización e incluso las creencias, cruzando las fronteras de las edades y de los países: eran

aproximaciones a menudo acrobáticas pero seductoras; el triunfo del «más o menos», de lo elegante y del maquillaje. El maestro podía alegremente trascender, franquear los siglos y los continentes, hablar de los merovingios y de los mongoles, de Carlomagno y de los sultanes del África negra. Nuestros estudiantes escucharon confusos esos discursos disparatados, ese cúmulo de bellas imágenes de colores; atontados o risueños, se arrastraron o corrieron de sala en sala en todos los museos. Pero, evidentemente, no entendieron ni retuvieron nada.

Algunas universidades, principalmente francesas, se sacrificaron de buen grado a las nuevas formas. El recuerdo de algunos programas de entonces, en los mejores tiempos de esa euforia, nos dejaría ahora estupefactos: chiquilladas para afirmar una disponibilidad, y, en definitiva, adaptarse a las modas. Determinado especialista de la historia de Francia, con justicia muy apreciado por sus trabajos, se dedicaba laboriosamente a dar la lista de las dinastías del imperio de China y, dos semanas más tarde, disertaba sobre las etnias y religiones de la América precolombina.

La historia por temas, la historia universal, la historia farragosa... Parece que ya regresamos de esa moda. Los programas actuales y, quizá también los manuales, atestiguan un esfuerzo serio para fijar en el tiempo un determinado acontecimiento o característica de civilización. El extraordinario éxito de los «libros de historia», de las biografías y de los estudios de síntesis, o incluso de las publicaciones de textos de épocas pasadas (diarios, memorias, epistolarios), nos indica claramente que existe esa necesidad de situar a los hombres y a sus actos dentro de su contexto exacto.

¿Queremos con ello decir que las novedades e invenciones ya no suscitan un gran interés? El sensacionalismo, las peticiones de principios para que se hable de uno mismo despiertan siempre la atención. De vez en cuando se nos anuncian grandes trastornos. Hace unos treinta años, una «Nueva Historia» se esforzaba por anunciar sus métodos y sus objetivos; se habló mucho de ella; durante años, fue imposible evocar en público la mínima investigación sin que te pidieran de inmediato que te definieras en relación a esa pléyade; si no se quería decir una locura, lo mejor era mantenerse dentro de un tono moderado, de una admiración cortés. Todavía estamos esperando trabajos importantes que puedan saciar nuestra espera y nuestra curiosidad ingenua hacia esa «Nueva Historia» que sigue lanzando manifiestos de vez en cuando.

La moda de lo que se denomina «antropología», ¿se inscribe dentro de esa misma corriente? Esa palabra ha tenido un éxito asombroso. No

está mal hallada: tiene resonancias científicas y una tonalidad nueva que agradan al intelecto. Esa vieja palabra, antiguamente aplicada a una ciencia precisa o por lo menos circunscrita, es hoy en día el comodín para todo; su utilización es tan general que se resiste a cualquier definición clara y coherente. Pero lo importante es, como siempre en esos casos, afirmar la propia pertenencia a una capilla y autodenominarse iniciado. ¿Qué es la antropología? ¿El estudio de los comportamientos individuales y colectivos; de las relaciones sociales, familiares y políticas; de los ritos; de las creencias y sus manifestaciones; de los juegos y las fiestas; de los enfrentamientos y de las distintas formas de violencia...? Todo se puede incluir y nada es nuevo. En las obras de numerosos autores del siglo XIX podemos hallar análisis admirables de ese género y podemos perfectamente creer que, al igual que el señor Jourdain que habló en prosa sin saberlo jamás, hubo muchos colegas que fueron buenos historiadores «antropólogos» sin reconocerse como tales. Ni sus maestros ni sus amigos les informaron de ese ascenso.

No se trata más que de una forma de erudición, directamente importada, al parecer, del otro lado del Atlántico, y que acaba por presentarse como una especie de cenáculo, una herramienta de casta y de exclusión. A decir verdad, ese ejercicio teórico sigue sin tener mucha importancia, puesto que solamente nos estamos refiriendo a palabras nuevas que sirven para calificar análisis por lo demás bastante corrientes y a menudo de buena calidad, siempre que el autor no se interese más que por el estudio puntual de un comportamiento perfectamente situado y circunscrito. Pero cierta forma de antropología, que seduce por su brillantez y más aún por su facilidad, pretende privilegiar el examen de las actitudes y de las reacciones fundamentales del hombre a través de los tiempos y los lugares. El autor antropólogo, buen escritor sin duda pero mal historiador, trasciende constantemente los límites y corre de un lado para otro; establece curiosas concordancias, elabora hipótesis y, a veces, extrae conclusiones definitivas a partir de simples apariencias sacadas de sus contextos y, por lo tanto, mal interpretadas.

POLÍGRAFOS O ESPECIALISTAS

Esta simple evocación de las novedades y, en algunos casos, de las extravagancias que generalmente se han presentado y que a menudo se han aceptado, nos llama a ser exigentes: no se puede hacer Historia, ni

investigación, ni publicaciones, ni enseñanza sin situarse en el tiempo; sin conocer el entorno.

Nadie podría negar de un modo razonable que, especialmente en el campo de la investigación, se impone inevitablemente cierta especialización. El historiador en busca de un estudio original, que no se contente con volver a copiar a su modo lo que otros han descubierto antes que él, o con extraer reglas generales y lecciones, debe ceñirse a la fuerza a un período más o menos largo pero no obstante definido y que domine perfectamente. ¿Podemos confiar en un estudioso que se crea capaz de disertar sobre los romanos de la Antigüedad, sobre los reyes de Francia de antes de la Revolución, y sobre las convulsiones políticas o económicas de hoy?

Ningún investigador puede vanagloriarse de dominar ni tan sólo la lectura de todo tipo de documento. ¿Qué puede hacer el historiador de los tiempos contemporáneos, acostumbrado a compulsar montones de informes, atestados y periódicos —todos ellos impresos—, ante una acta notarial de los siglos XV o XVI? Estos documentos, de escritura hermética, atiborrados de abreviaturas a primera vista incomprensibles, de arcaísmos o de incorrecciones lingüísticas, exigen un largo aprendizaje. Del mismo modo, el historiador de la Edad Media se hallará en una situación bastante embarazosa ante una inscripción grabada sobre una estela antigua, de no iniciarse en su lectura por su propia cuenta. La paleografía y la epigrafía, por no citar más que esas dos ciencias «auxiliares» de la historia, no se aprenden en un momento. Y sin embargo, ese documento que muy a menudo tanto se resiste a ser descifrado es, en eso estamos de acuerdo, la única base verdadera de la investigación. ¿Qué podemos esperar de la división entre el historiador-investigador capaz de conseguir y de explotar las fuentes al precio de una inversión laboriosa, a veces ingrata, y el escritor-polígrafo? No hay duda de que esas dos personas se pueden confundir; pero no siempre.

La necesidad de generalizar para producir reglas de conjunto se alimenta de una especie de intoxicación mental provocada por las teorías que pretenden abarcar con una sola mirada la evolución de la especie humana y de sus comportamientos. Pero en realidad ocurre lo contrario; el mínimo examen serio conlleva una lección indiscutible: los hechos de sociedad o de civilización y los destinos políticos no obedecen ni a leyes uniformes ni tan siquiera a preceptos particulares; en nuestro Occidente, en todo caso, todo cambia de un país a otro, e incluso de una

ciudad a otra. Así, se imponen como evidencias importantes distorsiones cronológicas; «progreso» de las técnicas en un lugar, y «retrasos» o «arcaísmos» en otros lugares.

ARTIFICIOS Y CONVENCIONES: LA ELECCIÓN DE LOS PERÍODOS

Toda investigación debe insertarse en un marco cronológico. Pero, de ahí a promover una estricta periodización de los estudios y de la enseñanza, ¿no hay más que un paso inevitable?

Cortar el pasado en rebanadas perfectamente definidas se ha considerado generalmente, en el pasado y ahora, una comodidad pedagógica, e incluso una necesidad. Cada año de estudio, cada clase de las escuelas y de los institutos debían ceñirse a una parte razonable de un vasto programa de conjunto que iba desde la Antigüedad hasta nuestros días. Al convertirse la enseñanza en una cuestión de Estado, estrechamente controlada por las instancias administrativas y políticas, pareció en seguida deseable, o incluso indispensable, para que todo el mundo llevara el mismo paso y para facilitar la preparación y la difusión de los manuales, hacer que las divisiones impuestas fueran en todas partes idénticas, presentadas de forma simple y rígida.

La división de la historia del pasado en períodos bien distintos, claramente individualizados, responde efectivamente a preocupaciones pedagógicas. No es de ayer. Su inventor fue el estudioso alemán Christophe Keller, llamado Cellarius, que no era en absoluto un historiador sino un «infatigable autor de manuales». Después de un primer libro consagrado a la *Historia antigua* (1685), hizo publicar otra obra cuyo título le planteó sin duda más problemas; fue, en 1688, la *Historia de la Edad Media desde los tiempos de Constantino el Grande hasta la toma de Constantinopla por los turcos*. De repente, todo aparecía simple y con límites claramente fijados... ¡Y esa división iba a durar mucho tiempo! La denominación Edad Media, despreciativa sin duda, adquirió a partir de entonces otro espesor que no iba a perder en el futuro. Hasta entonces, numerosos autores habían utilizado, desde el siglo XV y de forma generalizada a partir de entonces, distintas expresiones sin duda equivalentes o casi (*media tempesta*, *media aetas* o *media antiquitas*), aunque no se trató más que de «vagos ensayos para situar cronológicamente a escritores que no habían sido ni antiguos ni modernos». Desde entonces, el término «Edad Media» quedó bien fijado, entró

obligatoriamente en el lenguaje corriente, y las palabras se cargaron de sentido: herencia de los humanistas italianos, y, también, acción determinada de los historiadores protestantes. Éstos, «encarnizados contra la Iglesia medieval y contra todo lo que ésta hubiera producido, aportaron un nuevo contenido a esa época intermedia». De tal forma, que esa división del pasado en tres períodos (antiguo, medieval y moderno; el contemporáneo llegó más tarde) fue muy probablemente consecuencia de esas dos corrientes de ideas.[1]

En todo caso, nosotros y nuestros vecinos europeos hemos respetado siempre esos grandes períodos de la Historia, rodeados con la aureola de un gran prestigio, maravillas de claridad. Nuestras actividades pasan por ese molde; todos los programas nos lo imponen: Antigüedad, Edad Media, Edad Moderna, Época Contemporánea.[2] Y, sin embargo, la existencia de esos cuatro períodos, y sobre todo de esos cortes brutales, y la forma en la que se nos dictan en todos los grados de la investigación y la enseñanza, merecen una reflexión. Trabajamos, estudiamos y enseñamos dentro de un marco que se nos presenta, desde hace generaciones, construido y forjado de pies a cabeza. El análisis más simple debería llevar a preguntarnos hasta dónde llega nuestro respeto.

No parece ni urgente ni deseable cambiar o volver a dar las cartas de otra forma. Cualquier otra división cronológica, preparada de forma laboriosa, fruto de largas discusiones y de querellas de capillas, inevitablemente discutida aquí y allá, nos parecería igual de artificial y podría ser igualmente criticada.

La verdadera cuestión no es esa. No se trata de reformar, de reconstruir sobre ruinas, de colgar el nombre de una escuela a un nuevo plan de estudios. Se trata simplemente de tomar conciencia de esos artificios. ¿Es realmente necesario convertir esos cortes en postulados, dar fuerza de verdad e insuflar una vida propia a lo que no es más que el resultado de una elección entre tantas otras igualmente arbitrarias, igualmente discutibles desde muchos puntos de vista? Inscribirse de buen o mal grado en un marco, resignarse a una convención, son una

1. W. K. Ferguson, *La Renaissance dans la pensée historique*, París, 1950 (trad. de la edición inglesa de 1947); a propósito de los historiadores protestantes: pp. 52-62 y 76-77; a propósito de la utilización del término «Edad Media»: p. 75, nota 3.

2. La historia «contemporánea» se introdujo en los programas del bachillerato francés en 1902. En aquel momento se definieron claramente los cuatro períodos... que no han variado desde entonces. Se precisaba que la «Edad Moderna» se limitaba a los siglos XVI-XVIII.

cosa. Pero creer en la realidad intrínseca de una abstracción nacida de especulaciones intelectuales, en una imagen forjada, es otra cosa.

Definís, siguiendo un criterio propio, un «período»; lo apartáis del curso de los tiempos; lo aisláis de entrada en virtud de vuestra decisión, y luego lo oponéis de una forma u otra —o mejor dicho de todas las formas— a los que le preceden o siguen; y, finalmente, os dedicáis a pintar ese período, fruto de vuestra arbitrariedad, con determinados colores, a postrarlo o a glorificarlo con adjetivos. El proceso llega a su término: habéis dado cuerpo y carácter a esa entidad artificial, y contempláis los trazos de la naturaleza cuyos únicos responsables sois vosotros. Enarboláis estandartes y emblemas; habláis del «mundo medieval» o «moderno», del «hombre medieval», y todo lo que evocáis, en todos los terrenos de la vida individual o de la vida de las sociedades, es desde ese momento medieval. Solamente olvidáis una cosa: que nada de ello existió realmente, que todo es invención vuestra, fruto de vuestra arbitrariedad.

Esta curiosa disposición de espíritu parece a muchos normal y corriente. Insistimos: nuestro propósito no es vestir esa Edad Media mítica con adornos más dignos o más brillantes. Nuestro propósito consiste en negar su existencia deliberadamente. No queremos demostrar que la Edad Media merece más simpatías o alabanzas, sino que ese término solamente representa una idea abstracta y muy vaga.

2. LA EDAD MEDIA, UN FANTASMA VIVO

¿DÓNDE COMENZAR? ¿DÓNDE ACABAR?

¿Podemos creer realmente en algo que no podemos definir convenientemente y que, sobre todo, no podemos limitar en el tiempo y en el espacio? Al hablar de un período debemos necesariamente proponer fechas, como mínimo indicativas, que marquen su inicio y su final. En ese sentido, el nombre que se ha dado a la Edad Media parece sin duda contener una certeza: la Edad Media se sitúa entre dos tiempos fuertes, el de los mundos «antiguos» y el de la modernidad, que algunos identifican con lo que se denomina «Renacimiento». He aquí una definición perfectamente clara, implícitamente reconocida y admitida... pero que no se tiene en pie en el momento en que comenzamos a profundizar un poco y a examinar los hechos. Un simple recuerdo de algunas realidades históricas indiscutibles lo derriba todo o, en todo caso, introduce tantas dudas, tantas excepciones, que el acuerdo se derrumba a la fuerza.

La caída de Roma y los bárbaros

¿Dónde debemos situar los límites? En un extremo, nadie lo dudaba, en la caída del Imperio romano o de su civilización. Pero ¿debemos hablar verdaderamente de caída? ¿Para qué época exactamente? Cuanto más precisos son los estudios, y cuantos más análisis en profundidad vienen a completar las lecturas de simples anales, más se dibuja un cuadro complejo, una imagen ambigua, a veces inasequible; y más se impone al investigador la idea de una evolución lenta, con múltiples facetas, que ningún autor serio se atrevería hoy a circunscribir dentro de un tiempo concreto ni a encerrar en una fórmula cualquiera.

Hablamos de la caída, o de la decadencia de Roma. Incluso suponiendo cierto consenso en lo referente al sentido de las palabras, ¿cómo debemos situar el fenómeno, y dónde buscar sus raíces? ¿Acaso, en el exterior, por la llegada y el establecimiento de los bárbaros, que constituyen acontecimientos con ritmos distintos y con fases discordantes según las regiones? ¿Fueron infiltraciones o fueron invasiones? ¿Acaso, en el interior, por la corrupción de las costumbres políticas y domésticas? ¿Por la degradación del sentido cívico, el hastío y la falta de entusiasmo? ¿Debemos también evocar la difusión del cristianismo, los problemas demográficos, algunas circunstancias particulares o catástrofes naturales? O bien, tal como se admitió durante mucho tiempo, ¿ceñirse al hecho político puramente circunstancial; a la abdicación del último emperador de Occidente? Esta última parece hoy una posición demasiado simplista y ajena a los nuevos enfoques. En todo caso, según la elección que tomemos, adelantamos la fecha hasta el siglo I o II de nuestra era, o bien prolongamos los tiempos «antiguos» hasta los siglos V o VI.

Los historiadores, verdaderos conocedores de esos tiempos que se consideran de transición, si no de ruptura, tienen problemas a la hora de fijar esa bisagra incluso de una forma amplia y, afortunadamente, han renunciado a ello. Algunos afirman con razón que en muchas regiones de Occidente la contracción demográfica y topográfica de las ciudades romanas había precedido con mucho tiempo la llegada de los bárbaros y, por lo tanto, debería analizarse por sí misma. Otros observan, también con razón, que los reyes de los tiempos «bárbaros» no renegaban de todo lo que procedía del pasado romano y que muchas de sus ciudades se inscribían todavía de una forma directa, por sus paisajes, sus monumentos y sus tejidos urbanos, dentro de una tradición antigua, sin solución de continuidad.

Así, en la investigación y la enseñanza universitaria por lo menos, y en algunos países (Francia y Alemania entre otros), los responsables acabaron por abandonar esa cesura entre la Antigüedad y la Edad Media para estructurar sus trabajos y lecciones de otra forma; en lo que denominan «Antigüedad tardía y Alta Edad Media». De eso hace ya unos veinte años.

Además, al hablar de la caída del Imperio romano en los siglos IV o V, ¿no estamos privilegiando deliberadamente a Occidente y a sus crisis políticas? ¿No estamos imponiendo de una forma muy arbitraria una división del Mediterráneo, al separar Italia y España de Constantinopla?

¿No estamos relegando las civilizaciones cristianas de Oriente a la categoría de sociedades marginales; o acaso no las estamos ignorando completamente? Esos cortes no se justifican. Llevan a ignorar el mantenimiento de las instituciones y de la noción de imperio en torno a Bizancio; tienden a borrar la reconquista, por parte de los generales de Justiniano, de la casi totalidad de Italia, y de las provincias litorales de España y de África. Occidente se trata de forma aislada, para de repente redescubrir en el siglo XI a los países bizantinos y a los que se han convertido en musulmanes en ese lapso de tiempo; la historia de Oriente se aborda entonces solamente como preludio de la historia de las cruzadas.

Hacia la era moderna y las mañanas radiantes

Definir y situar el fin de los tiempos «medievales» y la llegada de la época «moderna» o «renacimiento» plantean asimismo muchos problemas e igualmente insolubles. Durante mucho tiempo, la historia oficial se definió de una forma decisiva, sin dejar ninguna duda acerca de la realidad de un corte brusco ni acerca de la fecha de ese corte. Durante los años de 1930, e incluso tras la segunda guerra mundial, los estudiosos franceses profundizaban en su conocimiento del pasado teniendo siempre presente una gran cantidad de marcas cronológicas que se juzgaban esenciales e indiscutibles. Las editoriales difundían en las escuelas primarias y, en particular, en el último curso de la educación primaria, un pequeño desplegable, de color verde sobre un papel recio, en el que se alineaban, de una forma sensata, entre doscientas y trescientas fechas de la historia de Francia y, como complemento, de la historia universal. El buen estudiante se alimentaba de esas fechas en su vida diaria, leyéndolas y releyéndolas, aprendiéndolas sin fallos. En ese folleto se destacaba, y me parece recordar que en caracteres más negros: «1453. Fin de la guerra de los Cien Años, toma de Constantinopla por los turcos, fin de la Edad Media». El autor de ese memorándum no precisaba qué relación pensaba establecer entre los dos primeros acontecimientos y el advenimiento de la Edad Moderna. En todo caso, ahora nos podemos preguntar qué imagen sugería, en los niños alimentados con escasas lecturas, una definición tan lapidaria: ¿grandes despertares tras largos siglos de sueño?, ¿determinación brusca de sacudirse el polvo acumulado durante tanto tiempo?, ¿una llamada temprana del futuro radiante?

La escuela actual ya no invita a cargar el espíritu de los alumnos con listas de fechas; eso equivaldría, se dice, a agobiarlos con referencias inútiles y a frenar al mismo tiempo sus impulsos intelectuales. Sin embargo, la idea de un corte preciso, fijado en el tiempo, sigue presente en gran cantidad de historiadores, novelistas y enciclopedistas. Hablar del final de la Edad Media sitúa el acontecimiento.[3]

Efectivamente, hoy hallaríamos numerosos signos de esa fidelidad irreflexiva a esos hábitos tan sólidamente anclados en todo tipo de libros, manuales y artículos destinados a públicos diversos. Y, sin embargo, ¿quién cree en ellos?

Incluso en la práctica de la enseñanza, la fecha de 1453 se pone constantemente en tela de juicio, y se sustituye por otras fechas que se juzgan, según cada lugar, más significativas. En el *cursus* francés, por ejemplo: Luis XI, que murió en 1483, a veces presentado como un hombre ya consciente del sentido «moderno» del Estado (rechazo de lo caballeresco, cinismo y gusto por la intriga), sigue siendo un «hombre de la Edad Media» y su reino se estudia generalmente dentro del período denominado medieval. La contradicción, o como mínimo el desacuerdo, parecen flagrantes, puesto que entre 1453 y 1483 existe el espacio de una generación.

Algunos manuales insisten, en cambio, en la gran apertura que las célebres «guerras de Italia» provocaron en Francia; esas guerras, libradas en los años 1490-1500 se nos ofrecen como grandes novedades. Sin embargo, esa elección contiene errores y olvidos, puesto que presentar esas expediciones de finales del siglo XV como acontecimientos excepcionales, como giros en la Historia, supone hacer caso omiso de todo lo que las precede. Supone ignorar soberbiamente los primeros establecimientos transalpinos de los príncipes franceses, de sus administradores, artistas y hombres de letras, que se remontan mucho más atrás en el tiempo, a partir del de Carlos de Anjou, hermano de Luis IX, en los años de 1260. Si consideramos que las aventuras de Italia y los intercambios culturales que de ellas se derivaron marcaron, para Francia, el

3. El artesano de una cronología que se adjunta a una versión francesa de una de las novelas de Stevenson recuerda de ese modo, para el año 1453, diversos hechos esenciales entre los cuales se encuentran la victoria de los franceses en Castillon y la reconquista de Burdeos; pero precisa inmediatamente, dentro de la más pura tradición: «Fin de la guerra de los Cien Años y fin de la Edad Media», y ello en una publicación de 1983. Cf. R. L. Stevenson, *La flecha negra* (ed. fr.: 10/18, París, 1983, p. 316; trad. cast.: Planeta, Barcelona, 1988^2).

fin de una época, la de la Edad Media, entonces debemos situar ese hito a finales del siglo XIII y no doscientos años más tarde: el intervalo es de cuatro a cinco generaciones. De ese modo podemos medir hasta qué punto cierta escuela de pensamiento se empeñaba en datar esas «novedades» de Italia, adornadas con tantos méritos, en la época moderna; hacerlas remontar a la Edad Media habría chocado con demasiadas ideas recibidas, con demasiados apriorismos.

En ese mismo campo del estudio de los intercambios de civilizaciones y de los descubrimientos de mundos nuevos, el año 1492 merecería evidentemente hacer mella y marcar un «giro»: en octubre de ese año, Cristóbal Colón atracaba en las primeras islas de América.

Por otro lado, para quienes quisieran a cualquier precio justificar un corte entre la Edad Media y la Edad Moderna, no sería ridículo referirse a las manifestaciones culturales, a las creaciones literarias y artísticas que son reflejo de la civilización. Pero ¿cuáles?, y, ¿para qué países?, y, ¿cómo datar el surgimiento de un arte distinto? Las distorsiones cronológicas entre la realidad y la idea que generalmente nos hacemos de ella son evidentes, y la simple cronología de las vidas de artistas o de escritores lo vuelve a poner todo en tela de juicio. Para Italia, hacia la que se dirigen todas las miradas desde que se perciben los primeros signos, los estremecimientos anunciadores de concepciones y formas de expresión nuevas, se cita generalmente a Dante, a Petrarca o a Boccaccio, y a los Pisani y a Giotto. Pero, ¿seguimos teniendo presente que la *Divina comedia* fue escrita entre 1307 y 1321, las *Rimas* de Petrarca en 1327, y el *Decamerón* entre 1350 y 1355? ¿Que Niccolo Pisani terminó el púlpito del baptisterio de Pisa en 1260 y que Giotto finalizó las escenas de la iglesia superior de Asís antes de 1300? Nos hallamos, pues, mucho antes de 1453 y de otras fechas bisagra que se han propuesto generalmente: nos hallamos ante una playa cronológica de más de un siglo...

Quienes ven en las letras y las artes de Italia los frutos de una búsqueda nueva y quieren de ese modo demostrar que esa civilización pertenece a otra época, se hallan igualmente ante problemas insolubles. Algunos no temen conformarse totalmente con esa visión abstracta y han acabado por imponer algunas prácticas perfectamente artificiales, pero cuyas ridiculeces nadie parece notar. En la mayor parte de las universidades francesas y en algunas universidades de nuestros países vecinos, es una norma que el arte francés del siglo XV se estudie y enseñe en el marco del arte medieval, mientras que los artistas italianos de la

misma época, e incluso los del siglo XIV, son materia de los especialistas en el arte moderno. No evocar al mismo tiempo dentro del mismo curso, dentro de los mismos manuales o libros, las culturas italianas y francesas exactamente contemporáneas obedece, y en ello debemos estar de acuerdo, a métodos detestables. Significa privar al lector o al auditorio de establecer comparaciones; es acantonarse en discursos específicos sin investigar ni analizar las influencias recíprocas y, en definitiva, significa impedir un verdadero examen de los intercambios, de los préstamos y de las elecciones.

Tales anomalías no son más que una sumisión a las ideas recibidas, desprovistas de toda justificación. Volvamos, por un momento, a las bellas figuras esculpidas del púlpito de Pisa, en el baptisterio y la catedral, de buen grado estudiadas y presentadas como manifestaciones de un arte nuevo perfectamente original o, mejor dicho, que se inspira directamente en ciertos cánones y temas de la Antigüedad. Precisamente esas figuras, se nos dice, sirvieron a menudo de referencia y fueron copiadas a cual mejor por numerosos artistas preocupados por iniciarse en esas formas tan particulares. No todo es inexacto en esos discursos constantemente renovados. Pero ¿por qué acallar la evidencia, bien demostrada en la actualidad, de que hacia 1260 el primero de los Pisani se había inspirado amplia y profundamente en la escultura gótica francesa, la de las grandes catedrales del patrimonio real tan conocidas y admiradas en Italia? ¿Dónde se sitúan entonces lo medieval y lo moderno, la invención y la novedad?

En esa búsqueda a veces ingenua, a veces burlesca, de una definición estricta de los límites entre los períodos, los historiadores economistas no se han quedado con los brazos cruzados, antes al contrario, y algunos de ellos se han distinguido por sus extravagancias. Una idea esencial animaba, y me temo que todavía anima en algunos, sus proposiciones: la existencia de una gran ruptura, de una fractura o, volviendo a utilizar una palabra que durante mucho tiempo estuvo de moda en los cenáculos, un *umbral* entre una economía medieval, artesanal, encerrada en reglas restrictivas y, por otro lado, una economía moderna marcada por el advenimiento de otras técnicas, por el desarrollo del gran comercio y de la banca, y en particular de los préstamos de dinero; en una palabra, por la explotación del hombre por el hombre, del trabajo por el capital. Ello llevaba a hablar corrientemente del paso de una era llamada «feudal» a una era «capitalista»: se trataba de

un esquema rígido, de una simplicidad maravillosa, que se inscribía dentro de un materialismo muy de moda que privilegiaba los factores económicos y que, desde distintas perspectivas, tomaba su sitio tranquilamente en el concierto de las teorías evolucionistas y otras fábulas por el estilo.

La caza del umbral económico (del *take off* o despegue, si seguimos a los autores más conscientes del éxito de las palabras) fue, durante algunos decenios y principalmente entre 1950 y 1970, un verdadero deporte practicado por gran cantidad de historiadores, por lo general bastante serios. Se trataba evidentemente de delimitar lo mejor posible ese advenimiento del capitalismo y, al mismo tiempo, ese surgimiento, ese despegue de la actividad económica. ¡Qué debate tan serio! Cierto número de trabajos habían demostrado que en distintas ciudades de mercaderes, en Italia y en Alemania, y también en Londres por ejemplo, los hombres de negocios no habían esperado la llegada del Renacimiento para comenzar a practicar comúnmente distintas técnicas de naturaleza y forma capitalistas, y hacían fructificar su dinero de mil formas. Por otro lado, se sabía que la economía de mercado se había extendido ampliamente en Occidente mucho antes del siglo XV; que había penetrado en profundidad en distintos medios sociales, incluidos los propietarios terratenientes que vivían de la explotación de sus tierras. Desde ese momento parecía difícil negar la aparición precoz de un capitalismo, aunque fuera solamente de modo embrionario: eran prácticas sin duda todavía imperfectas, pero ya constituían formas de pensar y de gestionar los negocios sólidamente afirmadas.

Algunos fabricantes de doctrinas se han inventado el «precapitalismo», pero su buena voluntad no ha tenido el éxito que esperaban y esa palabra no ha gustado realmente por ser demasiado vaga y ambigua. De modo que más valía hacer retroceder el famoso umbral y colocarlo en una fecha más temprana, por ejemplo a principios del siglo XV. Eso es lo que se hizo, en efecto, pero sin fijar de forma muy precisa los límites y sin explicar tampoco el porqué. En el otoño de 1966, una orden ministerial de Francia, preparada por uno de nuestros grandes maestros, nos hizo saber que, a partir de entonces, para los programas de historia de nuestras universidades, la Edad Moderna debía englobar todo el siglo XV. Esa orden, responsable de grandes trastornos en algunas bibliotecas, no duró ni un mes... sin duda porque las personas más razonables fueron conscientes de que, acorralando en el tiempo esos albores del capitalismo, se habría podido retroceder mucho más en el tiempo sin

hallar nada definitivo. Incluso el equipo que había promovido la reforma se cansó de su juego y no dio más que hablar sobre ese punto, ocupado como estaba con otros pensamientos. Ello demuestra, por lo absurdo, que el concepto de «modernidad» sigue siendo difícil si no imposible de definir.

Conclusión: el «hombre medieval», una utopía

¿Qué hacer con esa Edad Media tan molesta cuyo inicio y cuyo final nadie se atreve a fijar de forma razonable? ¿Qué debemos hacer con esa imagen abstracta, imprecisa, nacida de un consenso cómplice, fortificado por las rutinas? He aquí, y eso lo olvidamos demasiado a menudo, un período que, incluso reducido por arriba y por abajo, se extiende a lo largo de varios siglos, a lo largo de casi o de más de un milenio. ¿Cómo podemos entonces justificar esa costumbre detestable, sostenida sin duda por el gusto por lo fácil y por asombrosas perezas de espíritu, que consiste en incluirlo todo en un solo bloque y en caracterizar constantemente como medieval cualquier cosa, sin matices, sin esbozos de distinciones, sin tener cuidado en situar los hechos un poco mejor en el tiempo? Las alusiones o referencias a la Edad Media, lanzadas sin precisar nada, salpican no obstante numerosos discursos y escritos. Día tras día, libro tras libro, leemos, de la pluma de autores llegados de horizontes diversos, fórmulas del tipo de «en la Edad Media» o «en la época medieval»; ¡y no hablemos de las civilizaciones, de las mentalidades o de las espiritualidades medievales! Todas ellas son fórmulas vagas, desprovistas de todo significado. ¿De quién o de qué queremos hablar? ¿De los tiempos de Meroveo, de Hugo Capeto, de Juana de Arco o de los primeros Médicis? ¿Qué imágenes se les pasan por la cabeza a los autores y lectores familiarizados con esas negligencias, signos del rechazo por conocer y profundizar? ¿Las de los reyezuelos holgazanes sobre sus carros tirados por bueyes o las de las cortes principescas de los Valois? ¿Las de los campos labrados con la azada, desbrozados a duras penas en desiertos hostiles o, seiscientos o setecientos años más tarde, las de las grandes propiedades inglesas, modelos de una gestión programada para producir un alto rendimiento?

¿Y qué decir de ese hombre medieval tan bien caracterizado, que responde, me imagino, a ciertos trazos precisos, como si fuera de otra

raza? Hallamos al hombre medieval a cada paso en gran número de discursos, pero dichoso el que tenga la menor idea de lo que realmente fue: una abstracción, una forma de hablar, y nada más... Evidentemente, nadie se arriesgaría a enunciar una sola característica común aunque sólo sea referente a un aspecto (formas de vida, vestimenta, vivienda, actitudes mentales y espirituales) para generaciones tan alejadas las unas de las otras, separadas por cientos de años. Esto lo sabe todo el mundo perfectamente, pero se olvida con facilidad: las palabras proceden de ellas mismas, se acomodan a todo, y cultivan la noción naturalmente ficticia de «edad media» tomada como un conjunto, sin matices, sin acordarse de las evoluciones. ¡Todavía se puede hablar mucho del hombre medieval!

Esas facilidades de escritura y esos rechazos a hacer distinciones no se aceptan siempre. Hace ya cierto tiempo que los historiadores de oficio han tomado conciencia de que esa Edad Media no se podía considerar como un todo y de que la más mínima reverencia hacia nuestro pasado consistía en no confundirlo todo de una forma tan descarada, en no abarcarlo todo con una sola mirada que no tuviera en cuenta las diferencias y originalidades. Esos autores han propuesto romper el bloque cronológico y hablan de la «alta» y de la «baja» Edad Media con, entre ambas, una Edad Media que se quiere «clásica». Pero aquí se nos plantean los mismos problemas, aunque sólo sea para fijar los límites entre esos tres períodos de nueva creación.

De hecho, el rigor, o el simple sentido común, exigen rechazar los mitos, las generalizaciones y las ambigüedades. La Edad Media no puede, en ningún caso, concebirse como una realidad. Esa es una verdad que deberíamos tener en cuenta siempre y deberíamos imponer algunas reglas para todos los discursos: deberíamos sobre todo evitar ese adjetivo medieval, indefendible puesto que estrictamente no significa nada; deberíamos utilizar la denominación de Edad Media por pura comodidad, pero sin llenarla de un significado cualquiera y solamente para indicar, de una forma muy aproximativa, dónde se sitúa un determinado asunto en un discurso que abarca un período muy amplio. Lo ideal sería, con riesgo incluso de sobrecargar la frase, precisar, datar lo mejor posible, dentro de unos decenios si es posible, y, de esa forma, situar el tema del que hablamos más que lanzar al aire abstracciones vacías de significado.

LOS ABUSOS DE LA LENGUA, LAS PALABRAS CÓMPLICE

Los tiempos de transición

La creencia en períodos históricos netamente definidos y caracterizados, y, por lo tanto, en rupturas dentro del curso de los tiempos, lleva inevitablemente a analizar de una forma particular las épocas límite, que sin embargo también están determinadas con la parte de arbitrariedad que ya conocemos. La tentación de considerar los años situados entre la Antigüedad y la Edad Media, y luego entre la Edad Media y la Edad Moderna, como tiempos «de transición» es muy fuerte. Esta idea, tan especiosa como la que preside la periodización, impone en la investigación y en la enseñanza ciertas ópticas de las que no nos libramos con facilidad.

En primer lugar, esos cortes arbitrarios, artificiales y tiránicos han creado, durante mucho tiempo, un fuerte desequilibrio en los estudios; una verdadera ruptura en el discurso científico. No cabe duda de que esos tiempos intermedios, que, tal como se creía, no ofrecían más que imágenes inciertas, sin valor demostrativo, se han descuidado muy a menudo. Las lecturas e investigaciones se han dirigido más bien hacia los siglos «clásicos» del Imperio romano que hacia sus últimos momentos. Por otro lado, los reinos de Carlos VII y de Luis XI de Francia llamaban la atención por algunos aspectos, por la personalidad de los soberanos, de quienes cada libro ofrecía imágenes con trazos incisivos poco acordes con la moda romántica, por la vida política, la afirmación del Estado y la lucha contra la casa de Borgoña. Pero, hasta hace poco tiempo, los trazos de la civilización, tanto sobre el plano material como sobre el cultural, no han suscitado realmente el mismo interés; la vida económica de los años 1400 seguía estando mucho menos estudiada que, por ejemplo, la de la época de las ferias de Champagne y de la primacía de París.[4]

Por otro lado, y ello tiene consecuencias mucho más funestas, esa explotación del concepto de periodización acaba por falsificar la interpretación de los hechos e incluso por dictar hipótesis de trabajo que todo autor se ve invitado a verificar. Parece evidente que el tiempo que mar-

4. Destaquemos sin embargo el notable estudio de síntesis (aparecido en 1941) de R. Gandilhon, *La Politique économique de Louis XI*, París, que, injustamente marginado por la «escuela» de los *Annales*, no ha gozado del éxito que se merecía y no ha tenido continuidad en otras obras de la misma envergadura.

ca el paso de un período a otro tiene que ser «de transición». No se trata solamente de palabras y de conceptos sin importancia, sino de la orientación de la investigación, o incluso de la interpretación de los resultados. Las hipótesis de trabajo pesan siempre mucho y muchos son los que se dedican ante todo a ilustrar la idea que prima más que a llevar a cabo una investigación no determinada de antemano. Se ha dicho y escrito demasiado que en el siglo XV el mundo occidental se halló confrontado con serias incertidumbres, que la sociedad ya no se sentía sólida sobre sus bases habituales. Se ha impuesto un cuadro de conjunto; sólo hacía falta iluminarlo en sus más pequeños detalles. Preocupados por quedarse en esa línea tácitamente admitida, muchos historiadores de buena fe han acorralado los signos de una evolución dramática en las estructuras socioeconómicas, en las relaciones humanas, y en el reparto de los poderes y las fortunas. Han exhumado una gran cantidad de indicios más o menos claros pero siempre interpretados en el mismo sentido. Esos tiempos de transición se caracterizaban inevitablemente por trastornos notables dentro del régimen de las propiedades y de las explotaciones, y, por lo tanto, de las formas de enriquecimiento; también se caracterizaban por el desconcierto y, de un modo más dramático, por los conflictos, los tumultos sociales, los motines y las «revoluciones». Esos mismos esquemas se aplicaban naturalmente a otros campos: devociones y sentimientos religiosos, reglas de vida, o expresiones culturales. Todo ello llevaba a imágenes de enfermedad, de desequilibrios.

¿El otoño de la Edad Media?

¿La crisis, las crisis?

Las palabras no nacen simplemente por azar y siempre están cargadas de intenciones. Nos imaginamos que hemos sabido, desde siempre, escoger vocablos portadores de imágenes, de mensajes más o menos claramente expresados pero, a la larga, imparables.

Calificar de «moderna», hoy en día, una edad que hacemos remontar hasta el siglo XVI como mínimo y que cerramos aproximadamente tres siglos más tarde no es más que una pura convención. Las palabras se cargan de un color vago pero no corresponden a nada. Se trataba simplemente de oponer una era de grandes progresos, de liberación del hombre de gran número de prohibiciones, a un largo período de escle-

rosis, de oscurantismos y de tabúes. Con la palabra «Renacimiento» esa intención era todavía más clara e incluso se avivó a lo largo del tiempo.

Hay que constatar que esa idea de despertar, o de renacer, fue la causa de grandes errores de los que todavía no nos hemos desembarazado. Las miradas lanzadas sobre varios siglos del pasado han sido, a causa de esa idea, completamente extraviadas, falsificadas, puntuadas de imágenes de bisutería. Y todo ello por la simple magia, por el gran peso de las palabras.

La afirmación de la existencia de un renacimiento convence más si se injerta sobre una decadencia: el contraste será más vivo y el concepto más fácil de creer. Los tiempos que preceden ese despertar maravilloso ya no son solamente «el fin de la Edad Media» o la «Baja Edad Media» (matiz interesante, ya de por sí cargado de sombras), no son simplemente tiempos intermedios o tiempos de transición, sino decididamente tiempos de decadencia. La palabra y la idea han hecho su camino, han penetrado en nuestros manuales e incluso se han impuesto en las líneas de investigación. Todo en ese período, que engloba los siglos XIV y XV, debe ser decadente: debe reinar un ambiente de futilidad, de hastío. La humanidad, nos dicen, se busca y ya no se encuentra a sí misma. ¡Cuántos tópicos, cuántos aforismos ridículos repetidos hasta la saciedad, reutilizados y adornados de cien hallazgos! También en este caso priman la abstracción, los conceptos, las maniobras de las palabras...

Para explicar esa decadencia de entrada en el plano material, hacía falta hallar razones, evocar catástrofes, o como mínimo grandes dificultades. Para Francia, nuestros maestros han recordado con razón las desgracias de la guerra de los Cien Años: el abandono del campo y de las iglesias, el peso financiero de las levas y de los rescates, la ruina de las actividades económicas, la inseguridad en los caminos, las disputas entre príncipes, las guerras civiles... Sí, todo eso es cierto... todo eso es exacto, pero exagerado de buen grado, adornado con acentos dramáticos, extendido de lo particular a lo general. Durante ese período otros países se enriquecieron; Inglaterra, por ejemplo, nutrida con el fruto de sus conquistas, de los rescates y de las rapiñas; son los años gloriosos de la «alegre Inglaterra» que, lejos de ensombrecerse, se abría a grandes empresas, e iniciaba una prosperidad insolente.[5] En Inglaterra no

5. A. R. Bridbury, *Economic growth England in the Late Middle Ages*, Londres, 1962, 1975^2; W. G. Hoskins, *The Making of English Landscape*, Londres, 1955.

hubo decadencia... ni en las ciudades del sur de Alemania, «cubiertas de oro», y tampoco en Italia...

Otras desgracias afectaron de una forma más amplia: las malas cosechas, el hambre, y sobre todo las epidemias. En los años 1950-1960, la atención de los historiadores se centró en las pestes, y en particular en la de 1348-1360, que tantos estragos causó entre la población. Cada cual se dedicó a proponer cifras de pérdidas en vidas humanas en su país o en su ciudad. Esa gran peste negra, y luego los «rebrotes» de peste, fueron catastróficos, tal como todos hemos escrito y seguimos pensando no sin razón: punciones demográficas, angustias y melancolía, miserias psicológicas, desesperación y morbosidad. Sin embargo, no todo es tan simple y, como mínimo en un punto, las conclusiones deben matizarse si no invertirse puesto que la división de las herencias enriqueció evidentemente a los supervivientes, y puesto que la escasez de mano de obra disponible hizo, en cierta medida, mejorar la condición de los obreros tanto en las ciudades como en el campo. Eso debería evaluarse y medirse con más detalle. No es fácil.

Algunos acontecimientos e iniciativas espectaculares desmienten netamente la imagen de decadencia y de depresión. Hace ahora más de treinta años, algunos historiadores más preocupados por lo real que por las teorías, Yves Renouard, Armando Sapori y luego Federigo Melis entre otros, planteaban la verdadera pregunta y ponían de relieve una contradicción evidente: ¿cómo imaginarse ese mundo occidental, por un lado afectado por el letargo, por la desesperación, vacío de hombres y de entusiasmo, incapaz de restablecer una economía de conquista, que se refugiaba en inversiones friolentas, en una palabra esclerótico, y, por otro lado, seguir a esos mismos hombres lanzados al descubrimiento de mundos lejanos hasta entonces perdidos en brumas legendarias y luego a la sumisión de vastos imperios, pronto poblados con sus colonos, bien explotados y bien administrados? Nunca se ha dado respuesta a esta pregunta.

Pero la cuestión estaba decidida de antemano: decadencia y crisis. ¡Se ha escrito tantísimo sobre las crisis del siglo XIV, sobre las desgracias de ese tiempo apocalíptico, sobre los dramas de adaptación, sobre las bruscas mutaciones con grandes consecuencias y, más todavía, sobre todas las formas de declive, de degradación! No había duda de que la humanidad, en Occidente, se hallaba entonces en plena depresión, o, por utilizar un lenguaje más culto, en plena «fase B», donde sólo cabía

enumerar los fracasos o las regresiones.[6] Al investigador o al conferenciante les era imposible escapar a esas crisis, múltiples, omnipresentes, monstruos de cien caras y responsables de todo. Cualquiera que se aventurara en esos tiempos de oscuridad se encontraba con las crisis a cada esquina.

El flamígero: ¿una dimisión?

La certidumbre de una decadencia irresistible se impone siempre, de la misma forma, igualmente extendida y sin provocar grandes oposiciones, en otros campos, en particular en lo referente a las creaciones artísticas y literarias. Según leemos en nuestros manuales o en ciertas obras especializadas, el arte de finales de la Edad Media se hundía en un estilo manifiestamente decadente. Se designa con distintos nombres: «gótico tardío», «flamígero» sobre todo en Francia, «decorated» en Inglaterra y, para un período ligeramente posterior, «plateresco» o «manuelino» en los países ibéricos. Pero en todas partes aparece la misma lección: a un período de apogeo en el que el gótico clásico respondía a cánones bien definidos (equilibrio de las formas, pureza de las líneas, moderación en los ornamentos y simplicidad de buen gusto) sucedió un tiempo en el que los maestros de obra y los escultores se mostraron incapaces de proseguir el esfuerzo creativo; su aliento se agotaba, su arte transgredía los grandes principios mientras que el impulso religioso también se hallaba gravemente afectado por diversas desviaciones y faltaban además los medios financieros, consecuencia evidente de la crisis.

Así pues, los artistas se habrían refugiado en la búsqueda y la invención de recetas, de procedimientos de ornamentación a ultranza, facilidades, frivolidades y complacencias: sobrecargas y acrobacias, formas atormentadas que traducen un malestar real. El elemento puramente arquitectónico, hasta entonces mostrado en su puro rigor, ya no era más que un soporte para esas fantasías decorativas, como las que entorpecían las claves de arco y las prolongaban hacia el suelo en estalactitas per-

6. Testimonio de las teorías de una escuela histórica que en Francia se dedicaba, siguiendo a Ernest Labrousse, a explicarlo todo en función de la coyuntura. En los años 1950, los cursos multicopiados de la Sorbona ofrecían una perfecta ilustración de esas actitudes y de las complacencias hacia las «fases» y los «ciclos».

fectamente gratuitas que rompían la armonía de la nave y que rompían y recargaban los volúmenes. Las bellas estatuas monumentales desaparecían de las fachadas ahora trabajadas como retablos cada vez más complejos: altos gabletes, divididos en llamas y lancetas, escondían la rosa. Nos han enseñado que todo ello carece de simplicidad y de modestia: esas fachadas de las iglesias del flamígero sólo son un pretexto; se oponen con mala fortuna a las del siglo XIII, mucho más estrictas y más reservadas; y, sin embargo, se guardan generalmente de decir que las esculturas de las fachadas del siglo XIII, del arte gótico clásico, estaban pintadas de colores variados, hoy lavados y ausentes, aunque reavivados de vez en cuando. En todo caso, para una escuela de historiadores y de estetas, el postulado no se discute: un decorado demasiado rico atestigua a la fuerza una pobreza real de inspiración, y por lo tanto una decadencia.

Esas formas de juzgar fueron impuestas quizá, durante los siglos XVII y XVIII, por los estetas e historiadores ingleses y franceses que veían, en ese arte de finales de la Edad Media, la negación misma de los valores de simplicidad y de simetría, tan enamorados estaban en esa época del «clasicismo». Ese arte, al que denominaban gótico moderno, por oposición al gótico antiguo, en el que algunos querían ver influencias árabes hasta el punto de hablar de un estilo sarraceno, les parecía demasiado ligero; reprochaban a los maestros de obra y a los arquitectos del flamígero francés y del *decorated* inglés «un estilo de construcción fantasioso y desordenado» y los acusaban de hacer «basar las bellezas de su arquitectura en una delicadeza y una profusión de ornamentos hasta entonces desconocidos, exceso en el que cayeron, sin duda, por oposición al arte gótico que les había precedido o por el gusto que recibieron de los árabes y de los moros que aportaron ese género a Francia». Los autores del artículo «Gótico» de la *Grande Encyclopédie* estuvieron de acuerdo en condenar una forma cuyo «principal carácter» consistía en estar «cargado de ornamentos que no tienen ni buen gusto ni refinamiento».[7]

Se habla del arte flamígero, un arte de fin de época, un arte decadente: había que preferir (¿y hay que preferir todavía?) Amiens o Reims y, más aún, Noyon o Senlis, a Brou o a Vendôme, o a Saint-Maclou de Ruán.

7. A. O. Lovejoy, «The first gothic revival and the return to nature», trad. fr. en M. Baridon, *Le gothique des Lumières*, Gérard Montfort, ed., Saint-Pierre-de-Salerne, 1991, pp. 14-16.

Tales juicios de valor no valen evidentemente más que tantos otros igualmente arbitrarios; pero han tomado color de verdad. Y ello tanto más cuanto que, tal como se nos dice, esos artes decadentes se inscribían en un contexto económico y social siempre presentado como muy sombrío, «en crisis». Todo coincidía a la hora de completar un cuadro que una generación de estudiantes pudo ver analizado en el libro de Huizinga, *El otoño de la Edad Media*, obra ya antigua pero que a veces se cita como una especie de Biblia. La idea que guía el libro al abordar el examen de las culturas y las civilizaciones de los últimos siglos de la Edad Media, es efectivamente la creencia, constantemente afirmada, en una decadencia o como mínimo en un serio desequilibrio; una sociedad caballeresca desorientada, un sentimiento religioso reducido a formas externas dramáticas, a imaginerías: «excesiva y decadente madurez de una sociedad que había perdido toda vitalidad y todo contacto con lo real». Como tantos otros en su género, ese discurso seduce y atrae adhesiones por la firmeza de las conclusiones. Salpicado de graves errores en los hechos y las interpretaciones arriesgadas, ese libro piloto mezclaba percepciones afortunadas sobre algunos aspectos de la civilización con paralelos o aproximaciones completamente ficticios. Huizinga ha causado furor, ha hecho escuela; nos ha inducido al error durante mucho tiempo.

3. LOS INVENTORES DEL RENACIMIENTO (SIGLOS XIV Y XV)

¿Cómo definir el Renacimiento?

¿Se trata simplemente de un momento de despertar tras un largo período de letargo; de un momento en el que los hombres comenzaron a escribir mejor, utilizando una lengua más depurada? ¿Un momento, por encima de todo, en el que los señores, los poderosos y los ricos favorecieron el desarrollo de las artes, hicieron construir bellos monumentos, llevaron a cabo generosos encargos, y protegieron a los sabios, los escritores y los artistas?

Si nos limitamos a esa concepción, relativamente perceptible, debemos también admitir que cualquier período de fuerte desarrollo de las actividades culturales dentro de la Edad Media sería también un «Renacimiento». De ese modo se han presentado distintos Renacimientos. Muchos libros siguen hablando del «Renacimiento carolingio»: Carlomagno enseñaba a leer y a escribir, visitaba y controlaba las escuelas, y acogía en su palacio a maestros de latín y filosofía. Otros autores querrían hablar de un Renacimiento «artístico», basado en las fuentes bautismales, que en Francia se situaría en el siglo XII; pero parece que ese adjetivo no quedaba bien y esa idea no se consumó.[8] ¿Por qué no continuar por ese camino y sugerir otros criterios de «renacimientos», igualmente válidos? Aunque solamente nos basemos en esa idea de un gran interés por las creaciones literarias y artísticas, ¿por qué limitarnos a ese Renacimiento, inicialmente italiano, de los siglos XIV al XVI? Ningún historiador puede ignorar y callar los indiscutibles testimonios de ese mismo interés en períodos variados que precedieron en

8. W. K. Ferguson, *La Renaissance* ..., pp. 300 y 341.

mucho tiempo a ese pretendido despertar. Como mínimo dos o tres siglos antes de ese gran Renacimiento, los señores, los príncipes, los guerreros, los obispos y los cabildos se vanagloriaban de dar trabajo a artistas, de coleccionar todo tipo de libros, obras eruditas e incluso profanas en muchos casos; todos esos personajes mantenían a su alrededor un séquito, una «corte» ya, de poetas, de escritores y de hombres capaces de compilar textos antiguos y de ponerlos al día.

Sin embargo, lo que queremos considerar como el único verdadero Renacimiento no se distingue especialmente por la intensidad o la cantidad de producciones artísticas y literarias, sino por su calidad. Se manifestaría en una evidente superioridad; en la originalidad de la inspiración, en la perfección de las técnicas, y en la habilidad de la ejecución.

¿De dónde procede la idea? ¿Cuándo y en qué medio se proclamó inicialmente que no había duda de un corte respecto a las épocas precedentes? Por otro lado, ¿quién puso el nombre de moda y acabó por imponerlo? Las respuestas no son simples y, en todo caso, debemos hablar de dos momentos distintos separados por varios siglos. La creencia en una ruptura y, por consiguiente, en un progreso decisivo se afirmó mucho antes de que la palabra «Renacimiento» hiciera su aparición: debemos retroceder hasta comienzos del siglo XIV para hallar el origen de la idea, y hasta 1820-1850 para hallar la utilización corriente de la expresión, entendida en su sentido actual, para calificar todo el período.

El arte de convencer: Petrarca y Boccaccio

Sobre el primer punto se impone una certeza: la convicción de la existencia de una renovación y ese juicio de valor aplicado a las obras no fueron de ningún modo fruto de un consenso, de una toma de conciencia colectiva lentamente madurada en el transcurso de los años y en distintos medios sociales. Al contrario, esa idea fue enunciada y luego divulgada por algunos escritores, personalidades sin duda notables pero que no representaban a nadie más que a ellos mismos o, como mucho, a un círculo relativamente reducido. Todo comenzó en Italia y precisamente dentro de un pequeño grupo de amigos vinculados por intereses comunes y por estar todos al servicio de la corte de Nápoles. Fue, en definitiva, una operación de información o de publicidad, conducida con cierta obstinación, que acreditaba como una evidencia la idea de

esa superioridad respecto a los tiempos precedentes y, de un modo apenas menos discreto, respecto a los países vecinos; o incluso respecto a otros focos de cultura y de producción artística en la misma Italia sobre los que todavía no se había imprimido el sello de la excelencia. En algunos círculos privilegiados, muy poco numerosos al principio, algunos autores —que se afirmaban capaces de juzgar sin posibilidad de réplica— proclamaron una nueva calidad en las letras y las artes.

Debemos a Petrarca la primera intervención decisiva en ese sentido. Su toma de posición no alberga ninguna ambigüedad. Consiste en criticar, denigrar y condenar las obras de los últimos siglos para poner por las nubes las de la Antigüedad romana. Sin embargo, sus intenciones, y eso se olvida o se soslaya con demasiada facilidad, eran deliberadamente políticas, y sus acciones se inscribían dentro de un verdadero combate. Petrarca no era ni puro espíritu ni un autor ingenuo únicamente preocupado por las letras, sino uno de los escritores más virulentos de su tiempo que estaba implicado en una gran querella contra el papado de Aviñón; y el encarnizamiento de esa lucha dirigía sus opciones tanto políticas como culturales.

Petrarca lo debía todo a esos papas de Aviñón y a sus cardenales, que le habían acogido, ayudado, colmado de honores... y de cargos lucrativos. No le faltaba dinero: «Era bastante rico a pesar de mostrar un desdén convencional por la fortuna». Además, su educación se había completado en el mismo Aviñón; allí tomó lecciones de griego con Barlaam y luego con Nicolás Sigeros, ambos legados de Bizancio en la corte pontifical.[9]

Pero el atractivo de Roma, los sueños y las nostalgias fueron más fuertes que todo lo demás. Lleno de admiración ante las ruinas romanas, se complacía en evocar los esplendores de la ciudad en los tiempos antiguos y deseaba la llegada de días mejores, de nuevo gloriosos. Ello le llevó a expresar juicios severos sobre la era cristiana y a oponer lo que denominaba las *historiae antiquae*, los siglos luminosos de la Roma antigua, a las *historiae novae*, los tiempos que comenzaron en el momento en que «el nombre de Cristo comenzó a ser célebre en Roma y a ser adorado por los emperadores». Según él, estos últimos fueron épocas oscuras condenadas al declive. Entonces Petrarca se unió a una pléyade de panfletarios, visionarios y místicos o políticos llenos de ren-

9. J. Guiraud, *L'Église et les origines de la Renaissance*, París, 1902, pp. 59-60 y 71-73; E. H. Wilkins, «The Coronation of Petrarca», *Speculum* (1943).

cores o de ambiciones, que denunciaban violentamente los escándalos del papado de Aviñón, sus vicios y su bajeza; y que, sobre todo, hablaban con desprecio de esa «cautividad de Babilonia», de las desgracias de la Roma abandonada y huérfana. Pero todavía fueron más lejos, y con ello agravaron a menudo el debate, haciendo a toda la Iglesia responsable y cubriéndola de graves reproches entre los que se hallaban, sin duda, la destrucción, con el advenimiento del cristianismo, de las glorias de la ciudad eterna, antaño dueña y faro del mundo.

Petrarca militó naturalmente por el regreso de los papas a Roma; al deplorar «los tiempos del olvido» y evocar «los nuevos tiempos», las «tinieblas disipadas», está soñando con ese regreso, que según él es la condición indispensable para un nuevo período glorioso. Su sueño consiste en que esa ciudad desamparada, empobrecida y librada a combates sangrientos entre príncipes vuelva a hallar la paz y el prestigio. Cuando viajó por primera vez a Roma, en 1336, y posteriormente el año siguiente, Petrarca no pudo visitar en paz la ciudad, víctima de las guerras entre facciones, y se refugió en Sutri en el castillo de un pariente suyo. Regresó a Roma escoltado por un centenar de caballeros del clan Colonna. Esas luchas entre partidos se le hicieron insoportables; acusaba a los nobles, tanto a los Orsini como a los Colonna, «todos extranjeros en Roma», de haber arruinado la ciudad, devastado las iglesias, destruido los puentes, transformado los monumentos romanos en fortalezas, y de haber vendido «materiales antiguos». Según él, los papas mismos también eran responsables de esos desórdenes por el solo hecho de estar ausentes, y Roma solamente podría revivir sus días gloriosos recuperando las tradiciones y las costumbres de los tiempos antiguos.

En 1341, a la edad de treinta y siete años, recibió con gran pompa la «ciudadanía» romana en una ceremonia grandiosa que él habría querido celebrar en el Capitolio, sede del concejo municipal, y a decir verdad bastante eclipsada en aquella época. Se trató de una verdadera coronación, con la concesión del *cappello*, la corona de laureles y la diadema, en la que el príncipe de los poetas pronunció, el día de Pascua, día de la Resurrección, un interminable discurso exhortando a los habitantes de la ciudad a recordar los tiempos en los que sus antepasados gobernaban el mundo.

En 1353 Petrarca abandonó definitivamente Aviñón para establecerse en Roma, de algún modo como «ciudadano» de honor. El año siguiente Cola di Rienzo fue capturado por sus enemigos, asesinado en el acto, y sus cenizas se arrojaron al Tíber; con él se derrumbó la esperan-

za de una «dictadura republicana». El poeta, que lo había defendido fielmente, se volvió entonces hacia el emperador Carlos IV de Luxemburgo: «... vos sois el rey del mundo, el emperador de Roma, el verdadero César». Recuperó por su cuenta ese «sueño gibelino» de la monarquía universal como heredera de la Roma antigua, un sueño que ya lo había sido de Dante; sus discípulos o continuadores se conformaron con ese sueño de buen grado.[10]

El recuerdo de esas alianzas hace patente que, dejando a un lado todo sentimiento estético, o incluso toda referencia histórica, ese tan célebre «regreso a lo antiguo» estuvo, en su primer y principal propagandista, directamente inspirado por preocupaciones o por polémicas políticas.

Esa primera mención, de la pluma de Petrarca, de una superioridad de los tiempos antiguos sobre los tiempos del pasado más o menos reciente, se traduce efectivamente en un derrumbamiento de los valores y en una crítica de los tiempos «de la Iglesia». Pero va acompañada, en el mismo momento y de la mano del mismo autor, de otra novedad también decisiva: la afirmación de una renovación notable, de una superioridad indiscutible de unos pocos artistas de su tiempo, a saber Simone Martini y Giotto. Petrarca no duda en cantar las alabanzas de ambos hombres, en invitar a sus amigos y a sus lectores a visitar la capilla real de Nápoles donde Giotto, «el hombre más grande [*princeps*] de su tiempo, dejó un gran testimonio de su habilidad y de su genio».

La elección de esos dos pintores no es casual ni gratuita, y dudamos de que se manifestara con plena libertad. En todo caso, se trata de una elección que se explica fácilmente por relaciones comunes y por la pertenencia, en definitiva, a una misma clientela: la de la corte angevina de Nápoles. El poeta, miembro del entorno familiar del rey Roberto, proclama las virtudes de dos artistas colmados de favores y de títulos, que recibían buenos salarios por parte del mismo soberano. Simone Martini, instalado en Nápoles desde 1315, pintó una *Vida de san Luis de Tolosa*, hijo primogénito del rey Carlos II, en la que muestra al rey Roberto, arrodillado, recibiendo la corona real de manos de su hermano mayor.[11] Dos años más tarde, el mismo año de la canonización de Luis, Simone fue ordenado caballero de la corte, honor insigne que nunca se

10. Sobre los compromisos y los escritos de Petrarca en ese tema, cf. los análisis muy pertinentes de W. K. Ferguson, *La Renaissance ...*, pp. 16-18.

11. P. L. De Castris, *L'arte di Corte nella Napoli angioina*, Florencia, 1986.

había otorgado a un artista del entorno del rey. Giotto trabajó durante cuatro años, entre 1329 y 1333, en encargos del rey, y gracias a ello obtuvo un gran éxito, por lo que también él fue distinguido y recompensado: *prothopictor* y *protomagister operis* y luego incluso *familiaris et fidelis*, sin contar el buen sueldo y la casa y mesa en palacio. Simone Martini y Giotto, los únicos pintores de quienes Petrarca habla bien, eran entonces artistas de corte que debían fidelidad al soberano, le prestaban juramento, y recibían de él protección y seguridad, además de obtener en ese servicio una gran fama.

Ahora bien, Petrarca, el hombre que inaugura la serie de elogios de la que emana sin duda esa idea de Renacimiento, también fue un hombre de corte y un miembro de la *familia* del rey Roberto. Antes de ser coronado en Roma, el príncipe de los poetas se había sometido durante tres días, en marzo de 1341 en Nápoles, a una especie de examen ante los doctores y los estudiantes de la universidad. El rey mismo le interrogó sobre metafísica, sobre Aristóteles y sobre los grandes hombres de la Antigüedad, y también sobre los historiadores griegos y latinos. Ambos hombres estaban unidos por una misma cultura, por grandes simpatías, por el gusto por las bellas letras, por las ciencias y por la historia antigua, y Petrarca no escondía su admiración por esa dinastía de los angevinos, protectora de las artes. No es por lo tanto de extrañar que coloque por encima de todos los demás a esos dos artistas tan próximos a su señor, que también estaban al servicio de la mayor gloria del rey. Los tres formaban parte del mismo círculo y, en el plano social, de la misma *familia* señorial. Esa solidaridad de equipo era lo más natural; la encontramos constantemente a lo largo de los siglos y todavía hoy en gran cantidad de ocasiones: complacencias e intercambios de buenas formas entre escritores y artistas que pertenecen al mismo medio cultural o incluso a la misma familia de pensamiento, o a una escuela, o incluso a una casa editorial (lo vemos en las reseñas llenas de elogios y a veces entusiastas en los periódicos y revistas; en los premios literarios; en las distinciones de distintos tipos).

Ese vínculo, inspirador de esos cantos de alabanza, iba más allá del marco estricto de la corte de Nápoles y respondía, en el plano de la política y de las relaciones entre estados, a intenciones muy precisas. Para todo florentino, y por lo tanto para Petrarca, los angevinos eran socios privilegiados, campeones de su independencia, núcleo fuerte de la liga güelfa que reunía Roma, Nápoles y Florencia en un mismo destino, gracias a una entente sólida demostrada en múltiples ocasiones. Carlos

de Anjou, fundador de la dinastía, abuelo de Roberto, fue en dos ocasiones «senador» de Roma y pensó incluso en gobernar Florencia que, en todo caso, se benefició de su ayuda y de su protección. Roberto recogió esa herencia de simpatía y de gratitud; y Petrarca se convirtió en el intérprete de esa herencia. La señoría de Florencia solamente autorizaba pintar en las puertas y los palacios de la ciudad las figuras de Cristo y la Virgen, y la de Carlos de Anjou; en 1310 se habían colocado el retrato y las armas de Roberto en el Palazzo della Parte Guelfa y Giotto pintó quizá personalmente el fresco del Palazzo dei Priori en el que Roberto aparece de rodillas ante la Virgen.

En el conjunto de empresas llamadas a dar testimonio de esa fidelidad, los artistas desempeñaban un papel nada despreciable no solamente por sus obras (retratos, escenas alegóricas o lecciones políticas), sino también como hombres de corte, de consejo, como hombres capaces de negociar y de convencer. Tras su estancia en Nápoles, Giotto fue acogido en Florencia no como pintor, sino como arquitecto de la catedral y de la ciudad, campo en el que nunca se había adentrado hasta ese momento. En vez de confiarle un trabajo determinado, la señoría lo contrataba «para recompensar su virtud y su arte» (fórmula exactamente copiada de la que se utilizaba en la corte de Nápoles) y para que su cargo fuera «el gran ornamento de toda la ciudad». Por eso, teniendo en cuenta la notoriedad de Giotto y los títulos y honores que había adquirido en Nápoles, «parecía más bien que quisieran disponer de él para hacerle ocupar un lugar en la política exterior de Florencia», que deseaba sin duda emplear a un artista célebre para «cultivar sus relaciones con las cortes». Al cabo de muy poco tiempo, los priores lo mandan a Milán a la corte de Azzo Visconti, vicario imperial (1335). Un año más tarde, Simone Martini fue llamado por el papa de Aviñón para representar a la ciudad de Siena.[12]

Evidentemente, los escritores y pintores no estaban solamente preocupados por su arte, o deseosos únicamente de evaluar los méritos inde-

12. Sobre todo lo que precede, cf. la obra muy documentada y los análisis originales de M. Warnke, *L'Artiste et la Cour. Aux origines de l'artiste moderne*, París, 1989 (ed. alemana, Colonia, 1985), pp. 13-211. E igualmente E. Muentz, *Pétrarque: ses études d'art, son influence sur les artistes, ses portraits et ceux de Laure; l'illustration de ses écrits*, París, 1902; P. Murray, «On the date of Giotto's birth», en *Giotto e il suo tempo*, Roma, 1971, pp. 25-34; A. Smart, «Quasi tutta la parte di sotto del Ghiberti e le attribuzioni del Vasari a Giotto degli affreschi d'Assisi», en *ibid.*, pp. 79-103; D. Russo, «Imaginaire et réalité: peindre en Italie aux derniers siècles du Moyen Âge», en *Artistes, artisans et production artistique*, vol. I, París, 1986, pp. 354-380.

pendientemente de compromisos y restricciones. Analizar las apreciaciones de Petrarca sin tener en cuenta el contexto sociopolítico y sus tomas de posición, sus relaciones u obligaciones, supone privarse de un factor de análisis sin duda esencial. Las protecciones y clientelas, los servicios de corte y las amistades, y las alianzas interesantes se unían para llevarlo a poner de relieve virtudes que sin duda no habrían pasado desapercibidas, pero que debían, en esa óptica, prevalecer sobre todas las demás... sobre lo que se había conocido hasta entonces, y también sobre lo que se seguía produciendo fuera de ese círculo, a sus ojos por fuerza privilegiado.

Las tomas de posición militantes que afirmaban la existencia de una gran renovación, se precisaron y extendieron posteriormente a distintos campos de la producción artística. Ello se produjo en distintos tiempos y a lo largo de procesos complejos, a veces vacilantes y a veces incluso contradictorios; pero todos, en definitiva, destinados a exaltar esa superioridad.[13]

Esa forma de juzgar sobre la evolución de las artes fue, en primer lugar, impuesta por Boccaccio (en 1373), que utilizaba a la vez las palabras de Petrarca y de Dante, de quienes se proclamaba el comentador más competente.

Sabemos que Boccaccio no es, en sus alabanzas al Giotto artista de corte, ni más inocente ni más libre que Petrarca, e incluso estaba más involucrado en la fidelidad napolitana, siempre dispuesto a proclamar la magnificencia y los logros extraordinarios de los angevinos. Vivió durante muchos años en Nápoles, entre 1327 y 1341, como representante de la poderosa compañía mercantil de los Bardi, y tenemos algunas razones para creer que Giotto fue recomendado al rey Roberto precisamente por esos Bardi.[14] En Nápoles, Boccaccio frecuentaba la corte y exploraba todos los barrios de la ciudad; allí estableció relaciones y allí escribió varias *novelle* de su *Decamerón*, tomando diversos modelos de la sociedad mercantil y cortesana.[15] Posteriormente, durante toda su vida, no cesó de

13. Buen resumen y análisis de los problemas en el libro de E. Panofsky, *La Renaissance et ses avant-courriers dans l'art d'Occident*, París, 1990 (ed. inglesa, 1960), pp. 18 ss. Cf. también M. Baxandall, *Giotto and the Orators. Humanist observers of painting in Italy and the discovery of pictural composition. 1350-1450*, Oxford, 1971.

14. R. Salvini, *Tutta la pittura di Giotto*, Milán, 1962^2, p. 39.

15. N. F. Faraglia, «Barbato di Sulmona e gli uomini di lettere della corte di Roberto d'Angio», *Archivio Storico Italiano* (1889), pp. 313-360; E. G. Léonard, *Un poète à la recherche d'une place et d'un ami: Boccace à Naples*, París, 1944, 1954^2.

intrigar y de suplicar por volver y obtener un alto cargo en la corte; residió en Nápoles en 1355 y luego en 1362-1363. También cortesano, Boccaccio no podía menos que servir a la gloria del señor de la corte.

EL PRÍNCIPE Y EL ARTISTA, SERVICIOS Y COMPLACENCIAS

En efecto, esos elogios no responden solamente a la complicidad y al intercambio de cumplidos; deben interpretarse como un proceso que, por encima de los artistas mismos, sirve también y sobre todo a los señores que los emplean y los mantienen dentro de su entorno familiar. Esta tesis, original y fecunda, es la que sostiene un historiador alemán en un ensayo bien documentado que aporta más de una respuesta a los problemas que plantea el origen de la fama del Renacimiento.[16] El autor, Martin Warnke, enuncia claramente cuál es su intención: pretende aplicar a la historia del arte una teoría más general, expresada por uno de sus maestros, Hermann Heimpel, quien, en 1953, afirmó que «desde el punto de vista político ... el advenimiento de la Edad Moderna no está marcado por el sello de la libertad de las ciudades y de la burguesía, sino situado bajo el signo del poder principesco o estatal»; que «la Edad Moderna fue inaugurada por los príncipes y no por la burguesía».[17]

Martin Warnke no toma partido sobre la noción de Edad Moderna; no habla ni de superioridad ni de progreso. Dice simplemente que quienes cantaban las alabanzas de los «nuevos» artistas, esencialmente en el campo de la pintura, lo hacían para marcar, en ese plano, la superioridad del príncipe sobre la ciudad y para afirmar que sólo él podía, gracias a su cultura, apreciar las verdaderas bellezas de una obra. En 1427, un escritor de la corte de Ferrara, Guarino, recordaba en un poema dedicado a la vida de Pisanello que los doctos de la Antigüedad y sobre todo los emperadores y los reyes, practicaban las artes. Alberti y Ghiberti redactaron más tarde catálogos de los hombres de estado pintores y esos ejemplos ilustres se invocaban constantemente. Petrarca había regalado una *Virgen* de Giotto a Francesco Carrara, señor de Padua, puesto que él, como hombre de buen gusto y persona «clarividente», era capaz de apreciar los méritos de la obra, mientras que los florentinos, «gente ignorante», no sabían hacerlo (esa *Virgen* se la había

16. M. Warnke, *L'Artiste et la Cour ...*

17. Artículo de H. Heimpel en *Archiv für Kulturgeschichte* (1953), citado por M. Warnke, *L'Artiste et la Cour ...*

dado precisamente un amigo florentino que quería deshacerse de ella). Esa oposición a menudo proclamada entre clarividentes e ignorantes «revela el abismo que, hacia 1350, se abrió entre los medios urbanos y las cortes».[18] Más aún, la corte ofrecía generalmente una situación material mejor y cierta seguridad, y en todo caso una mayor libertad de invención y de ejecución. En la corte, el artista podía escapar a las restricciones que le imponían las exigencias y los pareceres divergentes de los consejos del gobierno municipal, las complicaciones y los reglamentos de las *arti*, y la agitación e incertidumbres políticas. En la ciudad, el arte parece codificado, limitado por un molde social; en la corte, el arte se expande: «El servicio del príncipe era fundamentalmente una actividad libre ...» y «la posición de artista de corte implicaba una nueva imagen de la profesión».[19]

Más adelante, los escritores humanistas a quienes debemos juicios definitivos sobre el valor de las obras volvieron a utilizar los mismos argumentos hasta la saciedad. Sachetti coloreaba sus novelas con gran cantidad de anécdotas en las que presentaba siempre la vida de la corte bajo un aspecto favorable, oponiendo la *nobleza* y el *ingenium* de sus artistas a la tosquedad de los demás; Giotto aparece en más de un momento, como «gran maestro en el arte de la pintura» y «maestro en las siete artes liberales». Vasari no dudaba en subrayar una distorsión profunda entre las dos condiciones, la de la corte y la de la ciudad, destacando incluso que «los hombres que cambian de estatus cambian también generalmente de naturaleza y de voluntad».[20] Alberti proclama claramente su deseo de ser admitido como *familiaris* en la corte de Mantua, donde, según afirma, «el artista estaba considerado de forma muy diferente»; dedica al duque la edición latina de su *Tratado sobre la pintura*, y a Brunelleschi la edición en lengua vulgar en el momento en que éste había sido multado por no haber pagado sus derechos de inscripción o de cotización al *arte* de los albañiles.[21]

18. E. H. Wilkins, «Petrarch's last return to Provence», *Speculum* (1964); M. Meiss, *Painting in Florence and Siena after the Black Death*, Nueva York, 1964, pp. 70 y ss.

19. G. Vasari, *Les Vies des meilleurs peintres, sculpteurs et architectes* ..., A. Chastel, ed., París, 1981, II, pp. 50 y 333 (hay trad. cast.: *Vidas de artistas ilustres*, Iberia, Barcelona, 1957).

20. *Ibid.*, VI, 28.

21. R. A. Goldthwaite, *The Building of Renaissance Florence*, Baltimore, 1980, pp. 259-260; G. Giorni, «Della Famiglia alla Corte: Itinerari e allegorie nell epoca di L. B. Alberti», *Bibliothèque d'Humanisme et de la Renaissance* (1981).

No cabe ninguna duda de que, glorificando a sus artistas, los hombres de letras aportaban su contribución al edificio de una fama y servían, de un modo eficaz, al prestigio del príncipe. Su poder se justificaba y reposaba sobre bellos logros en todos los campos: urbanismo y arquitectura, letras y bellas artes. Los méritos de los pintores alimentados en la corte, méritos proclamados en toda Italia e incluso fuera de Italia, servían a una política, y a esa empresa eminentemente política debemos muchos juicios decisivos, no solamente sobre la calidad de las obras, sino sobre el hecho de que éstas prevalecieran sobre otras obras encargadas y elaboradas en otros medios.

Esos escritores, recordémoslo una vez más, son nuestras únicas fuentes para conocer lo que los contemporáneos pensaban de tal o cual artista. Las opiniones del público, de los hombres «corrientes» de profesiones variadas, se nos escapan por completo; solamente nos hablan aquellos cuyo oficio consistía en escribir, y en escribir bajo condiciones particulares, puesto que su situación podía depender incluso de lo que escribieran. De esas alabanzas, que hoy leemos sin ponerlas en entredicho, hicieron su profesión, a veces por necesidad o por encargo: se les pedía, entre otros servicios, que redactaran la *arenga*, una especie de discurso que servía de preámbulo al contrato del artista y que, evidentemente, recordaba sus virtudes y méritos. Estos ensayos, «ejercicios intelectuales o textos de complacencia», sirvieron posteriormente de modelos y se adoptaron de forma muy generalizada.[22]

Y ello tanto más por cuanto que los escritores hallaban fácilmente en la historia antigua, en lo que mejor conocían y lo que más frecuentaban, bellos ejemplos de la familiaridad del príncipe con el hombre de arte. Invocaban a cada paso las relaciones privilegiadas entre Alejandro y Apeles. Del mismo modo que Alejandro había rechazado todos los retratos excepto el de Apeles, igualmente Filippo Maria Visconti, «que no quería que nadie le hiciera un retrato», se dejó convencer para confiárselo a Pisanello que lo hizo «con un *arte admirable ... y el parecido era tan perfecto que parecía respirar*».[23] Otras reminiscencias literarias de ese género contribuyeron a forjar famas que queremos creer que nacieron de apreciaciones espontáneas.

De todo ello se obtiene claramente la idea de que el artista de corte se proclamó y se autoafirmó como hombre fuera de lo corriente; miem-

22. M. Warnke, *L'Artiste et la Cour ...*, p. 46.
23. *Ibid.*, pp. 52-53.

bro de la *familia* del príncipe, sirve a su gloria y recoge naturalmente una parte de esa gloria. Ya Giotto se había colocado en persona en la serie de *Hombres ilustres* que hacía figurar en una de las paredes del castillo real de Nápoles. Más tarde se podía ver a Benozzo Gozzoli entre los personajes del séquito de los *Reyes Magos* de la capilla del palacio Médicis en la vía Larga de Florencia; y, posteriormente, aparecía Mantegna en la Camera degli Sposi de Mantua. Vasari pensaba adornar una de las nuevas salas del Palazzo Vecchio de Florencia con una vasta composición en la que el duque Cosme y sus padres estarían rodeados, no de sus consejeros y de sus capitanes de armas, sino de sus artistas preferidos, sobre todo pintores. Filarete, arquitecto y urbanista particularmente original, autor del plano y de un proyecto muy minucioso para una ciudad nueva dedicada a Francesco Sforza —la Sforziada—, se imaginaba poblar la plaza principal con un gran grupo escultórico en el que él mismo acompañaría al príncipe y a su hijo.[24]

De ese comercio de la Antigüedad, de esas ansias por referirse a menudo a ella, todos esos escritores, los primeros en conceder elogios, adquirieron un gusto inmoderado, una verdadera monomanía, por la gloria: «Imponerse a la atención y a la admiración de sus contemporáneos era para ellos una necesidad enfermiza; y, puesto que las alabanzas que recibían no les parecían suficientes, no dudaban en hacer su propio panegírico».[25]

LOS HUMANISTAS, ORÁCULOS AUTOPROCLAMADOS DEL BUEN GUSTO

A partir de Petrarca y de Boccaccio, que habían abierto el camino de una forma tan decisiva y que habían lanzado esa nueva moda, se tomó por costumbre considerar que los humanistas eran jueces competentes, en lo referente a la creación artística, para decidir sobre todo sin que su veredicto se cuestionara; lo observamos en el entorno de los príncipes, tanto en Mantua como en Milán, y todavía más en Florencia en la corte de Cosme el Viejo, ya no un simple ciudadano sino un «tirano», un señor que reinaba sobre una clientela de fieles.

La conformidad con esas opiniones se impuso de una forma extraña; la excelencia, el carácter ilustre de Giotto, de entrada, inspiraron

24. Vasari y Filarete citados por M. Warnke (*L'Artiste et la Cour* ..., pp. 138-139).
25. J. Guiraud, *L'Église et les origines* ..., p. 71.

todo lo que se escribía sobre el arte y los artistas. Ese fue el caso de Benvenuto Rambaldi, nacido entre 1336 y 1340, en la época de la muerte de Giotto, que, al igual que Boccaccio, se autodenomina exegeta de Dante (*Commentum super Dantis*, escrito en 1380); o el caso del cronista Filippo Villani, autor de un *Liber de origine Florentie* (hacia 1400), obra escrita a la gloria de la ciudad, libro de propaganda política en el que la evocación de Giotto, un pintor tan célebre, no es evidentemente inocente; y es sobre todo el caso de tres artistas, autores a su vez de tratados didáctico-históricos que son de hecho obras que, al tiempo que analizan los problemas que plantea la representación de la naturaleza (y en particular la del cuerpo humano), magnifican algunos destinos excepcionales: nos referimos a las obras de Cennino Cennini (*Il libro dell'arte*, hacia 1370), Lorenzo Ghiberti (*I commentari*, 1378-1455), y Alberti (*Della pittura*, 1436). Toda esta serie de obras cada vez más eruditas debían hallar su mejor expresión, un siglo más tarde o casi, en los trabajos de Alberto Durero (1471-1528) que, enriquecido con aprendizajes diversos, tanto en Alemania como en Flandes y en Italia (sobre todo en Venecia en 1495 y luego en 1505-1507), escribió sucesivamente una *Introducción sobre la forma de medir* (1525), un *Tratado sobre las fortificaciones* (1527), y los *Cuatro libros sobre las proporciones del cuerpo humano*, publicados tras su muerte en 1538. Se trata de obras verdaderamente técnicas, pero en las que el autor decía claramente que, según él, esas artes y prácticas perfectamente dominadas antaño por los griegos y romanos fueron «devueltas a la luz tras haber estado perdidas durante mil años».[26]

Paralelamente a esos trabajos de profesionales, se afirmaba y ganaba un gran renombre un género literario pseudohistórico directamente inspirado en la Antigüedad y muy exactamente en las *Vidas ilustres* de Plutarco; este género se puede ilustrar con *De viris illustribus* de Bartolomeo Fazio (1456) y, de nuevo cien años más tarde, por las *Vidas* de Vasari (1550).[27]

Esa literatura erudita, obra de autores de una gran cultura, ampliamente distribuida en su tiempo y en distintos medios, no podía menos que imponerse y proponer modelos. El resultado no consistió solamen-

26. E. Panofsky, «Dürers Stellung zur Antike», *Jahrbuch für Kunstgeschichte* (1921-1922) (trad. ing. en *Meaning in the Visual Arts)*, pp. 236 y ss.
27. G. Vasari, *Les Vies* ...

te en forjar o servir a determinadas reputaciones, o en cantar los méritos de algunas personas, sino también en afirmar ideas claramente definidas sobre la evolución de la producción artística. A esa literatura le debemos los principales caracteres que reconocemos generalmente en el Renacimiento.

Para esos autores, no cabe ninguna duda de la existencia de una ruptura. Todos están de acuerdo en ese punto. Boccaccio habla del genio de Giotto que «devolvió a la luz ese arte que durante tantos siglos había sido ocultado bajo los errores de algunos».[28] Él fue «el primero que, por su *arte* y su *genio*, comenzó a volver hacia la representación exacta el arte envejecido de la pintura que, como consecuencia de la ignorancia de los pintores, se había pervertido y extraviado y, por decirlo de alguna forma, se había alejado puerilmente de la realidad».[29] «Era tal su excelencia que no había nada de lo que produce la naturaleza, madre y operadora de todas las cosas en el curso de la perpetua revolución de los cielos, que él no pudiera pintar con el estilete, la pluma o el pincel, y con tanta veracidad.»[30] Regreso a la naturaleza, admiración por una habilidad desconocida desde hacía mucho tiempo, superioridad técnica de los artistas de ese tiempo en comparación con los de los tiempos de la «ignorancia»...

El «regreso a lo antiguo» o el «regreso a los clásicos» que nos parece la esencia misma del Renacimiento, no se invocó hasta un segundo período, casi un siglo más tarde, esta vez no por parte de los pintores, sino por parte más bien de los escultores y los arquitectos. Hacia 1460 Filarete descubrió las bellezas de los edificios levantados por los florentinos «a la manera antigua» y renegó inmediatamente de todo lo que había visto o incluso concebido hasta entonces. Esos palacios florentinos le hacían pensar constantemente en «esos nobles edificios que se hallaban antiguamente en Roma y en los edificios de Egipto que conocemos gracias a nuestras lecturas».[31] El precursor habría sido, en ese campo, Brunelleschi, que «había resucitado la antigua forma de construir», que «supo estudiar y recuperar la manera excelente y el gran arte que los antiguos demostraron al levantar paredes, así como sus proporciones armoniosas, elegantes y sobrias a la vez, llevadas a cabo sin ex-

28. Boccaccio, *Decamerón*, VI, 5.
29. F. Villani, *De Origine civitatis Florencie eiusdam famosis civibus*, G. C. Galletti, ed., Florencia, 1847.
30. Cf. *supra*, nota 28.
31. Filarete, *Trattato d'archittetura*, A. Finale, ed., 2 vols., Milán, 1972.

cesos o errores», y que «había hecho renacer esa forma de construir edificios que se denomina *a la romana* y *a la antigua* ... mientras que antes que él todos esos edificios era alemanes y modernos».[32] En 1480 Cristoforo Landino exaltaba, por primera vez, a un maestro escultor, Donatello, por su maestría en la traducción de la actitud y los movimientos, en lo que le parecía ver una demostración de un regreso, también en ese campo, a las formas y maneras de los antiguos.[33]

No fue hasta ese momento, o sea ciento cincuenta años después de que Petrarca hablara de Giotto, cuando la admiración por el regreso a las formas e inspiraciones antiguas se unió a la admiración por la habilidad en la reproducción de la naturaleza. Las dos ideas fundamentales del Renacimiento surgieron y, consiguientemente, se impusieron de una forma desigual según la naturaleza de las obras y por razones distintas. Hacia finales del siglo XV, las dos corrientes acabaron por unirse en algunos autores, pero no en todos.

¿UNA SIMPLE PROPAGANDA?

Por la comuna

El artista que volvía a su ciudad natal después de haber realizado trabajos en la corte que le garantizaban la fama, se ponía al servicio del municipio, o de una facción de él, o en todo caso de una corriente de ideas.

¿Debemos ver en ello el origen de una fuerte corriente de inspiración municipal, o incluso directamente partidista, que, en esa época, utilizaba las composiciones pictóricas que se ofrecían a la admiración de las masas para servir a quien se hallara en el poder en aquel momento, para celebrar sus logros y poner a los enemigos en la picota? Tales intenciones no podrían aparecer de una forma más clara de lo que lo hacen en Siena, en el *Buen* y *Mal Gobierno* de Ambrogio Lorenzetti, o en Perugia, en las composiciones políticas del palacio municipal.[34] En todo caso, los florentinos, liberados de la tiranía de Gautier de Brienne en 1343, encargaron rápidamente a Giotto que pintara, en la to-

32. *Ibid.* y A. Di Tuccio Manetti, *Vita di Filippo di ser Brunellesco*, Florencia, 1927, pp. 18-19.

33. E. Panofsky, *La Renaissance* ..., p. 24.

34. J. B. Riess, *Political Ideals in Medieval Arts. The frescoes in the Palazzo dei Priori di Perugia (1297)*, Michigan University Press, 1981.

rre del Palazzo del Bargello, una escena edificante en la que apareciera Gautier de Brienne rodeado de «numerosos animales tan voraces como él mismo».[35] Esas imágenes de infamia, evidentemente más elocuentes que las sentencias de condena y de destierro que simplemente se leían en la plaza pública o que se grababan sobre la *pietra del bando*, eran parte de una política, de la lucha por el poder. El artista hacía su aportación a esa lucha; no sólo obtenía beneficios materiales de un encargo, sino también una posición ventajosa dentro de la ciudad, así como consideración y fama.

Contra la barbarie del norte

El regreso a lo antiguo atestigua la misma voluntad polémica y se inscribe igualmente dentro de un contexto político deliberado, valiéndose de una corriente nacionalista no disimulada. Se trataba de exaltar el genio romano del pasado y, consiguientemente, la herencia que las ciudades de Italia, y Roma en primer lugar, creían haber conservado; una herencia desgraciadamente alterada durante siglos por una gran cantidad de aportaciones extranjeras poco dignas de estima. Después de Petrarca y de sus invectivas contra los papas de Aviñón, los cronistas y los biógrafos de los artistas afirmaron claramente sus intenciones y no se privaron de criticar lo que se había hecho tras la caída del Imperio romano: era la expresión de un combate cultural que echaba las culpas a todos los enemigos, reales o supuestos, de la Roma antigua. Y eso quizá al precio de algunas curiosas distorsiones y utilizaciones de testimonios, o bien de graves errores de interpretación.

Los ataques lanzados entonces de forma a menudo virulenta apoyaron, pues, la condena de los tiempos «oscuros», los que hoy denominamos Edad Media. Esos ataques se dirigieron generalmente en dos direcciones.

De entrada contra los bárbaros, gente del norte que, desde los godos a los lombardos, habían destruido Roma, su paz, sus instituciones y su civilización. De ahí viene, y de un modo más bien paradójico, el favor que esos humanistas le concedieron a Carlomagno, rey de los francos aunque feliz y merecido vencedor de los lombardos. Un escri-

35. G. Villani, *Cronica*, F. G. Dragomanni, ed., 3 vols., Florencia, 1847, lib. XII, cap. 34.

tor como Gianozzo Manetti (1396-1459), autor del tratado *De dignitate et excellentia hominis*, atribuía alegremente a Carlomagno, nuevo emperador tanto «romano» como germánico, una renovación de las formas arquitectónicas que, para la circunstancia, databa unos cuantos siglos antes.[36]

Para todos, dejando a parte la época de Carlomagno, la desaparición del Imperio romano anunciaba una larga era de decadencia provocada inevitablemente, en la propia Italia, por la invasión de formas y tradiciones bárbaras, de pueblos que —y esa es una de las articulaciones esenciales de la argumentación— no sabían nada o casi nada de arquitectura; esas gentes no eran más que albañiles (*muratori*), orfebres o pintores, y construían los edificios a su modo. Bajo su influencia se comenzaron a construir en Italia iglesias y palacios en forma de tabernáculos y de incensarios... según esa moda llegada del otro lado de los Alpes de la mano de los alemanes y los franceses.[37]

Todo el mundo se esforzaba en denigrar esas formas. En una carta dirigida al papa Médicis León X y atribuida a artistas tan célebres en su tiempo, y sin duda igualmente sagaces, como Rafael y Baltasar Castiglione, hallamos estupefactos una explicación del arco apuntado, de invención nórdica. Según esa explicación, los bárbaros habrían empleado de entrada, para la construcción de sus edificios, «árboles vivientes cuyas ramas estaban encorvadas y unidas en lo alto». De ahí ese arco tan particular que esos artistas italianos y sus amigos humanistas consideraban, en el plano estético y quizá también en el plano técnico, muy inferior al arco de medio punto: algunos afirmaban que esos perfiles apuntados eran menos sólidos, menos resistentes a los empujes que los arcos construidos a la antigua, es decir, «a la romana».[38] Un erudito lombardo no dudaba en calificar todo estilo gótico, inspirado en el norte, de *incredibile galliche folle*.[39]

Los autores italianos acreditaron así la idea de una «barbarie» que, desde el final del Imperio romano y hasta sus días, habría trastornado, destruido o envilecido constantemente la herencia de una civilización brillante, la de la Roma antigua. De ahí llegó la llamada a un regreso a lo clásico que otros, recuperando ese espíritu mucho más tarde, deno-

36. Manetti, *Vita di ...*, pp. 78 y ss.
37. Filarete, *Trattato ...*, XIII, p. 428.
38. E. Panofsky, *La Renaissance ...*, p. 26.
39. M. Borsa, «Pier Candido Decembrio e l'Umanesimo in Lombardia», *Archivio Storico Lombardo* (1893).

minaron Renacimiento. Todo lo que procedía del otro lado de los Alpes, todo lo «alemán» (los teóricos humanistas escribían más bien *tedesco* que *gotico*), se podía rechazar como bárbaro y decadente.

Contra los griegos de Bizancio

Los mismos autores humanistas y críticos de arte procuraban hablar poco de la herencia griega que aparentaban conocer mal o despreciar. Cubrían de silencio siglos enteros cargados de historia y numerosos monumentos insignes. ¿Se trataba de una mala información, de ignorancia, o acaso la documentación era todavía demasiado escasa? Sin duda nada de eso... Los testimonios de la civilización griega se conocían perfectamente en Occidente, y particularmente en Italia, gracias a todo tipo de intercambios, de informes, de viajes de mercaderes o de intelectuales, y gracias a una gran cantidad de contactos humanos.

Desde los últimos años del siglo XIV, numerosos eruditos, filósofos y hombres de letras llegados de Constantinopla o de Creta enseñaban la lengua, la literatura y la filosofía de la Grecia antigua en las ciudades de Italia; Crisolora, «noble y letrado de Constantinopla», obtuvo una cátedra de griego en la Universidad de Florencia en 1396, y Jorge de Trebisonda, encargado de la enseñanza en la escuela de la cancillería ducal de Venecia, dedicó al dux su traducción de las *Leyes* de Platón. Las visitas a Occidente de los dignatarios de la iglesia oriental, las de los propios emperadores, y las largas estancias del patriarca, de los obispos y teólogos de la iglesia ortodoxa durante el concilio para la Unión de las Iglesias (1438-1439), habían ampliado y profundizado esos contactos. En Venecia, y luego en Ferrara y sobre todo posteriormente en Florencia, esos griegos hicieron admirar durante muchos meses su liturgia, participaron en interminables debates, y desfilaron en largas procesiones por la ciudad. Muchos de ellos permanecieron en Roma al servicio del papa; Bessarion, arzobispo de Niza, se convirtió en cardenal de la iglesia romana, legado pontificio en Alemania, y cedió su magnífica biblioteca traída de Oriente a la ciudad de Venecia.

En 1430-1450, precisamente en el momento en que los humanistas italianos disertaban sobre la excelencia de los artistas que eran «grandes imitadores» de Roma, Ciriaco de Ancona, mercader, viajero y humanista, multiplicó sus investigaciones en el mundo griego, desde Atenas a Asia Menor y a las islas del Egeo. De sus expediciones a veces

arriesgadas, de sus visitas a numerosos yacimientos arqueológicos célebres, ese pionero infatigable regresaba con numerosos objetos «curiosos» que luego regalaba... o con los que comerciaba; pero también redactaba informes de excavaciones y de observaciones.[40]

Se trata claramente de un rechazo. La exclusiva en favor de Roma resulta de una actitud deliberada para dejar Grecia a un lado y, en definitiva, de una toma de posición guiada por intenciones propiamente políticas, reflejos una vez más de un sentimiento ampliamente compartido que buscaba sus raíces en un pasado antiguo y que se había consolidado en el transcurso del tiempo. Para los hombres de Occidente y en Italia de una forma más virulenta que en los demás lugares, Grecia no era la madre de Roma sino la enemiga. Los caballeros de Occidente se consideraban herederos de los troyanos masacrados por los griegos. Roma nació del exilio de Eneas. En la época de las Cruzadas, esa hostilidad, agravada todavía más por el cisma oriental, se hizo evidente. La toma de Constantinopla en 1204 por parte de los cruzados procedentes de Champagne, Borgoña y Flandes, con la poderosa ayuda de los venecianos, de sus naves y de su maquinaria de sitio, no fue en absoluto una desviación sino que, al contrario, se inscribe dentro de una serie de enfrentamientos. La proclamación de un emperador franco y de un patriarca veneciano en Constantinopla marca simplemente el fin de un largo proceso de conflictos entre dos mundos antagónicos; conflictos que se alimentaban a menudo de deseos de revancha por antiguas querellas.

Las perfecciones de la Grecia antigua se ignoraron voluntariamente. Hablar de *griego*, de *maniera greca*, equivalía, para nuestros autores de Italia, a evocar no el arte del tiempo de Pericles sino el arte de Bizancio y de sus provincias. Todo lo procedente de Bizancio parecía malo y despreciable; los nuevos griegos eran «tan bastos y groseros como los antiguos habían sido hábiles y competentes».[41] La expresión *maniera greca* solamente se empleaba para designar obras de un estilo pasado de moda, anticuado, sin interés real. Se cumplimentaba a Giotto por haber «devuelto el arte de la pintura del griego al latín y por haber dado luz de ese modo a un arte nuevo».[42] La misma opinión iba a

40. J. Colin, *Cyriaque d'Ancône*, París, 1981.

41. Ghiberti, *I Commentari*, J. V. Schlosser, ed., Berlín, 1912, pp. 5-6.

42. Cennino d'Andrea Cennini Da Colle Di Val d'Elsa, *Il libro dell'arte*, D. V. Thompson, ed., New Haven, 1893, II, p. 2.

prevalecer durante siglos, igualmente deliberada, y en definitiva igualmente sectaria: según Vasari (1550), las artes comenzaron a rebrotar desde el momento en que se renunció a imitar a «los griegos» (es decir, a los artistas de Bizancio).

En definitiva, esos escritos, didácticos o biográficos, que sin duda forjaron la idea de una ruptura decisiva con el pasado y que, por consiguiente, contribuyeron ampliamente a difundirla y a acreditarla, parecen estar en una feliz armonía con su tiempo; se insertan en él a la perfección. Son las obras de hombres comprometidos, que se esforzaron por servir a una empresa, a una fama: manifestaciones de un nacionalismo que quiere excluir todo lo que recuerda a las influencias extranjeras; que no ignora sin duda la existencia de otros focos artísticos que el suyo, pero que se niega a darlos a conocer, e incluso los cubre de un rudo desprecio. Esos humanistas, e incluso esos artistas-escritores, que evidentemente sabían muy bien lo que se hacía en otros lugares, que recibían noticias y visitas, solamente hablaban de buen grado de los italianos, romanos y toscanos sobre todo; y nunca, o raramente, de los flamencos, los alemanes o los franceses. Ello es el reflejo claro de un apriorismo. Nosotros hemos aceptado su herencia y, quizá inconscientemente, hacemos nuestros juicios de valor manchados de parcialidad.

Se mezclan el nacionalismo, un espíritu exclusivista en algunos casos, el servicio del príncipe para muchos, pero, al mismo tiempo, el placer de considerarse miembro de un círculo de iniciados. Esos autores, que seguimos generalmente como si fueran oráculos, no fueron muy numerosos; no escondían su deseo de desmarcarse de los hombres corrientes. A menudo, osaban erigirse en los únicos capaces de contemplar y de juzgar obras de más difícil acceso que las imágenes «vulgares» que se ofrecían a las masas de creyentes; las obras que gozaban del favor de los sabios se cargaban de símbolos esotéricos y, en todo caso, seguían reglas de composición rigurosas que sólo podían descubrir los espíritus superiores. Boccaccio no dejó de denunciar los errores de los pintores anteriores a Giotto «que pintaban para agradar a los ojos de los ignorantes y para ganar dinero más que para satisfacer la inteligencia de los sabios».[43] Y, se decía, el mérito de Giotto fue precisamente haber dibujado una Virgen «cuyas bellezas confunden a los maestros del arte pero

43. Boccaccio, *Decamerón*, VI, 5.

que los ignorantes no pueden captar». La inteligencia triunfa por encima de la ignorancia: he aquí un tema preferido de esos cenáculos...

Durante casi dos siglos (entre 1350 y 1550 aproximadamente), en el transcurso de esa larga gestación que conoció la afirmación de juicios definitivos que recuperamos ahora por nuestra cuenta, las intenciones políticas y los esnobismos de intelectuales ligados por amistad, por interés o por connivencia, se unieron y afianzaron para trenzar coronas y establecer famas. No fue en definitiva nada excepcional: este proceso es muy corriente en todos los tiempos. Pero en este caso, que tanto éxito ha tenido, no traduce en absoluto un amplio consenso y las elecciones solamente representan el parecer de un grupo restringido, a fin de cuentas sin mandato ni competencias particulares, que, en algunos medios elitistas, se autoatribuyó la capacidad de juzgar mejor que los demás hombres de su tiempo.

4. EL RENACIMIENTO, GÉNESIS DE UN MITO

EN BUSCA DE LAS PALABRAS: LAS INCERTIDUMBRES

La historia de una reputación nunca es fácil de seguir. La fama vinculada a esa producción artística calificada de «Renacimiento», muy extendida en el tiempo, a menudo apreciada de formas diversas y a veces caótica en sus manifestaciones, todavía no puede, a pesar de un número considerable de artículos críticos o de exégesis, apoyarse sobre jalones sólidamente plantados.

En ese campo de la investigación, el examen de las palabras merece sin duda una atención especial, puesto que esas palabras, ya sean lanzadas por el azar de una pluma o bien escogidas deliberadamente, conllevan a la fuerza un mensaje y acaban por suscitar una convicción.

En la época de los humanistas italianos no existía una gran preocupación por definir de una forma rigurosa, ampliamente seguida por todos, esa época de gran renovación que ha sido objeto de tantas alabanzas. En ese campo, la utilización de las palabras estuvo durante mucho tiempo cargada de incertidumbres, y en la época de Vasari seguía reinando una enorme confusión que ni él mismo logró aclarar. La palabra «moderno» designaba según algunos el período que nosotros denominamos medieval, y por lo tanto el período del oscurantismo por oposición a lo antiguo; según otros, en cambio, lo moderno se aplicaba a los tiempos de la luz, es decir, a partir de Giotto. *Antico* podía referirse al pasado romano, pero también a un pasado más reciente. Vasari quería distinguir la *maniera antica*, la de la Antigüedad, de la *maniera greca*, que no era la de los griegos antiguos sino la de los bizantinos; y esa *maniera greca* correspondía, en el campo de la pintura, a la *maniera tedesca* en lo referente a la arquitectura. De ese modo seguían existiendo incertidumbres o ambigüedades, y algunas palabras, especialmente la palabra «moderno», acabaron por ser simplemente incomprensibles.

Más de doscientos años después de Petrarca y de Boccaccio, y aunque tenía la ventaja de una notable perspectiva en el tiempo, Vasari tuvo que lanzarse a diversas acrobacias y tuvo que usar rodeos que no forzosamente aclaraban más las cosas: *quella maniera moderna*, o todavía mejor, *quella terza maniera che noi vogliamo chiamare la moderna.*[44]

Ninguna palabra clave logró imponerse. La única preocupación consistía, pues, en evitar confusiones al acumular precisiones en la escritura que, naturalmente, hacían el discurso más farragoso: *buona maniera moderna* lindaba con *buona maniera moderna greca antica*, o incluso con *moderno glorioso*. Si Vasari escribió, parece ser que solamente en una ocasión, *rinascita dell'arte*, lo hizo a vuelapluma, para expresar una admiración, un juicio de valor, sin ninguna otra intención. La palabra Renacimiento no aparece en los textos italianos hasta finales del siglo XVI. Hasta entonces, solamente hallamos una expresión similar, y dentro de un contexto particular, en un esbozo de los *Cuatro libros...* de Durero, escrito en 1532; la palabra es exactamente *Wiederwachsung* y se hace difícil precisar a qué se refiere. ¿Se trataba de un regreso a las fuentes? ¿O bien de un resurgimiento?[45]

Posteriormente, en Inglaterra, en Alemania y en Francia, nos hallamos ante una floración de palabras diferentes, inciertas o ambiguas, que insisten sobre todo en el concepto de despertar, en la calidad y la admiración que deben inspirar, sin querer, de ningún modo, calificar una época entera ni tan sólo una escuela artística en su conjunto. En la década de 1670, un autor francés, biógrafo de los «artistas antiguos y modernos», seguía todavía a Vasari e investigaba sus palabras; escribía que en Italia, en la época de los humanistas, el arte «se había renovado», se había «puesto al día» y, en definitiva, que a partir de Cimabue y de Giotto «la pintura comenzó a renacer».[46] Lo cual no significa gran cosa...

¿UN LARGO SILENCIO? ¿UN LARGO OLVIDO?

De hecho, la idea de un Renacimiento tal como lo concebimos en nuestros días, para designar no la novedad particular de una obra defi-

44. Enfoque muy interesante de E. Panofsky, *La Renaissance ...*, pp. 33-34.
45. *Ibid.* y p. 50, nota 93.
46. Félibien des Avaux, *Entretien sur les vies et sur les ouvrages des plus excellents peintres anciens et modernes*, 5 vols., París, 1666-1668. Citado por W. K. Ferguson, *La Renaissance ...*, p. 69.

nida, sino el conjunto de la producción artística y luego literaria o incluso filosófica de una época y, finalmente, esa época en sí misma, dotada de una personalidad propia, es una creación muy tardía. Esa idea no se consolidó hasta los años 1830-1850.

Así, en el momento en que se impuso en la lengua y en los espíritus ese Renacimiento como una realidad verdaderamente histórica, habían pasado más de cinco siglos desde la época en la que los autores de corte de Italia se habían esforzado por acreditar la idea de vivir unos años excepcionales, en total ruptura con un pasado de oscurantismo y de mediocridad. En el transcurso de ese larguísimo intervalo, las convicciones y las teorías de esos humanistas italianos no siempre gozaron de tal fortuna. Al contrario. Entre la época en que Petrarca o Boccaccio ensalzaban las excelencias de Giotto, y el Renacimiento de los libros de historia del arte del siglo XIX, se intercalan largos olvidos, cuestionamientos o como mínimo dudas.

Es cierto que todavía dos siglos después de Petrarca, Vasari recuperaba por su cuenta, en sus *Vidas de artistas ilustres*, las afirmaciones y los juicios de valor de sus predecesores. Ese sentimiento era entonces ampliamente compartido en los distintos países de la Europa occidental, o en los más próximos por lo menos; los países que por las corrientes comerciales o por los avatares de la guerra mantenían una relación habitual con Roma o Florencia; los países que todavía no manifestaban un nacionalismo muy marcado y que aceptaban esa forma de dependencia. Los artistas italianos eran apreciados, solicitados y acogidos de buen grado en la corte de Francia y en las ciudades de Castilla; algunos se instalaron en el extranjero y conocieron una gran fama, manteniendo con su sola presencia, y con sus obras o sus escritos, esa reputación que nadie a su alrededor osaba poner en tela de juicio.

La época de las «luces»: Roma ante todo

Los historiadores o «filósofos», los arquitectos y los que ya podríamos calificar de críticos de arte de la época «clásica», tanto en Inglaterra como en Francia, no dejan de manifestar sus gustos y de marcar sus preferencias, o sus rechazos en todo caso. Todos, exceptuando muy raras excepciones, expresan juicios muy duros sobre ese arte medieval que califican generalmente de gótico. Sus observaciones, inapelables, eran exactamente las mismas que las de los humanistas italianos de an-

taño. No se cansaban de recordar que ese arte mediocre, eminentemente «bárbaro», había nacido sobre las cenizas de Roma, de su imperio, de su civilización; era un arte de conquistadores, impuesto por tribus casi primitivas que pisoteaban culturas infinitamente superiores a las suyas:

> Tras la irrupción y la invasión por parte de esos pueblos feroces llegados del norte y de los moros y de los árabes llegados del sur y del este, que asolaron el mundo civilizado, en todas partes donde se establecieron comenzaron a corromper ese arte noble y útil de los romanos; y, en el lugar de aquellos bellos órdenes ... elevaron pilares débiles y mezquinos, o más bien gavillas de picas y de otros elementos incongruentes destinados a soportar pesos desmesurados.

Los mismos autores nos decían también que los maestros albañiles de esos tiempos de barbarie,

> aunque no estaban desprovistos de una gran habilidad técnica ... desorientaban la vista más que llenarla y no producían un placer razonable ... dispersaban y dividían el ángulo de visión y lo confundían tanto que no se puede deliberar, ante tan poca consistencia, por dónde comenzar y por dónde acabar, alejándose de ese aire noble y de esa grandeza ... que los Antiguos habían establecido con tanta conveniencia y excelencia.[47]

Por su parte, Montesquieu escribía que, en esa arquitectura gótica, «la confusión de los ornamentos fatiga por su pequeñez ... de forma que disgusta por los elementos que precisamente se han elegido para hacerla agradable» y «que un edificio de orden gótico es una especie de enigma para los ojos que lo ven», que «el alma se halla confusa como cuando se le presenta un poema oscuro».[48] Y Goethe confesaba, antes de haber podido contemplar la catedral de Estrasburgo: «por lo que había oído, yo era un enemigo declarado de las arbitrariedades de los ornamentos góticos. Bajo el concepto "gótico" acumulaba todos los errores que se cometen generalmente sobre el sentido de ese término; me venían a la imaginación calificativos como indeterminado, desordenado, antinatural, sin unidad o sobrecargado».[49]

47. J. Evelyn, *Account of Architects and Architecture*, 1697. Citado por A. O. Lovejoy, *Le Gothique ...*, pp. 10-12.
48. Montesquieu, *Esquisse sur le goût* ... Citado *ibid.*, pp. 18-19.
49. Citado *ibid.* p. 25 y p. 54, nota 20.

En la época de las Luces, o incluso del prerromanticismo, se impuso un sólido consenso; todos aquellos que se sentían autorizados para decidir y todos aquellos que determinaban la moda, condenaban el arte de la Edad Media. Sin embargo, no parece que, en esa misma época, los expertos y los mecenas, o los escritores enterados de los gustos del momento, hayan cantado unánimemente los méritos de los pintores o escultores italianos, de Giotto a Leonardo, o de Donatello a Miguel Ángel. Un gran número de franceses iba a Roma para aprender quizá otras técnicas, o más bien para buscar otros temas de inspiración y sobre todo otros decorados; pero aunque algunos por lo menos manifestaran un interés pronunciado por lo «antiguo», por los paisajes y los marcos arquitectónicos que evocaban reminiscencias literarias, no les vemos apenas utilizar los modelos del Renacimiento.

Aunque los autores exaltaban entonces las bellezas y los genios de las civilizaciones antiguas, de Grecia en particular, no hacían prácticamente referencia a las artes de Italia del Trecento o del Quattrocento. Cuando La Bruyère se felicita de que se haya «abandonado enteramente el orden gótico que la barbarie había introducido en los palacios y los templos» y de que se hayan «recuperado los órdenes dórico, jónico y corintio»; cuando destaca que «han transcurrido tantos siglos antes de que los hombres hayan podido volver, en las ciencias y las artes, al gusto de los Antiguos, y recuperar en definitiva lo simple y natural»,[50] está soñando con Francia y con el siglo de Luis XIV, no con un Renacimiento italiano cuya existencia parece ignorar o que no le parece digno de ser mencionado.

Las *Vidas*, escritas por Bartolomeo Fazio o por Giorgio Vasari, que fueron tan célebres en la época de los grandes entusiasmos, ¿acaso se han vuelto a publicar a menudo? La obra monumental de Vasari solamente se podía dirigir a un público de curiosos perfectamente enterados y su continuación exigía la certeza, o como mínimo la esperanza, de obtener cierto éxito. Sin embargo, esas *Vidas*, cuya edición original en su versión retocada y completada data de 1568, no se volvieron a editar hasta 1759, dos siglos más tarde: he aquí un largo silencio que podríamos interpretar como un signo de indiferencia... La primera edición francesa, por cierto incompleta (faltaban tres volúmenes), data de 1803; la alemana de 1832 y la inglesa de 1850-1853.

Es verosímil pensar que la preeminencia de esos italianos del Renacimiento no se volvió a aclamar hasta muy tarde, durante los prime-

50. *Ibid.*, pp. 19-20.

ros decenios del siglo XIX. De alguna forma, se han redescubierto tras un largo olvido.

Los signos aparentes de una toma de conciencia se limitan de entrada a palabras y a fórmulas. Los vemos surgir, al principio aislados, luego más numerosos y finalmente triunfantes, pero, como ocurre a menudo en esos casos, seguimos siendo incapaces de datar su origen exacto: ¿fueron acaso la iniciativa de un autor inspirado?, ¿la secreción de un círculo de eruditos?, ¿o bien fueron fruto de una lenta maduración, o de un simple azar?

Según Huizinga,[51] la primera cita de la palabra Renacimiento se hallaría en una novela de Balzac, *Le Bal de Sceaux*, escrita en 1830: la heroína, Émilie de Fontaine, «espiritual y nutrida de todo tipo de literatura ... discutía con soltura sobre la pintura italiana y flamenca, sobre la Edad Media o sobre el Renacimiento». La intención parece clara: se trataba de calificar un período histórico, un conjunto de obras. Que Balzac se expresara de ese modo sin ninguna precaución en una novela destinada a un público amplio, implica que la idea o incluso el uso de esa palabra ya se habían consolidado más allá de unos pocos cenáculos de críticos.

¿Se trataba de una invención francesa y, en este caso, parisiense? El novelista inglés Anthony Trollope (1815-1882), en una de sus primeras obras, habla del «estilo del Renacimiento, tal como los franceses quieren denominarlo» (*Summer in Britanny*, 1840).[52] En todo caso, esa palabra se impone a partir de entonces en todos los países y en todos los registros de la escritura. El pastorcillo, «bello como un san Juan Bautista de los pintores del Renacimiento», de George Sand aparece como un cliché que todo el mundo reconoce y acepta. Luego fueron Ruskin (*Stones of Venice*, 1851), Michelet (*La Renaissance*, 1855), y finalmente las obras decisivas de Jacob Burckhardt (1819-1897) que, en 1867, adoptó la palabra francesa sin tan siquiera buscar una traducción: *Die Kultur der Renaissance in Italien* y *Geschichte der Renaissance in Italien.*

Esos son, para ceñirnos a los más representativos, los hitos de un proceso que acabó por crear un concepto. El detalle de las distintas corrientes de influencia, de las génesis y de los refuerzos, el papel de las personalidades o de las escuelas filosóficas no se disciernen con fa-

51. J. Huizinga, «Das Probleme der Renaissance», en *Wege der Kulturgeschichte*, pp. 89 y ss.

52. E. Panofsky, *La Renaissance ...*, p. 41, nota 11.

cilidad.[53] Sin embargo, dos puntos merecen estudiarse con mayor detenimiento: por un lado, el hecho de que ese nuevo entusiasmo por ese arte italiano, lejos de ser compartido por unanimidad, entraba en competencia con otras modas, otras simpatías y en particular con un nuevo interés por el gótico medieval, interés que sostenía cierta nostalgia «romántica» o un nacionalismo muy consolidado; y por otro lado, la pregunta de si los alegatos en favor de ese Renacimiento italiano estaban verdaderamente generados por una admiración fuerte y exclusiva hacia las obras, o más bien por una disposición de espíritu que les llevaba a identificarse con los hombres de esa época, o en todo caso con la imagen que se hacían de ellos.

El neogótico, expresión de los nacionalismos (siglo XVIII)

Desde el decenio de 1700, en los países del norte y más concretamente en Inglaterra y en Alemania, aunque también en menor medida en Francia tanto en la corte como en las ciudades, los hombres de letras, aristócratas o burgueses, demostraban un gran interés por las formas del gótico, de lo «medieval». Ese redescubrimiento (*gothic revival*) parece muy anterior al descubrimiento del Renacimiento y fue sin duda apreciado por un amplio público durante varias generaciones. El arte gótico, sobre todo en sus aspectos arquitectónicos y ornamentales, tan duramente vilipendiado tan sólo poco tiempo antes, recibía ahora todo tipo de favores. En 1720-1730 ese movimiento ya se había manifestado en algunos aspectos en Inglaterra, de entrada en el mobiliario, los decorados de las ventanas y las puertas, las dependencias (caballerizas, graneros, bodegas) de las casas señoriales, y hasta en una «sala de billar gótica» y una «arena gótica destinada a las luchas de gallos». Algunos años más tarde, los lores ingleses mandaban restaurar sus castillos en el mismo estilo. En 1742, Batty Langley (1696-1750) publicaba una primera obra (*Ancien Architecture Restaured*) en la que emprendía la tarea de conciliar, mediante un proceso curioso pero con algunos argumentos interesantes, el arte medieval con los órdenes antiguos; en 1747 salía de la imprenta su *Gothic Architectural Improved by Rules and Properties* que citaba los nombres de ciento catorce «bienhechores de

53. W. K. Ferguson, *La Renaissance ...*, en particular los últimos capítulos, pp. 128 y ss.

la restauración de la arquitectura sajona»; aquí, el abanico social, desde los duques y condes hasta los simples artesanos, atestiguaba una moda sólidamente implantada. Langley se atrevía a escribir que «los mejores edificios góticos superan con mucho en magnificencia y en belleza todo lo que habían hecho los griegos y los romanos». Otros autores, aficionados instruidos, a menudo terratenientes y propietarios de parques y jardines, siguieron con entusiasmo los encantos y los méritos de ese gótico medieval, proclamándolos en contra de un conformismo «clásico» que había sido aceptado durante tanto tiempo; son los casos de Sanderson Miller (1716-1780) y William Shenstone (1714-1763).

Esa fuerte corriente, animada sin duda por un nacionalismo apenas moderado, y consiguientemente por un regreso a todo lo que podía evocar un fondo «sajón», se apoyaba también sobre un gusto pronunciado por la naturaleza más o menos controlada, por las grandes frondosidades, los jardines y las rocallas, por las ruinas y las grutas. Un gran número de historiadores, preocupados por mostrar los orígenes, según ellos «bárbaros», de ese arte gótico, afirmaban de buen grado que los arquitectos de la Edad Media se habían inspirado constantemente, tanto en lo referente a las estructuras como en lo referente a los ornamentos de sus edificios, en los grandes bosques de los países de sus antepasados. Ya en 1724 William Stukeley (1687-1785), animador de la Society of Antiquarians, apasionado del druidismo, que mandó hacer vidrieras góticas en un templo consagrado a la diosa Flora situado en su jardín, citaba, como un perfecto ejemplo de bellos ornamentos arquitectónicos, el claustro de la catedral de Gloucester, «puesto que se había tomado la idea de una avenida de árboles, cuyas copas entrelazadas se imitan en las bóvedas de una manera curiosa». William Warburton (1698-1779), obispo de esa misma catedral, analizaba con mayor profundidad y no dejaba de invocar las herencias decisivas de un pasado bárbaro:

> esos pueblos nórdicos estaban acostumbrados a adorar a la divinidad en el corazón de los bosques ... Cuando su nueva religión exigió la construcción de templos, decidieron ingeniosamente hacer que se parecieran a los bosques, tanto como les permitiera la distancia de la arquitectura ... nadie ha contemplado jamás de forma minuciosa una avenida de grandes árboles que entrelazan sus ramas en lo alto, sin que ello le haya hecho soñar con la elevada perspectiva que ofrecen las catedrales góticas.[54]

54. A. O. Lovejoy, *The first gothic ...*, pp. 33-35.

Para analizar las particularidades de ese arte gótico, para hallar en él un sentido y distinguir sus influencias fundamentales, los ingleses del siglo XVIII volvían, pues, con pocas variantes, a las teorías emitidas trescientos o cuatrocientos años antes por los humanistas italianos responsables de la idea del Renacimiento. Pero lo que para éstos no eran más que objetos de burla y de desprecio, adquirió ahora virtudes nobles; y esa forma de apreciar un arte esencialmente bárbaro siguió vigente hasta los primeros decenios del siglo XIX, cuando algunos comenzaron a hablar de la superioridad del arte italiano del Trecento o del Quattrocento.

En Francia, en la época del redescubrimiento de los inestimables talentos de los pintores del Renacimiento, es decir, en los años 1810-1820, no todas las miradas eran de admiración hacia Italia. Lejos de ello. Los novelistas y los poetas, los dramaturgos de la era «romántica» francesa, manifiestan a menudo un gusto pronunciado por los tiempos góticos, por las arquitecturas y las decoraciones complicadas, por esas expresiones de arcaísmo que, como en Inglaterra, parecen entonces el reflejo de una cultura propia, no importada de allende los montes, sino casi «nacional». En cuanto a las influencias y a las lecciones llegadas del extranjero, estamos en el momento en el que los aficionados se interesan apasionadamente por España y se contagian de una «hispanomanía», una moda reciente que se impone como una gran novedad. Los pintores españoles parecían casi desconocidos todavía a principios del siglo XIX. El *Joven mendigo* de Murillo, comprado por Luis XVI en 1782, seguía siendo la única obra española de las colecciones reales. Las telas capturadas por los ejércitos napoleónicos solamente se exponían en galerías privadas o fueron restituidas en 1815. Pero a partir de 1816 Quillet publicó su *Dictionnaire des peintres espagnols*, y la misión del barón Taylor, entre 1835 y 1837, que permitió abrir un Museo español en las salas del Louvre, suscitó grandes entusiasmos; diversas colecciones puestas a la venta se vendieron a precios elevados y se mandaron editar nuevos catálogos.[55] Al visitar los conventos de Castilla creyendo poder realizar fructuosas adquisiciones, Théophile Gautier, víctima complaciente de esa admiración, tuvo que constatar, triste y amargado, que los cuadros más bellos ya habían desaparecido.[56] Los autores, aficionados y críticos

55. I. Hampsel Lipschutz, *Spanish Painting and the French Romantics*, Harvard University Press, 1972.

56. T. Gautier, *Voyage en Espagne*, J.-C. Berchet, ed., Garnier-Flammarion, París, 1981 (hay trad. cast.: *Viaje por España*, J. Batlló, Barcelona, 1985).

de arte dirigían entonces sus intereses y su admiración tanto hacia España como hacia la Italia del Renacimiento.

EL «HOMBRE DEL RENACIMIENTO»: UNA MODA, UN MANIFIESTO

Es sin embargo en ese contexto cultural en el que nació y luego se propagó en Europa la idea de una indiscutible superioridad de ciertos artistas italianos. Al principio, los responsables fueron algunos escritores viajeros que se afirmaban capaces de distinguir los verdaderos valores artísticos y que proclamaban muy alto sus veredictos. También en ese caso se trataba de una cuestión de «escuela», y, como en la época de Petrarca y de Boccaccio, de pequeños grupos que dictaban una moda asegurando su fama.

Ya existía un germen de esa idea en algunos pasajes de la *Historia de la pintura en Italia*, publicada en 1817 por Stendhal y firmada solamente con sus iniciales (H.B. = Henri Beyle). La obra, reeditada en 1825, esta vez bajo su nombre literario, y luego en 1834 y en 1854 tras su muerte, no se presentaba como un estudio crítico original, fruto de análisis personales o de investigaciones científicas. No era más que la versión francesa de textos recogidos en sus visitas y lecturas; Stendhal no lo escondía y convenía en que, «de veinte páginas, por lo menos diecinueve eran traducciones del italiano». Había sobre todo plagiado o ampliamente copiado la *Storia pittorica dell'Italia* de Luigi Lanzi, editada en 1789 y una notable obra de referencia.

Sin embargo, Stendhal iba, en unas pocas páginas, más allá de las descripciones y de las biografías; su *Historia* está cargada de reflexiones personales que le llevan a definir lo que denomina un «bello moderno» y a indicar claramente sus preferencias. Habla de progreso, de perfeccionamiento de la pintura, de Giotto a Leonardo da Vinci, y coloca efectivamente a Leonardo en una especie de cima jamás igualada, consagrándole largas y entusiastas páginas. Su libro tuvo escaso éxito y sólo halló un público reducido, aunque selecto y capaz de amplificar.

Esa admiración por una escuela, por una época, no se basaba únicamente en la calidad de las obras, en su inspiración antigua más o menos afirmada, ni tan sólo en una perfección técnica cualquiera en la representación de las formas y de las perspectivas. Para Stendhal y sus semejantes, esos artistas del Renacimiento eran los testigos, o aun mejor, los símbolos, de una civilización y de un espíritu. La idea flotaba en

el aire; para cierto número de autores, se trataba de una elección manifiestamente subjetiva y, en el pleno sentido de la palabra, de una simpatía. Vivían con los héroes de esa época y se identificaban con ellos; se deleitaban en crónicas, novelas, melodramas sombríos que a veces rayaban en lo ridículo, que describían asesinatos, venganzas, crímenes con hierro candente o con veneno, raptos de monjas: en definitiva, pasiones exacerbadas, amores y celos. Los escritores más célebres habían prestado su talento a esa literatura, pura invención pero revestida generalmente con un toque histórico tomado en Italia: Byron (*Marino Faliero* en 1820 y los *Dos Foscari* de 1821); luego Stendhal mismo (*Crónicas italianas*), Balzac (*Facino Cane* y *La confidencia de los Ruggieri*, ambas de 1836), y Victor Hugo (*Lucrecia Borgia* de 1833 y *Angelo, tirano de Padua* de 1835). Estos cuentos extravagantes, teñidos incluso de brujería y de magia negra, de crueldades malsanas, les procuraban «un estremecimiento estético» que creían de gran calidad. Todos se apasionaron por una época que consideraban turbulenta, conducida por hombres fuertes, libres de toda restricción; por una época «marcada por el sello de la irreligión, la violencia, las pasiones y los crímenes *contra natura*».[57]

En 1829 apareció una nueva edición de la *Vida* de Benvenuto Cellini, héroe «que respondía maravillosamente a la idea que se quería tener del Renacimiento italiano, por oposición al oscurantismo clerical».[58] Ese hombre no tiene, en efecto, todas las cartas para complacer: estafas, abusos de confianza y raterías, asesinatos y corrupción... Su *Vida*, escrita por él mismo, no es más que una serie de aventuras rocambolescas, en algunos casos inventadas, y de alegatos *pro domo*. De todos modos, Cellini, nacido en 1500, no pertenece en absoluto a ninguna de las generaciones que generalmente han sido célebres como características del Renacimiento; llega demasiado tarde y, en relación con los grandes artistas de la época, se situaría más bien, como un pequeño maestro, al final del período. Pero eso qué importa... Cellini encarnaba un ideal.

Stendhal fue uno de los primeros que hizo suyo ese ideal. La *Introduction* de su *Histoire de la peinture en Italie* es una especie de himno a la pasión que «busca satisfacción» y a la violencia; bajo el pretexto de

57. W. K. Ferguson, *La Renaissance* ..., pp. 122-123.
58. R. Beyer, prefacio a la edición de la *Vie de Benvenuto Cellini écrite par lui-même*, Juillard, París, 1965, p. 8.

evocar el marco sociocultural de Florencia en el Quattrocento, utiliza gran cantidad de episodios dramáticos, de intrigas oscuras y de crímenes de sangre. Cellini y los caracteres fuertes de su tiempo (o aproximadamente de su tiempo...) como los papas Alejandro VI y Julio II, César Borgia, Francesco Sforza y los Médicis, los príncipes y cardenales, todos esos hombres admirables por su «genio», se unían a César y a Napoleón en el panteón de las glorias.

Aproximadamente treinta años más tarde, ese entusiasmo sigue siendo de buen tono y Jacob Burckhardt lo sigue cultivando. Reconoce, evidentemente, que Benvenuto Cellini «sólo se revela como artista consumado en el género decorativo y es inferior a muchos de sus coetáneos, si le juzgamos por aquellas de sus obras que nos han llegado»; pero no se cansa de admirar al hombre: «la impresión que produce esa naturaleza violenta, enérgica y completa, hace olvidar todo lo demás ...»; y luego: «Benvenuto es un hombre que lo puede todo, que se atreve a todo y cuya medida sólo está en sí mismo».[59]

Burckhardt, «dotado de una integridad de carácter ascética», inseguro de sus propias elecciones a medida que proseguía sus lecturas y profundizaba en sus reflexiones, acabó por desdecirse, o casi. Tras un primer volumen consagrado solamente a la arquitectura, dejó inacabada su *Historia del arte del Renacimiento*, en la que había trabajado durante mucho tiempo, y rechazó volver a tratar el tema, afirmando «que esa época se le había convertido en una extraña».[60] Sin embargo, se había dado el impulso irresistible; esa obra, de ese modo abandonada y que su autor habría reconsiderado ampliamente de haberla terminado, conoció un éxito extraordinario. Sus intenciones e impulsiones siguieron igualmente vivas y sus opciones siguieron deliberadamente muy marcadas: exaltación del hombre de acción, del héroe y de sus audacias; en definitiva, del individualismo que permitía a cada talento expresarse plenamente; y además, identificación de una época, de una civilización, de un medio cultural, geográfico, o incluso étnico para algunos, de un genio propio. Todo ello se vuelve a encontrar, a veces manifiestamente acentuado y orientado en determinadas direcciones, en los autores que han transmitido el mensaje y han fijado las elecciones. Lo vemos por ejemplo en Hippolyte Taine (*Filosofía del arte en Italia*, 1866), que de una forma decidida, al precio de repeticiones farragosas,

59. J. Burckhardt, *La Civilisation de la Renaissance en Italie*, p. 9.
60. W. K. Ferguson, *La Renaissance ...*, p. 171, nota 6.

insistía en el concepto de medio sociopolítico y vinculaba estrechamente las creaciones artísticas y culturales con ese medio; para él, el medio sociopolítico del Renacimiento era, por excelencia y como por definición, perfectamente apto para forjar indiscutibles obras maestras. Lo vemos también en Gobineau (*El Renacimiento*, 1877), que, en una serie de escenas historiadas, bastante mal yuxtapuestas, mostraba a los príncipes y capitanes, mascarones de proa de su tiempo, y naturalmente a los Borgia y los Médicis, encarnando en sí mismos la sed de poder con una apreciación ilustrada y a menudo juiciosa de la literatura y de las artes.

Había nacido el «hombre del Renacimiento», que se oponía vigorosamente a los hombres de los tiempos precedentes: esas imágenes eran puras ficciones que descansaban, generalmente, sobre simples azares o sobre malentendidos; sobre interpretaciones erróneas, o incluso sobre distorsiones cronológicas; pero son imágenes que no obstante han hecho su camino y que se han anclado más sólidamente con el paso del tiempo.

EL RENACIMIENTO HOY: UN MITO CON SIETE VIDAS

Hoy en día esta cuestión es un asunto concluido: ya sea por convicción o por puro hábito e irreflexión, la palabra «Renacimiento» tiene derecho de ciudadanía y universitario. Hallamos ese Renacimiento en todas partes: en títulos de obras o de capítulos, en fórmulas constantemente recordadas, incluso en los textos de las cátedras, de los centros de investigación y de los programas de estudios. ¿Qué universidad se privaría de hacer figurar el *Arte del Renacimiento* en sus folletos y sus carteles?

Es cierto que esa palabra ha tenido una suerte desigual y fluctuante en los distintos países. Hasta estos últimos años, en Francia éramos bastante modestos en comparación con nuestros colegas del otro lado del Atlántico, que no solamente aplicaban esa formulación a todas las formas de producción artística, literaria o musical, y a todos los signos de la actividad humana (como por ejemplo la vida económica), sino que admiten hoy en día, tanto en la investigación como en la enseñanza, un corte cronológico que define claramente un período específico denominado Renacimiento. Ese período, tomado en bloque y marcado por una verdadera identidad, sustituye, de un modo bastante vago, lo

que se denominaba Edad Moderna (o en algunos casos solamente una parte de ella). Así, en Estados Unidos, vemos florecer una gran cantidad de obras que, desde el título y la cubierta, sitúan su objeto de estudio «en el Renacimiento»; en un libro cuyo título en castellano sería «la Florencia del Renacimiento», el autor habla tanto de las instituciones, de las estructuras sociales, de los conflictos políticos, y de las actividades mercantiles y bancarias, como de las manifestaciones artísticas. La invasión semántica toma a veces dimensiones sorprendentes: hoy se habla del «primer Renacimiento» (*the early R.*) y del «Renacimiento tardío» (*the late R.*). ¿Cuándo se produjo el «Renacimiento clásico»?

Se trata de una evolución extraña, quizá de procedimientos de edición, que se supone deben recibir una buena acogida. A juzgar por los escaparates de nuestras librerías, ya se nos ha contagiado algo de eso.

5. LAS IDEAS HEREDADAS SOBRE EL RENACIMIENTO

Por lo general, se admite todavía que el Renacimiento se habría manifestado mediante un retorno a ciertas fuentes fundamentales, mediante un redescubrimiento de la Antigüedad, principalmente en lo referente a las bellas letras (historia, poesía, teatro y escritos políticos), a la filosofía y a las artes. No cabe duda de que la palabra misma que designa ese movimiento se inspira en esa convicción.

Esa verdad tan ampliamente aceptada reposa sobre dos grupos de afirmaciones que se nutren a su vez de elecciones naturalmente subjetivas o de graves errores e ignorancias. Se trata, por un lado, de un juicio de valor: a saber, que las obras antiguas y las que se inspiran directamente en ellas son manifiestamente superiores, en el plano estético y de la inspiración, en su calidad humana intrínseca podríamos decir, a las de la Edad Media. Por otro lado, y sobre todo, ha existido un grave error de apreciación que ha llevado a afirmar que las obras antiguas habrían sido redescubiertas en los últimos tiempos de la Edad Media tras un larguísimo olvido.

Todo ello debe ser revisado.

Una curiosa inclinación en los juicios de valor: la Edad Media, tiempo de torpezas

Si creemos lo que nos dicen nuestros libros, el arte «antiguo» y el arte «medieval» serían decididamente de naturalezas distintas, y estarían marcados por una oposición fundamental en el plano técnico: el uno contiene una perfecta maestría en la representación de la naturaleza (y sobre todo del cuerpo humano) de un modo exacto y armonioso,

sin errores o incoherencias; y el otro muestra una falta de respeto por las proporciones, una carencia de equilibrio, una incapacidad para traducir el concepto de profundidad, y un desconocimiento de las reglas de la perspectiva. No hace mucho tiempo, algunos espíritus distinguidos no dudaban en hablar de las «torpezas» que cometían los pintores y los escultores de la Edad Media; veían en ello la demostración de una especie de inferioridad, y, en definitiva, de una falta de oficio, y pensaban que, a falta de algo mejor, los hombres de aquellos tiempos no tenían más remedio que contentarse.

Aunque las opiniones en cierta medida han evolucionado o, como mínimo, ya no se expresan de un modo tan radical, esa convicción sigue vigente y se considera a menudo que la introducción de técnicas específicas, como las que mostraban mejor el escalonamiento de los distintos planos, debe interpretarse como el signo de un verdadero progreso. Descubrir o redescubrir esas formas de componer y de dibujar habría sido, para los artistas ilustrados, un fin en sí mismo. Los historiadores de las formas investigan de buen grado las primeras manifestaciones, los balbuceos todavía imperfectos de esos progresos; siguen su evolución, atentos, escrupulosos y maravillados, hasta el momento en el que se considera que el artista ha alcanzado una perfección; sus lectores siguen esa gestación y esos primeros pasos con admiración. Todos piensan que se trata de un logro; del nacimiento de un «nuevo arte».

Pero las disposiciones de espíritu y los apriorismos que llevan a esas formas de ver las cosas nos parecen, como mínimo, curiosos. Todo el mundo podría preguntarse en qué se basan las tomas de posición que autorizan a disertar sobre los «valores», sobre las perfecciones o torpezas, sobre esa o aquella civilización, y que permiten establecer clasificaciones en función de determinados criterios. En el caso que nos ocupa, supone dar importancia solamente a la representación exacta de lo real, de lo material: al cuerpo del hombre, por ejemplo, y no a sus creencias, sus esperanzas y devociones, o sus angustias. Supone interesarse excesivamente por las técnicas en estado puro desdeñando la inspiración.

En el origen de esa óptica, todavía admitida, confluyen distintas corrientes de pensamiento. Por un lado, una admiración sin límites por los procedimientos propiamente técnicos, por las invenciones capaces de transformar el curso de las cosas y la marcha del mundo. Por otro lado, y uniéndose a esta actitud, el descrédito que afecta a toda forma de espiritualidad y en particular, en este caso, a la espiritualidad cristiana, con-

siderada como una coacción, una obligación, o en todo caso como un obstáculo a la libre expresión. Considerada desde este punto de vista, la representación exacta del cuerpo humano podía parecer el signo de una expansión del individuo, de su acceso a una forma de libertad personal.

Justificamos fácilmente, incluso en los pequeños manuales, a los egipcios de la Antigüedad que, al representar figuras humanas, colocaban ambos ojos de lado sobre un mismo perfil. Nos esforzamos por reintegrar las imágenes del África negra y de la América precolombina, o de cualquier otra civilización marcada por sus devociones y sus cultos, dentro de sus complejos entornos. Pero no llegamos igual de lejos a la hora de examinar nuestro propio pasado; nos lo impiden la idea del Renacimiento y la firme creencia en el redescubrimiento de elevados niveles técnicos.

Por otro lado, por lo que podemos contemplar de la Edad Media, las composiciones debían adaptarse a menudo a las superficies propuestas (tímpanos y dinteles de portales, capiteles, relicarios...) y por lo tanto debían imponer a sus temas, a los personajes o a los animales, graves distorsiones, y debían esforzarse por poblar espacios que tenían formas incongruentes.

¿Supone la Edad Media el olvido de la Antigüedad?

Una cultura siempre nutrida de los hechos de los griegos y de los romanos

El redescubrimiento de la Antigüedad, que se afirmó con tanta fuerza y constancia, merece algo más que un rápido examen. ¿Es cierto que el Renacimiento exhumó lo que había permanecido desconocido desde hacía mucho tiempo?

Afirmar que a los hombres de la Edad Media no les gustaba hacer referencia a su pasado griego o romano demuestra estar dominado por ideas preconcebidas y haber leído realmente poco; ambas cosas van generalmente unidas, puesto que es naturalmente más cómodo afirmar grandes verdades a la sombra de la ignorancia que conocer numerosos ejemplos que matizan o contradicen ciertas afirmaciones. Es evidente que el cristianismo, las gestas de sus mártires, y luego la caballería, sus combates o sus juegos, enriquecieron el bagaje cultural de Occidente y le dieron otro color. Pero ese enriquecimiento no implicaba hacer tabla

rasa de una herencia que no sólo no se olvidó sino que se cultivó con una viva reverencia y a veces con pasión. Determinados ciclos antiguos seguían vivos, en el centro de las preocupaciones, e inspiraron gran cantidad de escritos, de reflexiones, de actitudes intelectuales y de fidelidades espontáneas.

¿Cómo podemos afirmar que los hombres de esa época ignoraban o simplemente despreciaban la herencia antigua, cuando esa herencia no cesó de inspirar numerosas obras maestras de la literatura «medieval» que obtuvieron un éxito sorprendente entre públicos numerosos y variados?

Las gestas de Alejandro están presentes en todo Occidente, desde los países del norte hasta España e Italia, en decenas de obras, principalmente poemas épicos de miles de versos. Alrededor del año 1000, el sacerdote León el Diácono, que vivió tanto en la corte de Constantinopla como en la de Nápoles, tradujo al latín las historias griegas, y su *Vita Alexandri*, muy apreciada, fue el origen de una floración de poemas y de novelas de todo tipo creados por escritores de todo tipo de filiación. Hacia finales del siglo XI, un francés, Albéric de Pisançon, escribió una *Alexandréide* inspirada en un autor romano del siglo IV, Julio Valerio, y en la obra de León el Diácono: ese canto épico fue plagiado poco después por el alemán Lamprecht (en 1138) e incluso amplificado por un continuador anónimo (entre 1160 y 1170). En Francia, esa obra fue recuperada por Lambert de Tors, esta vez ya no en latín sino en dialecto picardo para obtener una mayor difusión, y en 1175 por Alexandre de Bernay, clérigo de París, que también escribió en picardo y según una métrica que, a partir de entonces, se utilizó regularmente en todos los poemas consagrados a la vida del héroe griego. De ahí surgió, mucho más tarde (hacia 1400), el nombre de *alejandrinos* aplicado al principio a esos versos de la *Vie d'Alexandre*.

Esas compilaciones e historias más o menos afortunadas emanaban de una única fuente antigua: una *Vida* abreviada del héroe escrita en Alejandría en el siglo III de nuestra era, conocida con el nombre de *Pseudo-Callistenes*, cuyo original se había perdido pero que fue explotada por diversas versiones que se sucedieron sin discontinuidad. Como sus posibilidades novelescas eran limitadas, y el deseo del público por saber más no cesaba de crecer, alrededor del año 1200 varios autores incorporaron nuevos episodios a esa historia antigua tan familiar, presente en todos los repertorios.

Así surgió el tema del encarcelamiento de Alejandro y del castigo de los culpables; dos poetas, Gui de Cambrai y Jean de Nevilos, compusieron una *Vengeance d'Alexandre*. Luego aparecieron otros acontecimientos, tan numerosos como diversos. Entre ellos destaca la ceremonia del juramento prestado a un animal para vengar a Alejandro y castigar a los infames; a partir de aproximadamente 1300 floreció el *Voeu du Paon*, poema de pura ficción que conoció un éxito extraordinario. Y todavía en 1340, Jean de la Mote presentó otra versión adornada de ese poema, el *Parfait du paon*, mientras que en la misma época, en Inglaterra, la vida de Alejandro y el culto del conquistador inspiraron el *Roman de toute chevalerie*, escrito por un tal Thomas de Kent. Así, los caballeros de los tiempos «feudales» hallaron raíces y modelos para sus diversiones y para sus hazañas en ese ciclo surgido en línea directa de la historia antigua.

El *Roman de Thèbes*, de un autor anónimo que vivió hacia 1150, originario de la Touraine o del Poitou, cuenta la historia legendaria de la ciudad y abre la obra con un largo preámbulo de diez mil versos sobre las aventuras y desventuras de Edipo.

Virgilio, a veces considerado como una especie de profeta y otras veces como un mago, siguió siendo, a lo largo del período medieval, objeto de un verdadero culto. En numerosas ciudades del sur de Italia se hallaban huellas de su paso, testimonios y recuerdos piadosamente recordados por diversas leyendas. Fue él quien levantó las dos columnas que se encuentran detrás de la catedral de Brindisi; quien construyó «por su arte mágico, con piedras lisas de formas iguales y anchas», la bella calzada antigua que une Roma con Nápoles;[61] quien hizo levantar «numerosos edificios antiguos, hoy completamente destruidos», que salpican el campo cercano a Roma si se llega desde Velletri;[62] y fue él quien hizo perforar en Nápoles la «Grotta Vecchia» o «Grotta di Virgilio», un túnel que permitía llegar a Pozzuoli a través del Posillipo.[63]

Pero no solamente circulaban fantasías o fábulas referidas a los lugares donde vivió el poeta. Su obra siguió siendo, durante siglos, una de las grandes fuentes de inspiración para los escritores, compiladores

61. *Itinerarium cuiiusdam anglici. 1344-1345*, G. Golubovich, ed., Karachi, 1923, vol. IV, p. 434.

62. *Itinéraire d'Anselme Adorno en Terre Sainte. (1470-1471)*, J. Heers y G. De Groer, eds., CNRS, París, 1978, p. 425.

63. D. Comparetti, *Virgilio nel Medio Evo*, 2 vols., Florencia, 1896, vol. I, pp. 33, 49, 52, 126.

y moralistas. Una primera imitación de la *Eneida* vio la luz alrededor del año 1160 bajo la forma de un poema de más de diez mil versos en dialecto normando, obra de un clérigo anónimo que plagiaba en ella a otros muchos autores antiguos, especialmente a Ovidio; ese *Roman d'Eneas* fue rápidamente reanudado, a partir de 1170, por Henrich von Veldeke, un hombre de Limburgo que empleó unos veinte años en completar la obra, puesto que su manuscrito todavía incompleto, guardado en la corte de la condesa Margarita de Clèves, fue hurtado por el conde de Turingia y no le fue devuelto hasta nueve años más tarde: ello demuestra el vivo interés que esos temas despertaban en los príncipes y las cortes de esos tiempos tan alejados del Renacimiento.

La leyenda de Troya, transmitida directamente a través de la *Eneida*, es el origen de un primer *Roman de Troie*, epopeya de tres mil versos, escrita en 1165 en dialecto de Touraine por Benoît de Sainte-Maure, que la dedicó a Leonor de Aquitania; ese largo poema tuvo una carrera triunfal, especialmente en Alemania, donde, de generación en generación, sufrió diversas transformaciones y adaptaciones no exentas de intenciones «nacionalistas»: fue el momento en el que los caballeros alemanes emprendieron una cruzada que, a su paso por los Balcanes, infligió a los griegos duros reveses aunque no logró tomar Constantinopla.

Un célebre avatar de ese *Roman de Troie*, un *roman* medieval por excelencia, fue la historia de los amores desdichados de Troilo, otro héroe troyano, y de Griselda (o Cresida), hija del gran sacerdote Chalcas. Parece ser que fue Boccaccio quien ofreció la primera versión bajo el título de *Filostrato* («Afligido por el amor»), poema compuesto en Nápoles en 1337-1339. Sin embargo, para esta composición, Boccaccio, humanista y apasionado por las letras antiguas, no buscó su inspiración directamente en Virgilio, sino que se contentó con explotar uno de los episodios del *Roman de Troie* francés, que conocía bien gracias a la traducción latina de Guido delle Colonne. Vemos, pues, que esa obra, que generalmente se ha considerado como uno de los primerísimos signos de una renovación del interés por la herencia antigua, utilizó de hecho como fuente un texto puramente medieval y se inspiró en él con gran detalle tanto en lo referente a su estructura como al modo de escribir. La oscura Edad Media sirvió de vínculo entre Virgilio y uno de los más célebres autores del Renacimiento.

Estas obras, destinadas a ser leídas o más bien contadas ante un público reunido; esos largos poemas que buscaban lo más fuerte de su inspiración en las «historias» griegas o romanas y bordaban con cierta re-

dundancia sobre esos entramados clásicos, no quedaban al margen de la vida social. Siempre estuvieron, hasta los tiempos del humanismo y del Renacimiento, en el corazón de la creación literaria, constantemente honradas y constantemente solicitadas. La forma en la que se presentaban atestigua claramente el deseo de propagar mitos y leyendas de la Grecia antigua en distintos medios culturales y sociales; no estaban absolutamente reservadas a círculos reducidos y eruditos: prueba de ello es la intervención y la solicitud de los príncipes y, por otro lado, el empleo frecuente de dialectos provinciales o lenguas vernáculas. Además, las alegorías representadas en muchos lugares en los muros de los castillos y de los palacios, las historias presentadas bajo la forma de juegos de personajes en las fiestas callejeras (por ejemplo, en el transcurso de las visitas reales), muestran que esas leyendas antiguas se ofrecían corrientemente a las masas.[64]

Este análisis podría extenderse a todos los dominios y llegaríamos siempre a las mismas conclusiones. Una proposición nutrida de prejuicios, desgraciadamente todavía admitida en gran número de obras, pretende que las grandes obras «técnicas» de la Antigüedad permanecieron desconocidas durante mucho tiempo. Ello sería el signo de una gran ruptura, de un oscurantismo, del triunfo de creencias simplistas que no se apoyaban en nada real, de supersticiones generadas por los relatos de las Escrituras y por la machaconería de los hombres de Iglesia y de los maestros de las universidades de la época, tan pedantes como intransigentes. En nuestros manuales, y más aún en la literatura vulgar, se ha impuesto la idea de una Edad Media ignorante y estrecha de miras, en la que se creía que la Tierra era plana como una galleta y estaba rodeada de terribles precipicios. Todo ello es perfectamente inexacto. Ptolomeo fue leído y releído, publicado y comentado. Como mínimo desde los años 1300, más en las cortes y universidades de Francia que en la Italia «renacentista», se precisaba la imagen de la redondez de la Tierra siempre presentada como una esfera. En 1377 Nicolás de Oresme, obispo de Lisieux y consejero del rey Carlos V, autor de un tratado

64. Cf. en particular los numerosos trabajos de E. Faral, *Recherches sur les sources latines des contes et romans courtois du Moyen Âge* (1913), y *L'Orientation actuelle des études relatives au latin médiéval* (1923), que afirma, entre otras cosas: «Todo lo que el siglo XVI poseía de la Antigüedad latina, exceptuando dos o tres textos, también lo había poseído y lo había meditado el siglo XII». Citado por W. K. Ferguson, *La Renaissance ...*, p. 302.

sobre la moneda y sobre las mutaciones monetarias, de manuales de astronomía y de matemáticas y traductor de Aristóteles, proponía a sus lectores una especie de juego: suponía que, partiendo de un mismo lugar de Europa, Platón había ido hacia el oeste para dar la vuelta a la Tierra, mientras que Sócrates se había dirigido hacia el este; la solución era que Platón viviría un día menos que los habitantes de Europa y Sócrates un día más. Un poco más tarde, volvió a tratar y a desarrollar esa misma idea en dos obras eruditas tituladas *Sobre el espacio* y *Libro del cielo y del mundo*; en ellas afirmaba la necesidad de determinar una línea de demarcación cuyo paso marcaría el cambio de día. Todo ello existía y era ciertamente analizado, comprendido y asimilado.[65]

Contrariamente a una idea difundida en distintos niveles de la enseñanza y entre la opinión pública, y sostenida en los últimos tiempos con una virulencia malsana, los traductores o sabios judíos o «árabes» (persas sobre todo y andaluces) no fueron los únicos que durante la Edad Media transmitieron las lecciones de los autores de la Antigüedad. Al contrario: sus actividades y su influencia, ciertamente nada desdeñables, estuvieron limitadas a unos sectores geográficos determinados. Los sabios de Occidente, los hombres de Iglesia y los hombres de leyes, no esperaron al exilio de los griegos de Constantinopla, tras la toma de la ciudad por los turcos en 1453, para iniciarse directamente en los textos antiguos, para estudiarlos y apasionarse por ellos. Sin embargo, es cierto que los textos llegaron por vía bizantina, aunque mucho más temprano, a partir del siglo XII. Durante el curso que impartió en la Sorbona en 1950, Yves Renouard llamó la atención sobre el extraordinario florecimiento intelectual de la ciudad de Pisa inmediatamente después de la primera cruzada. Burgundio, nacido en Pisa en 1110, residió en Constantinopla de 1135 a 1140; allí aprendió griego, perfeccionó sus conocimientos de teología y emprendió una larga serie de traducciones al latín de obras eruditas griegas, traducciones que a su vuelta mostró, acompañadas de comentarios, a los sabios de su ciudad

65. Desde 1913, la obra monumental de P. Duhem (*Études sur Léonard de Vinci, ceux qu'il a lu et ceux qui l'ont lu*, 3 vols., París, 1913) puso las cosas en su lugar. Aparecieron posteriormente, con algunos años de intervalo, los estudios muy documentados de Haskins (*Études sur l'histoire de la science médiévale*, 1924), de Thorndike (*A History of magic and experimental science*, 6 vols., Nueva York, 1923-1941), y de Sarton (*Introduction of the History of Science*, 2 vols., Washington, 1927-1931), que unánimemente se negaban a admitir la mínima discontinuidad entre la ciencia de la Edad Media y la de la Edad Moderna. Cf. W. K. Ferguson, *La Renaissance* ..., p. 304.

natal: se trataba de las obras de Juan Crisóstomo y de Juan Damasceno, y de libros de medicina como los de Galeno e Hipócrates. Dio a conocer el *De Natura hominis* de Nemesio, «fundamento de la antropología cristiana», así como libros de historia natural como las *Geopónicas* de Casio Baso, una vasta compilación de recetas y de prácticas agrarias. Fue él quien ofreció a Pisa el famoso manuscrito de las *Pandectas*, una compilación de decisiones de los juristas romanos reunidos por orden de Justiniano y sobre las que se fundamentaban ya, desde hacía dos o tres generaciones, los contratos comerciales y las sentencias de arbitraje que constituían la base de los reglamentos de la vida económica pisana, de los armamentos de las naves y de las asociaciones mercantiles. Ese manuscrito era entonces considerado «el más valioso del mundo tras la Biblia»; fue guardado celosamente por los magistrados de la ciudad... hasta que, doscientos años más tarde, los Médicis se apoderaron de él para colocarlo en su Biblioteca Lorenziana. De modo que los florentinos del Quattrocento, hombres del Renacimiento, no fueron en nada innovadores, sino que se contentaron con apropiarse, con robar, lo que los mercaderes de la Edad Media habían recogido. También fue Burgundio quien propuso al emperador Federico Barbarroja un ambicioso programa de traducciones de obras griegas que debía englobar el conjunto de los conocimientos humanos. Sus discípulos y continuadores fueron muy activos: Ugo Eteriano, que vivió también en Constantinopla; Uguccione, comentador del *Decreto* de Graciano, profesor de derecho canónico en Bolonia en 1178 y luego obispo de Ferrara; y finalmente Rolando Bandinello, canónigo y maestro de teología en Bolonia, que fue papa con el nombre de Alejandro III.[66]

La producción artística, siempre fiel a la herencia clásica

Durante toda la Edad Media, la creación artística nunca desdeñó los modelos antiguos, sino que, al contrario, buscó en ellos inspiración y ejemplos a seguir o a interpretar. Las copias, las imitaciones o las adaptaciones más o menos fieles son abundantes.[67]

66. Y. Renouard, *Les Villes d'Italie de la fin du x^e au début du XIV^e siècle*, SEDES, París, 1969², pp. 189-190.
67. J. Adhémar, *Influences antiques dans l'art du Moyen Âge français; recherches sur les thèmes et les sources d'inspiration*, Londres, 1937.

Los humanistas italianos del Trecento, que reprochaban a los artistas de los siglos «bárbaros» que hubieran olvidado o despreciado las lecciones de la Antigüedad, exceptuaban, como hemos visto, a los artistas de la época de Carlomagno, paladín de la reconstrucción del imperio.

Efectivamente, Carlomagno hizo transportar mármoles esculpidos, columnas y canceles, tomados de las iglesias bizantinas de Ravena, para ornamentar la basílica de Aquisgrán. Esta iglesia, y más todavía la sala imperial del palacio en forma octogonal, se inspiraron en los cánones del mundo mediterráneo de los tiempos del esplendor de Roma y de Bizancio; en el Panteón de Roma, en San Vitale de Ravena e incluso en iglesias de Constantinopla. La decoración sobria de las fachadas, con un revestimiento rosado y cornisamentos acentuados y más oscuros, recordaba a los monumentos del bajo Imperio romano. Para el trabajo del marfil y las estampas iluminadas, los artistas recuperaron igualmente, en esa misma época, gran cantidad de temas y de ornamentos. En las páginas de los evangeliarios, de las Biblias y de los misales ricamente decorados, las cenefas y las letras iniciales se cargaban de follajes y de rosetones como las finas esculturas ornamentales de Roma. También se impuso un arte de la compaginación en el que se colocaban grandes figuras bajo arcos que representaban techos artesonados, soportados por columnas con capiteles de estilos antiguos, a menudo corintios. Incluso algunos paisajes, en los fondos de las páginas pintadas, evocaban imágenes de épocas helenísticas.[68]

Todo ello es exacto, pero no excepcional. El interés de Carlomagno, coronado en Roma en el año 800, y la inspiración de los artistas de su tiempo, se inscribían dentro de una larga tradición y no se debilitaron de ningún modo después de ellos.

Más adelante, una vez consumada la caída del imperio carolingio, los modelos romanos siguieron gozando de una gran fama en Occidente; los maestros constructores, los escultores, los pintores y los orfebres los solicitaban constantemente. A principios del siglo XIII, los artistas de las ciudades del Mosa, orfebres y maestros esmaltadores, buscaban inspiración para sus marcos, sus temas y sus tipos de personajes en las formas antiguas. Y se ha afirmado con razón que sus fuentes y mode-

68. A. Grabar y C. Nordenfalk, *La Peinture du Haut Moyen Âge*, Skira, Ginebra, 1957; J. Hubert, J. Porcher y W. F. Volbach, *L'Empire carolingien*, París (col. L'Univers des Formes).

los no solamente fueron los marfiles carolingios, lo que parece muy normal, sino también obras más alejadas en el tiempo como los camafeos o figurines de la época del emperador Teodosio (fallecido en 395), las estatuas helenísticas o incluso las pinturas murales de Pompeya. La fama de estos artistas se extendía mucho más allá del Mosa. A partir de 1180, Nicolás de Verdún se hizo famoso por un magnífico púlpito construido en la iglesia del colegio de los canónigos de Klosterneuburg, a orillas del Danubio más arriba de Viena.

Decir que el arte «románico» de Italia, España y Provenza se inspiró ampliamente en la Antigüedad romana es simplemente recordar una evidencia. Desde las esculturas de los sarcófagos y las tumbas del período paleocristiano en la más temprana Alta Edad Media, hasta las más bellas manifestaciones de ese arte románico en su pleno apogeo, se mantuvo una fidelidad a unos mismos temas iconográficos y a unas mismas facturas; y ello no solamente en las iglesias de las ciudades próximas al mar, sino también lejos de la costa, tierra adentro, hasta los valles del alto Drôme, por ejemplo. Ya fuera mediante la reutilización o la copia, o mediante la simple impregnación, las esculturas monumentales de los pórticos de los santuarios o los capiteles de los claustros atestiguaban por todas partes en Provenza y en el Languedoc oriental las mismas influencias. Algunos talleres de Arles, de Saint-Gilles-du-Gard y de Maguelonne trabajaban en ese mismo registro; las bellas figuras de la fachada de Saint-Gilles se presentaban en un marco característico de esa forma que recordaba la Antigüedad. En cuanto a la arquitectura, las arquerías y las franjas con relieve, las molduras y las cornisas recordaban exactamente las de los arcos de triunfo y otros edificios romanos. Tales órdenes «clásicos» se observan no sólo en Saint-Trophime de Arles y en Saint-Gilles, tan a menudo citadas, sino en toda Provenza, incluso en las iglesias modestas que evocan, por su forma y dimensiones, así como por su aspecto de conjunto, la cela de un templo antiguo.

Esas formas arquitectónicas tan características llegaron a otras provincias cuyo arte románico parece a menudo muy distinto del de Provenza. La catedral de Autun, levantada en los años 1150-1170, presenta en su interior una elevación de tres pisos; uno de ellos, el triforio, reproduce fielmente los órdenes y las formas de una de las puertas de la muralla romana de la ciudad; la base de ese triforio está ornamentada con un friso de rosetones directamente copiado del de los monumentos antiguos, y que volvemos a encontrar en la iglesia de Beaune y en la catedral de Langres.

El arte gótico no rompe de ningún modo con esa fidelidad, sino al contrario. Es posible que nuestra tradición historiográfica haya privilegiado en cierto modo las técnicas de construcción, acentuando sobre todo el célebre crucero de ojivas, sin duda una creación original, pero olvidando o colocando en otro nivel de interés las decoraciones y ornamentos, y la escultura monumental en particular. Desde este punto de vista, la óptica es muy distinta. Los historiadores del arte están de acuerdo en hablar del «taller antiquizante» de Reims (principios del siglo XIII), ilustrado efectivamente por las dos figuras de la *Visitación*, en la parte derecha del gran pórtico occidental, aunque presente en gran cantidad de otras esculturas dispersas por el edificio. La nueva forma, bien afirmada en Reims pero ya anunciada en talleres anteriores, se distanciaba claramente de la de numerosos talleres «románicos» y atestiguaba sin discusión el deseo de traducir formas que se aproximaran al máximo a la realidad (figuras, actitudes, proporciones); marcaba también una búsqueda estética diferente que algunos caracterizaban hablando de un esfuerzo por traducir lo «bello». Todo ello demuestra un renovado interés por la Antigüedad y nos obliga a constatar que los humanistas y críticos de arte de la Italia del Renacimiento dieron el nombre infamante, o en todo caso despreciativo, de *gótico* (es decir, bárbaro) a un arte que precisamente se inspiraba en la herencia antigua.

Del arte carolingio al gótico, y en todos los dominios de la expresión artística, desde el arte monumental a las pequeñas esculturas, las iluminaciones y los esmaltes, esos hombres de la Edad Media cultivaron sin duda sus propios registros de emoción pero supieron, en gran número de ocasiones, utilizar las fuentes antiguas.

La idea de un olvido de esa herencia y de esos modelos parece, como tantas otras ideas igualmente definitivas, fruto de una visión simplista, artificial y errónea.

Renacimiento y Antigüedad

¿Respeto o desenvoltura?

¿Podemos, por otro lado, hablar con certeza de un interés unánime por la Antigüedad, incluso en los momentos privilegiados de ese Renacimiento de los siglos XIV al XVI, y en las ciudades pioneras que generalmente se citan como ejemplo? ¿Fue ese interés realmente el fermen-

to de un «arte nuevo» que se impuso por completo y sin problemas, basado en el deseo de saberlo todo sobre esa herencia y en los esfuerzos por preservarla? Este es uno de los grandes temas que hay que debatir, mucho más complejo de lo que imaginamos por regla general, dado que a menudo tendemos a encerrarlo todo en unas pocas fórmulas.

En esa época, se manifestó en Italia efectivamente una cierta curiosidad, o incluso una pasión por lo antiguo, aunque de una forma muy desigual. Los monumentos romanos que existían no inspiraban generalmente más que ligeras preocupaciones, y sus ruinas todavía menos. Florencia había olvidado los suyos por completo y no intentaba recuperarlos: el teatro, las termas y el anfiteatro, invadidos por nuevas construcciones, se habían tachado del mapa. En la época de los primeros Médicis y, por lo tanto, en pleno Renacimiento, los magistrados e incluso los escritores no sabían para qué habían servido esos edificios antaño y se inventaban leyendas sorprendentes acerca de ellos. En todas las ciudades de Italia, el *forum* estaba borrado, irreconocible bajo una red de callejuelas y de edificios inconexos, y compartimentado generalmente en islotes cerrados. En Florencia, ese *forum* se había convertido en el Mercato Vecchio atestado de más de una decena de almacenes y de iglesias de grandes familias. En Bolonia, era el Mercato di Mezzo, cruzado por una calle comercial, estrecha e irregular.

En ningún sitio, en la época de ese Renacimiento marcado —según nos dicen— por una admiración respetuosa por la Antigüedad, los ediles municipales se dedicaron a poner de relieve esos lugares romanos importantes, centros socioculturales, antaño emblemas y vitrinas de la ciudad. La misma palabra *forum* no se utiliza mucho en los textos de la época y los propios humanistas no se preocuparon por marcar, en ese plano, un determinado interés por el retorno a las formas de la Antigüedad clásica. Los autores de los tratados de arquitectura y de urbanismo presentan proyectos de ciudades que no se inspiran en absoluto en la herencia romana; se pretende que esas ciudades sean en todo nuevas y por su forma radial concéntrica se desmarcan de las de la Antigüedad.

En Roma, demasiados monumentos bellos se destruyeron o se reconvirtieron, bien o mal, en fortalezas privadas o en iglesias, sin que los dueños del momento ni los mecenas del Quattrocento soñaran con restaurarlos. En los mejores tiempos de ese «regreso a lo antiguo» no se reconstruyó ninguna ruina y todo el mundo siguió alegremente explotando templos, teatros y anfiteatros como si fueran verdaderas canteras.

Los caleros seguían encendiendo sus hornos de cal que quemaban noche y día, seguían cargando el aire de humos acres en el campo de Marte y en pleno corazón de cada foro. Los marmoleros arrancaban bloques de mármol, columnas y arquitrabes, balaustradas y losas funerarias de los monumentos ya maltrechos por el tiempo,[69] y tanto los utilizaban en su ciudad para los palacios de los cardenales o de los banqueros florentinos, como los mandaban a distintas regiones de Italia: a Pisa, a Lucca, para el baptisterio de San Juan de Florencia, a Orvieto... Ello no era de ningún modo un signo de curiosidad, de reverencia, o incluso de preocupación de coleccionista o de erudito deseoso por estudiar, sino simplemente el hábito de la reutilización y la preocupación por la economía. Esas canteras romanas de mármoles antiguos hacían la competencia a las canteras naturales de Carrara; el mármol antiguo era menos caro y el respeto por la Roma antigua, tan celebrada en los escritos, no era lo bastante fuerte en el decenio de 1500 como para poner término a tales prácticas devastadoras. En esa época, el distrito *di Calcarario* («de los hornos de cal»), en el que se levantaban como mínimo cuatro iglesias (situadas *alle Calcarare*, es decir, en medio de las canteras y hornos), todavía merecía ese nombre.[70]

A lo largo del siglo XV, tras el retorno de los papas a Roma, en la época en la que la ciudad se estaba convirtiendo indiscutiblemente en un gran centro del humanismo, en la que los doctos se jactaban de conocer bien a los autores antiguos, los papas y cardenales, amigos y protectores de esos sabios, hacían arrancar bellas columnas antiguas todavía intactas para los peristilos de los *cortili* de sus palacios o para la basílica de San Pedro y el Vaticano. Nicolás V (1447-1455) hizo trabajar a canteros en Tívoli, pero más bien en la antigua villa de Adriano que en las montañas; hizo llamar a Roma a un maestro constructor de Bolonia, un especialista muy conocido, para que transportara enormes fustes de mármol desde el templo de Minerva al Vaticano. Otros maestros de obras, mal vigilados o con el consentimiento tácito de los dueños, hicieron otro tanto con la basílica de Constantino. Un poco más tarde, Pablo II (1464-1471), veneciano, gran humanista, cogió asimismo gran cantidad de elementos de los monumentos antiguos que some-

69. C. Huelsen, *Le chiese di Roma nel Medio Evo*, Florencia, 1926; G. Lugli, *Roma antica; il centro monumentale*, Roma, 1946.

70. G. Marchetti Longhi, «Le contrade medievali della zona», en «Circo Flaminio»; Il «Calcarario», en *Atti della Società Romana di Storia Patria*, vol. XLII, 1919, pp. 401-435.

tió al pillaje para su «palacio de Venecia» levantado en el corazón del tejido urbano; y Sixto IV (1471-1484) no dudó en hacer destruir completamente el templo de Hércules y un arco de triunfo del *forum boarium* para construir su biblioteca vaticana.[71]

El foro republicano no era entonces más que una enorme cantera de explotación alquilada por sectores a maestros de obras a cambio del tercio de sus beneficios. Por supuesto, algunos responsables, los ediles municipales o el papa, se lamentaron y protestaron enérgicamente y a veces señalaron a los culpables. Ya Petrarca les acusó y lanzó contra esos bárbaros duras invectivas. En 1363, los magistrados de la comuna proclamaron estatutos que prohibían atentar contra los monumentos antiguos y, cien años más tarde, Pío II (1458-1464) promulgó una bula para proteger los monumentos que todavía quedaban en cierto buen estado; incluso antes de su elección había amonestado seriamente al pueblo romano, culpable de tantas negligencias o de tantas complacencias: «¡Oh, Roma ... tu pueblo arranca bellos mármoles de los muros venerables para hacer de ellos vil cal! ¡Oh, pueblo indigno, si perpetúas durante otros trescientos años tales profanaciones, no te quedará ningún signo de nobleza!». Entre tanto, diversos autores, humanistas, miembros de la curia pontifical o de las cortes cardenalicias, se emplearon en describir las glorias del pasado y denunciaron de forma virulenta las destrucciones de esos vestigios excepcionales, dignos de elogios y de servir de ejemplo. De regreso a Roma (septiembre de 1443), en el séquito del papa Eugenio IV que había tenido que huir ignominiosamente de la ciudad diez años antes, Flavio Biondo emprendió la redacción de sus *Romae instauratae*, dedicadas precisamente al sumo pontífice: incluían un intento de reconstitución topográfica de la ciudad antigua, un inventario de los monumentos insignes, y una llamada al respeto por las ruinas. El panorama es desolador en todo momento. Biondo muestra la plaza del Capitolio en un estado lastimoso; el único edificio todavía en pie servía a la vez de sala de reunión de los senadores y de almacén de sal; a su alrededor no había más que ruinas y bloques de travertino apilados; cada día acudían mercaderes, que habían hecho de ello una especialidad, a robar hermosas piedras y mármoles para venderlos lejos. En cuanto al trazado de las calles y al emplazamiento

71. R. Weiss, *Un umanista veneziano. Papa Paolo II*, Venecia y Roma, 1956; P. Partner, «Sisto IV, Giulio II e Roma rinascimentale: la politica sociale di una grande iniziativa urbanistica», en *Atti e Memorie della Società savonesa di Storia*, vol. XXII, 1986.

de los edificios, Biondo sólo pudo ofrecer un esquema más o menos coherente para algunos escasos sectores: para el trazado de las murallas, para el barrio del Vaticano, el Esquilino y una parte del Viminale; en el resto de la ciudad, tuvo que contentarse con citar simplemente los edificios antiguos y clasificarlos según sus usos (las termas, los templos, los teatros...), sin situarlos con certeza. Está claro que, aunque apasionado por esa reconstrucción del paisaje urbano, del trazado de las vías y las plazas, ese científico tuvo que abandonar su primer propósito y limitar sus ambiciones: había habido demasiadas destrucciones, demasiados trazados completamente borrados, perdidos en las memorias.[72]

En esos tiempos, nada podía frenar el apetito por los grandes beneficios. En 1518 Rafael escribió al papa Médicis León X para quejarse amargamente de esas desapariciones; le recordó, amargado y desengañado, que, en los doce años que había pasado en Roma, había visto derribar el templo de Ceres en el foro, la puerta triunfal de las termas de Diocleciano y una buena parte del foro de Nerva.[73]

Lo menos que podríamos decir es que la pasión que pusieron algunos, humanistas o artistas, en magnificar la ciudad, en perpetuar el recuerdo de sus glorias y sus virtudes, de sus conquistas y de su dominio sobre el mundo, no había suscitado todavía grandes esfuerzos de conservación del patrimonio heredado de esos tiempos de apogeo. Sin duda debemos ver en ello la consecuencia de la estrechez de los medios financieros; pero no es descabellado invocar, más allá de las costumbres y de la búsqueda de la economía en los materiales y en la mano de obra, una cierta indiferencia, una falta de verdadera curiosidad.

De todos modos, la interpretación de los gritos de alarma o de indignación y de las pocas medidas de conservación, más o menos apremiantes y eficaces, plantea en ella misma un problema. Todas esas intervenciones, esas proclamaciones y esas prohibiciones no respondían solamente a un vivo interés por los vestigios de la civilización antigua; las comprenderíamos mal si sólo viéramos en ellas signos de respeto.

72. Sobre esas críticas y esas lamentaciones, véanse los textos reunidos por S. Borsi, *Giuliano di Sangallo. I disegni di archittetura e dell'Antico*, Roma, 1985, pp. 32-33. Sobre Flavio Biondo, véase B. Nogara, ed., *Scritti inediti e rari di Biondo Flavio*, Roma (col. Studi e Testi, n.° 48), 1927; en particular, pp. XCVII-XCIX.

73. E. Muntz, *Raphaël*, París, 1881, p. 603.

Esos discursos se fortificaban de intenciones políticas: se trataba de proclamar muy alto la gloria de Roma, su paz y su justo gobierno en el tiempo de su esplendor, y de realzar a la vez el prestigio del papado que se afirmaba como heredero de sus tradiciones.

La comuna de Roma, vacilante, sin grandes poderes políticos reales, invocaba constantemente la Roma republicana; se había instalado sobre una de las eminencias del Capitolio y cultivaba el culto del recuerdo y los símbolos. La ciudad se esforzaba por promover, aliada con los papas, la reconquista de los lugares y edificios insignes que constituyeron el adorno y la fama de la *Urbs*, y esa reconquista no reflejaba naturalmente sólo intenciones culturales; se cargaba de preocupaciones precisas y se inscribía en un clima de luchas a menudo dramáticas contra las grandes familias nobles, todavía dueñas de la ciudad. Cuando los Annibaldeschi, señores guerreros, fueron expulsados del Coliseo, en 1332, esa victoria fue celebrada como un triunfo con bellas fiestas, torneos y carreras de caballos; la avalancha de gente en la arena fue tal que hubo once muertos que fueron sepultados como héroes o mártires en Santa Maria Maggiore y en San Juan de Letrán.

La idea de continuidad y la fe en la gloria inmortal de Roma sostenían, en la misma época, los discursos y los escritos de Petrarca: el acuerdo entre el aventurero político y el humanista se afirmaba sin discordancia, puesto que ambos estaban comprometidos en el combate ideológico; y ambos proclamaban que las virtudes del *imperium* se habían transmitido directamente desde los tiempos antiguos a la Roma de su tiempo.

Ello no era tan simple como se podría creer. Petrarca debía, al insistir sobre las vidas de los romanos ilustres y reducir a la ciudad de Roma su único campo de observaciones, rechazar toda la *translatio imperii* y borrar los tiempos de los bárbaros, y el imperio restaurado por los carolingios y luego por los otones. Esos imperios germánicos no contaban a sus ojos: «Si el *imperium* romano no está en Roma, ¿dónde puede estar?». Por otro lado, decía y repetía que la *virtus romana* se había mantenido, dormida quizá durante un tiempo, en el pueblo romano incluso degenerado.

En Italia, muchos se negaban a aceptar esas afirmaciones: «Esa identificación de la virtuosa Roma republicana con la ciudad de los papas se correspondía tan poco con la realidad, que no produjo una gran impresión en los humanistas italianos posteriores a él».[74] Una fuerte co-

74. W. K. Ferguson, *La Renaissance* ..., p. 18.

rriente, política y literaria, exaltaba al contrario la virtud de las «comunas», ciudades de Italia que se autogobernaban y que escapaban de ese modo a la tiranía de un príncipe y a la corrupción de las costumbres inherente a la corte. En esas ciudades libres, y solamente en ellas, se habían refugiado las virtudes de antaño. Este discurso se desarrolló, durante más de un siglo, en un gran número de *Historias* fuertemente alentadas por los gobiernos municipales que no veían ninguna ventaja en una sumisión, aunque fuera simplemente cultural, respecto a Roma. Leonardo Bruni, canciller de la señoría de Florencia, escribió una *Historia del pueblo florentino* (1449).[75] Marcantonio Cocci, llamado Sabélico, redactó una *Gesta de los venecianos* (1498). Más tarde, Maquiavelo, también al servicio de la señoría de su ciudad, se inscribe exactamente en la misma corriente con sus *Historias florentinas* (1525), afirmando, sin sombra de reverencia alguna por Roma (él que mostraba tanta admiración por los autores de la Antigüedad), que «de las ruinas de Roma no había surgido nada que pudiera compararse a su antigua grandeza»; mientras que las ciudades nuevas, entre ellas Florencia evidentemente, dieron muestras de tanta *virtud* y *genio*, que fueron capaces de vivir en libertad y de defenderse contra los bárbaros.[76]

Sin embargo, Roma prevaleció y, a pesar de esas competencias y rivalidades, se erigió indiscutiblemente en la única heredera, o poco le faltó. A sus defensores no les faltaban argumentos; volvieron a utilizar los de Petrarca y, como él, hablaron de la ciudad, de sus monumentos y de sus ruinas grandiosas. Es muy significativo, en ese sentido, el itinerario intelectual de Flavio Biondo, humanista, autor fecundo que también acabó por actuar al servicio de una política determinada. Después de su *Italia illustrata* que dedicaba un amplio espacio a la historia y a la descripción de numerosas ciudades y regiones tras la caída del Imperio romano; después de mostrar un gran interés por Venecia en los años del exilio del papado, lo volvemos a encontrar, en 1443, en su *Roma instaurata*, donde se desarrolla todo el arsenal pro romano. En aquella época era miembro del séquito del papa y de la curia; pasó por todos los escalafones de la jerarquía; era un consejero escuchado, a menudo cargado de misiones, un hombre influyente capaz de orientar y de sostener una acción diplomática y de guiar a la opinión pública. Em-

75. *Ibid.*, p. 19; L. Bruni, *Historiarum florentini populi libri XII*, ed. E. Santini (Muratori, XIX, 3), Città di Castello, 1914.

76. W. K. Ferguson, *La Renaissance ...*, p. 25, nota 5.

prendió esa obra para defender mejor la posición del papa Eugenio IV en la ciudad que, a su llegada, halló devastada y todavía desgarrada por las luchas entre facciones. Pero para Biondo, Roma, cabeza de la cristiandad, seguía siendo la capital del mundo y todo el discurso tendía a demostrarlo. Amonestó severamente a los pueblos cristianos de Europa, de Asia y de África (habían llegado para una visita enviados del Preste Juan), y les pidió que se sometieran al «imperio cristiano de Roma». No dejó de recordar el carácter mediocre, o en todo caso el poco espacio, de las ciudades en las que, en los tiempos de desgracia, tuvo que instalarse la corte pontifical. Aviñón, Bolonia, Ferrara, Siena o Florencia no podían según él rivalizar con Roma. ¿Cuál de esas ciudades podía llamarse heredera de un pasado cargado de tales glorias?[77] Para él, como para todos los que se adhirieron a esa política tras la «cautividad de Babilonia» en Aviñón, describir ese pasado, inventariar los testimonios ilustres, nombrar las «maravillas» de la ciudad, exhibir bellos fragmentos de columnas o de tímpanos, bellas estatuas mutiladas e incluso monedas de oro o joyas, servía al mismo propósito: convencer para afianzar fidelidades.

¿Eruditos, coleccionistas o anticuarios?

En los años fastos del Quattrocento, tanto en Roma como en el resto de Italia, lo que despertaba mayor interés eran los «tesoros» buscados tanto por su rareza o por su precio, como por su significado histórico: camafeos, medallas y monedas, estatuillas, todos ellos objetos de moda y ya piadosamente conservados por aficionados apasionados, consagrados al enriquecimiento de sus colecciones. ¿Se trataba de una veneración por esos testimonios directos de un pasado lejano que habían desafiado el paso del tiempo y daban a los hombres conciencia de su historia? ¿O bien era pura admiración por las formas bellas y por los materiales nobles? ¿O acaso esos objetos proporcionaban placeres para el espíritu y entusiasmos en los expertos? Nos inclinamos por otra opción: indudablemente esos objetos ofrecían más a menudo ocasiones de comercio lucrativo y de especulación, eran a veces fuente de rivalidades, de tráficos dudosos, e incluso de falsificaciones. Esa pasión se parecía en muchos casos al pillaje.

77. B. Nogara, *Scritti ...*

Queda fuera de duda que el hallazgo, generalmente fortuito, de una «pieza» romana, de una «antigüedad», naturalmente extraña o insólita, pero siempre admirada, tomaba cariz de acontecimiento. El que entraba en posesión de esa pieza ofrecía una fiesta, la mostraba y luego la exponía. Estaban tomando forma los primeros museos: salas o galerías bien iluminadas, que podían acoger vastas colecciones. El papa Pablo II había reunido ricos tesoros: un inventario preciso, iniciado en 1459 por uno de los notarios apostólicos y todavía no terminado tres años después, nombraba más de cien monedas de oro, más de mil de plata, ciento treinta y seis piezas grabadas, decenas de pequeños bronces y doscientos veinte camafeos que el papa hizo enmarcar en marcos de plata dorada en los que estaban grabadas sus armas e inscripciones tanto a la gloria de san Pedro como a la de Baco. En 1466 alquiló los servicios de una cuadrilla de albañiles y precisó que debían entregarle inmediatamente todo lo que encontraran que fuera interesante para sus colecciones: «imágenes» esculpidas, monedas, aunque fueran de cobre, etc.[78] Sixto IV, también aficionado empedernido, hizo todo lo posible por prohibir la salida de Roma de piezas antiguas, a menudo compradas por comisionados de los príncipes; los Sforza de Milán, los Este, y los Médicis sobre todo, que pagaban generosamente a diversos intermediarios secretos. Ese papa donó a la ciudad de Roma diversas estatuas o grupos notables (un *Hércules* de bronce dorado, el *Tirador* y la *Loba*), situados en el Capitolio, que fueron las primeras piezas de un Museo Capitolino que inauguró con gran pompa el 14 de diciembre de 1471.[79]

Las estatuas que habían quedado en un foro, escasas ciertamente pero conocidas, formaban parte del decorado cotidiano y figuraban en todas las imágenes de la ciudad y servían de punto de referencia; algunas habían dado su nombre al barrio en el que se hallaban: ¡en el Quirinal, la *contrada de'Cavalli* (también llamada *ad equos marmareos*) debía su nombre a los dos grandes caballos que la tradición atribuía a Fidias y a Praxíteles respectivamente![80]

En cuanto a los «descubrimientos», los hallazgos más bellos suscitaban verdaderas devociones y a veces grandes movimientos de masas.

78. E. Rodocanachi, *Histoire de Rome de 1354 à 1471. L'antagonisme entre les Romains et le Saint-Siège*, París, 1921, p. 438.
79. E. Rodocanachi, *Histoire de Rome. Une cour princière au Vatican pendant la Renaissance (1471-1563)*, París, 1925.
80. C. Corvisieri, «Il trionfo romano di Elenora d'Aragon», en *Atti della Società Romana di Storia Patria*, vol. I, 1878, p. 637.

En 1485 una tarea de derribo dejó al descubierto casualmente y sin romperlo, en una de las grandes tumbas de la via Appia, el sarcófago de una joven romana todavía adornada con sus joyas. Una vez expuesta en el Capitolio, la afluencia de curiosos fue tal que al cabo de unos días el papa tuvo que mandar enterrarla, de noche y secretamente, en un lugar apartado.

Sin embargo, para algunos, esa búsqueda de antigüedades se convirtió en un verdadero oficio; desde los albañiles y los viñadores, los jardineros, los libreros y los orfebres, hasta los artistas que servían de intermediarios y copiaban medallas y estatuillas, mucha gente obtuvo ingresos considerables. En la década de 1510 la veta todavía no estaba agotada y los comercios seguían floreciendo. Benvenuto Cellini se había conchabado con peones lombardos que binaban las cepas en primavera: «Esos palurdos, al cavar la tierra, hallaban a cada instante medallas antiguas, ágatas de distintos colores, cornalinas y camafeos, piedras finas, esmeraldas, zafiros, diamantes y rubíes. Hombres que estaban al acecho, compraban esos descubrimientos por casi nada y yo corría tras ellos». Entonces los revendía a los cardenales, se ganaba así su reconocimiento y amistad; a uno una esmeralda en forma de cabeza de delfín, «tan grande como las habas que se utilizan en los escrutinios»; a otro un camafeo en el que aparecía Hércules encadenando las tres cabezas de Cerbero; o bien una Minerva hecha con un topacio.[81]

Vemos pues que ese interés por lo antiguo se limitaba a menudo a la búsqueda de objetos y fragmentos de decorados. En definitiva, el arte romano se apreciaba a pedazos, a base de elementos a la fuerza dispares y no vinculados, sin datar ni identificar, y generalmente mal interpretados. La pasión por el detalle, por el motivo, dominaba generalmente sobre cualquier otra aproximación.

Todo el mundo se extasiaba y se entusiasmaba en el momento en que un feliz azar aportaba un descubrimiento, pero nadie podía situarlo en el tiempo ni tan sólo, en la mayoría de los casos, definirlo. El esfuerzo por inserir una pieza en su contexto seguía siendo limitado. Se contaban leyendas sorprendentes y explicaciones extravagantes sobre los lugares insignes, las estatuas y los edificios en ruinas, en una confusión total, sin que ninguna investigación sistemática acudiera en ayuda de la verdad. Constantemente se evocaba, no un pasado histórico bien definido, sino la intervención de lo sobrenatural, y a veces de lo

81. *Vie de Benvenuto Cellini* ..., pp. 113-114.

sobrenatural en el sentido cristiano. Los milagros ocupaban un lugar de privilegio. Se divulgaban historias que incluían maravillas, tesoros, placas de oro... Los romanos veían sin duda en el Capitolio un lugar importante de su pasado, pero lo rodeaban de historias fabulosas totalmente inventadas. Allí se levantaba antaño, según contaba el pueblo y escribían los mejores autores, un edificio admirable revestido de cristal y de oro, construido para ser el espejo de todas las naciones. ¡Se creía que ese *Capitolium aureaum* había estado coronado por una gran torre en la que se encontraba una linterna de oro para indicar a los marineros donde se hallaba la capital del mundo! En el interior se alineaban las estatuas de todos los reyes y de todos los emperadores.

Cada plaza pública y cada monumento tenía su leyenda en la que se mezclaban los recuerdos de la mitología antigua, de la historia más o menos legendaria de Roma y de las Escrituras. Se creía que Noé, tras el fracaso de la torre de Babel, había fundado la ciudad de Roma, y que su hijo instaló su palacio fortificado sobre el monte Palatino. Para las otras colinas se citaba a Saturno y a Hércules, a un rey llamado Ítalo, Evandro rey de Arcadia, Tibris rey de los aborígenes, Coribas, Glanco, el hijo menor de Júpiter, e incluso... una hija de Eneas que no se nombraba personalmente. A muchas ruinas también se les atribuían falsas apelaciones surgidas de confusiones sorprendentes perfectamente inexplicables, o bien de una ignorancia total, o de lecturas erróneas de inscripciones.

Nuestros romanos del Renacimiento, incapaces de comprender sus vestigios antiguos, de inserirlos en una historia de la que no obstante se contaban las mil y una maravillas, procuraban salir de apuros utilizando simples juegos de palabras. El Velabro, esa depresión pantanosa y barrio popular situado entre el Palatino y el Capitolio, simplemente ilustrado por la pequeña iglesia de San Giorgio in Velabro, se convirtió en el lenguaje popular, de un modo como mínimo inesperado, en el *Velum Aureum*... En 1452, un viajero alemán que se había informado en la propia Roma, decía que la estatua ecuestre de Letrán (el Marco Aurelio) representaba «a un ciudadano llamado Septimio Severo que mató a un rey que asediaba Roma y llevó su cuerpo a la ciudad»; también afirmaba que Rómulo estaba sepultado bajo la pirámide de Cestius.[82] Cuando, en 1480, se descubrió en las viñas del cardenal Della Rovere una admirable estatua de Apolonio inmediatamente expuesta en el Belvedere del Vaticano, nadie fue capaz ni de datarla aunque fuera de un modo aproxima-

82. E. Rodocanachi, *Histoire de Rome ...*, p. 268.

do, ni de identificarla; los sabios y notarios de los cardenales, los humanistas de las academias, sin duda entusiastas, propusieron una gran cantidad de explicaciones y de atribuciones, a cual más fantasiosa.

Hay que reconocer que el gusto por lo maravilloso y la moda del momento no facilitaban las cosas. En esa época, la *fama* popular dio a una estatua de Isis de la que no se sabía qué decir el nombre de *Lucrezia*; y ello se produjo simplemente por referencia a la favorita del rey de Nápoles cuya visita a Roma, poco tiempo antes, y su séquito habían alterado fuertemente las imaginaciones.[83]

Estas pocas indicaciones muestran claramente el carácter imperfecto y fragmentario, en el Quattrocento y en la propia Roma, del conocimiento de la Roma antigua, por lo menos en este plano. Los hombres más enterados, los humanistas apasionados por lo antiguo, debían contentarse con admirar sin saber en muchos casos qué era lo que admiraban. Las verdaderas identificaciones seguían siendo escasas, y se celebraban en el círculo de los eruditos como verdaderos milagros. El famoso grupo de *Laoconte* y sus dos hijos atacados por serpientes, descubierto el 14 de enero de 1505 en un viñedo cercano a las termas de Tito e inmediatamente admirado por Miguel Ángel y por Sangallo, se reconoció gracias a que Plinio mencionaba esa obra insigne. El descubridor de esta pieza excepcional, un tal Félix de Fredi, recibió honores de héroe, gozó de favores toda su vida y, tras su muerte, fue sepultado en la iglesia de Aracoeli consagrada, en el Capitolio, a las glorias de la *Urbs*. El papa Julio II dio seiscientos escudos para que el *Laoconte* se incorporara a las colecciones del Vaticano. Un éxito de esa magnitud y esos entusiasmos, ¿eran solamente fruto de una veneración pura por el arte antiguo o del placer de volver a encontrar uno de los episodios familiares y de los más dramáticos de una historia cantada y aprendida durante siglos? En efecto, ese drama era muy conocido simplemente porque se insería en la historia de la guerra de Troya y del caballo de Ulises, ampliamente divulgada durante generaciones. Así, por la gracia de un repertorio propiamente «medieval», los hombres de la Roma «renacentista» fueron capaces de poner un nombre a uno de sus descubrimientos antiguos.

Los tímidos ensayos de reconstrucción de las civilizaciones desaparecidas se hacían en un orden disperso, utilizando desordenadamente elementos de los tiempos republicanos y elementos de los últimos si-

83. *Ibid.*, p. 340.

glos del imperio. El culto del objeto y la locura por coleccionar empujaban a apasionarse por los accesorios ornamentales o anecdóticos cuyos significados no siempre se comprendían. Preocupados por seguir esas modas, los pintores cargaban sus composiciones abusivamente con un gran número de elementos arcaizantes, con un verdadero batiburrillo romano. Lo vemos, en particular, en los *Trionfi*: el de Julio César creado por Mantegna (de 1484 a 1494), y el de Escipión el Africano creado por Jules Romain unos diez años más tarde. En el tiempo del papa León X, Rafael se inspiró, para las logias del Vaticano, en los finos decorados de la Casa Dorada de Nerón: guirnaldas de follajes, hombres y animales fantásticos o burlescos. Desde entonces, los escultores pusieron guirnaldas de ese tipo en todas partes y, como en esa casa los albañiles habían puesto al día sobre todo las grutas del jardín, esas fantasías tomaron el nombre de «grutescas», y causaron furor.

¿Estamos ante una reverencia consciente por lo antiguo? ¿Podemos dudar de ello? ¿No es mejor invocar en muchos casos la magia de las modas, una especie de esnobismo diríamos, y el deseo de recuperar hasta la saciedad y servilmente el gusto de aquella época?

¿Paganismo o regreso a las fuentes del cristianismo?

Roma seguía estando en el centro de todas las miradas y el saber se apoyaba sobre todo en descubrimientos hechos en la ciudad o en los alrededores inmediatos, en las ruinas, los campos o los viñedos; generalmente en las propiedades de los cardenales de la Iglesia. Esa constatación invita a subrayar una orientación de la curiosidad y de los intereses.

Contrariamente a lo que se ha escrito a menudo, ese renacimiento no se afirma en absoluto como una complacencia por los tiempos del paganismo, como una liberación de las creencias tradicionales. Ni la admiración por los autores antiguos, por las obras de arte halladas de nuevo, ni, por otro lado, la libertad de las costumbres que se atribuía a los hombres de letras de la época, excluían de ningún modo la fidelidad a la religión de los padres ni las múltiples referencias a la cultura cristiana. La leyenda del Capitolio se apoyaba en un milagro. Allí fue donde, según se decía, Octavio Augusto vio aparecer en plena luz —visión provocada por la Sibila de Cumas—, una Virgen llevando un niño encima de un altar y anunciando la llegada del Salvador; en ese preciso

lugar fue construida la iglesia de Aracoeli en la que Cola di Rienzo debía dirigirse a las masas, y en el que los héroes del pueblo romano y cristiano debían hallar su descanso eterno. En el lenguaje popular, la *Porta Aurelia* cambia de nombre y pierde esa referencia al emperador para convertirse en la *Porta Aurea*, en memoria de la puerta de Jerusalén en la que Joaquín encontró a Ana, en la que Cristo fue aclamado el día de las palmas, y por la que Heraclio entró en la ciudad llevando la Santa Cruz tras su victoria frente a los persas.

Las únicas exploraciones romanas que se emprendieron en la época del Renacimiento, las únicas investigaciones de estructuras antiguas, no estuvieron guiadas por el interés de exhumar vestigios paganos, templos o teatros, sino por el interés por los cementerios, testimonios de los primeros tiempos del cristianismo en Occidente.

Ese interés, centrado en esa época, en los siglos XV y XVI, en las catacumbas romanas, extraña generalmente a los historiadores que piensan que los hombres del Renacimiento, y principalmente los poetas o filósofos humanistas, no sentían curiosidad más que por los tiempos de la república romana y del imperio triunfante, el tiempo de los dioses paganos. Para ellos, la arqueología cristiana no se afirmó verdaderamente, tras algunos torpes balbuceos a finales del siglo XVI (y debidos al azar de un descubrimiento inopinado el 31 de mayo de 1578), hasta los trabajos del padre Marchi y de Giovanni-Batista De Rossi a partir de los años 1850. El artículo del *Dictionnaire d'archéologie chrétienne et de liturgie* (1910), firmado por Henri Leclercq, afirma que los cementerios cristianos de Roma fueron completamente olvidados durante siglos y que «la Edad Media hizo aún más densas sobre los cementerios las tinieblas con que cubría todo el pasado en general». En cuanto a los tiempos del Renacimiento, el autor indica que la catacumba de Calixto contenía grafitos de hermanos franciscanos, de 1433 a 1482, y la de los santos Pedro y Marcelino las firmas del célebre Pomponio Loto y de sus compañeros (1475). Pero el mismo artículo da poca importancia a esos hechos y parece incluso sugerir que esos escritores, miembros y ornamentos de la célebre Academia romana condenada por el papa Pablo II, habrían hallado en las catacumbas un refugio contra la persecución, o por lo menos un lugar seguro en el que se podían reunir a cubierto.[84]

84. H. Leclercq, artículo «Catacombes» en *Dictionnaire d'archéologie chrétienne et de liturgie*, vol. 2, 1910, cols. 2.375-2.450.

En definitiva, las dos proposiciones deben ser revisadas. En primer lugar, las catacumbas no fueron ignoradas en la Edad Media ni por los romanos ni por los visitantes. En 625-638, un peregrino anónimo ofrecía una gran cantidad de detalles sobre las iglesias y los cementerios antiguos de Roma en un relato que pretendía ser sobre todo una guía. Un contemporáneo de Carlomagno dejó notas topográficas y listas de inscripciones. Las catacumbas figuraban en un buen lugar, en el siglo XI, en las descripciones de la ciudad, esos *Mirabilis urbis Romae* tan ampliamente difundidos, y, aproximadamente un siglo más tarde, en los escritos del inglés Guillermo de Malmesbury, que evocaba el paso de los cruzados por Roma en la época de Urbano II y reproducía una lista topográfica de los monumentos y de los cementerios.[85]

En segundo lugar, los humanistas hicieron mucho más que aventurarse por azar o refugiarse, obligados y forzados, en uno de los cementerios. Visitaron con interés varios de ellos (el de Pedro y Marcelino, y también el de Calixto, el de Pretextato y el de Priscilo), situados en lugares alejados y todos ellos de estructuras diferentes. Fue una verdadera exploración y sacaron provecho de ella.[86]

Para esos hombres, humanistas del Renacimiento que se atribuían nombres de autores griegos y latinos (Calímaco, Asclepíades, Glauco, Sabellicus), las antigüedades cristianas les hablaban tanto o más que las otras. Maffeo Vegio (m. 1458) consagró en esa época todo un volumen a una descripción muy minuciosa de la primera basílica de San Pedro. Flavio Biondo (m. 1463) dedicó su *Roma instaurata* al papa veneciano Eugenio IV; el libro estaba dedicado a la glorificación de todas las antigüedades de Roma, a sus grandes basílicas cristianas tanto como a los vestigios más antiguos. Todo ello da testimonio de un interés vivo, que se une al que suscitaban, exactamente en la misma época, las iglesias y baptisterios de Ravena.[87]

85. R. Aigrain, «Les catacombes romaines», en *Archéologie chrétienne*, Bloud et Gay, París, 1942, pp. 9-10.

86. Stornaiolo, «Il Giovanni Battista ed il Pantagosto compagni di Pomponio Leto nella visita delle catacombe romane», *Nuovo Bollettino di Archeologia Christiana* (1906).

87. D. Spreti, *De Amplitudine, vastatione et instauratione civitatis Ravennae*; inventario preciso y entusiasta escrito en 1489.

Conclusión

Es muy posible que la afición manifestada por los autores de los años 1820-1840 hacia los pintores italianos del Trecento y del Quattrocento sea, en buena parte, fruto de un malentendido o quizá mejor de un equívoco. ¿Querían que se admiraran las obras por ellas mismas o más bien sus autores? Esos promotores de una nueva moda no parecen estar en perfecto acuerdo con los que habían lanzado esa moda antaño, en la época de los humanistas. No recuperan los criterios de Petrarca o de Alberti. Hacen bastante poco caso del *arte* de representar bien la naturaleza, y no invocan a diestro y siniestro la imitación de las obras antiguas ni las altas gestas de los griegos y los romanos. Lo que parece interesarles sobre todo es la idea que se hacen de la personalidad de los artistas de esa época y, más generalmente, de la condición del hombre frente a las limitaciones de la sociedad y de la religión.

A ese hombre, a ese artista, podían conocerlo, definir sus inserciones sociales y su carácter, mientras que todos los artistas de los siglos precedentes les eran completamente desconocidos, a falta de documentos o de investigaciones suficientemente profundas. Gracias a Petrarca y a Boccaccio, y luego sobre todo a Vasari, los críticos de arte y los aficionados del siglo XIX disponían finalmente de nombres y de figuras. Esas *Vidas* de Vasari los colmaban de satisfacción; la de Benvenuto Cellini escrita por él mismo, una verdadera novela de capa y espada, les apasionaba. Esa intimidad les parecía una novedad maravillosa y es, en definitiva, a su entusiasmo —y a su ignorancia— a los que debemos esa idea perfectamente errónea del anonimato del artista en la Edad Media.

Además, esos pintores, escultores y orfebres les gustaban. Por lo que sabían de ellos, se identificaban personalmente con ellos. Para esos historiadores y críticos de principios del siglo XIX, no había ninguna duda de que el Renacimiento había marcado un claro rechazo de las limitaciones «morales» y sociales, y un abandono inteligente de las devociones tradicionales. Stendhal el rebelde, que se declaraba ateo y jacobino, no cesaba de aplaudir esas vidas; sus *Crónicas de Italia* muestran claramente sus fervores por un mundo de violencia y de blasfemias; Burckhardt hacía de Cellini un héroe, y quizá incluso un modelo. No cabe duda de que en esos casos no se trataba más que de un error de apreciación; pero ese error se ha mantenido y la idea de un «mo-

dernismo» pagano, de un Renacimiento que aceptaba todo lo que procediera de la Antigüedad y rechazaba el cristianismo, ha progresado.

En 1942 el admirable libro de Lucien Febvre, *Problème de l'incroyance au* XVI[e] *siècle*, denunció esas visiones tan simplistas y puso magistralmente las cosas en su lugar. Un estudio pormenorizado de las verdaderas curiosidades intelectuales en la Roma del Quattrocento y algo más tarde, aportaría a su tesis, desgraciadamente a menudo olvidada, numerosas confirmaciones y relegaría esa imagen del Renacimiento —apasionado por la civilización antigua, sin discernimiento, y por ello mismo pagano—, al repertorio de los clichés pasados de moda.

Segunda parte

EL FEUDALISMO Y LOS DERECHOS SEÑORIALES



1. LAS IDEAS PRECONCEBIDAS

EL ESTADO TENTACULAR Y SUS VIRTUDES

Lo que sabemos, o mejor dicho lo que hemos retenido, acerca de la Edad Media, de su civilización, de sus estructuras políticas y sociales, de las formas de vida, y sobre todo de las relaciones humanas, nos ha sido dictado, desde hace ya mucho tiempo, por obras de pura propaganda, elaboradas a conciencia y reutilizadas por una gran cantidad de polígrafos que solamente se han dedicado a copiar. Estos autores han dado lecciones en las que, sin ningún complejo, han juzgado duramente un pasado sobre el que no saben gran cosa. En todas partes hallamos los mismos clichés, repetidos en los simples manuales para las escuelas de enseñanza básica, en bellos libros ilustrados destinados a un amplio público cultivado, e incluso en estudios tan especializados como los comentarios de obras literarias o artísticas. Sin mencionar, claro está, lo que se escribe sin reflexionar a vuelapluma o en los discursos no controlados.

La condena, ya muy severa para la Edad Media en su conjunto, se eleva de tono y alcanza su máxima expresión en cuanto se habla del feudalismo y de las «sociedades feudales», fuentes de tantos abusos, de tantas desgracias y de tantos crímenes. Se trata de una condena sin matices, puesto que ese concepto se analiza generalmente en bloque, desde los países del norte de Europa hasta las costas del Mediterráneo, y desde los tiempos de la caída del Imperio romano hasta el alba radiante de la «Edad Moderna». El feudalismo es el mal absoluto; la encarnación de la barbarie.

Bastaría con leer un manual de enseñanza anterior a la segunda guerra mundial, o incluso anterior a 1950-1960, en la época en que era lícito que esos libros transmitieran determinados contenidos, para obte-

ner una idea bastante clara de las intenciones subyacentes. En Francia, en todo caso, la escuela sabía a qué discurso atenerse y, bajo distintas etiquetas, no introducía en él muchos cambios. El libro de Malet-Isaac indicaba claramente la línea que se debía seguir; ni los alumnos ni sus maestros conocieron jamás otras líneas y tampoco plantearon preguntas. Esos libros desarrollaban e ilustraban con numerosos ejemplos edificantes un análisis que apoyaba la idea de que la República aportaba la paz y la justicia social; más aún, reforzaban la convicción de que no se podía hacer nada grande, sólido y justo sin una fuerte concentración político-administrativa. Hay que destacar, por otro lado, que en este último punto —los méritos del Estado rígidamente estructurado y los daños de la «anarquía feudal»— los adversarios y los partidarios del ideal republicano no se distinguían en nada. Todos se dedicaron a condenar el feudalismo, origen de la anarquía. En las esferas del pensamiento político siempre ha habido acuerdo sobre las ventajas de un poder fuerte, y sobre la obra meritoria de los reyes de Francia (de Luis el Gordo hasta Luis XIV) que supieron dominar a los terribles señores. No hay ningún desacuerdo en este sentido: de todas partes llegaban y llegan todavía duras diatribas contra los bandidos feudales que, tal como se sabía y cada uno podía ilustrar a su gusto, habían asolado Francia. Conocemos perfectamente todas esas llamadas de alerta solemnes contra la anarquía feudal cuyo espectro de miserias espantosas agitan nuestros maestros de pensamiento incesantemente. Ese consenso parece sólidamente arraigado incluso hoy en día.

De ese modo, la imagen del feudalismo siempre se ha manchado con el vicio abominable de la completa disolución del poder; se ha acusado y condenado todo el sistema por su naturaleza misma, fuente de anarquía y de desgracias.

HISTORIA DE UNA LITERATURA DE COMBATE

Esa literatura pretendidamente histórica, y los mensajes y consignas de los que hemos aprendido, fueron, en su tiempo, obras de combate político e ideológico dictadas por programas de acción cuidadosamente elaborados. Debemos admitir (y deplorar) que cada «escuela» histórica e incluso cada investigación individual lleva la marca de su tiempo; que los autores, por muy escrupulosos que sean, no pueden liberarse fácilmente de las preocupaciones de su tiempo, ni de las modas,

ni del contexto espiritual en el que viven; y que existen pues, en toda obra llamada a obtener cierto éxito, límites en la objetividad y la imparcialidad. Sin embargo, en lo referente tanto al feudalismo como a la Iglesia en la Edad Media, más vale no hablar de un clima reinante, sino de consignas, de directrices, y realmente de una falta total de originalidad. Los esquemas impuestos no eran evidentemente fruto del azar, sino, por el contrario, fruto de sólidas determinaciones.

Quienes forjaron esa imagen de una Edad Media marcada por el sello del oscurantismo constituyeron a menudo, sin ni tan sólo encontrarse, círculos de pensamiento cuidadosamente protegidos de las injerencias exteriores y de las críticas. Los espíritus demasiado independientes, demasiado curiosos por estudiar los hechos, se apartaron deliberadamente del escenario pedagógico; sus trabajos permanecieron generalmente desconocidos para el gran público, mientras que las obras de los amigos de los creadores de opinión y las de quienes, a sabiendas o no, se adaptaban a los conformismos, fueron ensalzadas, analizadas o mejor dicho reproducidas, y citadas hasta la saciedad. En todas partes se hallaban las mismas fórmulas, los mismos ejemplos capaces de despertar emociones. Y ello hasta el punto de que el discurso histórico, mediocre y sectario, se repetía constantemente al abordar la sociedad feudal. Por desgracia, todavía quedan muchos restos de esa concepción.

Antes de 1789: los ministros del rey

La denuncia de los derechos feudales estuvo guiada por dos corrientes de ideas, por dos reflexiones y acciones netamente distintas al principio, pero convergentes a fin de cuentas por sus efectos.

En primer lugar, y de una forma perfectamente lógica, por la corriente que encarnaban los ministros del rey o sus consejeros. Ello no es extraño: esos ministros pretendían consumar el establecimiento del poder central y, consiguientemente, suprimir las particularidades, los derechos señoriales y privados; querían convertir a todos los hombres en súbditos directos del rey. Los autores, a menudo teóricos de la economía agraria, atacaban esencialmente la existencia de la servidumbre y de las corveas, «vestigios de los tiempos bárbaros» y responsables de la mala explotación de las tierras y de tantos desórdenes. En sus dominios propios, el rey ya había abolido esos derechos tan antiguos; por lo tan-

to, estaba en condiciones de exigir las mismas reformas a los nobles e incluso a las abadías.

Turgot emprendió la supresión obligatoria de los derechos feudales y sobre todo de las corveas, que debían sustituirse por una contribución. Fracasó en su empeño, pero su programa inspiró numerosas obras. De entrada, la obra de Boncerf, jurista de Besançon y defensor de los siervos, cuyo libro titulado *Inconvénients des droits féodaux* conoció un gran éxito. Su ejemplo fue pronto seguido por Letrosne (*De l'administration provinciale et de la réforme de l'impôt*, 1779) que también afirmaba abogar por una buena gestión de las tierras y por obtener beneficios de la agricultura, y que denunciaba sin ambages ese feudalismo «tan oneroso y tan contrario a la plenitud de la propiedad y al bien de la cultura»; ese feudalismo que «no proporciona ninguna ventaja real que pueda compensar el más pequeño de sus inconvenientes». Por lo tanto, había que suprimirlo... Por su lado, d'Argenson publicó en 1784 sus *Considérations sur le gouvernement ancien et présent de la France*. La cuestión de las corveas y de los derechos señoriales se discutía públicamente: *Correspondance d'un homme d'État avec un publicicite sur la question de savoir si le roi peut affranchir les serfs des seigneurs à charge d'indemnité* (A. Mangard, 1789).[1]

Los reformadores de las «Luces»

Esa corriente reformadora, inspirada por los funcionarios del Estado preocupados por la eficacia y el orden, fue relevada o mejor dicho reforzada, ya en la misma época, por otra corriente más polémica y contestataria. Ésta denunciaba los abusos, las situaciones indefendibles e insoportables, y atacaba las arbitrariedades que segrega invariablemente toda forma —incluso atenuada— de feudalismo. Esos autores querían ante todo situarse en el plano de la condición del hombre y de su dignidad. Les debemos un gran repertorio de obras «históricas» perfectamente explotables para grandes polémicas, puesto que fueron escritas con ese propósito. Su intención y su concertación no ofrecen ninguna duda y, desde hace algún tiempo, los historiadores franceses, ocupados en un análisis menos falaz de los orígenes de la Revolución

1. Sobre todo lo que precede: P. Kessel, *La Nuit du 4 Août 1789*, París, 1969, pp. 46-47, 340, 360-361.

de 1789, han vuelto a adjudicar a ese movimiento intelectual la importancia que se merece, no más. Ese movimiento, al que Daniel Mornet consagró en 1933 una obra notable,[2] ya no se admitía en los años 1940 como hipótesis de investigación, puesto que estaba demasiado en oposición, en París sobre todo, con lo que los maestros del materialismo histórico creían poder enseñar.[3]

¿Quién soñaría hoy en negar o minimizar la influencia de los grandes pensadores del siglo de las luces, de esa pléyade de moralistas virtuosos: Voltaire, Rousseau, Diderot..., todos ellos hombres de gran renombre, mimados por los príncipes y los grandes, reparadores de entuertos, dispensadores de lecciones, y siempre dispuestos a denunciar los abusos y a tomar partido por las causas justas?[4] Sin embargo, esos maestros de los ejercicios del espíritu se limitaban a los males de su época; eran en definitiva más panfletarios y periodistas que historiadores y no se remontaban lejos en el tiempo. Otros hicieron de ello su oficio, y sus trabajos (?), o sus afirmaciones en todo caso, manifestadas en forma de verdades, les llevaron a condenar duramente el pasado y a reclamar profundas reformas; ya no se contentaban con denunciar unos cuantos abusos, sino que exigían transformaciones profundas y hablaban de suprimir los privilegios odiosos y ridículos; y se remitían preferentemente a la Edad Media. Esos autores, muy prolijos, hallaron en la Edad Media su pozo de informaciones más o menos controlables y su fuente de anécdotas de todo tipo. Una buena parte de nuestro folklore medieval, de apariencia científica a veces y ridícula otras veces, nació de ese modo, en el contexto de la preparación de la Revolución.

El Montesquieu del *Espíritu de las leyes* (1748) se sitúa exactamente entre esos autores tan comprometidos, capaces de acreditar fantasías sorprendentes buscando en el pasado los orígenes de tal o cual práctica. Germain-François Poulain de Sainte-Foix le siguió de cerca y recuperó los mismos discursos, limitándose a Île-de-France, en sus *Essais historiques sur Paris* (1754-1757). Unos treinta años más tarde, en vísperas pues de la Revolución, floreció una literatura, ya realmen-

2. *Les Origines intellectuelles de la Révolution française. 1715-1787*, París, 1933, 1947².

3. E. Labrousse, *La Crise de l'économie française à la fin de l'Ancien Régime et au début de la Révolution*, París, 1943.

4. F. Furet y D. Richet, *La Révolution*, París, 1966.

te específica, que se limitaba por un lado a los derechos del señor feudal y a sus abusos (*Des banalités* de Frémainville, *Des droits de justice* de Baquet), y por otro lado a la vida política y a las relaciones sociales en el marco de un único gran feudo (*Mémoires pour servir à l'Histoire du comté de Bourgogne* de Dunod de Charnage, *Mémoires historiques sur la ville d'Alençon et sur ses seigneurs* de Odolant Desnos). Estos libros se publicaron unos meses antes o en el mismo momento de la redacción de los *cahiers de doléances* en los que sería difícil hallar el reflejo de cierta espontaneidad e incluso de una total sinceridad, tal como varios estudios serios afirman hoy en día muy claramente. Otros libros aparecieron en los últimos meses anteriores a la Revolución; panfletos en forma de tratados eruditos que se vestían con el título, muy de moda en la época, de «memorias»: *Modestes observations sur le «Mémoire des princes» faites au nom de 23 millions de citoyens français* (G.Brizard, 1788); *Mémoire sur les moyens d'améliorer en France les conditions des laboureurs, des journaliers, des hommes de peine vivant dans les campagnes et celles de leurs femmes et de leurs enfants* (S. Cliquot de Blerwache); luego llegó el *Cri de la raison ou Examen approfondi des lois et des coutumes qui tiennent dans la servitude mainmortable quinze mille sujets du roi* (abate Clerget, 1789).

Las borracheras y los discursos de la noche del 4 de agosto de 1789

Los adversarios de los privilegios y de los «derechos feudales» se jactaban de tener suficientes argumentos; más allá de los principios generales referentes a la preocupación por la igualdad y la fraternidad, aportaban una gran cantidad de hechos precisos, sacados de esos tratados «históricos» que ofrecían un rico repertorio, casi inagotable, de prácticas escandalosas, de abusos, de crueldades y de arbitrariedades. Ante la Asamblea constituyente, durante esa sesión memorable de la noche del 4 de agosto que conoció, según nos dicen, la «abolición de todos los privilegios», los oradores de la primera línea política utilizaron un rico arsenal de hechos diversos.

Habían preparado su ataque a la perfección; un ataque dirigido por un grupo de hombres muy unidos, y bien informados del proyecto. Todo había comenzado con la adopción de un nuevo reglamento que, a las sesiones generales de la mañana, añadía las de la noche, que se

prolongaban hasta muy tarde, con el fin de desmovilizar a quienes no estaban informados «de los motivos ocultos». A ello siguió inmediatamente la elección de un nuevo presidente que «se empeñó con todas sus fuerzas en reducir a sus adversarios a la inercia haciendo sonar la campanilla mañana y noche»; y Camille Desmoulins, buen observador de esas maquinaciones, explica: «su actuación fue genial y a esa actitud debemos los grandes acontecimientos de su presidencia y la noche del 4 de agosto». A ello hay que añadir las grandes cenas ofrecidas por los partidarios de la abolición: «Un festín espléndido como Luis XIV no lo había ofrecido ni en los días de su mayor magnificencia. Se escanció todo tipo de vinos ... La orgía duró hasta las nueve de la noche ... De todos los diputados que habían cenado en casa de los duques de Aiguillon y de Liancourt, no había uno solo que no se hallara en estado de embriaguez total ... Los Voidel, los Chapelier y los de Aiguillon habían bebido tanto que el vino les salía por los ojos en plena asamblea».[5]

Los discursos de esa noche atestiguan esta «documentación» sacada de libros o panfletos muy recientes. Tras algunas exposiciones de principios muy generales,[6] subieron a la tribuna los denunciantes de los abusos, que, a lo largo de sus lecturas, habían recogido una gran cantidad de ejemplos horribles y de anécdotas escandalosas. Las dos estrellas de la noche fueron Le Guen de Kerengal, diputado de la nobleza de Bretaña, y Lapoule, abogado de Besançon, «llevado por el horror que deben inspirar en toda alma honesta los deplorables vestigios de la barbarie feudal». Pero ambos, al igual que muchos otros, se cubrieron de ridículo y fueron mandados de nuevo a sus asientos en medio de los abucheos de la Asamblea. No obstante, no es seguro que esos discursos extravagantes se olvidaran y que no se citaran luego como grandes verdades. Durante mucho tiempo quedó algo de ellos. Y quizá todavía hoy... Los manuales describen regularmente muchos de esos abusos puramente imaginarios. Los historiadores se han inspirado en ellos muchas veces sin matizarlos y sin clasificarlos.

Además, está claro que el ataque contra los privilegios, preparado durante años por una gran cantidad de escritos, y perfectamente concertado, no pretendía llegar a una reestructuración total de los sistemas

5. P. Kessel, *La Nuit du 4 Août* ..., pp. 122, 127, 192-193.

6. Como los del duque de Aiguillon y el vizconde de Noailles («Nos quedaba un monstruo, el feudalismo, abatido por Noailles; ruge, cae, expira»).

en vigor; no buscaba realmente establecer una igualdad entre los hombres ante las cargas y los impuestos. Los únicos privilegios abolidos en ese entusiasmo se referían exclusivamente a los derechos feudales y a todo lo que concerniera a la propiedad rural. Otros privilegios siguieron vigentes sin demasiados murmullos.[7]

Según un programa definido desde hacía mucho tiempo, los diputados de la Asamblea constituyente se dedicaron a reforzar los poderes del Estado y de las ciudades, cuyos dirigentes se beneficiaron tras 1789 de nuevos medios de acción, de mayores fortunas y en todo caso salieron indemnes de esas transformaciones.

De Michelet a nuestros días: la anarquía feudal denunciada por nuestros maestros

Tras el Primer Imperio y la Restauración, la escuela histórica francesa se inscribió de nuevo, y de un modo igualmente virulento, en una corriente «republicana» deliberadamente hostil al Antiguo Régimen. Un gran número de autores, y no de poca importancia, cuyos nombres citamos siempre con una especie de reverencia emocionada, se dedicaron entonces a denunciar las fechorías de los nobles y de los señores y los males del feudalismo; y añadieron además la denuncia del propio poder del rey. Escribieron, durante medio siglo y en distintos grados de seriedad, una serie de estudios precisos o, más a menudo, de grandes frescos, que llevaban invariablemente a las mismas conclusiones. Se pusieron al día los catálogos de anécdotas dramáticas y de abusos insoportables, y se eligieron y presentaron argumentos que estuvieran al servicio de una sola idea: el sentido de la Historia, el progreso continuo tanto de las técnicas como del sentido moral, y la marcha ineluctable hacia la paz y la justicia republicana que forzosamente halla sus apoyos más sólidos en las virtudes naturales del hombre liberado de los prejuicios y de las limitaciones.

Hoy en día, Augustin Thierry se conoce sobre todo por sus *Récits des temps mérovingiens* (1840) y en segundo lugar por la *Histoire de la conquête de l'Angleterre par les Normands* (1825). Pero los hombres de su tiempo se interesaban tanto o incluso más por sus trabajos y escritos más dispersos, más fragmentarios, y de otra naturaleza. Las

7. P. Kessel, *La Nuit du 4 Août ...*, p. 162.

Lettres sur l'histoire de France (1827) y las *Nouvelles lettres* (1833-1837), las *Considérations sur l'histoire de France* (1840) y sobre todo el *Essai sur l'histoire de la formation et des progrès du tiers d'état* (1853), eran obras que respondían claramente a intenciones polémicas y políticas: eran verdaderas lecciones que distribuían alabanzas y oprobios.

El mismo análisis se puede aplicar sin duda a Jules Michelet (1798-1874), escritor polígrafo, uno de los «padres» indiscutibles de la historia de Francia que, aun siendo un hombre de talante discreto que escribía bellamente, consiguió imponerse y ejercer, más que un control, una especie de dominio tiránico sobre las carreras y sobre las famas. Ahora bien, la obra de Michelet, de la que podemos citar sin duda páginas muy vigorosas, también es muy compleja y los trabajos propiamente históricos no ocupan más que un lugar relativamente limitado: se trata más bien de libritos ligeros, de simples evocaciones, de reflexiones personales e incluso de recuerdos anotados casi día a día; y además, de una serie de obras más o menos noveladas de las que ya no hablamos puesto que ese género ya no está de moda. Dejando a parte su *Histoire de France*, un fresco apresurado que podríamos considerar como una iniciación, no más, sus libros de historia se dedican esencialmente a recordar los abusos de antaño y el surgimiento de un orden nuevo que goza de todas las simpatías. Es el caso de sus *Origines du droit français*, y es también el caso de su *Histoire de la Révolution française* (1847-1853).

Ya en 1833 se había publicado el último de los quince volúmenes de la *Histoire de France* de Henri Martin; luego fue la *France historique et monumentale* de A. Hugo (1849), y, marcados por la misma inspiración y sobrecargado con los mismos clichés, la *Histoire des serfs* de Gaudy, los *Fiefs et Champarts* y las disertaciones *Des droits honorifiques* y sobre las *Corvées* de Maréchal et Guyot; sin olvidar a Barginet de Grenoble, Horace Raison e incluso a Mas Latrie.

Todos esos autores no se parecían entre sí. Algunos habían realizado, en efecto, investigaciones específicas sobre temas determinados, y se consagraban a indagaciones serias y originales; en ellas mostraban innegables cualidades de análisis crítico y sus trabajos siguen siendo apreciados. Pero, en cuanto se trataba de los derechos feudales, de la nobleza y del Antiguo Régimen, las intenciones y las conclusiones de todos ellos coincidían. No se oía ninguna nota discordante: solamente un unísono por todas partes. La fabricación de las imágenes estaba per-

fectamente asegurada: un largo trabajo aplicado, de carácter a menudo meticuloso, cuyos frutos calibrados, acondicionados maravillosamente, recogemos hoy.

Tales escritos, que a veces eran folletos de carácter erudito, no eran en su totalidad accesibles para el gran público. Su vocabulario y ciertas referencias a textos jurídicos desalentaban a un gran número de lectores e impedían una amplia difusión en el sistema educativo. Tomaron el relevo una serie de libros destinados a gozar de mayores éxitos pedagógicos: manuales escolares, tratados didácticos y disertaciones, e incluso novelas de capa y espada que, bajo la narración de aventuras rocambolescas, transmitían el mensaje en cuestión.

Los fabricantes de manuales de historia, responsables de la doctrina de las escuelas tras las leyes de 1880-1882, quienes fabricaron las palabras y las imágenes vehiculadas por todas partes y todavía hoy impuestas a los niños, y esas guías, a menudo oscuras, mediocres en todo caso y completamente extrañas al concepto de rigor histórico, no escondían sus intenciones. A principios de nuestro siglo, los libros de historia anunciaban un compromiso político fuertemente asentado desde las primeras páginas. Los límites de la exposición se definían en función de un servicio al Estado; había que sustituir «la biografía de los reyes y los discursos convencionales durante tanto tiempo confundidos con la Historia» por la «historia del pueblo francés»; había que disminuir «el espacio dedicado a los siglos lejanos en beneficio de los períodos cercanos a nosotros». Ello evitaba, naturalmente, iluminar con una luz nueva las zonas cubiertas de sombras. En cuanto al contenido, había que «hacer de los alumnos, desde su más tierna edad, hombres de progreso, buenos y sinceros republicanos».[8]

Esos autores profesionales, redactores de manuales para los pequeños, no tenían, principalmente en los años 1900-1930, ninguna formación científica; no se preocupaban en absoluto por verificar datos; podían, en su camino hacia una meta tan claramente declarada y a sus ojos perfectamente honrosa, contentarse con volver a utilizar lo que leían aquí y allá, y de hecho disponían de un repertorio muy rico de obras escritas para ese propósito: las de los grandes autores del siglo XIX.

Además, para quienes quisieran instruirse fuera o después de la es-

8. J. Guiraud, *Histoire partielle. Histoire vraie*, vol. I, París, 1912, p. 38.

cuela, floreció una literatura «histórica», a la vez erudita, sermoneadora y romántica, que bebía exactamente de las mismas fuentes. Hacer un listado de todos esos libros sería una tarea fastidiosa; algunos no han dejado ningún recuerdo, pero, en su época, es decir, en los años 1850 y durante más de una generación, cada uno de ellos aportó su piedra al edificio. Todos atestiguaban la misma voluntad de convencer a cualquier precio... al precio de las peores extravagancias, amalgamas, acrobacias etimológicas, exageraciones y chiquilladas.

2. ANATOMÍA DE UNA PROPAGANDA REPUBLICANA

Entre todos los libros que ya nadie o casi nadie lee, existe uno que presenta un mérito doble para el historiador que analiza esas manipulaciones y los métodos utilizados: por un lado, su naturaleza misma (estilo, guiños y alusiones) que lo destinaba a un gran público; por otro lado, el hecho de que sus autores citan constantemente y con complacencia obras, panfletos, actas o discursos más antiguos. Se trata de un volumen titulado *Les Droits du seigneur sous la féodalité*, con el subtítulo de *Peuple et Noblesse. Grand roman historique*, cuyo autor es Charles Fellens. En cuanto al editor, se menciona simplemente: «Bureaux de la Publication. 78, boulevard Saint-Michel, Paris». No se menciona explícitamente ninguna fecha, pero el curso de la obra nos sitúa en 1851. Es un libro en cuarto correctamente encuadernado e ilustrado, con un texto rico y denso de setecientas sesenta páginas a dos columnas. Nos hallamos sin duda ante uno de esos libros que se entregaban a los colegiales brillantes de las clases más avanzadas durante la distribución de premios, o que los padres de familia burgueses y de buen nivel cultural compraban y guardaban en sus bibliotecas para su propia educación y la de sus hijos.

Como tantos antes que él, el autor no esconde para nada su intención de servir a una causa justa; se emplea a esa tarea sin pudor ni moderación, utilizando todo tipo de artificios y procurando llegar a los corazones y los espíritus. Ello resulta en un conjunto a la vez literario e histórico, bastante complejo y de un género más bien bastardo: una yuxtaposición de textos que se sitúan en distintos niveles y que desconciertan en cierto modo. Este género ya no se utiliza y todo lleva a creer que, en nuestros días, tales procedimientos gozarían de un éxito de público muy reducido. Sin embargo, hacia 1850, los propagandistas podían, al parecer, entregarse a ese género sin temor de fatigar o de pro-

vocar sarcasmos. La forma y los procedimientos de esa obra merecen que nos detengamos a analizarla, puesto que muchas cosas en ella se utilizaban ya con anterioridad, y no todo lo que esa obra contiene se ha abandonado a partir de entonces.

LA NOVELA HISTÓRICA COMO MODO DE ENSALZAR LA VIRTUD

De entrada, el libro pretende ser una «gran novela histórica». La primera parte, efectivamente una novela, consta de aproximadamente quinientas cincuenta páginas grandes de una tipografía densa y sigue las reglas de un género que había conocido ya grandes éxitos. En ella hallamos todos los registros de la invención y una forma de escribir que, desde las primeras novelas de Alexandre Dumas ofrecidas al público unos veinte años antes,[9] se había seguido utilizando ampliamente y había obtenido suficiente éxito como para no tener que renovarse demasiado. Se trata de una serie ininterrumpida, siempre confusa y a veces indescifrable, de episodios rocambolescos que entre desastres y recuperaciones llevan al lector, a gran velocidad y sin dejarle tiempo para orientarse, del castillo señorial a las chozas de los campesinos, de la corte del rey al claustro del monasterio; constantemente aparecen combates y duelos, desafíos y traiciones, sorpresas totalmente esperadas y evasiones acrobáticas; no se nos ahorra nada. Los numerosos personajes, héroes o demonios, se insertan en esa cadena tan bien urdida y no sorprenden a nadie: el noble perverso, lujurioso, codicioso, sediento de sangre y de venganza; el joven pobre pero valiente y honesto, paladín de virtudes y de las reivindicaciones justas; la joven tan sensata y fiel como bella; los confidentes de quienes deberíamos desconfiar; los viejos que dan buenos consejos; el capitán de armas no del todo malo pero que no comprende nada y se deja engañar... En definitiva, un folletín, un gran fresco que se sacrifica a determinados modelos; una novela de capa y espada que se nutre de hechos fáciles y que, desde el punto de vista literario, no muestra ninguna pretensión de originalidad. La originalidad se afirma en la intención política y pedagógica: el deseo de instruir y de convencer, de describir abusos e infamias, no solamente mediante una «historia» y una intriga inventadas, sino también mediante referencias frecuentes a lo que se presenta como «pruebas».

9. *Henri III et sa cour* (1829); *La Tour de Nesle* (1832); *La Reine Margot* (1845).

El título nos informa claramente del registro en el que se inscribe esta serie de aventuras, a cual más inverosímil; se trata de oponer el «pueblo» a la «nobleza» y de denunciar los terribles derechos señoriales. Nos hallamos naturalmente ante un cuadro de un completo maniqueísmo, y no podía ser de otro modo; los hombres del pueblo, todos honestos, todos consagrados a su trabajo, entregados hasta el sacrificio a servir a sus vecinos, se encuentran incesantemente expuestos a vejaciones, abusos y exacciones por parte de señores codiciosos y sin corazón que los reducen a condiciones miserables, a la desesperación y a la revuelta. La novela habla de esas desgracias durante páginas y más páginas: escenas de violencia y de crueldad gratuitas, de encarcelamientos y de torturas. El autor nos presenta a menudo personajes siniestros de nobles capaces de todo, que persiguen con todo desprecio a sus súbditos, y que les abruman de impuestos, robando sus mujeres y sus bienes, con la única finalidad de satisfacer el capricho de un momento; son personajes caracterizados por una arrogancia insoportable. Estas siluetas hechas en un mismo molde pueblan constantemente el relato.

La altanería del «noble feudal», su desprecio por las «clases trabajadoras» son estereotipos utilizados en todo momento hasta la saciedad, que se repiten en cada página hasta el aburrimiento. En la época en la que esa obra fue escrita, ningún autor escapaba a esos clichés.

El aspecto en el que los autores de los *Droits du seigneur* sobresalen y en el que su arte no conoce límites, no es su tono o la invención de caracteres y de situaciones, sino la habilidad en dárselas de pedagogos serios, constantemente empeñados en demostrar que, precisamente, ni las tristes aventuras ni los perfiles de sus personajes eran en absoluto fruto de la imaginación o del azar; no se trata, tal como recuerdan los autores a menudo, ni de ficciones ni de exageraciones o arrebatos por parte de simpatizantes, sino de realidades, de hombres y de hechos concordantes con lo que atestiguan generalmente los relatos de la época y las «costumbres» transmitidas tanto por juristas eminentes como por los trabajos de los mejores autores. Y también son enormemente hábiles a la hora de suministrar pruebas mediante citas (más bien alusiones...) y referencias, aunque éstas sean generalmente imprecisas o mutiladas. Cada capítulo del libro está nutrido y enriquecido con digresiones farragosas y largas, con el simple propósito de demostrar que tal o cual abuso, o tal forma de violencia, realmente existieron.

Cuando la ocasión se presentaba, o incluso sin ningún pretexto, esos añadidos «documentales» alcanzaban proporciones sorprenden-

tes: verdaderas lecciones, llamadas a los buenos sentimientos y a la indignación; sartas de ejemplos siempre de gran relieve, pero siempre extravagantes. Cualquier cosa valía para recordar que la ficción novelesca se apoya en una documentación «indiscutible»; que no es en realidad más que una ilustración con el simple objetivo de hacer que las verdades establecidas sean más accesibles.

LAS GRANDES FIGURAS DEL PASADO: LECCIONES DE CIVISMO

Ello conduce a colocar en el mismo volumen una segunda parte muy curiosa que se titula *Marche et Décadence de la féodalité*, ya no una «novela» sino un «relato» que echa mano de personajes históricos para volver a tratar los mismos temas bajo otros aspectos, y que se esfuerza por demostrar siglo tras siglo, reino tras reino, los defectos de un sistema político que toleraba, junto con los privilegios, la existencia de la nobleza. La historia comienza con Enrique I, rey de Francia, hijo de Roberto el Piadoso, durante cuyo reinado se establecieron en Francia, contra las exacciones de los señores, la tregua de Dios y las comunas, signos precursores de la libertad y de la paz. El relato continúa del mismo modo. Uno de los capítulos lleva el sorprendente título de *Décadence des communes. La tour de Nesles*, sin que el vínculo de causa-efecto aparezca claramente. Otro capítulo se titula *Dissolution des moeurs. La Jacquerie. La mère des écoliers*, esta última víctima de un injusto juicio por brujería; luego aparecen el *Premier Prisonnier de la Bastille*, el *Maréchal de Rais*, y el *Bâtard de Vauru*. Para el capítulo dedicado a *Louis XI. Les fous des rois de France*, el autor transcribe extensamente pasajes larguísimos de una tragedia de Casimir Delavigne[10] en la que aparece el rey hablando sobre las virtudes de la generosidad y sobre la muerte que sentía próxima con san Francisco de Paula, «ermitaño de una austeridad extrema». Todos los grandes momentos del pasado tienen derecho a esas evocaciones desenvueltas, hasta la *Saint Barthélemy des privilèges*, es decir, la noche del 4 de agosto de 1789, ampliamente descrita gracias a los «recuerdos» del señor de Saint-Hilaire, una parte muy efectista de esa voluminosa obra... que termina, como cabría esperar, con una absolución de los excesos de 1792-1793.

10. *Louis XI* (1832); C. Delavigne, también autor de *Marino Faliero* (1829); *Robert le Diable* (1831); *Les Enfants d'Édouard* (1833); *Les Vêpres siciliennes* (1855).

La tercera parte del volumen trata sobre los *Impôts singuliers et Redevances bizarres*, una serie de anécdotas pescadas aquí y allá sin ningún discernimiento que permiten al autor, siempre animado por un espíritu vengativo y por una gran frescura de ánimo, burlarse de las gestas y símbolos vinculados al homenaje feudal: actos de reconocimiento, ciertamente caídos a menudo en el olvido, que colocaban al vasallo o al tenente en una situación de dependencia, que tenían como objetivo, se nos dice, humillarle y quitarle toda parcela de dignidad. Es un florilegio, un inventario, totalmente desordenado y lleno de errores y de aproximaciones.

Quedaban aún más de doscientas páginas para hablar de la nobleza, un tema vasto y temible abordado en dos apartados por otro autor llamado J. A. Dulaure. Se trata de entrada de una exposición, construida según una trama cronológica, que examina seriamente todos los medios de represión y todas las fechorías de esos nobles bajo las «razas» sucesivas de reyes de Francia. La intención está muy clara en el título: *Histoire de la noblesse depuis le commencement de la monarchie jusqu'à nos jours, où l'on expose ses préjugés, ses brigandages, ses crimes; où l'on prouve qu'elle a été le fléau de la liberté, de la raison, des connaissances humaines, l'ennemi du peuple*. Ni más ni menos... Dulaure emprende ese programa con un celo intachable y menciona uno tras otro a los bandidos de los tiempos bárbaros: los hunos, los vándalos, los «burgundios», los visigodos, «pueblos brutos y vagabundos que solamente vivían del pillaje, y de quienes todos los nobles pueden considerarse dignos herederos». Pillaje, usurpaciones y violencia son la historia del pasado francés hasta la aurora republicana, y se inscriben inevitablemente en ese clima de crímenes y de terrores, de luchas dramáticas, en las que los privilegios aplastaban con toda impunidad a quienes vivían a duras penas, con el único fin de saciar los apetitos y los vicios de los nobles. Nada escapa en ese sentido a la mirada vigilante del enmendador de entuertos que juzga para la posteridad. Todo este relato se halla atiborrado de burdos errores y de anacronismos que nos dejan boquiabiertos. Esa inspiración y ese capital de indignación se exasperan a la hora de evocar las cruzadas que, no lo dudemos, fueron para los nobles una buena ocasión para dar rienda suelta a sus malas inclinaciones; se habla de las «traiciones, perfidias, robos, pillajes y crueldades de los nobles»; pero también se recuerda (pp. 463-464) que durante la primera cruzada de Oriente, «esos caballeros que lo devastaban todo en su camino y se entregaban por devo-

ción a los excesos más atroces, sin orden y sin instrucción, fueron masacrados por Solimán» (¡que vivió más de cuatrocientos años más tarde [1494-1566]...!).

Sin embargo, el señor Dulaure se había informado y no dejaba de recordarlo a sus lectores; había leído a Joinville y había hallado en su obra, según dice, informaciones curiosas que merecen ser recordadas para la edificación de los ciudadanos cultivados: en Damiette, los nobles («varios ilustres caballeros ...») se libraron al oficio indigno de acaparadores de víveres; confiscaron las vituallas y alquilaron a los mercaderes «sus puestos y empleados para vender sus mercancías tan caras como pudieran». El «colmo de la bajeza» aparece cuando el devoto rey Luis descubrió, en su campo, a un tiro de piedra de su tienda, «varios burdeles que mantenían sus gentes», lugares públicos de libertinaje «cuyos administradores y beneficiarios eran los oficiales nobles». Mujeres prostituidas explotadas por los nobles de la casa real...; todo se repite a lo largo de los siglos; el procedimiento «histórico» bien demostrado puede servir para todas las ocasiones: las desgracias de cada época, las miserias, los crímenes y los excesos no son culpa ni de las inclemencias, ni de las guerras, ni de la naturaleza humana y sus malos instintos sino, siempre y simplemente, de la supervivencia de los horribles privilegios que solamente corrompen. El hombre es bueno por naturaleza, lo único que lo pervierte es el sistema.

Los salteadores de caminos, los bandidos, las grandes compañías y los desolladores «que asolaron Francia entre los siglos XII y XVI», eran todos nobles... En cuanto a los *gendarmes* («que eran todos nobles de raza») del tiempo de Carlos VII, sus compañeros, sus sirvientes y sus escuderos «eran también, por lo general, hidalgos»; incluso uno de esos domésticos era denominado *le pillard* ('saqueador', 'ladrón'), «nombre que indica bastante bien la función que cumplía para con sus señores». El discurso, siempre virtuoso, siempre sostenido por el mismo tono de indignación, se va construyendo pieza a pieza hasta llegar a una conclusión muy larga, estructurada en dos grandes capítulos muy documentados que proporcionan la demostración de que «el régimen feudal destruyó en Francia la agricultura, el comercio, las letras y la industria»; de que él fue el «único que causó los excesos de barbarie de los siglos X, XI y XII»; y finalmente de que «los nobles han sido generalmente más ignorantes que los no nobles».

El diccionario increíble

Llega, en último lugar, lo que hace las veces de repertorio científico y resume las informaciones sobre la sociedad, el derecho y las costumbres, hasta entonces dispersas en ese grueso volumen. Se trata del *Dictionnaire de la féodalité.* Son en total doscientas páginas densas y exactamente doscientas sesenta y ocho voces de todo tipo tratadas del mismo modo, con la misma preocupación por demostrar lo que se afirma; con la misma dosis de deshonestidad y la misma gala de ignorancia. Se comienza por «Abbaye», «Abonnement», «Adultère», y se llega hasta «zéro»: «Bajo las leyes feudales, esa cifra enumeraba los derechos del hombre cuando no era noble»; pero ahora que los siniestros derechos feudales ya no existen, que se ha introducido una «legislación nueva», todo es perfecto: «Los feudos y los retrofeudos, los derechos honoríficos, las servidumbres de la gleba, las justicias señoriales y las torturas ... todos los derechos señoriales, hasta el derecho de pernada, y todas las corveas, los diezmos y los privilegios, todo se ha reducido a «cero». Dejando a un lado esas chiquilladas y esas bellas profesiones de fe cívica, el *Dictionnaire* no enseña nada nuevo al lector que haya leído atentamente hasta entonces. Pero es al parecer una herramienta cómoda, prueba de que el autor se tiene por un pedagogo y no descuida ningún medio de instrucción.

Se utilizan también con frecuencia otros procedimientos más directos, sin duda más capaces de provocar la indignación y de grabar el espíritu con imágenes; y ello sin que se nos explique el porqué, sin previo aviso y sin referencias. Al final del volumen hallamos una gran cantidad de escenas ilustradas, de grabados o dibujos provistos de sus pies respectivos. Los grabados, cuyo autor y procedencia no conocemos, de ejecución cuidada y a menudo con decorados atestados de ese batiborrillo romántico que se quiere medievalesco, elevan el tono dramático y prolongan el combate contra los abusos y las injusticias; podemos observar a *Les Moines chez eux* (aparece una joven con cara angelical y monjes gordos con vasos en la mano), *La Justice du seigneur* (una joven abrumada en prisión), *Une orgie dans un couvent* (con demonios cornudos bailando sobre la mesa y vomitando llamas); y no olvidemos a las *Oubliettes*: un joven bello a cuyos pies se abre el suelo, precipitado a un calabozo por un juez feroz que blande una antorcha encendida bajo su nariz, ante un altar y un gran crucifijo. Los simples dibujos, mediocres, se limitan, con trazos rápidos, a escenas de género, bien esco-

gidas e ilustradas con dos o tres líneas de aclaración en forma de moraleja o de diálogo. No todos son del mejor gusto, ni mucho menos, pero todos pretenden instruir, provocar la indignación y llamar a la rebelión. Aparece, por ejemplo, un monje gordo que mira a tres pobres hombres royendo unos miserables huesos: «¡Comen ratas, ratones, perros y gatos! ¡Qué suerte tienen de estar hambrientos!». Otro reza de rodillas a los pies de una cruz inmensa mientras que hombres armados incendian el pueblo: «En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, en el nombre del Dios de misericordia, ¡matad, colgad, quemad!».

Los destajistas de la pedagogía al estilo de Jules Ferry

Insistir sobre un solo libro y analizar el proceso a partir de un caso particular, ¿nos permite verdaderamente concluir y caracterizar, o demostrar una evolución? Esa obra no fue sin duda presentada como una especie de Biblia, como un manual que gozara de algún tipo de apoyo oficial. Pero, no obstante, este trozo, o mejor dicho esos trozos dispersos de literatura de combate, me parecen significativos. En ellos aparece de todo; todos los medios de escritura y de presentación, desde la novela y el diccionario científico, hasta la caricatura social y política. Y, en cada uno de esos géneros, ese libro representa un logro perfecto, un ejemplo destacable, una especie de arquetipo de obras ampliamente ofrecidas a varias generaciones de lectores atentos y deseosos de aprender. Lo que hemos visto en ese volumen se hallaba en muchos otros volúmenes y se iba a repetir, indefinidamente, durante más de un siglo, en todos los grados de apariencia de autenticidad y seriedad. Y ello hasta los autores de no hace mucho tiempo (¿o quizá todavía de hoy?) que, con una gran ingenuidad o falta de pudor, o sin temer en todo caso la mínima contradicción, han recuperado esas imágenes y nos han dado de beber el mismo brebaje virtuoso.

Además, dejando incluso a parte su contenido, esa obra voluminosa atestigua un procedimiento pronto erigido en costumbre: confiar la redacción de libros de historia con vocación pedagógica a redactores que no gozaban de ninguna cualificación científica y que se contentaban con volver a copiar, perfectamente ajenos a la investigación propiamente dicha. Afortunadamente, esa costumbre ya no rige en la actualidad, pero perduró a partir de los años 1850-1860 durante varias generaciones; el tiempo necesario para imponer determinadas imágenes.

Los dos autores de esos *Droits du seigneur*, los señores Fellens y Dulaure, no fueron en absoluto historiadores en el sentido en el que nosotros lo entendemos; tampoco fueron directores de escuela, sino personajes más bien mediocres.

Uno y otro se sitúan exactamente en la línea predominante de su época y se nutren de las ideas de su tiempo. Sus «trabajos» no pasan de compilaciones y no lo esconden. Los esfuerzos de esos pedagogos para llegar al gran público se limitan pues a reproducir, deformando si es necesario, las «obras eruditas y escrupulosas» de hombres que debemos considerar, al parecer, eruditos y escrupulosos. Y se limitan a concluir con una especie de confesión: «El lector me agradecerá el haberle iniciado en la opinión más o menos avanzada, más o menos democrática, de un cierto número de escritores cuya propiedad literaria he creído mi deber respetar». Ello basta para situar exactamente la naturaleza de un trabajo hecho de apaños y de préstamos... No se trata, en efecto, de nada más que de iniciar a un público quizá neófito, que sin duda todavía ignora las reglas, los ritos y los símbolos; no se trata tanto de convencerle mediante demostraciones o análisis, sino de llenar su espíritu de falsas pruebas y de certezas aparentes; de conducirlo hacia los peldaños de un altar.

Cualquiera que se atreva a analizar la situación con cierta perspectiva podrá medir, todavía en nuestros días, los efectos de esa iniciación, llevada a buen término a fuerza de pedagogía autoritaria; una verdadera tiranía intelectual que ha orientado completamente nuestras formas de comprender ese pasado medieval, y, sobre todo, feudal.

3. EXAGERACIÓN Y RIDÍCULO

Esa imagen que debía ser tan clara y definitiva, ha sido hoy en día retocada en algunos aspectos. No conservamos de ella más que el carácter general, como una silueta más o menos vaga. Pero seguimos estando convencidos de determinadas verdades que nos llevan a condenar el feudalismo en bloque y a inscribirnos en esa corriente de pensamiento preparada desde hace mucho tiempo, en la época de las primicias «revolucionarias». Cuando invocamos, a diestro y siniestro, las virtudes de la imparcialidad y del rigor histórico, seguimos siendo herederos y cómplices de hombres comprometidos en su tiempo en un combate político que ocultó completamente las realidades.

Esa herencia merece ser examinada y no nos parece inútil tomar conciencia de las «verdades» que nos querían imponer entonces como prioritarias; algunas, demasiado exageradas, tuvieron poco éxito, pero algunos de nuestros autores actuales siguen fieles a diversos clichés inventados y pulidos en aquella época.

EL ARTE DE LAS AMBIGÜEDADES Y LA CONFUSIÓN DE LAS PALABRAS

Lo que sorprende de entrada en todos los escritos prerrevolucionarios y más tarde en los textos puestos al servicio del adoctrinamiento escolar, es que parecen complacerse en una gran confusión. Las palabras portadoras de ideas se emplean a diestro y siniestro sin que esos «historiadores» se tomen la molestia de definirlas. ¿Acaso no eran capaces de definirlas? ¿Se trata simplemente de un acto de ignorancia; de hábitos demasiado anclados; o de la opción por una escritura fácil? ¿O bien, al contrario, de una voluntad de mantener determinadas amalgamas y de no remitirse a la realidad? Ninguna de esas palabras, que sin embargo se encuentran en el centro de todos los discursos y demostraciones, se libra de ambigüedades que pueden considerarse sabiamente cultivadas.

En vísperas de la Revolución de 1789, los escritores podían hablar de una nobleza que conocían perfectamente y que tenían ante sus propios ojos, y cuyo estatus y estructuras podían fácilmente estudiar. Sin embargo, el proceso de transponer esa imagen de la nobleza del siglo XVIII a períodos mucho más antiguos, a la Edad Media en concreto, nos parece como mínimo audaz. Los libros de entonces, como por otro lado los del siglo XIX, caen con facilidad en el anacronismo, que es evidentemente una fuente de graves errores. Aunque sólo sea por esa costumbre tan corriente de imponer la idea de una nobleza medieval como una casta cerrada, inaccesible a la gente del pueblo. Esa clase social solidaria, coherente, esclerotizada, no es más que un producto de la imaginación; de una mentalidad sistemática que se niega a analizar las realidades y a tener en cuenta las verdaderas investigaciones. Hoy en día sabemos que el concepto mismo de noble era en aquella época, en muchos países de Europa occidental y en Francia en particular, una noción muy vaga;[11] que la nobleza no gozaba de un estatus jurídico preciso sino que estaba, al revés de lo que afirman las ideas que hemos recibido, en perpetua renovación, tanto por la llegada de nuevas familias cuya ascensión social estaba perfectamente admitida,[12] como por el abandono de infortunados que, una vez arruinados y desposeídos de sus mejores bienes, no podían mantener su rango.[13]

A esos privilegiados, tomados en bloque, se oponen generalmente o bien los campesinos —tanto libres como siervos— o bien, a partir de la Revolución sobre todo, el pueblo; pero nadie sabe explicar, desde el punto de vista social, lo que abarcan esos conceptos que tienen tantas resonancias y un poder casi mágico. Lo único que parece aglutinar a ese pueblo, durante los siglos prerrevolucionarios, es el hecho de que

11. Sobre ese carácter mal definido de la nobleza: M. T. Caron, *La Noblesse dans le duché de Bourgogne. 1315-1477*, Lille, 1987, pp. 21-56; G. Sivéry, *Structures agraires...*, vol. II, pp. 596-609. («En el Hainaut ya no se conoce el término de noble en la vida cotidiana y en los textos corrientes.»)

12. M.-C. Gerbet, «Les guerres et l'accès à la noblesse en Espagne de 1465 à 1492», en *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 1972, pp. 295-326, y la obra colectiva *Origines et renouvellement de la noblesse dans les pays du sud de l'Europe au Moyen Âge*, Fundación C. Gulbenkian, París, 1989.

13. Sobre la decadencia de los nobles: A. Bouton, *Le Maine. Histoire économique et sociale*, vol. II, Le Mans, 1970, pp. 94 y ss., y pp. 206 y ss. G. Sivéry, *Structures agraires ...*, vol. II, pp. 454-455, 598-599. («En el norte de la Thiérache, el señor de Avesnes, la abadía de Maroilles y las comunidades campesinas aplastaron a los pequeños señores.»)

estuvo constantemente oprimido, abrumado de impuestos y humillado, aunque provisto de todas las virtudes cívicas. Los discursos se articulaban casi siempre de una forma decididamente maniqueísta; por un lado los buenos y por otro lado los malos, lo cual encarnaba un antagonismo fundamental y llevaba a luchas sociales ineluctables. Pero ¿qué era ese pueblo? ¿Podemos ir más allá del nivel de la pura abstracción? Ninguna de las obras claves de antes y después de la Revolución se dedicaba seriamente a definirlo y todavía menos a mostrar su diversidad, sus jerarquías y sus disensiones internas. ¿Quién constituía ese pueblo: el simple tenente del señor, el campesino enriquecido, el obrero de las ciudades, el mercader, el «burgués»? Ese burgués propietario adquirió tierras y señoríos desde una época muy temprana, desde los años 1200-1300 en algunos casos; lo siguió haciendo durante siglos y, sin duda, todavía más en los tiempos de la Revolución. Ese hombre que después de 1793 poseía verdaderas fortunas territoriales adquiridas a bajo precio gracias a la emigración de los nobles y a la confiscación de los bienes del clero, y que ahora exigía con un esmero muy particular los ingresos y los derechos del señor, ¿seguía formando parte del pueblo? ¿Simplemente porque no era (o todavía no era...) noble?

Observamos, sin ya sorprendernos mucho, que los libros que, por profesión y con gran entusiasmo, toman por blanco a los privilegiados y a los favorecidos por la fortuna, a los ricos que abusan de sus poderes y que explotan el trabajo de los débiles, no mencionan ni atacan al gran burgués propietario terrateniente. En los años 1830-1860 nunca se habló de los acaparadores de bienes, de los especuladores y traficantes de todo tipo, de los nuevos ricos, ni de los compradores de bienes nacionales, proveedores de los ejércitos y financieros poco honestos. Ni tampoco se atacó a los empresarios de nuevas industrias. Los únicos que se tuvieron en cuenta y se señalaron como objetivo de la vindicta pública fueron los antiguos dueños del suelo, no los nuevos.

Esos olvidos y esas opciones aportan algunos argumentos en apoyo de una tesis que intenta demostrar que los esquemas «históricos», la exaltación de la Revolución y la condena de todo el Antiguo Régimen, se cultivaron escrupulosamente por parte de los herederos de los instigadores de esos ataques contra el feudalismo y de los afortunados beneficiarios del nuevo orden político-económico; por parte de hombres que eran miembros o afiliados de esas grandes dinastías de aprovechados, o incluso que estaban a su servicio; hombres que, cumpliendo órdenes, dictaron durante mucho tiempo la historia de Francia.

LOS TIEMPOS DE BARBARIE

Se nos dice que feudalismo y nobleza equivalen a barbarie, crueldad y corrupción de las costumbres. El señor feudal o el noble no eran a la fuerza más malos que otros; sin duda también los había virtuosos, generosos y honestos; pero estaban todos inevitablemente descarriados y corrompidos por el sistema social de la época, por esos privilegios que les permitían utilizar impunemente la violencia con el fin de satisfacer sus ambiciones y sus caprichos. Esa estructura de la sociedad impuesta durante tanto tiempo era la fuente de todos los males:

> Esos derechos tiránicos o absurdos, ese orgullo extravagante, ese poder ciego llamado feudalismo que destruyó el comercio y la agricultura y que asentó la barbarie en Francia durante varios siglos, surgen de esa fuente vergonzosa. Y el ejercicio de ese poder familiarizó a los espíritus con esa monstruosa asociación de ideas que vinculaba los crímenes más bajos y más atroces con la idea de nobleza, de forma que no ha parecido extraño dar el nombre de *grandes* a asesinos, a salteadores, y a malhechores infames.[14]

De esa forma se afirmaba con gran ingenuidad esa creencia tan curiosa que pretende que la felicidad de los hombres, la igualdad y la generosidad, vienen aseguradas por el simple advenimiento de «mejores» instituciones y de determinados sistemas políticos, mientras que otros sistemas engendran todo tipo de vicios y de abusos. Se trata de una utopía generalmente aprendida por los ciudadanos, del culto al ídolo...

Esos horribles «señores bandoleros» se complacían, a la vez que amasaban fortunas, en atracar a los viajeros y en despojarles de todo lo que tuvieran... También se nos dice que los peajes señoriales destruyeron el comercio... Esas mismas ideas, aunque ilustradas con distintas consideraciones o adornos, se encuentran en gran cantidad de libelos e incluso en los escritos de Michelet: «Como en el reino ya no existía una administración general, se dejaron de mantener los caminos». Es una afirmación curiosa, una postura que atestigua ya, aproximadamente un siglo antes del triunfo del estatismo, el deseo de verlo todo regulado desde arriba por parte de un poder central responsable de todo y naturalmente dispensador de favores.

Desde los primeros tiempos de la Escuela republicana de Jules

14. J. A. Dulaure, *Les Droits du seigneur* ..., p. 449.

Ferry, los libros para niños, los manuales escolares y otras herramientas pedagógicas han seguido cultivando la imagen de la «guerra feudal»: «los barones feudales eran brutales y feroces; algunos eran tan feroces como los hunos que habían venido a la Galia antaño»; «el señor vive únicamente del bandidaje, del pillaje de las chozas y de atracar a los viajeros; ese hombre basto y brutal sólo sueña con la guerra, siempre la guerra ... sus placeres son bárbaros»; «el señor es un guerrero brutal, cruel e ignorante; la guerra constituye su única ocupación ... destroza las mieses doradas y siembra la ruina en todas partes; el siervo tiene para él menos valor que un animal»; y finalmente, «el siervo vive como una liebre cobarde, siempre con las orejas tensas; a la primera ocasión huye con su mujer ... vive en un estado de terror».[15] Los maestros de escuela enseñaban tales estupideces sin pestañear y sin ningún sentido del ridículo; debían ilustrar y adornar determinadas ideas mediante gran cantidad de ejemplos edificantes; y se juzgaba a los niños por esos conocimientos.

Es cierto que las formas han cambiado y, generalmente (aunque no siempre...), los autores evitan esas exageraciones que quizá harían dudar de su buena fe. Pero, dejando al margen algunos libros editados en los últimos años, muy escasos por cierto, el fondo del discurso sigue siendo el mismo. El señor feudal, brutal e inculto, ocupado sobre todo en guerrear, se nos impone todavía como una imagen determinante de nuestro pasado y, lejos de ver en ello uno de esos viejos tópicos pasados de moda, nos adherimos a menudo a esa idea. Así nos lo muestran numerosos libros, y determinados historiadores, al explicar la evolución de las sociedades y de las economías, construyen sus hipótesis sobre ese postulado.

Se nos dice que esos señores-bandoleros luchaban sin cesar, por cualquier motivo; por una querella con un vecino, por un gesto tomado por una afrenta, o por una parte de una herencia. La guerra era su oficio y su gozo: lo demuestran la justas y los torneos, los juegos y las diversiones de los caballeros, sus canciones y sus novelas, e incluso la ceremonia de armarse caballero y el prestigio de los hombres capaces de

15. Y también: «¡Cuántas cargas pesan sobre ese miserable siervo! Construye gratuitamente las carreteras, cava fosos, ayuda a levantar las fortificaciones del castillo. ¡Dios sabe cómo abusa el tirano! ... Las chozas son quemadas a menudo y las cosechas saqueadas cada año ...; reducidos a nutrirse de hierbas y de animales inmundos, los miserables se rebelan». Cf. J. Guiraud, *Histoire partielle* ..., introducción al cap. XX («La féodalité, les seigneurs féodaux»), que presenta extractos de los manuales escolares.

combatir. Efectivamente, nada de eso es inexacto, y nadie puede hacer caso omiso de esos servicios armados, del atractivo o como mínimo de la importancia del oficio de armas como factor social de discriminación y de promoción. Sin embargo, varios historiadores, todavía en nuestros días, dominados por la idea que se han forjado de esos tiempos guerreros, van más lejos y nos quieren hacer creer que el señor —o el noble— obtenía de la guerra su principal fuente de ingresos; que solamente la guerra le permitía, gracias al pillaje, mantener su rango.

No es extraño encontrar, en libros recientes, un análisis muy corriente de los orígenes de la guerra de los Cien Años, a saber, que la nobleza de Francia, y consiguientemente los señores feudales, veían disminuir sus ingresos territoriales de una forma dramática (la crisis, ¡siempre la crisis!...), y el único medio que hallaron para mantenerse en el mismo nivel de fortuna consistió en empujar al rey a la guerra contra los ingleses. Hicieron todo lo posible por evitar la reconciliación o el compromiso entre los dos soberanos, y el país se vio precipitado, por su culpa y su codicia, y también por su suficiencia, a ese drama que ocasionó sufrimientos tan crueles a los hombres del reino.

La *Encyclopaedia Universalis*, que presume de ofrecer el último estado de la cuestión, expone e incluso pondera las posiciones generalmente expuestas en algunos manuales ya antiguos. El artículo consagrado en esa enciclopedia a la guerra de los Cien Años afirma, con el título de «El feudalismo en proceso de mutación», que «las causas profundas de la guerra de los Cien Años» deben buscarse en las reacciones del mundo feudal ante «las transformaciones que los historiadores han bautizado con el nombre de "crisis" del siglo XIV». Los nobles, gravemente perjudicados por los cambios en la economía y más particularmente por el desarrollo de la economía monetaria, veían en la guerra una solución a sus dificultades. Durante más de cien años, reanudaron constantemente los combates empujados por el deseo de obtener beneficios (mediante pillajes y rescates), por la esperanza de tomar o recuperar buena parte del poder político, por la esperanza también de que la guerra frenara las «evoluciones naturales» que les eran tan contrarias, e incluso por la búsqueda de la «diversión» que hallaban en las «aventuras militares».[16]

Ignorancia o ideas preconcebidas... Todo se debe revisar; todo es

16. *Encyclopaedia Universalis*, ed. 1984, vol. 8, p. 1.150, artículo «Guerre de Cent Ans» a cargo de J. Le Goff.

falso. Por un lado, decir que la nobleza terrateniente había conocido una disminución sensible de sus ingresos a principios del siglo XIV significa enunciar uno de esos postulados comodín que hace medio siglo gozaban de un gran prestigio, pero que hoy se han puesto en tela de juicio y a menudo se han contradicho. Es muy verosímil que esa idea de una nobleza «en crisis» haya tenido tanto éxito por el hecho de que se inscribe perfectamente dentro de una visión general de las famosas, y en su mayor parte míticas, crisis de finales de la Edad Media. En todo caso, en vísperas de la guerra de los Cien Años nos hallamos todavía muy a principios del siglo XIV; esa crisis sería pues la consecuencia de los tiempos de san Luis y de sus sucesores inmediatos, una época que se califica a menudo como de gran prosperidad o, como mínimo, de equilibrio. Por otro lado, numerosos estudios bien documentados demuestran claramente que los grandes propietarios e incluso los nobles menos favorecidos podían hacer frente a eventuales dificultades de tesorería, a devaluaciones de la moneda, y a las evoluciones de los mercados y los gustos.

Además, y sobre todo, la imagen del señor empujando a la guerra con el fin de enriquecerse es pura abstracción e invención: esa imagen traduce una grave falta de información. Al llamar a sus vasallos nobles a las armas para combatir contra los ingleses y defender su reino, el rey Felipe VI de Francia tuvo que enfrentarse a una gran cantidad de malas voluntades y de rechazos deliberados. Las amonestaciones dirigidas a los hombres obligados al servicio de hueste, lejos de provocar grandes movimientos de adhesión, a menudo no tuvieron una gran respuesta; los nobles se zafaban o llegaban muy tarde, mal armados y con séquitos demasiado reducidos; algunos apenas combatían y preferían negociar y entregar su castillo o guarnición.[17]

En resumidas cuentas, la guerra más bien arruinó a la nobleza de Francia, infligiéndole pérdidas considerables en hombres y dinero, obligándola a alienar sus bienes y a endeudarse sobremanera... Ello tuvo como consecuencia, naturalmente, la pérdida de una parte de su independencia y un refuerzo del poder real o principesco, puesto que el ser-

17. P. C. Timbal, *La Guerre de Cent Ans vue à travers les registres du Parlement (1337-1369)*, París, 1961, pp. 7, 14-19; M. Jusselin, «Comment la France se préparait à la guerre de Cent Ans», *Bibliothèque de l'École des Chartes* (1912); R. Cazelles, *La Société politique et la crise de la Royauté sous Philippe VI de Valois*, París, 1958; «Lettres closes, lettres de "par le roy" Philippe VI de Valois», *Annuaire-Bulletin de la Société de l'Histoire de France* (1958).

vicio al Estado era el único que podía ofrecer compensaciones interesantes para contrarrestar las pérdidas sufridas en los campos de batalla.

Desde otro punto de vista, se considera que ese señor feudal, experto en el manejo de la lanza, era evidentemente incapaz de gestionar adecuadamente sus tierras, de prever y de especular, de ganar dinero; sólo sabía gastar, dilapidar antiguas fortunas e ir derecho a la bancarrota: un hombre de otro tiempo que, decididamente, no había «todavía entrado en la Edad Moderna». Estando como estamos ocupados en ensalzar las virtudes del «modernismo», no podemos sentir más que desprecio o conmiseración por ese hombre fósil. Le negamos cualquier curiosidad cultural; lo consideramos inculto, poco propenso a leer otros libros que los de caza y caballería. ¿Quién se esfuerza en estudiar esa cultura feudal de los señores, de los nobles; por determinar sus lecturas; por inventariar sus bibliotecas cuya existencia se quiere, por otro lado, ignorar; por definir las formas de protección, de «mecenazgo» en definitiva, que atraían a poetas, narradores y eruditos?[18]

Son muy escasos los autores que se han dedicado a dar a conocer la verdadera personalidad de esos hombres que siempre se nos muestran espada en mano; también son muy poco numerosos, y muy mal conocidos, quienes han intentado demostrar la importancia de la literatura de los humanistas directamente vinculada con la guerra y generada por el oficio de las armas y el ritual de las batallas. La ceremonia de los torneos se nos presenta a menudo, efectivamente, en su extraña complejidad,[19] pero no se ha dicho nada o casi nada respecto a los combates; ni acerca de los poemas y de los cantos de guerra; ni sobre todo, aunque es más significativo, acerca de esas cartas de desafío llevadas al adversario por parte del héroe de armas la víspera del compromiso: eran cartas de un estilo florido, ampuloso, cargado de fuertes reminiscencias

18. P. Strinemann, «Les bibliothèques princières et privées aux XII^{e} et XIII^{e} siècles», en *Histoire des bibliothèques françaises. Les bibliothèques médiévales du VI^{e} siècle à 1530*, obra colectiva, París, 1989, pp. 173-192; por el mismo autor: «Quelques bibliothèques princières et la production hors scriptorium au XII^{e} siècle», *Bulletin Archéologique*, (1984), pp. 7-38; J. Bento, «The court of Champagne as a Litterary Center», *Speculum*, (1961) pp. 551-591.

19. L. de Beauveau, *Le Pas d'armes de la Pastourelle*, Chapelet, París, 1928; F. Robin, *La Cour d'Anjou-Provence. La vie artistique sous le règne de René*, París, 1985, pp. 46-58. El propio René de Anjou es el autor de un *Traictié de la forme et devis comme on fait les tournois*, dedicado a su hermano Carlos, conde de Maine.

antiguas, que el capitán guardaba a continuación con gran cuidado y que el príncipe hacía retranscribir (y quizá arreglar un poco) para la posteridad.[20]

Los testimonios de tal cultura, del interés del guerrero por la creación literaria o por las obras de la Antigüedad, sorprenden; algunos, incluso ante la evidencia, no se atreven a creerlos. En 1978 el Museo del Louvre consagró una exposición muy interesante y perfectamente documentada a la más prestigiosa de sus nuevas adquisiciones: el *Retrato de Segismundo Malatesta* por Piero della Francesca. El *Petit Journal des expositions* publicado en esa ocasión evoca el mecenazgo del señor de Rímini e incluso sus esfuerzos como escritor: por un lado, los dos poemas que dirigió a Isotta degli Atti, de quien estaba perdidamente enamorado y con quien se casó más tarde, unos poemas bellísimos en los que aparecen los héroes de la Antigüedad, los signos del zodíaco y los planetas; por otro lado, tras la muerte de Isotta, la colección de epístolas (las *Isottaei*) encargadas a dos de los poetas de su corte.[21] Pero, en la misma sala, la nota explicativa de la vitrina consagrada a los libros sobre el arte militar, obras de escritores de la antigua Roma recogidas por Malatesta, se iniciaba con esta frase: «Aunque *condottiere*, Simón Malatesta se interesaba por las letras y por las obras de la Antigüedad ...»(!). No se podía dar un testimonio más claro de esa manía por clasificar a los hombres y por encerrarlos en su categoría. Está perfectamente claro: el hombre de guerra no se interesa por los libros, y la sociedad medieval, en buena parte dominada por señores guerreros, se halla evidentemente, en el plano cultural, sumida en las tinieblas de la ignorancia.

EL SEÑOR FEUDAL DESPRECIA Y HUMILLA AL PUEBLO

¿Siervos o esclavos?

Cuando se quiere evocar el abuso social más insoportable en tiempos del feudalismo se habla de entrada de la servidumbre: condiciones

20. J. Glenisson, «Notes d'histoire militaire. Quelques lettres de défi du XIV[e] siècle», *Bibliothèque de l'École des Chartes* (1947-1948), pp. 246-252.

21. *Le Petit Journal des grandes expositions*, ed. Réunion des Musées nationaux, del 9 de junio al 18 de septiembre de 1978, redactado por M. Laclotte, D. Didier y N. Reynaud.

jurídicas inferiores y condiciones materiales precarias, restricción drástica de las libertades, derecho por parte del señor de vender a los siervos con la tierra y de separar a las familias. Se insiste también en el carácter hereditario de la servidumbre, transmitida incluso en caso de matrimonio mixto entre un siervo o sierva y una mujer o un hombre libre. Todo ello, tomado en conjunto, es exacto. Lo que falta, y falsifica esa visión, son los matices o los análisis precisos de las situaciones o de los destinos humanos.

Sin ni tan sólo entrar en el detalle de las numerosas especificidades regionales, el respeto por la realidad exige que se tenga en cuenta el movimiento de emancipación o de liberación de los siervos, ya sea por el pago de un rescate, ya sea para poblar tierras incultas, o bien por simple don. Esa emancipación conoció, en ciertos aspectos por lo menos, una aplicación considerable en los distintos lugares y en distintas épocas, separadas a veces por uno o dos siglos. Los señores laicos emanciparon a sus siervos más fácilmente que muchas comunidades eclesiásticas. La servidumbre desapareció más temprano en los países que estuvieron más expuestos a la circulación monetaria —en los que se podía fácilmente pagar a asalariados— que en los países más aislados, situados fuera de los circuitos mercantiles y de los intercambios frecuentes. Sin embargo, los autores que lo tratan todo en bloque y que denuncian la servidumbre como un mal universalmente existente todavía en vísperas de 1789, o incluso a finales de la Edad Media, dibujan un cuadro general a partir de lo que no eran más, en definitiva, que estructuras residuales.

Finalmente, no es del todo honesto hablar solamente de los siervos vinculados a los dominios de los señores feudales, y no mencionar otras formas de sujeción, simplemente económicas o incluso jurídicas, igualmente restrictivas. ¿Por qué se habla tanto en nuestros manuales de los siervos rurales y en cambio no se dice una sola palabra acerca de la esclavitud doméstica que, en las ciudades del Mediterráneo, ciudades «burguesas» por excelencia, se mantuvo hasta el siglo XVI como mínimo, gracias a la trata comúnmente practicada en los mercados de Oriente? Se trató de una aportación de mano de obra considerable: no era una esclavitud «económica», no era para el trabajo en las minas o los campos, pero implicaba igualmente una privación total de los derechos individuales y la incapacidad de poseer bienes en propiedad.[22] Y

22. C. Verlinden, *L'Esclavage dans l'Europe médiévale*, vol. I, Brujas, 1955; J. Heers, *Esclaves et domestiques au Moyen Âge dans le monde méditerranéen*, París, 1981.

ello, insistamos, no en el medio rural sometido a los señores bárbaros, sino en las ciudades, en Italia sobre todo, que generalmente presentamos como modelos que prefiguran la Edad Moderna; como faros de la civilización.

En ese sentido, hay que recordar que en esa era que muchos consideran radiante, en ese Renacimiento anunciador de grandes progresos, no cambiaron en absoluto esas formas de explotación de los hombres. Mal que les pese a quienes se afanan por alabar la marcha de la humanidad hacia una especie de perfección, y están convencidos de ello, en lo referente a la esclavitud las costumbres no evolucionaron en el buen sentido. Al contrario. Parece ser que el ejemplo de la Antigüedad, que la moda de los *trionfi* a la romana, acabó por impregnar los espíritus y por promover la aceptación de lo que sin duda se había rechazado hasta entonces. La época del Renacimiento es, en algunos países, una época en la que se pisotea al enemigo vencido, se le lleva encadenado hasta los vencedores y, consiguientemente, por lo general se le reduce a la esclavitud. En Italia precisamente, a lo largo del Trecento y del Quattrocento, pero sobre todo a partir de los años 1480, esos triunfos insolentes recorren las calles para festejar no solamente grandes victorias frente a los infieles, sino también frente a otras naciones cristianas enemigas.

La historia de los conflictos entre dinastías o entre ciudades, y entre partidos sobre todo, ofrece numerosos ejemplos de atrocidades indignas. ¿También en la Italia del Renacimiento? Sin duda... Cola di Rienzo, gran admirador de la Roma republicana, se vanagloriaba de haber llevado a dos mil hombres a Roma para venderlos como esclavos en 1354, tras su victoria contra los Colonna y otros barones romanos. Los florentinos, vencedores en Arezzo en 1381, saquearon la ciudad por completo, masacraron a los hombres, entregaron las mujeres y los niños a la soldadesca: «... tantas mujeres jóvenes y niñas, y tantas religiosas violadas; muchas de ellas llevadas por el mundo para prostituirlas; los niños morían de hambre y, de tan hambrientos, comían la carne de los caballos muertos ...». Tras un largo sitio, Capua cayó el 24 de julio de 1501 en manos de los ejércitos del rey de Francia, Luis XII, y de César Borgia: se produjeron masacres y violaciones: «las mujeres se lanzaban al río o a los pozos para no ser capturadas por los enemigos»; veinticinco años más tarde, un burgués de Roma quedó profundamente impresionado al saber esa historia y, en su diario doméstico, recordaba el acontecimiento; describía ampliamente la violencia, afirmando que

los franceses mataron a cuatro mil personas y que todas las mujeres fueron entregadas al ejército (*sbordellate*); más tarde, Francesco Guicciardini, más sereno y menos directamente afectado, escribe como si se tratase de un historiador y confirma que «las mujeres de todas las clases fueron las miserables presas de los vencedores; muchas de ellas fueron posteriormente vendidas a bajo precio en los mercados de Roma».[23]

Estas atrocidades apenas se evocan en nuestros manuales, o bien no se mencionan en absoluto. Hay que pensar que esas violencias y masacres no eran buenos ejemplos de desarrollo y de edificación personal. En este caso era imposible culpar al feudalismo o a la Edad Media como tipo de sociedad y de civilización.

Sin embargo, los hechos hablan por sí mismos y llevan a concluir que a finales de la Edad Media, el mantenimiento de la esclavitud doméstica en las ciudades por un lado, y, por otro lado, el resurgimiento de los triunfos y de la esclavitud a la antigua para los prisioneros, no ofrecen ninguna duda. Así pues, precisamente en época en la que la servidumbre rural, impuesta antaño por los señores de la tierra, ya había desaparecido en gran parte de los dominios de Europa occidental, se consideraba posible en las ciudades del mundo mediterráneo, ciudades «libres» e impregnadas de recuerdos de la Antigüedad, arrastrar a los mercados de esclavos a hombres vencidos en guerras entre cristianos.

Los ataques contra el honor y la libertad de los hombres

Los «derechos del señor» han sido siempre un gran objeto de estudio. Los primeros «historiadores» de la Edad Media no dejaron de tratarlo, basándose en las colecciones de costumbres y secundariamente en algunas crónicas. ¡Cuántos abusos se descubrieron, denunciaron y libraron a la indignación de los buenos burgueses de las ciudades que no pedían más que una confirmación de su odio hacia el señor rural; hacia los dueños de los castillos que todavía no habían podido confiscar o comprar a buen precio aprovechando las transformaciones políticas y sociales! Cuando el cuadro parecía algo apagado, sin mucho relieve, no

23. J. Heers, «Guerres et rébellions en Europe méridionale (XII^{e}-XV^{e} siècles). Prisonniers et esclaves», en *Trabajos en Homenaje a Ferran Valls i Taberner*, Málaga, 1990, pp. 3.371-3.395.

se arriesgaba mucho adornándolo e inventando hasta lo inverosímil y hasta lo ridículo. Eso no tenía ninguna importancia: todo ataque de ese género hallaba a la fuerza una gran simpatía y un éxito seguro.

De libro en libro, el catálogo de los derechos feudales que ofendían gravemente el buen sentido o el pudor se fue cargando cada vez más. Lo importante era reunir carpetas muy gruesas, aunque sólo fuera a base de recoger chismes. Al lector de hoy, esos discursos asombrosos le dejan a veces desconcertado: listas interminables de censos variados y extravagantes, pagados al señor o al jefe de su peaje. Esas exigencias sin grandes consecuencias financieras no podían en ningún caso pesar mucho en una economía familiar, pero subrayaban una dependencia estrecha y se utilizaban para humillar.

Para tomar un camino o cruzar un puente, el «vasallo» debía constantemente entregar algunas monedas, un animal de poco precio, un simple gesto incluso, pero a menudo en situaciones bastante desagradables o supuestamente desagradables: «El día en que el obispo de Cahors entraba en su ciudad episcopal, el barón de Ceissac estaba obligado, como vasallo de ese prelado, a colocarse en un determinado lugar para esperarlo; en una plaza que los títulos mencionaban formalmente. Con la cabeza descubierta, la pierna y muslo derechos desnudos, y el pie derecho calzando una zapatilla, el barón debía, después de haber saludado humildemente al obispo, tomar la mula episcopal por la brida y caminar hasta la iglesia catedral y luego hasta el palacio, residencia del obispo»; y allí, debía servirle la mesa... Una vez hecho esto, el barón podía partir, llevándose la mula y la vajilla que, desde entonces, le pertenecía.[24] Algunos autores que se tenían a sí mismos por muy serios se dedicaban a menudo a narrar tales sandeces.

Algunos veían en esos hechos algo más que simples extravagancias y afirmaban que esas exigencias curiosas «eran como las adarajas de procesos largos y minuciosos»; quien no respetara exactamente el rito impuesto y no aportara escrupulosamente el objeto designado, se veía arrastrado ante la justicia y era duramente multado. No había que olvidar nada, ni el día, ni la hora, «ni la forma de presentar esa paja» (para las tomas de feudos, por lo general, entre el pulgar y el índice de la mano derecha). Los propios objetos, quizá signos simbólicos, se definían de un modo formal e inmutable: un gavilán, un lebrel blanco, un perro cuyas orejas hubieran sido cortadas de una determinada manera,

24. C. Fellens, *Les Droits du seigneur* ..., p. 436.

o bien una lanza, unos guantes o unas espuelas. Algunos eran evidentemente difíciles de hallar: «el señor feudal no exigía más que un conejo, pero ese conejo debía tener la oreja derecha blanca y la otra negra. Si el enfeudado llevaba un conejo con las marcas convenidas, ocurría a menudo que se disputaba o litigaba por saber si la oreja negra estaba teñida». ¿Se trataba de fuentes de ingresos suplementarias, del placer de dar qué pensar a los juristas o más bien de un deseo de subrayar de una forma impropia lo arbitrario? También leemos que quienes arrendaban los derechos de pesca en el lago de Grandlieu debían, delante del señor, «bailar una danza que todavía no se hubiera visto jamás y cantar una canción que todavía no se hubiera oído, sobre una melodía que no fuera nada conocida».[25] Un vasallo de Île-de-France debía «imitar a un borracho, danzar igual que los campesinos y cantar una canción picaresca ante la mujer de su señor soberano».[26] Esos bárbaros disfrutaban mucho con las canciones...

Algunas de esas extravagancias, que se recuerdan con complacencia, cayeron en seguida en el olvido; nadie habla ya de esos vasallos obligados, un día concreto, a «besar la cerradura y el cerrojo de la puerta del feudo dominante»; ni de quienes estaban obligados por la costumbre a presentarse ante su señor para que les tirara de la nariz y las orejas o les diera bofetadas.[27] Pero otras «curiosidades» de ese tipo, repetidas constantemente, tuvieron mucho más éxito; algunas se nos han quedado grabadas en la memoria. Es el caso de la obligación que en algunos lugares tenían los vasallos de agitar el agua de las marismas mientras la señora del lugar estaba de parto para que no la molestara el ruido de las ranas.[28] Esa historia tan edificante fue la preferida por los fabricantes de manuales destinados a los niños durante generaciones (e incluso hasta hoy). Esos batidores de los pantanos poblados de ranas encarnaban la miseria de un pueblo sometido a lo arbitrario,

25. *Ibid.*, pp. 432-433.
26. D. Salvains de Boissieu, *De l'usage des fiefs*, Grenoble, 1731.
27. J. A. Dulaure, *La Noblesse* ..., p. 539.
28. Intervención durante la noche del 4 de agosto de Le Guen de Kerengal que se autodenominaba diputado campesino bretón, aunque de hecho era mercader de paños: « ... ese extraño derecho establecido en algunas de nuestras provincias, en virtud del cual los vasallos están obligados a batir el agua de las marismas cuando la dama del lugar está dando a luz, para librarla del ruido inoportuno de las ranas ... Que se nos traigan esos títulos que obligan a los hombres a pasar noches enteras batiendo las lagunas para evitar que las ranas molesten el sueño de sus voluptuosos señores». Citado por P. Kessel, *La Nuit* ..., pp. 142-143.

a todo tipo de humillaciones y de fatigas. ¡Los escolares debían imaginarse miserables puebluchos habitados por pobres campesinos armados de garrotes y de mayales, que se pasaban sus tenebrosas noches batiendo ranas!

Las investigaciones y las denuncias de abusos se han interesado muy especialmente, como es natural, por todo lo referente a la vida privada: amores, matrimonios, raptos y violaciones... exigencias crueles o fútiles del señor. El repertorio de sandeces se hincha desmesuradamente. Todas las obras que hablan de los derechos feudales no dejan de recordar, con el apoyo de anécdotas más o menos escabrosas, el control que el señor pretendía ejercer sobre las uniones de sus siervos e incluso de sus campesinos tenentes sometidos a su voluntad. No todo lo que se cuenta es inventado, pero todo se ha deformado, o incomprendido o mal interpretado.

A veces, nuestros grandes autores del siglo XIX se contentaban con describir algunos rasgos de barbarie que completan o cargan un poco más la imagen del señor feudal, capaz de infligir, puramente por placer y por la diversión de un momento, las peores humillaciones. Esas antologías de fechorías demuestran que el público de los historiadores de los primeros tiempos republicanos eran lectores complacientes que, privados de sentido crítico e incluso lisa y llanamente del sentido del ridículo, o bien ya condicionados por otros libelos de propaganda, estaban dispuestos a aceptar cualquier exageración. Hoy en día, esto nos hace sonreír y solamente lo podrían seguir explicando algunos profesionales del adoctrinamiento de espíritus débiles. Pero en su época, esos libros se editaban corrientemente y gozaban de una gran difusión; los niños aprendían con ellos a leer y a pensar; se comentaban en familia y entre amigos.

Una gran cantidad de exigencias feudales de apariencia fútil afectaban a la dignidad de los hombres y mujeres y a la intimidad de la pareja. «En un señorío del Poitou [¿cuál y en qué fecha?], el día de la boda los esposos debían saltar por encima de un foso lleno de agua, y todos salían de él empapados»; en otros lugares sólo se sometía al marido, vestido de blanco, a esa prueba, pero el foso estaba lleno de barro; en otros lugares, debía cruzar de un salto una cornamenta de ciervo y si fracasaba, «debía colocarse esa cornamenta injuriosa sobre la cabeza». Y mejor todavía: en la región normanda de Vexin, algunos señores obligaban a sus vasallos a pasar su noche de bodas en la copa de un árbol y consumar allí su matrimonio; «... había que pagar muy cara la re-

dención de esa obligación más que extraña». Sin duda uno de esos mismos «feudales», puesto que también ocurría en el Vexin normando, reunía en junio a sus siervos —hombres y mujeres— en edad de casar, los unía como a él le parecía e imponía «a las parejas que le parecían más enamoradas algunas extrañas condiciones, que sin duda satisfacían su lubricidad, como por ejemplo quedarse en camisa dos horas en el agua helada del río», o bien «los enganchaba a un arado y los obligaba a trazar algunos surcos».[29]

Aunque el repertorio se haya despejado un poco, siempre nos queda como verdad comprobada el famoso «derecho de la primera noche» que permitía al señor poseer el primero a la esposa de cada uno de sus vasallos. Una gran cantidad de obras hablan todavía muy seriamente de ese derecho; una gran cantidad de novelas históricas e incluso muchos guiones de películas han adornado o reforzado sus intrigas con tales episodios escandalosos que provocaban, con razón, la revuelta de los citados vasallos ayudados por sus amigos. Los historiadores del siglo XIX eran inagotables respecto a ese punto y recordaban con regularidad los abusos de «un derecho que demuestra los excesos de la tiranía de los señores y de la esclavitud de sus súbditos». Escribían que en Francia ese derecho de pernada se mantuvo durante más tiempo que en otros lugares «por el carácter de los franceses, que atribuyen mucho valor a tales derechos».[30]

Contra ese derecho, varias protestas y rebeliones alimentaron diversas leyendas revestidas con un cariz histórico curioso. Una de esas leyendas afirmaba que, precisamente para sustraerles de esas exigencias viles por parte de los abades —que las reivindicaban igual que cualquier otro señor—, Alfonso de Poitiers, hermano de san Luis, dio una porción de tierra a los súbditos de la abadía con el fin de que se establecieran en ella al abrigo de las persecuciones: ¡fue el origen de la villa nueva de Montauban! Desde entonces ya no se inventa tan bien la Historia...

Algunos señores, a veces pequeños señores, pedían ese derecho a cada paso: en la zona de Caux, en Souloire concretamente, cerca de Caudebec, el juez del señor, propietario de un camino que recorría la

29. Sobre todo lo que precede, C. Fellens, *Les Droits du seigneur* ..., pp. 435 y ss.; pp. 541 y ss.

30. Sobre ese «derecho», todas las anécdotas han sido referidas muy seriamente por J. A. Dulaure, *La Noblesse* ..., pp. 605 y ss.

orilla del lago, pretendía ejercer en su propio beneficio el derecho de pernada sobre todas las mujeres que pasaran por delante de su casa; la Historia le concede a pesar de todo cierto discernimiento: sólo retenía a las más bellas, y las otras debían pagar simplemente cuatro dineros.

Algunos señores del Piamonte se vieron obligados a renunciar a muchos de esos derechos: varios pueblos se rebelaron y se llegó a ciertos «arreglos»: en los lugares en los que el señor pasaba tres noches con las recién casadas, se acordó que no pasara más que una. En otros lugares el señor solamente tenía derecho a una hora, y en otros lugares a un cuarto de hora («es cierto que se pueden hacer muchas cosas en un cuarto de hora; pero los señores estaban como mínimo obligados a ser galantes si querían obtener determinados favores»).

Todo ello, insistamos, se presenta sin orden, a menudo sin precisar fechas, sin la mínima prueba sólida, pero con mucha seriedad y llegando a públicos tan bien preparados que las más increíbles pamplinas se creyeron durante generaciones. En los últimos decenios de esa época, se llevaron a cabo varias investigaciones rigurosas sobre el tema; esas investigaciones condujeron a conclusiones completamente diferentes que solamente demostraban la supervivencia de una tasa sobre el matrimonio de los siervos;[31] pero esos trabajos permanecieron (y permanecen todavía...) inéditos, y jamás se han utilizado en los libros de amplia difusión. Nadie los tuvo en cuenta y se siguió, de forma más o menos directa, acreditando todo tipo de leyendas.

MALOS TRATOS Y CRUELDADES POR PURO PLACER

«Jean Jacob, ese viejo del monte Jura, de ciento veinte años de edad, que alguien vio en París a finales del año 1789, contaba a todo aquel que iba a visitarlo que en su juventud había visto a Antoine de Bauffremont, abad de Clairvaux, divirtiéndose disparando a los pizarreros y a los campesinos. Ese noble ejercicio, muy utilizado antaño, se llamaba la caza de los villanos.»[32]

Tales excesos, divagaciones y fábulas, ya no son admisibles. Hoy en día, ya no vamos tan lejos y dudamos de que los adversarios encarniza-

31. Hace ya más de un siglo: C. Schmidt, «Der Streit über das Jus primae noctis», *Zeitschrift für Ethnologie*, vol. XVI (1984).
32. Citado por J. A. Dulaure, *La Noblesse* ...

dos del «orden feudal» hayan podido aportar alguna prueba para demostrar tales extravagancias. Y, sin embargo, todo eso se escribía corrientemente y se utilizaba en distintas circunstancias; todo valía en los dos momentos esenciales de la lucha contra el feudalismo, contra sus defectos y sus privilegios (es decir, antes de 1789 y después de 1850-1860). Además del derecho de pernada, otros derechos feudales se beneficiaron de una presentación verdaderamente cuidada y muy particular; una presentación que, para quien quiera redactar un catálogo de errores y de exageraciones, merecería más de un momento de atención:

— Derecho de *ravage* (destrozo, devastación): «Cuando un señor estaba descontento de los campesinos de sus feudos o incluso cuando quería divertirse de una forma distinguida, mandaba a sus perros y a sus caballos al pequeño campo del desdichado siervo ... y destrozaba en un instante toda la esperanza y todos los trabajos de un año». Comentarios sobre lo mismo: «Ese derecho no era ni ventajoso ni honorífico; al leer tales abominaciones, uno se pregunta si los *derechos feudales* fueron ejercidos por hombres». Afortunadamente, la Asamblea constituyente abolió ese derecho «como todos los demás privilegios del despotismo señorial».

— Derecho de manos muertas: la «gente sujeta al derecho de manos muertas eran siervos sometidos a un señor que era el único que tenía derecho a heredar sus bienes ... se les dejaba vivir porque se les consideraba bestias de carga cuyo trabajo era necesario ... se les obligaba a trabajar hasta su última hora para pagar sus derechos, enriquecer a su tirano y no dejar a su familia más que la miseria más profunda y la suerte más terrible». Las definiciones, algo terminantes, no son inexactas en el fondo; pero los comentarios atestiguan las intenciones del historiador. Además, el libro contiene, dentro de la novela histórica, una descripción muy detallada del castillo señorial: encima de la puerta de la caballeriza principal se hallaba un espacio triangular donde se podían ver clavadas varias manos de hombres, «algunas de las cuales ya estaban completamente desecadas y las otras devoradas a medias por los pájaros nocturnos». Eran manos de campesinos, claro está, y el autor especificaba, en una nota y a título de referencia científica: «Derecho de manos muertas».[33]

— Derecho de *prélassement* (descanso): denunciado en distintos momentos, en vísperas y durante la Revolución de 1789, cuando todo

33. Fellens y Dulaure insisten mucho sobre esos derechos odiosos, en particular en el «Dictionnaire» de su voluminoso libro (*Les Droits du seigneur* ..., pp. 603-676).

el mundo se dedicaba con empeño a describir las «infamias feudales» más atroces. Uno de los autores más bien documentados parece haber sido el cura Clerget que cita de entrada a algunos señores del Franco Condado y de la Alta Alsacia, y especialmente a los condes de Montjoie y a los señores de Méchez. De regreso de la cacería, escribía, en las duras noches de invierno, esos señores «tenían el derecho de hacer destripar a dos de sus siervos para calentarse los pies en sus entrañas humeantes». Como ya es habitual, el autor no menciona ninguna fuente precisa, aunque sí una «prueba», a saber, el proceso entablado ante el parlamento de Besançon por cierto conde (el nombre se deja en blanco) que reclamaba a sus campesinos el pago de elevados censos por la redención de ese derecho. Afortunadamente, «para el honor de la Francia moderna», el magistrado se indignó y el conde se volvió a su casa con las manos vacías. Ese cura Clerget pretende naturalmente no inventarse nada; no trata el asunto a la ligera, sino que le consagra amplios comentarios. Cree seriamente en lo que acaba de escribir y en ningún caso menciona que fuera un acto realizado por un enfermo mental o un monstruo, sino que lo presenta efectivamente como un derecho que los señores utilizaban corrientemente: «¡Cuántas veces ejercieron ese derecho, por desgracia! ¡Y la naturaleza, sublevada contra ese atentado horrible, jamás armó el brazo de un hijo indignado o de una madre desesperada!». Denuncia estos derechos hasta perder el aliento e incrimina una vez más a los privilegios y, consiguientemente, al sistema feudal: «¡Hasta ese punto estaban esos hombres embriagados con los caprichos del poder absoluto!». Sobre todo condena las complicidades y la ley del silencio que durante tanto tiempo escondieron tantos hechos odiosos, de forma que se hace muy difícil la tarea de echar luz sobre esos crímenes atroces, mucho más numerosos sin duda de lo que podríamos creer. La noche de la Edad Media lo esconde todo: «... esos siglos de ignorancia y de tinieblas que fueron testimonio de tantos crímenes, guardarán el silencio de las tumbas, mientras que un velo espeso recubre todavía ahora las atrocidades del régimen feudal».[34]

34. P.-F. Clerget, nacido en Besançon en 1746, escribió y publicó en 1785, en colaboración con J.-P. Baverel, una obra titulada: *Coup d'oeil philosophique et politique sur la main-morte*, que editó en solitario en una versión más virulenta en 1789. Cura de Ornans, elegido diputado del clero, se unió al tercer estado. Sus escritos y discursos han inspirado a menudo a los historiadores de los abusos del Antiguo Régimen; pero éstos callaron el hecho de que Clerget se negara a prestar el juramento constitucional y de que muriera exiliado en las islas Canarias en 1808.

En su época, ese discurso no fue en absoluto considerado como las elucubraciones de un espíritu fanático y algo perturbado. En la noche del 4 de agosto, durante la «sesión que cortó de raíz el viejo árbol del feudalismo cuyas ramas habían cubierto Francia durante tanto tiempo con una sombra funesta», todos los oradores que se apresuraron a denunciar esos «monumentos de la barbarie» hablaron de esos derechos «que constituyen un ultraje no solamente para el pudor sino para la humanidad misma ... que humillan a la especie humana». Uno de los primeros en tomar la palabra fue el diputado del tercer estado, Lapoule, que habló de varios abusos y no fue interrumpido por los abucheos hasta que evocó «ese horrible derecho, relegado sin duda durante siglos a los polvorientos monumentos de la barbarie de nuestros padres, en virtud del cual el señor estaba autorizado, en algunos cantones, a hacer destripar a dos de sus vasallos de regreso de la caza, con el fin de descansar metiendo los pies en los cuerpos sangrantes de esos desdichados».[35]

Efectivamente, se trataba de unos pocos señores y, lo que es más, en tiempos antiguos de los que hemos, en resumidas cuentas, perdido la memoria («... polvorientos monumentos»). Pero está claro que la existencia de abusos en una época muy lejana, aunque esos abusos ya hubieran sido abolidos, justificaba ampliamente la condena del régimen feudal en bloque y permitía exigir, basándose solamente en esos recuerdos, la supresión de los derechos y privilegios particulares... o por lo menos de los vinculados al señorío rural y al derecho del ban. Sin embargo, la Asamblea acogió esa arenga con «gritos de horror y de indignación» que interrumpían al orador, aunque —por lo menos— se le pidió que aportara algunas pruebas.

Las actas de esa sesión memorable del 4 de agosto de 1789 en la que se decidió la abolición de determinados privilegios (no de todos), redactadas con posterioridad y no sin discreción, no nos ofrecen ciertamente más que un cuadro suavizado, lo cual es una lástima, y provocaron la indignación de muchos. Sin embargo, dejando a un lado la generosidad demostrada por algunos nobles que no tenían nada o poco que perder, se ve claramente que los ataques contra los derechos feudales no se dirigieron únicamente, ni tan sólo principalmente, contra los impuestos, los pagos y las exacciones; los ataques más duros, y ridículos a fuerza de invenciones, fueron contra crímenes de los que nadie, seguro, había sido jamás testigo y de los que nadie había podido ser víctima, conoci-

35. Citado por P. Kessel, *La Nuit* ..., p. 144.

dos solamente por la lectura de tratados considerados de calidad. Ello era la consecuencia de una fuerte corriente de denigración, el resultado lógico de una ofensiva dirigida desde hacía algún tiempo por autores que se las daban de serios; por todos esos profesionales que, desde Montesquieu, habían disertado sabiamente sobre los derechos de uso y de justicia, y que parecían ofrecer toda garantía y podían citarse como referencia. Las Constituyentes de 1789 no se privaron tampoco de esas fuentes; por lo que parece eran sus únicas fuentes; la Asamblea estaba impregnada de ellas.

El hábito de referirse a esas obras no evolucionó muy deprisa. Todavía hace poco tiempo, los redactores de manuales de enseñanza, en todos los niveles, cómplices o ignorantes, se limitaban a utilizar clichés de ese repertorio (las ranas, etc.) y se situaban, fuera de todo rigor histórico, en el mismo frente de combate. Y, ¿acaso están en la actualidad los conocimientos de dominio público muy lejos de esa corriente?[36]

36. En su libro, publicado no hace mucho tiempo (en 1969), *La Nuit du 4 Août ...*, obra bien documentada y por lo general rigurosa, P. Kessel no parece poner en duda las palabras del abogado Lapoule cuando afirmaba que el señor podía usar ese derecho *de prélassement* y, por lo tanto, destripar a dos de sus campesinos para calentarse los pies: «Es difícil de imaginar, por otro lado, por qué un abogado como Lapoule habría sentido la necesidad de exagerar: estaba bastante al corriente de las cuestiones feudales, de la realidad feudal en el Franco Condado, como para cometer errores y arriesgarse a comprometer su exposición». Y esto se ha escrito con la mayor seriedad (p. 144).



Tercera parte

LOS CAMPESINOS O LA LEYENDA NEGRA



Durante mucho tiempo, el historiador medievalista se ha sentido perfectamente cómodo al hablar del medio rural. El esquema de trabajo, las líneas de investigación e incluso las conclusiones se imponían de común acuerdo: se afirmaba la existencia de una «masa» campesina (palabra lo suficientemente imprecisa y cargada de sentido) miserable, sometida a los azares del destino y sobre todo explotada por algunos señores que les arrancaban, con pleno derecho o mediante exacciones arbitrarias, la mayor parte de sus pobres cosechas. Por un lado, nos enfrentamos a la pobreza, los trabajos penosos y la desesperación y, por otro lado, a la altanería de aquellos a los que todo les estaba permitido. Esa imagen tenía la ventaja del *prêt-à-porter* y admitía sólo algunos matices. ¿Quién habría osado oponerse a esa imagen, o quién habría orientado su investigación sin hacer referencia a ella?

Por fortuna las cosas han cambiado completamente a partir de 1960 aproximadamente. Los especialistas del mundo rural —me limito de momento a Francia y no me refiero más que a los verdaderos historiadores— han reaccionado contra esa especie de conformismo. Sus tesis, ya numerosas, han renovado y profundizado esa cuestión estudiando regiones repartidas de norte a sur y desde el Loira hasta las zonas montañosas. Y esa renovación se debe simplemente a que esas tesis no son disertaciones al servicio de conceptos, sino investigaciones que se enmarcan en sectores geográficos relativamente reducidos y que no intentan de ninguna manera dar lecciones. Sus autores se han dedicado a leer, aunque a veces resulte difícil, documentos diversos que luego han confrontado; han estudiado la realidad de las condiciones humanas, de las relaciones sociales y de las prácticas comunes. Han aceptado interesarse por las diversidades posibles y por las inevitables jerarquías. En definitiva, bajo sus plumas, nuestro mundo rural tomó vida.

¿Hace falta decir que esos historiadores que siguen escribiendo, que participan en numerosos coloquios y que han adquirido una fama internacional merecida, y que además —algunos desde hace varios de-

cenios— se dedican a la enseñanza, siguen siendo desconocidos, al igual que sus conclusiones, por parte de un público que se tiene por cultivado y apasionado por las novedades? Sabemos el abismo que existe, en todas las ciencias, entre el investigador que se preocupa poco por darse a conocer y el lector de publicaciones de gran difusión, o incluso de manuales. En el caso de la Historia pasan siempre inevitablemente varias generaciones entre el momento del descubrimiento o de las rectificaciones, y el momento en que finalmente se aceptan. Algunos descubrimientos permanecen inéditos; no se habla de ellos y seguimos, como hasta entonces, enraizados en los hábitos y utilizando ante todo las palabras portadoras de imágenes y las frases hechas.

Esa imagen catastrofista, o más bien «miserabilista», del medio rural medieval debe ser revisada. Todo en ella es falso y exagerado.

Debe quedar claro que no se trata de ningún modo de oponer a esa leyenda negra un cuadro del que se habrían borrado todas las desgracias y los abusos. No debemos taparnos la cara ni negar la existencia de graves distorsiones sociales y de graves desigualdades de fortuna y de formas de vida. Esas distorsiones y desigualdades eran sin duda numerosas e importantes y estaban muy arraigadas. Lo que debemos hacer es intentar por lo menos precisar las jerarquías, mostrar los distintos grados, analizar cuáles eran las relaciones entre los distintos escalafones, las esperanzas de ascender, y los riesgos de decaer. Postular, antes de todo examen, la existencia de una sociedad dividida en dos bloques monolíticos (propietarios y explotados) y de una sociedad completamente petrificada, constituye un grave error de método. Esa afirmación simplifica sin duda la investigación y la exposición, pero no hace adelantar mucho los conocimientos.

La idea de un mundo campesino reducido a una condición universal miserable no corresponde a la evolución económica de nuestro pasado medieval. Se nos presenta a rústicos cultivando tierras que no les pertenecen, duramente explotados, sometidos a vejaciones constantes e insoportables, y empujados a buscar refugio en las ciudades para mendigar o vivir de pequeños oficios pero por lo menos respirar «aires de libertad»; una masa de campesinos y de siervos desgraciados, encadenados a sus duros trabajos, sin obtener ningún beneficio y, naturalmente, sin entusiasmo; pobres gentes resignadas. Pero lo que vemos en realidad son hombres sin muchos medios técnicos, sin especies vegetales seleccionadas capaces de soportar los rigores del clima, sin ayuda

del Estado, y sin embargo capaces de construir notables paisajes agrarios perfectamente adaptados a las circunstancias; familias y comunidades campesinas que triunfan sobre la naturaleza más rebelde, que doman «desiertos» (marismas o bosques) que ninguna sociedad antes que ellos —ni tan sólo la de los tiempos de los romanos— había intentado conquistar. Esos campesinos sombríos, incultos y explotados de la Edad Media desbrozaron mediante chamiceras, rozas y sembraduras vastas extensiones boscosas en Europa occidental; y desecaron también inmensas marismas. Sin ninguna duda, en esos «tiempos de miseria y de barbarie» se sitúan las conquistas humanas que han dado forma a los paisajes de Europa durante siglos y hasta hoy en día. Esa empresa, la más espectacular de la historia de nuestro medio rural, ¿es acaso el signo de un desencanto o de un malestar social crónico? ¿Acaso esos campesinos solamente trabajaron bajo la férula?

En el plano económico hay que admitir que no todo es mensurable en la Edad Media. Nos faltan datos cuantitativos precisos, y los intentos de calcular rendimientos y producciones conducen siempre a resultados muy aproximativos o muy discutibles. Algunos estudios de historiadores «cuantitativos» atestiguan una gran audacia en ese sentido, pero no son de fiar. A falta de poder ofrecer cifras, presentar cuadros y curvas de rentabilidades y de cosechas, hay que limitarse por fuerza a los testimonios y, sobre todo, a apreciar las situaciones de conjunto.

El eco de las fluctuaciones climáticas se reproduce y amplifica cuando leemos a autores de la época que se lamentan al evocar las grandes heladas de los inviernos, los desbordamientos dramáticos de los ríos y los veranos ardientes, y que insisten inmediatamente, con razón, en la subida de los precios del grano y del pan, y en la miseria de la gente pobre. Ello afectaba sobre todo a las ciudades y, más particularmente, a las ciudades situadas en tierras interiores que no podían importar grano de tierras lejanas puesto que sólo podían recibir provisiones gracias a acarreos difíciles. Sabemos que, en los años 1316-1318, hubo grandes hambrunas que hicieron estragos en el norte de Francia y, sobre todo, en Flandes, y que provocaron una gran mortandad. Algunos autores hablan incluso de una desnutrición endémica que habría provocado un debilitamiento fisiológico de la población y que habría favorecido la propagación de epidemias, y más concretamente de la gran peste de 1349.

Sin embargo, la impresión que produce el examen del período medieval es la de una sociedad y una economía capaces de alimentar a los

hombres, de hacer frente a un crecimiento demográfico, reducido solamente o detenido durante unos años por las epidemias, y, generalmente, capaz de llenar rápidamente los vacíos. El equilibrio, quizá desigual pero cierto, estaba asegurado, y ningún historiador sostendría hoy seriamente la hipótesis de una economía rural constantemente al borde del desastre; y todavía menos la de una sociedad sometida a largas angustias y a insuficiencias temibles. Sería excesivo presentar todavía, como se complacían en hacer los fabricantes de manuales del siglo XIX, esos tiempos medievales como tiempos de desgracias vividas día tras día.

Las grandes empresas de conquista del suelo, en distintos momentos, en tierras cercanas o muy lejanas, bajo distintas circunstancias, y siempre sin ninguna ayuda exterior, atestiguan con creces esa capacidad de producir y ese impulso para el asentamiento y la explotación. Los campesinos de Flandes, de Renania y de Baviera comenzaron a desbrozar los bosques y las landas de ese «Far East europeo» hacia el año 1000, llegando hasta los valles de los Cárpatos y hasta los países eslavos. Aproximadamente un siglo más tarde, los hombres de varios países de Occidente, del Poitou a Provenza y Lombardía, construyeron bellos paisajes agrarios en Tierra Santa, plantaron cepas, e instalaron en una zona de nómadas una sociedad sedentaria enmarcada por señores laicos o eclesiásticos muy parecida a la de sus pueblos de origen. El tercer tiempo de esa expansión fue el de la colonización de las islas atlánticas, desde las Canarias a las Antillas, y luego de Brasil y de Nueva España. En definitiva, estas conquistas se llevaron a cabo durante más de quinientos años siempre bajo el control del señorío, la estructura social de los tiempos medievales. Los pioneros se adaptaron bien a esa estructura. ¿Cómo podemos, a la vista de los resultados, hablar de una sociedad de oprimidos, condenada al fracaso o a la revuelta?

1. FEUDALISMO Y SEÑORÍO

UNA CONFUSIÓN MANTENIDA A PROPÓSITO

Los autores que veían en el feudalismo el origen de la servidumbre y de la violencia, de los abusos y de los derechos escandalosos, de esas barbaridades que deshonraban a la humanidad, también lo acusaban de arruinar al país y de haber conducido el campo francés a una situación económica miserable. En sus obras se confundían constantemente las estructuras políticas y el régimen de explotación de la tierra; hablaban tan pronto de «campesinos» como de «siervos» o de «súbditos», y aún más a menudo de «vasallos», sin establecer diferencias entre esos conceptos. De ese modo, su discurso ofrecía una imagen más bien borrosa y los campesinos, ya fueran siervos o tenentes libres, o incluso propietarios de sus bienes, eran calificados indiferentemente de vasallos del señor. El objetivo era evidentemente cargar toda la culpa al régimen feudal.

Todavía hoy caemos en el grave error de hablar de «economía feudal» o de «sociedad feudal», fórmulas que han recibido derecho de ciudadanía sin haber sido precisadas. Y, sin embargo, la confusión es flagrante. El «feudalismo», o digamos más bien el «vasallaje» para ser más claros, era un sistema eminentemente político que definía, según normas diversas, y según la época y el país, las relaciones de hombre a hombre en la jerarquía de los poderes y los mandos. Que la contrapartida de un servicio, generalmente militar, el llamado «beneficio» o «feudo», haya sido muy a menudo una tierra es sólo un aspecto, importante pero no exclusivo, de esas relaciones. Todos los demás tipos de beneficios, en dinero, renta, cargos administrativos o derechos fiscales, se concedían en las mismas condiciones: a cambio de servicios y de fidelidad. Por otro lado, no todas las tierras eran detentadas en feudo, ni mu-

cho menos. En resumen, los vínculos de vasallaje se superponían a las estructuras económicas y no dirigían todos los aspectos de las relaciones sociales. Sociedad feudal y economía feudal son dos conceptos inventados y naturalmente muy ambiguos, cuando no vacíos de sentido.

Ese error se acompaña además de generalizaciones abusivas. Se le hace un gran honor al sistema feudal, y se le da demasiada importancia, al invocarlo en todo momento, para grandes períodos cronológicos y para todos los países de Occidente, como si ese sistema formara en todas partes el esqueleto de las sociedades y de las civilizaciones. De hecho, el feudalismo puro o clásico, tal como lo describen generalmente los manuales, solamente se aplicó en todo su rigor y amplitud a las relaciones políticas de una área geográfica relativamente reducida, la que los historiadores franceses de la primera mitad del siglo —y yo diría más bien los de la escuela «de París»— podían observar con más facilidad: Île-de-France, Picardía, Champagne... En otros lugares se produjeron otros procesos. En el sur de Europa, los derechos feudales hallaron muchos obstáculos y tuvieron que adaptarse a herencias o tradiciones; fue el caso de Provenza, del Languedoc e incluso de Aquitania; y todavía más en el caso del norte de Italia. Los países germánicos también evolucionaron de otra forma distinta.

En gran cantidad de obras algo apresuradas, esas diferencias esenciales se borran para hacerlo pasar todo por el mismo molde. ¿Por qué razón? ¿Quizá para cuidar la exposición? ¿O bien por la necesidad de sacrificarse a los imperativos pedagógicos? En todo caso, nuestra visión, reducida a una sola imagen bosquejada a grandes trazos, ha sido deformada, puesto que ese sistema feudal —esa bestia vergonzosa a nuestros ojos de hombres de progreso— no intervino directamente en la gestión o la explotación de las tierras, ni en las relaciones propietarios-cultivadores. La estructura fundamental de la explotación de la tierra, casi omnipresente pero no exclusiva, era el «dominio» rural más o menos extenso, dividido en un número variable de unidades de cultivo. Es lo que también podemos denominar el señorío. La «economía señorial» o «del dominio» no es, pues, «feudal».

Esta observación es más que un matiz y no es en absoluto una discusión entre palabras. La confusión entre ambos conceptos, que sin embargo son muy específicos, fue quizá al principio la consecuencia de un deslizamiento semántico desprovisto de intenciones particulares; es cierto que la misma palabra, «señor», podía designar tanto al propietario del dominio como al hombre a quien un vasallo prestaba fidelidad.

Sin embargo, en cierta escuela histórica, el empleo de esa palabra respondía a una voluntad y a un acuerdo con el fin de sostener un combate ideológico y de ocultar, sólo con la magia del discurso, los resultados de investigaciones serias. Se trataba de imponer una determinada visión sobre el Antiguo Régimen y, consiguientemente, sobre la Revolución de 1789. Los autores que se dedicaron a subrayar las ventajas de esa revolución fueron quienes insistieron en ese sentido. Albert Soboul fue, en 1970, el pionero y luego el defensor de esa forma de comprender la sociedad anterior a 1789 mediante el estudio de la crisis del Antiguo Régimen.[1] También en 1970, uno de sus discípulos le apoyó con otra obra; éste no dejaba ninguna duda sobre sus compromisos políticos y sobre su forma de concebir la investigación científica:

> rechazar el empleo del concepto de «régimen feudal» para designar, en historia, el conjunto del sistema económico, social y jurisdiccional del Antiguo Régimen es un testimonio inequívoco de conservadurismo ... Solamente el empleo de «feudalismo» para calificar el régimen de explotación feudal es progresista, puesto que asocia a la definición del referente la connotación peyorativa sin la cual el trabajo histórico sobre el Antiguo Régimen no sería más que una acta y no un combate.[2]

El acta, la descripción objetiva y el análisis se oponen al combate; se entiende perfectamente cuál es la intención. Cada uno toma sus propias opciones.

El señorío rural, un conjunto de tierras, en parte explotadas directamente por el señor, y en parte divididas en tenencias, granjas o fincas en aparcería confiadas a campesinos arrendatarios, no es en absoluto un producto del feudalismo. La estructura dominical ya existía mucho antes de la desorganización de los poderes públicos y, consiguientemente, mucho antes del surgimiento del vasallaje. Se desarrolló fuera de él; y se mantuvo mucho después de que las prácticas políticas propiamente feudales hubieran desaparecido ante el ascenso de un poder central, principesco o real.

1. A. Soboul, *La Civilisation et la Révolution française*, vol. I, *La Crise de l'Ancien Régime*, París, 1971 (hay trad. cast.: *La Revolución francesa. Principios ideológicos y protagonistas colectivos*, Crítica, Barcelona, 1988).

2. C. Mazauric, *Sur la Révolution française*, París, 1970, p. 134; contra esos prejuicios, véase F. Furet, «Le catéchisme révolutionnaire», *Annales É.S.C.* (1971), pp. 255-289.

El feudalismo y el señorío son indiscutiblemente de naturalezas distintas y ambos tuvieron su propio destino. Confundirlos, o presentarlos estrechamente vinculados, responde a un objetivo deliberado que permite no contradecir las teorías, durante tanto tiempo de moda, que pretendían ofrecer un resumen simplificado de la evolución de las relaciones socioeconómicas. Según esas teorías, cada fase de esa evolución estaría separada de la precedente por una ruptura y estaría claramente caracterizada por un «sistema»: esclavismo, feudalismo, capitalismo... Una serie de ismos que algunos se esforzaban por llenar de cierta consistencia, pero que tenían el mérito de la ambigüedad.

En primer lugar, si consideramos las formas de vida y las relaciones humanas en el plano económico y fiscal, incluso en las zonas de un feudalismo sólido, no constatamos siempre una correspondencia territorial exacta entre la propiedad de las tierras (el señorío territorial) y la propiedad de los distintos derechos, como la justicia por ejemplo, que podemos calificar de feudales (señorío «banal», por utilizar la expresión de Robert Boutruche).[3]

Una visión abstracta tendería a mostrar un territorio rural detentado por un solo señor que, como propietario de las tierras, impondría también sus derechos de justicia y sus derechos banales: un único señor territorial que al mismo tiempo sería el señor del ban. Esta imagen tiene sin duda el mérito de la claridad pero es, de hecho, una pura construcción intelectual. Se nos ha dictado insidiosamente por parte de una documentación muy incompleta y dispersa que nos lleva a hacernos una idea del pasado medieval de acuerdo con determinadas informaciones muy escasas y fruto del azar.

De hecho, los pueblos divididos entre dos o tres señoríos territoriales, o más, eran muy numerosos; los derechos feudales, la justicia y el ban eran ejercidos por uno solo de esos señores propietarios... o por un hombre que no poseyera ningún dominio en ese territorio. En un pueblo, la casa señorial (*hôtel* o «castillo») se levantaba en el corazón del núcleo habitado, cerca de la iglesia, en una encrucijada de caminos; en cambio, en otro pueblo, podía haber varias «casas fuertes» dispersas en los límites de las parcelas habitadas, o a veces completamente aisladas.

Para Inglaterra, algunos estudios permiten captar mejor esas di-

3. R. Boutruche, *Seigneurie et féodalité. Le premier âge des liens d'homme à homme*, Paris, 1959 (hay trad. cast.: *Señorío y feudalismo*, Siglo XXI, vol. I, Buenos Aires, 1976[2]).

versidades que, de una región a otra, imponen un paisaje social muy diferente. En algunos condados, principalmente en las Midlands, en las regiones de los Cotswolds y de los Chiltern Hills, uno de cada dos pueblos estaba dominado, efectivamente, por un solo señor, mientras que ese «señorío exclusivo» sólo se hallaba en siete dominios de cada veinticinco en Bedfordshire y solamente en doce de cada ciento doce en el condado de Cambridge (alrededor del año 1300). De modo que, limitándonos a ese reino, debemos admitir que existieron estructuras señoriales y vínculos de dependencia completamente diferentes de un lugar a otro, y en zonas que no estaban muy alejadas entre sí. ¿Eran esas diversidades fruto de herencias muy antiguas sólidamente mantenidas o bien frutos de una lenta maduración? En todo caso, este ejemplo es una lección que nos impide, de nuevo, considerarlo todo en bloque.

En el norte de Francia, y más exactamente en Île-de-France, un análisis realizado a partir de actas notariales saca a la luz una extraordinaria multiplicidad y un enmarañamiento de feudos (vasallos y segundos vasallos) y de señoríos en muchos pueblos al oeste de París: una gran complejidad de jerarquías sociales, mosaicos de dominios y de tierras, y una ambigüedad o confusión de los derechos.[4] En esa zona, la regla era el coseñor. ¿Ocurría lo mismo en las regiones vecinas, en Picardía o en Normandía por ejemplo? No lo sabemos, pero para esas regiones carecemos generalmente de esas actas notariales o de otros textos igual de precisos, o bien aparecen muy tarde.

Como conclusión, y para ceñir esa tiranía feudal dentro de sus límites, parece ser que en la mayor parte de Europa había un elevadísimo número de comunidades de aldea que no se hallaban bajo el poder de un solo señor, de un verdadero potentado, sino que dependían, al contrario, de diferentes propietarios terratenientes, incluidos abades y gente de las ciudades. De esa situación surgían, como podemos imaginar, conflictos de influencias, querellas entre señores, y disputas de todo tipo que los campesinos no podían ignorar; las relaciones sociales se establecían o evolucionaban de distintas formas. El «dominio señorial» era, de hecho, mucho más complejo de lo que nos cuentan generalmente las imágenes comodín.

4. Para Inglaterra, E. A. Kosminsky, *Studies in the agrarian History of England in the XIIIth. Century*, Oxford, 1956; para Île-de-France, I. Attard, *Villepreux et sa région à la fin du XV^e siècle d'après le registre du tabellionnage de Villepreux*, tesis, Université de Paris IV, 1987.

¿ERAN LOS DUEÑOS DEL SUELO BANDIDOS O GESTORES?

Los grandes dominios: beneficios y calidad

Por otro lado, parece que demasiado a menudo tendemos a ignorar la extrema diversidad de las condiciones sociales de esos señores, propietarios de los dominios. Los señoríos detentados por hombres que sólo tuvieran una propiedad, y que vivieran en ella, en un castillo capaz de ofrecer refugio a los campesinos, o bien en una casa fuerte, más modesta, construida sobre una colina, en un recodo de un río o en una encrucijada de caminos, representaban sólo una pequeña parte de la vida rural. Los dueños de enormes propiedades, de conjuntos de tierras considerables, complejos y dispersos en distintos lugares a veces alejados entre sí, eran personajes poderosos que no tenían nada en común con el guerrero feudal que tan constantemente se evoca. Esos personajes eran el rey, los príncipes, los condes y otros grandes del reino, los obispos y los abades de los monasterios ricos. No es fácil establecer el alcance exacto de sus posesiones, pero sus bienes incluían sin duda una proporción notable —si no la mayor parte— de las mejores tierras. Habían reunido pacientemente dotes, herencias y compras; habían logrado realizar intercambios interesantes para dar más cohesión a sus patrimonios; y algunos profesionales de la política habían acumulado los frutos de las confiscaciones de los traidores y los rebeldes... o simplemente de sus adversarios. Sin embargo, esos hombres que presidían de ese modo la gestión de vastas extensiones de tierra cultivable, de bosques, pastos y viñedos, y que, como dueños a menudo de los derechos feudales, extendían su jurisdicción sobre numerosos pueblos y sobre multitud de campesinos, eran evidentemente, en el plano cultural, gente de calidad, de ciencia y de cálculo. Evidentemente, su objetivo no era acumular terrenos para su diversión, sino más bien fuentes de ingresos. Procuraban constantemente mejorar los rendimientos y favorecer mejores explotaciones. Ellos personalmente, o bien sus oficiales, eran capaces de llevar sus cuentas y de hacer balances. Gracias a una documentación de una magnitud excepcional, por ahora única en Francia, Gérard Sivéry ha demostrado que los registros del conde de Hainaut dan testimonio de la utilización de técnicas contables perfectamente válidas, directamente inspiradas de las de los lombardos instalados en Maubeuge, en Mons o en Valenciennes; técnicas

muy fáciles de empleo que eran a la vez herramientas de control y de previsión.[5]

Los historiadores ingleses pueden analizar en los más mínimos detalles la gestión de los grandes dominios, de las posesiones de los *landlords* laicos o eclesiásticos. Esas tierras, que el rey había dispersado a propósito en distintas regiones del reino, eran no obstante sólidamente controladas por parte de una administración central suprema; por una especie de consejo de administración, el *formal baronal council* al que eran llamados no solamente los oficiales (*sergents, baillis* y *reeves*) responsables de cada dominio, y uno o dos jueces encargados regularmente de defender los derechos del *lord* ante los tribunales reales, sino también un pequeño grupo de especialistas designados para que dieran su opinión: *trained experts* de las ciudades (para los consejos jurídicos y lo que llamaríamos los «estudios de mercado»), o *local landlords and gentry*, caballeros propietarios, perfectamente enterados de las condiciones de cada sector.[6] Para cada año y para cada dominio se elaboraba un plan de explotación que evaluaba las necesidades de mano de obra, de animales de labor y de semillas, pero que también determinaba la cifra de todas las cosechas previstas; cifra que cada intendente responsable debía alcanzar bajo pena de elevadas multas si faltaba demasiado.[7] De ese modo, con gran cantidad de escrituras, de instrucciones, de inventarios y de registros de cuentas, esos dominios del *high farming* inglés se hallaban bajo un control supremo, gestionados por señores cuyo perfil social y cultural no tenía nada en común con el del señor feudal que se nos presenta generalmente.

5. G. Sivéry, «La gestion du temporel du Saint-Sépulcre de Cambrai», *Études Rurales*, 48 (1972), pp. 120-134; «L'évolution des documents comptables dans l'administration hennuyère de 1287 à 1360 environ», *Bulletin de la Commission royale d'Histoire*, Bruselas, (1975), pp. 133-232: el autor estudia 260 libros de contabilidad para los dominios del conde, entre 1295 y 1505; 119 del señorío de Blaten y Feignies (entre 1381 y 1505) y 208 del señorío de Bouchain (entre 1320 y 1502); además de otros varios, hasta un total de más de un millar de registros.

6. L. Fox, *The Administration of the Honour of Leicester in the* XIVth. *Century*, Leicester, 1940; B. Somerville, «The Duchy of Lancaster Council and Court of Ducher Chamber», *Transactions of the Royal Historical Society* (1941), pp. 59-177; R. H. Hilton, *The Economic development of the higher nobility in the* XIVth. *Century England*, Cambridge, 1957; M. Mc Kinsack, «Rural Society in the Fourteenth Century. 1307-1399», en *Oxford History of England*, 1959; F. R. H. du Boulay, *The Lordship of Canterbury*, Londres, 1966.

7. H. S. Bennett, «The reeve and the manor in the XIVth. century», *English Historical Review* (1926); T. F. T. Plucknett, *The medieval Bailif*, Londres, 1954.

Los responsables de esas vastas y ricas posesiones territoriales no se fiaban solamente de la experiencia o de un proceso empírico. Los intendentes y sus señores se referían también con frecuencia a tratados didácticos más o menos precisos, limitados a menudo y adaptados a una región determinada. Los tratados heredados de la Antigüedad, retocados y adaptados a las necesidades de la época y a las nuevas prácticas, fueron fusilados por varios autores que aseguraron su supervivencia. Pietro de' Crescenzi, de Bolonia, escribió un *Ruralium Commodorum Libri duodecim* (Tratado de agricultura y de la vida en el campo) que tuvo gran éxito en todo Occidente. Carlos V lo hizo traducir al francés y lo hizo guardar en la «librería» del Louvre, al mismo tiempo que el *Art de la Bergerie* de Jean de Brie.[8] Ese tratado de Pietro de' Crescenzi tuvo una amplia difusión: si bien el manuscrito de la biblioteca del Arsenal, un ejemplar de lujo, está ilustrado con estampas iluminadas magníficas, otro ejemplar, conservado en Ruán, editado de una forma muy modesta, atestigua evidentemente un uso más corriente.[9] El libro fue imprimido en Augsburgo en 1471 con el título de *Summa Agriculturae*, y luego en Venecia en 1495 con el título de *Opus ruralium commodorum*. En Inglaterra, una gran cantidad de tratados de explotación y economía agrarias, independientes de toda tradición antigua, respondían muy particularmente a las preocupaciones de los señores interesados por una gestión sana y por obtener rendimientos elevados. Esos libros evaluaban el coste de la productividad de cada actividad e insistían constantemente en el concepto de beneficio. Establecían lo que debía ser el rendimiento mínimo de cada cereal, y uno de ellos incluso invitaba a los intendentes a calcular esos rendimientos para cada parcela, con el fin de deducir las mejores condiciones del suelo para los distintos cultivos.[10]

Recordemos, a propósito de ello, que esos manuales de agricultura, enciclopédicos y prácticos a la vez, preceden en Inglaterra en aproxi-

8. M.-T. Kaiser, *Le Berger en France à la fin du Moye Âge*, París, 1974.

9. Ruán, Biblioteca Municipal, Mss. n.° J.1 (977).

10. *Traité d'Économie rurale composé en Angleterre au XIII^e siècle*, E. Lacour, ed., *Bibliothèque de l'École des Chartes* (1856); *Walter of Henley's husbandry, Seneschancie and Robert Grosseteste's rules*, Lamond, 1890; G. Duby, *L'Économie rurale et la vie des campagnes dans l'Occident médiéval*, París, 1962, vol. I, pp. 311 y ss. (hay trad. cast.: *Economía rural y vida campesina en el Occidente medieval*, Península, Barcelona, 1968); D. Ochinsky, «Medieval Treatises on Estate Accountings», *Economic History Review* (1947); «Medieval Treatise of Estate Management», *ibid.* (1956).

madamente un siglo a los manuales escritos para los mercaderes en Florencia, Venecia o Génova.

Se trataba sin duda de una búsqueda de beneficios, pero también de la calidad. Podemos seguir los esfuerzos y los resultados de los cistercienses —en Inglaterra y también en Escocia— por obtener de sus corderos un vellón más mullido; mediante cruces con animales del norte de África crearon la nueva raza de la oveja merina. Hacia 1340 un manual destinado a los asociados y los agentes de una compañía toscana citaba una por una las abadías y las ferias del norte, hasta los límites de Escocia, indicando para cada una la calidad de la lana cruda como si se tratara de los caldos de los viñedos.[11] Y hablando precisamente de vino, aunque dejando a parte las investigaciones constantes para mejorar en muchas zonas las prácticas de la vinificación, observamos por ejemplo la intervención enérgica de Felipe el Atrevido para obligar a sus súbditos borgoñones a arrancar las plantas de gamay que daban mejores rendimientos pero un vino «de una naturaleza tal que es muy perjudicial para las criaturas humanas, hasta el punto de que muchos que en el pasado lo bebieron, se infectaron de graves enfermedades, puesto que el citado vino ... está lleno de una gran y horrible amargura, y adquiere un olor hediondo». Denuncia a los viticultores «codiciosos por obtener gran cantidad de vino» que de ese modo comprometen la excelencia de los caldos de Beaune, Dijon y Châlon que se vendían hasta en París y Roma.[12]

Incluso los bosques, terrenos de caza sin duda pero también de pasto para los animales domésticos, no estaban de ningún modo librados a una explotación salvaje o anárquica, ni tan sólo desordenada, conducida al capricho de las necesidades de unas arcas empobrecidas por excesivos gastos suntuarios. Al contrario, los grandes bosques representaban generalmente, en Francia sobre todo, una parte muy importante de los ingresos dominicales. El rey Felipe VI recibía de los bosques de sus tierras en el Gâtinais ocho mil libras anuales de un total de veinte mil. La abadía de Saint-Denis poseía en Île-de-France varios miles de hectáreas de bosques y obtenía de ellas más de tres mil libras al año.[13]

11. A. Evans, *La pratica della mercatura di Francesco di Balduccio Pegolotti*, Cambridge, 1936; R. S. López, «El origen de la oveja merina», *Estudios de Historia Moderna* (1954), pp. 3-11.

12. Citado por R. Dion, *Histoire de la vigne et du vin en France*, Doullens, 1959, p. 283.

13. G. Fourquin, *Le Domaine royal du Gâtinais d'après la prisée de 1322*, París, 1963; «La part de la fôret dans les ressources d'un grand seigneur d'Île-de-France à la fin du XIII^e^ et au XIV^e^ siècle», en *Paris et l'Île-de-France*, 1970, pp. 7-36, mapa.

Y ello gracias a una explotación perfectamente razonada y planificada, con talas medidas por adelantado y espaciadas de forma distinta según las especies; y también gracias a repoblaciones inmediatas sometidas a una supervisión estricta. El conde de Hainaut y los otros grandes señores del condado dividían periódicamente sus dominios forestales en lotes llamados «de quince tallas», es decir, en talas espaciadas por quince años; durante los cinco o seis primeros años de la repoblación unas empalizadas protegían las plantas jóvenes.[14]

He aquí tierras, pastos, viñedos o bosques gestionados racionalmente; explotaciones señoriales que manifiestamente se apartan de la imagen tradicional del señor feudal, esa imagen de nuestra infancia y, todavía hoy, de los buenos libros ilustrados.

Juristas y hombres de finanzas

Al otro extremo de la gama social, hallamos un número importante de tierras, de pagos, de granjas y de señoríos que eran propiedad de habitantes de las ciudades más o menos cercanas: burgueses, notables, juristas, notarios, mercaderes y artesanos.[15] Esos ciudadanos buscaban en esas posesiones la seguridad y el placer de su propio avituallamiento, pero para muchos eran sobre todo una fuente de beneficios. Los dominios de los Cotswolds ingleses, por ejemplo, y particularmente en el distrito de Castle Combe donde se cultivaban cereales, fueron comprados por hombres de negocios de Londres que instalaron batanes en los valles y emprendieron el tejido de paños cuya venta aseguraban ellos mismos, ya fuera a proveedores del ejército, ya fuera a mercaderes de Londres o de Bristol, o a italianos (genoveses y florentinos).[16] Final-

14. G. Sivéry, *Structures ...*, p. 455; O. Graff, *La Fôret d'Halatte à la fin du Moyen Âge*, tesis, Université de Paris-Sorbonne (Paris IV), junio de 1973; F. Leloup, *Le Coutumier des fôrets royales de Normandie d'Hector de Chartres*, *ibid.*, junio de 1975.

15. G. Fourquin, *Les Campagnes de la région parisienne à la fin du Moyen Âge*, París, 1954, pp. 347 y ss. En el norte de Alemania, en 1375, 88 «burgueses» de la pequeña ciudad de Stendal, al sur del Elba, poseían bienes territoriales, parcelas de tierras y explotaciones enteras, en 114 pueblos distintos de la región vecina (el Altmark) y obtenían de ellos ingresos considerables: W. Abel, «Geschichte der deutschen Landwirtschaft von frühen Mittelalter bis zum 19 Jahrhundert», en *Deutsche Agrargeschichte*, G. Franz, ed., Stuttgart, vol. II, 1962, p. 182.

16. E. Carus Wilson, «Evidences of Industrial growth on some xvth. century manors», *English Historical Review* (1959); hacia 1450, un hombre de leyes de Londres, Ri-

mente estaba el aspecto social de la posesión de tierras, que era muy importante; esos nuevos propietarios y señores esperaban adquirir de ese modo un derecho de inserción en determinados medios, un título de honorabilidad o incluso de nobleza.

Desde los años 1250 aproximadamente, se multiplicaron en todo Occidente las compras de dominios enteros, y a veces incluso de feudos con sus derechos de jurisdicción, por parte de gente de las ciudades. Los ejemplos son innumerables y bien conocidos, y su multiplicidad desafía todo intento de establecer un balance. Ninguna ciudad escapa a esa atracción por la propiedad rural, por las promesas de respetabilidad que comportaba la compra (o la confiscación...) de un señorío. Ese era el caso de los grandes burgueses, de los juristas, de los consejeros o simplemente de los cambistas o pañeros de Lyon;[17] y el caso de todos los «mercaderes» de las ciudades italianas sin excepción. Ese era el destino más corriente de los grandes notables parisienses, negociantes, financieros, gente de toga y de gobierno; de esos Des Essarts o Coquatrix que hallaban en la adquisición de grandes dominios señoriales en Île-de-France, con *hôtels* o casas fuertes, o incluso castillos, la coronación de una brillante carrera social y, sin duda, una seguridad contra los dramáticos reveses de fortuna políticos. Los mercaderes de Metz pasaban fácilmente del comercio a la aristocracia terrateniente; algunos se esforzaban incluso por forjar nuevos señoríos a base de distintas piezas, reuniendo numerosas parcelas en una sola explotación coherente que denominaban un *gagnage*, severamente cerrado y protegido (hacia 1300).[18]

Era corriente que algunos hombres, *a priori* decididamente ajenos a la posesión de tierras, que eran apartados voluntariamente de esos señoríos territoriales, lograran en cambio notables integraciones y ascensos sociales mediante la posesión de dominios rurales reunidos a fuerza de perseverancia o de protecciones. Ese fue el caso, en varias re-

---

chard Maryot, compró uno de los cuatro manors del pueblo de Sherington, en Buckinghamshire; para conseguirlo, se había asociado con varios ciudadanos de su ciudad, entre los cuales se encontraban un comerciante de paños y un mercader de sal. El manor y las tierras estaban gestionados en común, como si fueran una sociedad mercantil: cf. A. C. Chibnall, *Sherington, Fiefs and Fields of a Buckinghamshire Village*, Cambridge, 1965.

17. R. Fédou, *Les hommes de loi lyonnais à la fin du Moyen Âge*, Lyon, 1964; M.-T. Lorcin, «Le vignoble et les vignerons du Lyonnais aux XIVe et XVe siècles», en *Le Vin, production et consommation*, obra colectiva, Grenoble, 1971.

18. J. Schneider, *La Ville de Metz aux XIIIe et XIVe siècles*, Nancy, 1950, pp. 394 y ss.

giones del norte y el este de Francia, de los prestamistas lombardos que, confiscando parcelas, a menudo minúsculas, de campesinos (o de señores) endeudados, acabaron por poseer vastos dominios de un gran valor. Renier Accord, «prestamista» originario de Florencia, usurero pues, establecido en Troyes, chambelán y familiar del conde de Champagne, logró de ese modo reunir varios grandes señoríos con casas fuertes, campesinos serviles y derechos de justicia en los años 1270-1288; y ello al precio de un extraordinario trabajo de concentración de tenencias campesinas, de granjas, de porciones de dominios; alrededor de la *motte* de Mont-Flambain reunió, mediante compras sucesivas o mediante intercambios, más de quinientas treinta parcelas de tierra.[19]

Se trata de un ejemplo límite, sin duda, pero no excepcional y que ilustra claramente que, por sus orígenes, su naturaleza y la calidad social del señor, el señorío rural y consiguientemente la explotación de las tierras no se inscribían forzosamente en el marco feudal. El príncipe y los obispos por un lado, y los cambistas y juristas por el otro, nos alejan, en lo referente a las estructuras socioeconómicas del medio rural, de la situación descrita como típica y generalmente ofrecida a nuestra imaginación. De hecho, una parte muy considerable de las tierras escapaba a ese dominio feudal. Se puede aventurar la pregunta de si el campesino era más «libre» y gozaba de más ventajas desde el punto de vista fiscal estando bajo el control de un oficial real o abacial escrupuloso y experto, que tomaba sus decisiones lejos del pueblo y era responsable de sus cuentas, o bien estando bajo el control de un castellano próximo que explotara personalmente tierras cercanas y que estuviera atento a los azares climáticos o a los estragos de las guerras, capaz además de matizar sus exigencias. También es interesante saber si ese campesino, en el momento de la transferencia de propiedades, ganaba en algo al pasar de ser arrendatario del antiguo señor a arrendatario del ciudadano; hombre de finanzas diestro en todo tipo de prácticas, proveedor de mercados y ávido de ganancias. Ello sería ciertamente un tema de reflexión.

En todo caso, todo examen un poco serio lleva a excluir las referencias a ese feudalismo mítico, y a limitarse al señorío rural como dominio de un señor propietario de tierras que formaban un conjunto complejo; a su vez, esos señores eran de orígenes y de condiciones sociales muy diversas.

19. B. Grandjean, *Étude du cartulaire de Renier Acorre*, tesis, Université de Paris X, 1971.

2. LAS SOCIEDADES RURALES: ¿DICOTOMÍA O DIVERSIDAD?

Al evocar la vida en el campo y al reconstruir su paisaje social, ¿basta con hablar sólo de los señores de los dominios? ¿Obtenemos de ese modo una imagen aceptable de la realidad? No, sin duda. A pesar de las dificultades documentales que nos encontramos en el camino, y aunque sea necesario contradecir algunas ideas preconcebidas, las investigaciones deben ir más lejos y se deben realizar con mayor profundidad.

Señores y campesinos... ¿Cuántos libros, cuántos capítulos de manuales y cuántos enunciados de exámenes utilizan invariablemente esa fórmula? Ello nos parece muy natural... como si la vida rural de la época medieval solamente se pudiera analizar en términos de las relaciones sociales entre señores y sometidos y, consiguientemente —siguiendo la óptica más extendida que analiza los modos de explotación del trabajo del hombre—, en términos de antagonismos. Como si el campesino y, de una forma más general, todo habitante de las aldeas, sólo existiera en función del señor, solamente cultivara las tierras señoriales, y no poseyera nada en propiedad.

Era difícil introducir matices o contradicciones en este postulado «señor-campesinos», admitido por una especie de consentimiento tácito; iniciar una investigación fuera de ese esquema podía parecer extravagante y, sobre todo, el estudio documental se revelaba en ese sentido especialmente delicado y a menudo arduo. El historiador, nunca se recuerda lo suficiente, trabaja con lo que le llega de los tiempos pasados, con lo que los desgraciados azares de las destrucciones, azares ciegos, le han dejado. Esos fondos son forzosamente incompletos y desiguales; y a veces no son más que pedazos sueltos. Los archivos privados,

los de las explotaciones rurales de todo tipo, se hallaban naturalmente muy dispersos en gran cantidad de pueblos o de casas nobles. No se han reseñado ni rápida ni fácilmente, y se han añadido a los depósitos del Estado de una forma parsimoniosa. En su lugar de origen no se podían beneficiar a menudo de un cuidado escrupuloso: estaban mal clasificados, mal protegidos de los avatares de los años, y muchos cayeron en el olvido; muchos fondos importantes desaparecieron simplemente en el momento de una herencia o de una transmisión. A esos avatares se unen también los furores destructivos de las guerras civiles o de las cruzadas de los salvadores de la sociedad; en Francia sobre todo, las guerras de religión, y los saqueos e incendios sistemáticos ordenados por la Convención revolucionaria, empobrecieron considerablemente ese patrimonio archivístico.

Además, esos documentos «señoriales» eran naturalmente de naturalezas diversas; los archivos de los grandes dominios se conservaron mejor que los de los pequeños señores y, sobre todo, mejor que los de los simples campesinos. Y aquí reside de hecho la laguna más grave. Para el historiador del siglo XIX que no se imaginaba la existencia de una propiedad campesina con sus jerarquías, e incluso para el historiador de hoy, existía y existe todavía la fuerte tentación de utilizar al máximo los documentos más accesibles e, ignorando sus insuficiencias, de extraer conclusiones que se presentan como definitivas. Las investigaciones que privilegiaban el papel de los señores e ignoraban determinados aspectos de la vida rural se realizaron al principio de ese modo, y ello se ha seguido haciendo durante mucho tiempo, simplemente por falta de testimonios.

Incluso en el marco del señorío hay muchas informaciones esenciales que sólo aparecen raramente, y la documentación revela grandes lagunas, algunas de ellas irreparables. Nos han llegado, cuidadosamente copiados con una bella escritura en buenos pergaminos o papeles, los «cartularios» señoriales (colecciones de cartas, de acuerdos entre dos partes), que informan sobre las compras, los legados y los intercambios; también se han conservado, aunque con una presentación más desigual, los «censales» o «becerros», catálogos de censos y servicios que debían los hombres instalados en las tierras del señor, en las tenencias. Muchos de esos registros se han clasificado, estudiado, e incluso publicado. Pero solamente hablan del señorío y de los hombres dependientes de él. Han permitido elaborar cuadros de la vida rural, pero se trata de cuadros en los que solamente aparece la explotación del hombre que

cultiva los campos de un señor, el verdadero propietario, se decía, del suelo.

Hasta las últimas investigaciones, las de los últimos treinta o cuarenta años, nuestro conocimiento de la vida rural derivaba de ese tipo de estudio. Sin embargo, esos conjuntos documentales, sin duda preciosos, son evidentemente incompletos. El territorio aldeano no estaba formado exclusivamente por tenencias señoriales confiadas a campesinos arrendatarios, tenentes dependientes económicamente de un dominio. Lejos de ello... Si nos limitamos a ese tipo de lectura, olvidamos como mínimo dos aspectos de la estructura social y de las formas de explotación de la tierra.

EL SEÑOR OCIOSO: ¿UN ERROR O UNA DESCRIPCIÓN FÁCIL?

Los cartularios no permiten ver qué parte del dominio se reservaba el señor para explotarla directamente, con mano de obra servil o asalariada reforzada con las corveas de los tenentes. Los censales o becerros, por su propia naturaleza, ignoran esa «reserva». De ese modo, se hace difícil analizar los campos, prados o viñedos en explotación directa; el investigador que quiera conocer ese aspecto debe llevar a cabo investigaciones paralelas y proceder a veces atando cabos sueltos, lo cual no deja de ser arriesgado. Ese desconocimiento o esas informaciones realmente fragmentarias y aleatorias impiden la elaboración de un cuadro exacto de la distribución de las tierras, de su régimen de explotación, y, en una palabra, del paisaje rural que nos gustaría reconstruir de una forma más completa y más rigurosa, lo cual no es posible debido a algunas grandes lagunas que interrumpen a la fuerza el dibujo parcelario. Por otro lado, y sobre todo, la imagen del señor rural se ve gravemente alterada y a veces deformada. Al disponer de listas de censos, de arriendos y de rentas de todo tipo, hemos olvidado o ignorado con facilidad esa reserva que queda por descubrir o, por lo menos, por evaluar. Algunos autores se dejaron llevar por esa inclinación natural que llevaba a privilegiar lo que veían y, en este caso, a anteponer un señor ocioso, incompetente e indiferente a las realidades de la tierra, cuyos únicos ingresos eran los que le aportaban regularmente «sus» campesinos. El señor entrojaba pues grano que no había sembrado, y se dedicaba simplemente a contar sus sueldos y denarios, fruto del sudor de «sus» tenentes o de «sus» siervos. La expresión «rentista del suelo» que uno de los

pioneros franceses de la historia social propuso, con buen juicio, para describir una situación determinada y muy particular de un momento determinado, se utilizó y aplicó a diestro y siniestro de una forma demasiado amplia. Algunos manuales o incluso libros más precisos ignoran de ese modo al señor como jefe de explotación que supervisa los trabajos, participando a menudo de ellos, y que está enterado de las dificultades o de los azares, para reducirlo a un perceptor de prestaciones y censos: grave error y desinformación total.

En efecto, en cuanto la documentación permite realizar un examen aunque sólo sea aproximativo, se observa claramente que los señores se habían reservado, para explotarlas directamente, considerables porciones de su patrimonio territorial. Es cierto que algunas de esas reservas sólo constaban de vastos bosques o de pastos; en ese caso, los señores vendían la madera de sus talas o los peces de sus lagos. Sin embargo, otros poseían grandes superficies de tierras arables. En Île-de-France, en las tierras más ricas, todas las explotaciones —las «granjas»— de las abadías de la capital poseían cada una entre setenta y cien hectáreas de campos cultivables en explotación directa. En Tremblay, la reserva de la abadía de Saint-Denis abarcaba doscientas hectáreas de tierras y trescientas setenta de bosque. Del conjunto de los dominios de esa abadía, las rentas pagadas por los campesinos solamente ascendían a treinta libras por año sobre un total de treinta mil libras (entre 1284 y 1304), o sea un 1 por 100 nada más.[20]

Oficiales y hombres del oficio; nuevos ricos y usurpadores

La presencia de esos hombres, jamás discreta, viene a enriquecer todavía más una estructura social que no se reduce en absoluto a un simple dualismo. Los señores, propietarios terratenientes, no eran los únicos que se situaban por encima o al margen de la condición campesina. Diversos personajes se inserían de formas diferentes en el cuadro de las fortunas y de los poderes; disponían de autoridad y de poder, o bien de medios de coerción, de privilegios, de herramientas económicas indispensables para la comunidad, y de fuentes particulares de ingresos, e incluso en algunos casos todos esos factores a la vez.

Se trataba, de entrada y dentro del marco de los grandes señoríos,

20. G. Fourquin, *Les Campagnes* ..., pp. 137-138 y 149-159.

y especialmente los de los monasterios o abadías, de los oficiales encargados de las funciones administrativas o financieras. Esos «ministeriales» lo supervisaban y controlaban todo: hacían respetar los derechos del señor, defendían sus bosques y sus terrenos de caza de toda intrusión, perseguían a los cazadores furtivos, a quienes recogían madera verde, y a los pastores de los animales que salían de los pastizales comunales; cobraban impuestos y censos en especie o en dinero; llamaban a los campesinos sujetos a corveas a acudir para la siega del heno o la vendimia, para los acarreos, o para limpiar los saetines de los molinos. Esos *prevostes, guardas, recaudadores* y *guardabosques*, a menudo de origen servil, recibían naturalmente tierras para cultivar y, sobre todo, en tanto que representantes del señor investidos de responsabilidades y enterados de las posibilidades reales, usaban y a veces abusaban de sus poderes; se esforzaban por reunir más campos de los que podían cultivar y vendían sus excedentes en los mercados.

Por otro lado, la comunidad campesina, en el momento en el que se desarrollaban nuevas técnicas agrarias, llamaba a artesanos más especializados para que se establecieran en el pueblo. Cuando se extendió el uso del arado de vertedera en una amplia zona geográfica, aparecieron herreros capaces, si no de forjar las pesadas rejas de hierro disimétricas, por lo menos sí de reparar las piezas metálicas y de herrar a los caballos. Esos trabajos del hierro costaban bastante caros y pronto se convirtieron en el oficio más preciado; los primeros nombres de familia que distinguieron a esos hombres del resto de los habitantes simplemente dedicados a las tareas comunes atestiguan esa precedencia y esas fortunas nacientes: esos nombres son desde entonces los más numerosos, con creces, en diversas regiones del norte y el oeste de Europa: Febvre y Lefebvre, Smith, Schmidt...

El molino «banal», el molino en el que los campesinos sometidos al derecho del ban debían llevar su grano, estaba arrendado por el señor a un molinero que se quedaba, al parecer, con una gran parte de los beneficios. Poco a poco se multiplicaron los molinos de agua de todo tipo, no solamente para moler grano, sino también para abatanar la lana y los paños, y para accionar mazos y fraguas; los cursos de los ríos, por pequeños que fuesen, se cortaron con saetines supervisados y mantenidos; el molinero hacía valer sus derechos, exigía las corveas debidas por los tenentes y perseguía a quienes escapaban a esa obligación. Se convirtió rápidamente, en casi todas las sociedades aldeanas, en un

«notable» capaz de redondear una fortuna, de comprar tierras y casas, y de cobrar por ellas alquileres y rentas.

Vemos pues a hombres procedentes de diversos horizontes sociales que se alzaban decididamente por encima de la mayor parte de la población: «gallitos de pueblo», más presentes que el propio señor, e igual o incluso más exigentes.

LO QUE SE QUERÍA IGNORAR: EL CAMPESINO PROPIETARIO

Desde hace aproximadamente medio siglo, algunos autores que han estudiado la realidad han hablado de la existencia de tierras pertenecientes a los campesinos en propiedad. Esas tierras, que denominamos generalmente «alodios», no estaban sometidas a ningún censo de carácter económico sino solamente a los derechos «banales», los que ejerce generalmente el Estado. Sin embargo, es sorprendente constatar que un componente tan importante de la estructura socioeconómica de la época haya permanecido silenciado en gran cantidad de libros e incluso de libros recientes que, imperturbablemente, siguen hablando solamente de las «tierras señoriales», de los dominios de los señores y de las tenencias campesinas dependientes de ellos. El alodio siempre sorprende porque va contra la imagen feudal...

Hay que reconocer que nuestros primeros maestros, en los últimos decenios del siglo XIX y a principios del nuestro, no lo tenían fácil. Heredaron consignas sólidamente afirmadas durante generaciones, desde los grandes y pequeños autores de la época de las Luces. Parecía difícil ir contra la corriente o tan siquiera poner en duda o matizar ciertas afirmaciones, a falta de argumentos sólidos y de documentación. Los documentos que habrían permitido conocer exactamente las posesiones campesinas ya no existían o todavía no habían sido identificados. Los aldeanos, incluso los que habían aprendido a leer y a escribir —más numerosos de lo que creemos generalmente—, no sentían ninguna necesidad de mantener un registro de las tierras que explotaban personalmente y cuya propiedad nadie les discutía. El censal señorial no citaba los alodios. Únicamente los registros del impuesto territorial, establecidos por las comunas en algunas regiones del sur de Francia, en el centro y el norte de Italia, en Lombardía por ejemplo y en Toscana, enumeraban las propiedades que se encontraban fuera de los señoríos; pero se trataba generalmente de las propiedades de los burgueses. Los testi-

monios del alodio campesino, las indicaciones precisas sobre su importancia, su naturaleza y su destino, deben buscarse en otros lugares mediante una larga batida, siempre arriesgada. Los archivos judiciales no aportan por lo general más que piezas sueltas. Los únicos textos decisivos son los testamentos o, todavía mejor, los inventarios que se redactaban tras una defunción y que dan una imagen completa de las fortunas; son testimonios fieles pero escasísimos. En todo caso, los que nos han quedado constatan, para algunas regiones de Francia, esa presencia, multiforme pero relativamente regular, de la propiedad campesina, libre y hereditaria, y exenta de todo censo.

En Francia, el primer signo de ese interés reside sin duda en el magistral estudio que Robert Boutruche consagró, en 1947, al alodio en la región de Burdeos,[21] en el que mostraba que los campesinos podían trabajar el suelo al margen de la explotación señorial e incluso contra tal explotación. Desde entonces, otros análisis específicos han descubierto, aquí y allá, otros aspectos del alodio campesino.

Está claro que el alodio, heredero sin duda del tiempo de los romanos, se mantuvo sobre todo en el sur de Francia, en Italia, en Provenza y en el Languedoc, regiones en las que los notarios nos muestran a campesinos modestos que vendían tierras con toda libertad, exentas de toda obligación; y también se mantuvo, aunque en una proporción menor, en el Mâconnais,[22] en el Borbonesado y en el Forez.[23] Sin duda prácticamente desconocido en determinados condados de Inglaterra, en Île-de-France y en Normandía (dejando a parte el islote de la región de Yvetot), y al parecer en vías de desaparición en Bretaña, el alodio campesino ocupaba, en cambio, una parte notable de las tierras situadas más al este (especialmente en la región del Mosa) y sobre todo hacia el norte, en Artois, Hainaut y Flandes.[24]

Estas informaciones todavía muy dispersas, generalmente no del todo evaluadas, no permiten elaborar un cuadro preciso para el conjun-

21. R. Boutruche, *Une société provinciale en lutte contre le régime féodal: l'alleu en Bordelais et Bezadais du XIe au XVIIIe siècle*, París, 1947.

22. G. Duby, *La Société aux XIe et XIIe siècles dans la région mâconnaise*, París, 1953.

23. M. Gonon, *Les institutions et la société en Forez d'après les testaments, XIVe-XVe siècles*, París, 1960; *La vie quotidienne en Forez d'après les testaments, XIVe-XVe siècles*, París, 1968.

24. P. Feuchère, «Un obstacle aux réseaux de subordination: alleux et alleutiers en Artois, Bourbonnais et Flandre wallonne», en *Études publiées par la section belge de la Commission internationale pour l'Histoire des Assemblées d'État*, 1955, pp. 1-32.

to del mundo occidental. Sin embargo, las informaciones son convergentes y autorizan a concluir, de momento, junto con Georges Duby, que «en todas partes, en realidad, las posesiones señoriales estaban lejos de cubrir la totalidad del territorio. Éstas dejaban, por el contrario, grandes espacios en los que se extendían los modestos alodios».[25] También podemos afirmar, junto con varios historiadores ingleses, que «esa obsesión por la agricultura señorial y por los ingresos que generaba ha provocado un desconocimiento básico del desarrollo económico y social del siglo XIII».[26]

Sin duda, queda por hacer una investigación en profundidad. El origen y la naturaleza de esas tierras totalmente libres de cargas económicas quedan por definir. ¿Se trataba de herencias que se remontaban muy lejos en el tiempo, o bien de redenciones o de adquisiciones recientes como consecuencia del desmantelamiento de determinados señoríos? No lo sabemos. Durante mucho tiempo estas preguntas no se han planteado, porque toda la atención se centraba exclusivamente en el señor, y porque existía la costumbre de considerar al campesino sólo en su calidad de explotado, de dependiente privado de bienes propios.

25. G. Duby, *L'Économie rurale* ..., p. 379.

26. E. Miller, «The English Economy of the Thirteenth Century», *Past and Present* (1964), pp. 21-40; C. Dyer, «A Redistribution of Incomes in XIVth. Century England», *ibid.* (1968).

3. ALGUNAS REFLEXIONES HERÉTICAS SOBRE LAS CONDICIONES DEL CAMPESINADO

Esa imagen de una sociedad rural infinitamente variada contradice el esquema que se nos ha presentado generalmente. Pero las realidades se imponen: existieron una gran diversidad y complejidad, pero también, naturalmente, jerarquías sociales. Una gran impostura consistió, entre otras muchas, en hablar generalmente de una «masa» campesina como si todos los hombres se encontraran obligatoriamente reducidos a la misma condición miserable y sin ninguna esperanza de alzarse por encima de sus vecinos. Para muchos autores era sin duda más fácil hablar en estos términos. Pero entonces, ¿dónde está el rigor científico? En otros autores, todavía numerosos, esas afirmaciones transmiten unas intenciones y objetivos determinados; estos autores se esfuerzan por silenciar los matices y la existencia de una fluidez, por encerrarlo todo en clasificaciones ridículas a fuerza de abstracción, por presentar una sociedad petrificada en la que los hombres, sujetos a su parcela, intentaban sobrevivir tras haber satisfecho las exigencias del señor, doblegándose, y rogando a Dios que les ahorrara nuevas exacciones. Era la imagen de una sociedad estancada, por oposición a la de las ciudades donde todo eran promesas para los audaces, donde el dinero circulaba con rapidez e irrigaba una gran cantidad de mercados, y donde se acumulaban fortunas sorprendentes. En una palabra: «feudalismo» contra «capitalismo».

El examen de los textos, por rápido que sea, no permite de ningún modo adherirse a esas visiones simplistas. Todo habla en sentido contrario. El historiador que esté un poco familiarizado con los libros de contabilidad, con los registros fiscales, y con las actas privadas de diferentes naturalezas, constata indefectiblemente una extraordinaria fluidez social, mucho mayor incluso de la que formularía cualquier hipótesis de

trabajo atrevida. Ello se constata en dos campos especialmente significativos: la renovación de la población, y el desarrollo de las fortunas.

EL CLICHÉ DEL CAMPESINO VINCULADO A LA GLEBA

La imagen del campesino sujeto a la tierra se encuentra profundamente anclada en nuestro bagaje cultural; creemos en ella y hablamos de ella con facilidad: hablamos del amor por las tierras cultivadas generación tras generación, pero, sobre todo, de las restricciones señoriales que prohibían desplazarse y de la imposibilidad de establecerse libremente. Esa imagen surgió, sin duda, de las obligaciones de residencia impuestas en algunos casos y solamente para las poblaciones serviles; pero se ha difundido ampliamente y se ha aplicado a toda condición campesina.

Sin embargo, esa visión es errónea. Los hombres del campo aceptaban la aventura en gran número de ocasiones. Las grandes migraciones, los desplazamientos de comunidades, las cruzadas, las roturaciones de tierras lejanas, y la repoblación de las zonas recuperadas a los musulmanes hasta Andalucía, son fenómenos perfectamente situados y analizados que ilustran esa capacidad, o en algunos casos esa propensión a la movilidad, e incluso ese gusto por lo desconocido. Y no olvidemos, evidentemente, la emigración hacia las ciudades en plena expansión; podemos afirmar sin mucho esfuerzo y sin discusión que esos movimientos afectaban por igual o más al mundo rural en sí que a la ciudad. Las *sauvetés*, y luego las villas-nuevas y las *bastidas*, en Champagne y en Aquitania sobre todo, y también en Toscana y en Umbría, aglomeraciones que en muchos casos eran esencialmente rurales, se poblaron con familias llegadas de distintos lugares y no forzosamente de los alrededores del nuevo núcleo; numerosos grupos de campesinos bien informados sobre esas fundaciones situadas a cientos de kilómetros de su lugar de origen, emprendieron el camino con sus carros, sus animales domésticos y sus herramientas. Esos procesos ponen de relieve la sorprendente frecuencia y el alcance de esas migraciones, que se reemprendieron mucho más tarde, en la época de la guerra de los Cien Años, bajo la amenaza de la invasión y de las desgracias.[27]

27. R. Boutruche, «Les courants de peuplement dans l'Entre-Deux Mers (Bordelais), étude sur le brassage de la population rurale du XIe au XVe siècle», *Annales É.S.C.* (1935), pp. 15-37.

El estudio atento de las listas fiscales nominativas, desgraciadamente demasiado escasas u hojeadas demasiado a la ligera con la prisa de no retener más que las estadísticas, muestra cifras considerables de emigración desde un mismo territorio; y no menos importantes cifras de llegadas de familias hasta entonces desconocidas en un determinado pueblo; y ello incluso en el espacio de algunos años. Ese tipo de investigación todavía no es muy frecuente. Sin embargo, apoyándose en los registros de un impuesto particular —el «monedaje»—, Denise Angers ha demostrado esas fluctuaciones en la población de la Baja Normandía, y más concretamente en el vizcondado de Bayeux.[28] Para el conjunto de las parroquias de ese vizcondado, el número de contribuyentes cayó en un 23 por 100 entre 1389 y 1464; pero, si se estudian y mencionan los nombres de familia, resulta que un 58 por 100 de los grupos patronímicos desaparece mientras que un 47 por 100 de esos nombres son nuevos al final del período. En una parroquia determinada, la disminución es sólo del 10 por 100, pero esa cifra es engañosa: de hecho, un 90 por 100 de los nombres no se reseñan en 1464, y aparecen en cambio sustituidos por una proporción aproximadamente igual de nuevos nombres. En sólo quince años, entre 1389 y 1404, otra parroquia sigue más o menos estable en número de habitantes (con una pérdida del 1,5 por 100), pero pierde un 60 por 100 de sus patronímicos. Estas cifras son claras y no son más que algunos ejemplos entre muchos otros.

LOS NIVELES DE RIQUEZA DENTRO DE LA COMUNIDAD CAMPESINA

Los mismos análisis de esos registros fiscales, apoyados por muchas otras indicaciones, muestran además una gran fluidez en las propiedades y, como consecuencia directa, jerarquías notables de riqueza dentro del mundo campesino. Suponiendo incluso que, en la época del origen del señorío, todos los tenentes hubieran recibido una tierra de una superficie o de un valor determinado —el «manso» campesino—, es evidente que esas distribuciones igualitarias conocieron rápidamente graves alteraciones. En el curso de las generaciones, entraron en juego matrimonios, herencias, y roturaciones individuales que ganaron

28. D. Angers, «Mobilité de la population et pauvreté dans une vicomté normande à la fin du Moyen Âge», *Journal of Medieval History* (1979), pp. 233-248; «La vicomté de Bayeux au bas Moyen Âge (1389-1500)», *Francia* (1980) pp. 141-172.

nuevos campos al bosque, los baldíos o las marismas, ya fuera mediante acuerdos con el señor o mediante usurpaciones y acaparamientos clandestinos. Además, no hace falta un gran esfuerzo imaginativo para suponer que determinados tenentes salían adelante mejor que otros y llevaban al mercado cosechas más abundantes o mejores; estos tenentes reunían lo suficiente como para poder prestar semillas o dinero a sus vecinos menos afortunados y, finalmente, compraban o confiscaban las tierras de esos vecinos.

Para los siglos XIV y XV, los textos atestiguan movimientos considerables de las propiedades territoriales, ya fueran tenencias o alodios, entre la gente del campo: compras, arriendos, subarriendos, préstamos garantizados con los bienes territoriales, etc. En Inglaterra, esas concentraciones de propiedades aparecen en una época muy temprana; por ejemplo en el condado de Leicester, donde «asistimos al ascenso misterioso y al enriquecimiento progresivo de familias enteras a partir de 1250».[29] Las cuentas de los *manors* muestran constantes cambios en el reparto de las tenencias y la existencia de un mercado de tierras bastante activo. En 1447, en uno de los dominios del arzobispo de Canterbury, el de Gillingham, más de la mitad de los tenentes (cincuenta de noventa y ocho) cultivaban tierras recientemente cedidas por otros.[30]

Esos resultados no sorprenden en absoluto: esa escala amplia y abierta de riquezas, de condiciones y de géneros de vida, no es más que el reflejo de una sociedad en perpetua evolución. El historiador de la vida rural «medieval» encuentra en su camino, en todos los territorios, a campesinos ricos provistos de numerosas parcelas de tierra, de viñedos y de rebaños, capaces de mantener más de una yunta. La historia de esas fortunas, azares y vicisitudes, de esas circunstancias favorables, de los méritos o de las expoliaciones, debería seguirse más de cerca, puesto que de momento parece imposible conocer todas sus etapas por falta de documentación suficiente. Pero esas diferencias existían y los coetáneos sabían reconocerlas. Determinadas familias adquirieron dignidad y prestigio gracias a su riqueza.

Acudamos, una vez más, a los libros de contabilidad de los *manors*

29. C. Despretz, *Désordres et Instabilité dans l'Angleterre du XIV^e siècle*, tesis mecanografiada, Université de Lille III, 1989, vol. I, p. 66.

30. A. R. H. Baker, «Open fields and Inheritance on a Kent manor», *English Historical Review* (1964); B. Dodwall, «Holdings and Inheritance in Medieval East Anglia», *ibid.* (1967); y sobre todo J. A. Raftis, *Tenure and Mobility: Studies in the Social History of the Medieval English Village*, Londres, 1964.

ingleses, fuente inagotable de informaciones precisas que además han sido estudiados por numerosos autores que no se contentan con generalidades ambiguas sino que reúnen cifras y van hasta el fondo de los análisis. Esos registros describen con claridad importantes jerarquías dentro del campesinado. Algunos tenentes solamente cultivaban una parcela, mientras que otros tenían quince o veinte; unos sembraban menos de una hectárea (dos acres), mientras que otros, en el mismo pueblo y *manor*, más de cincuenta; y sus vecinos se situaban en todos los niveles intermedios.

Los hombres ricos adoptaban nombres particulares para hacer alarde de su independencia y sus recursos: *yeomen, good men, franklins, husbandmen* o *thrifty men* («los que han ahorrado»). Esos campesinos provistos de vastos campos de cultivo y de grandes rebaños tenían a asalariados trabajando para ellos. Los padres de algunos habían sido molineros; otros habían hecho fortuna invirtiendo sus esfuerzos en la desecación de marismas, los *Fens* de East Anglia. Uno de ellos, bien conocido por lo que cuenta su propio hijo, Hugh Latimer, teólogo y predicador famoso, explotaba una gran granja en la que empleaba a doce hombres para las labores; tenía treinta vacas lecheras y cien ovejas en sus pastos cercados; ofrecía hospitalidad a los pobres que estaban de paso y repartía limosnas a su alrededor.[31]

En Francia, el «riche laboureur» de La Fontaine no es ni un simple personaje de fábula ni una novedad. El campo francés de la Edad Media conocía bien a ese personaje y, designándolo de ese modo («labrador», el que tiene un arado), los habitantes demostraban cierta reverencia por quien poseía a la vez un arado y caballos de labor; sus tierras estaban mejor cultivadas y producían mejores cosechas. Los demás campesinos, sus vecinos, trabajaban de otra forma, a veces con pobres medios, reducidos a pequeñas parcelas, y muy a menudo a simples huertos o a unas pocas hileras de cáñamo.

Esa jerarquía rural, dentro del mundo de los no nobles, no podía,

31. F. R. H. du Boulay, «Who were farming the English Demesne at the End of the Middle Ages?», *English Historical Review* (1965). Sobre esas aristocracias campesinas, cf. por ejemplo J. A. Raftis, «Social Structures in Five East Midland Villages», *ibid.*; F. Rapp, «L'aristocratie paysanne du Kochesberg à la fin du Moyen Âge et au début des Temps modernes», *Bulletin Philologique et Historique du Comité des Travaux Historiques et Scientifiques* (1967); A. Rochette, «Fortunes paysannes du XIV^e^ siècle en Forez», en *Études foréziennes. Mélanges*, 1970; J. Tricard, «La tenure en Limousin et Marche à la fin du XV^e^ siècle. Étude des structures agraires et foncières», *Annales du Midi* (1976).

con el paso de las generaciones, más que reforzarse. Por un lado estaba una verdadera aristocracia de grandes cultivadores y, al otro extremo de la escala, un proletariado de hombres que vivían miserablemente ofreciendo a menudo sus brazos para trabajar en tierras de otros; hombres que en invierno trabajaban en la ciudad en la construcción o que, sobre todo, tejían paños bastos en casa; esos trabajos adicionales eran suficientes para definir esa existencia precaria. Labradores ricos por un lado, y braceros o jornaleros por otro lado... En Italia, la palabra *braccianti*, signo de una condición pobre y azarosa, ha sobrevivido al paso de los siglos e, incluso en nuestros días, sigue estando cargada de sentido. Los textos alemanes hablan de *gärtner*, hortelanos y obreros agrícolas; y, en Inglaterra, se habla de los *cottagers*, confinados a un *cottage*, una vivienda frágil, construida a toda prisa y destrozada instantáneamente en cuanto se producía el primer incendio.

Los niveles de riqueza imponían forzosamente cierta dureza en las relaciones sociales, y en este caso no entre los señores y sus campesinos, sino entre los propios campesinos. El labrador rico no podía, sólo con su familia y sus parientes, llevar a cabo todas las tareas agrícolas. Para los trabajos que exigían una mano de obra numerosa, para el henaje, y más aún para la cosecha y los acarreos hacia los graneros, hacia el molino o el mercado, acudía a asalariados, a braceros de su localidad o de los alrededores: eran empleos temporales que situaban a los jornaleros en una dependencia económica total y, además, bajo el dominio de una persona poderosa. De ese modo, dentro de la aldea, dentro o fuera del señorío, la explotación de los trabajadores agrícolas no se limitaba a la que imponía el señor «feudal». Debemos también tener en cuenta la explotación que ejercían los campesinos ricos sobre sus asalariados. Esos labradores ricos, hombres presentes en todo momento, podían ser muy exigentes; los salarios no estaban reglamentados por ningún contrato o tradición y, de año en año, seguían las leyes del mercado; y el propietario, en caso de dificultades con sus braceros, podía llamar a otros pobres, a extranjeros a veces. No había necesidad de poseer un verdadero «señorío» para ejercer presiones y poder sobre la sociedad aldeana. El número y la extensión de sus tierras eran una demostración clara de su éxito dentro del paisaje rural. Sin duda, algunos habían podido reunir más bienes de los que poseían los señores, sus vecinos inmediatos; pequeños nobles que los reveses de la guerra o los servicios habían reducido a un triste estado financiero, y que incluso habían perdido mucho prestigio social o, en todo caso, una parte considerable de su autoridad.

DERECHOS Y ABUSOS DEL TENENTE

Se nos dice que el señor poseía realmente la tierra —propiedad eminente— que el campesino explotaba, a cambio del pago de un censo y de determinadas obligaciones, disfrutando de la propiedad *real*. De ahí a afirmar que toda la tierra pertenecía al señor feudal, y que el tenente era solamente el arrendatario, el trabajador explotado, no había más que un paso. Todavía hoy la idea de una tenencia campesina totalmente en manos del señor sigue siendo comúnmente admitida, y son escasos los libros que esbozan un cuadro más preciso y más detallado.

Lo que sin duda surge de cualquier examen, por rápido que sea, o de cualquier reflexión, es que la condición de la tenencia campesina de aquella época no es en absoluto comparable a lo que denominamos hoy «arriendo» o «alquiler». Hoy en día, el inquilino de una casa, o el arrendatario de un campo o de cualquier explotación rural, ¿tiene la seguridad de poder permanecer en ella todo el tiempo que le plazca, con las mismas condiciones, sin aumento del alquiler sean cuales sean la coyuntura y la inflación monetaria? ¿Tiene la seguridad de no tener que abandonar ese lugar si el propietario quiere instalarse en él, o instalar a uno de sus familiares, o venderlo a una empresa que proyecta construir un edificio mejor y de mayor renta? ¿Tiene la seguridad de que podrá transmitir esa casa o esa granja a sus hijos, y así de generación en generación, por el mismo precio, sin que el propietario pueda impedirlo? ¿Acaso puede vender su derecho de ocupación a buen precio, a un precio equivalente al valor real del bien el día de la operación, a un tercero que tomaría su lugar y se instalaría en él; y todo ello solamente a cambio de pagar al «señor» un porcentaje, a fin de cuentas bastante bajo, del precio de esa venta? ¿Puede subarrendar con un fuerte margen de beneficio y exigir un alquiler muy superior al que él paga, y que no ha variado durante decenios? ¿Puede dividir el terreno en diversos lotes con el fin de obtener más beneficios? Y finalmente, ¿está permitido al arrendatario de hoy hipotecar ese bien, ponerlo como garantía de un préstamo de dinero? Un gran número de tenentes «no propietarios», tanto en el campo como en la ciudad, podía hacer todo eso en la Edad Media y no se privaba de ello.

Es indiscutible que la tenencia no sólo era vitalicia sino también hereditaria; solamente el tenente podía romper el contrato y huir a otro lugar donde pudiera hallar mejores posibilidades. Por lo general, los hijos sucedían a sus padres y sus derechos no eran discutidos. En los

momentos difíciles, tras los estragos de la guerra de los Cien Años por ejemplo, cuando la mortalidad y el exilio hacia las ciudades —mejor protegidas de los bandidos— habían arruinado los campos en algunas regiones de Francia y habían en ocasiones vaciado territorios enteros, el señor solamente podía instalar a nuevos tenentes tras largas demoras y tras proclamaciones públicas para que los posibles herederos se dieran a conocer; la comunidad aldeana velaba por sus intereses y la inexistencia de personas que tuvieran derechos sobre una determinada parcela debía registrarse debidamente.

Además, con el paso del tiempo, esas tenencias podían sufrir todo tipo de avatares. Ante apremiantes necesidades de dinero, el campesino empeñaba la tierra que tenía de su señor. Otras veces, no dudaba en subarrendar si la ocasión se presentaba.

En definitiva, el concepto de propiedad señorial estaba considerablemente diluido, reducido a algunos controles y a gestos simbólicos; ese concepto era combatido por los campesinos más emprendedores. En todo caso, de esos análisis de las condiciones sociales se desprende una imagen muy confusa y cierta ambigüedad, que llevan a pensar que la idea que la gente de la época se hacía de la propiedad señorial difería poco de la que nos hacemos hoy en día.

¿IMPUESTOS INSOPORTABLES?

Dejando a parte algunos manuales recientes, no hay una sola obra de gran difusión que no aborde incansablemente el mismo tema de la pobreza campesina; todos, desde los libros para los escolares hasta los volúmenes adornados con bellas ilustraciones y publicados bajo la garantía de un gran autor, insisten sobre el tema e invocan algunos testimonios de coetáneos (¡hasta Vauban!); evocan las «revueltas campesinas» y, sobre todo, incluyen generalmente listas impresionantes de impuestos. Si se suman todas esas retenciones, se llega a la conclusión de que a esos desgraciados realmente no les quedaba más que apenas lo justo para sobrevivir, para no morir de hambre.

Sin embargo, todo ello huele a mala fe o, más a menudo quizá, a conformismo y a ignorancia testaruda. Es cierto que esos impresionantes catálogos de censos detallados con complacencia dejan al lector aturdido, y con razón. Pero esos catálogos están trucados, o bien son falsos o incoherentes, están repletos de errores burdos y de contradic-

ciones. ¿Cómo explicar que un autor, o incluso un polígrafo, aunque trabaje con prisas, no se haya dado cuenta de que se han colocado juntos, para que parezca más pesado, pagos que no tienen nada que ver con el impuesto o que derivan de tasas percibidas no por el señorío sino por los poderes públicos?

En el caso de los hombres libres, de quienes se dice que estaban sujetos a arbitrariedades y a cargas insoportables, cada uno de los pagos normalmente citados merece una atención particular.

Los manuales citan casi siempre, en primer lugar, el censo que debía pagar el tenente. Sin embargo, ese censo, que en algunas ocasiones era sólo simbólico o muy débil, no es en absoluto un impuesto sino un alquiler. A ninguno de nuestros contemporáneos se le ocurriría la idea de contabilizar el alquiler de su casa, de su tienda, de su taller o de su campo, como si fuera un impuesto. ¿Se trata de una falta de discernimiento o bien de supercherría? De hecho, desde los primeros ataques contra el feudalismo, esa ignorancia fingida de la verdadera naturaleza del censo no tenía nada de inocente, sino que era parte de una voluntad de combate. Incluso antes de la Revolución, muchos autores, filósofos o historiadores de las formas de la vida política, mantuvieron voluntariamente esa confusión y algunos incluso dejaron entender que el pago del censo sobre las tenencias era un signo de servidumbre. Tales pamplinas se encuentran en Montesquieu, que escribe, con gran seguridad: «ser siervo equivalía a pagar el censo, ser libre equivalía a no pagarlo».[32]

Los catálogos de los derechos feudales, o de los cánones en todo caso, incluyen naturalmente el diezmo que era cobrado por la Iglesia o por acaparadores. Pero también en este caso el análisis se malogra con facilidad y no tiene en cuenta generalmente ni el peso de esa percepción, ni su verdadera naturaleza. Sin embargo, no nos faltan argumentos para rectificar esa imagen. En primer lugar, sobre el peso que suponía el diezmo: éste no se aplicaba a todas las cosechas, sino principalmente a las de trigo, y no alcanzaba siempre el 10 por 100, ni mucho menos.[33] En segundo lugar, sobre su uso: además del mantenimiento del clero, el ejercicio del culto, las misas y las plegarias a las que muchas civilizaciones consagraban y consagran todavía, de un modo muy natural, sumas considerables de dinero, la Iglesia llevaba a cabo en aquella época una parte importan-

32. Montesquieu, *El espíritu de las leyes* ..., lib. XXX, cap. XV.

33. M.-T. Lorcin, «Un musée imaginaire de la ruse paysanne. La fraude des décimables du XIV^e^ au XVIII^e^ siècle dans la région lyonnaise», *Études Rurales* (1973).

te de la asistencia pública (hospicios, hospitales, asilos, limosnas, niños abandonados...) y de la enseñanza en las parroquias. ¿Hace falta comparar esos cánones, de entre el 5 y el 10 por 100, con los que hoy pagamos por la seguridad social y por el coste de nuestros sistemas de enseñanza?

En cuanto a los impuestos propiamente dichos, los que tal o cual señor «feudal» cobraba efectivamente en forma de contribuciones específicas, hay que tener en cuenta, ante todo, que el impuesto real apareció en Francia con dificultades y relativamente tarde; a partir de 1357, con el sistema complejo y muy aleatorio de las ayudas. Hasta entonces, el impuesto no era cobrado por el rey sino por quienes estaban investidos con una parte de la autoridad. No todos los dueños de señoríos podían cobrar impuestos, y muchos autores, en particular Robert Boutruche, han sabido distinguir entre el señorío «territorial» (la propiedad del suelo) y el señorío «banal» (el poder de mando, la delegación o la usurpación de los derechos reales). Esos «impuestos» eran pues «banalidades»; no derivaban de las relaciones señores-campesinos, sino de las relaciones entre el Estado y sus súbditos. Aunque estuvieron durante mucho tiempo acaparados por distintos señores, posteriormente se cobraron en beneficio del rey y, desde entonces, han conocido destinos dudosos, en épocas en las que no ha habido ni feudalismo ni señorío. No hace falta pensar mucho rato para constatar que nosotros mismos conocemos, bajo distintas formas, el equivalente o la réplica, ampliamente amplificada y perfeccionada, de la utilización dudosa del dinero procedente de los impuestos.

Se ha hablado mucho sobre esas «banalidades» vinculadas al poder político, feudales si se quiere y no señoriales; los manuales nos informan detalladamente sobre su diversidad, e incluso sobre sus ridiculeces, sobre su peso, y sobre las trabas que esas contribuciones imponían a la vida económica. La gente debió de haber sufrido mucho en esos tiempos de barbarie a causa de esos impuestos abusivos, exigidos en todo momento por señores que inventaban siempre contribuciones nuevas y que no ponían freno a sus exigencias.

Algunas «banalidades» eran de hecho monopolios impuestos por el señor del ban que obligaban a los habitantes del territorio, fueran o no campesinos, a utilizar el horno o el molino señorial, naturalmente a cambio de un pago. Esas obligaciones podían traducirse en graves inconvenientes, largos desplazamientos y, en muchos casos, en gastos excesivos. Los beneficios de esos monopolios no iban a parar exclusivamente a las manos del señor, sino también a las del hombre de oficio que se quedaba suculentos porcentajes, que aprovechaba algunas oca-

siones para enriquecerse mediante pequeños beneficios, lícitos o no, y que rendía cuentas a menudo a su manera. El molino del ban, por ejemplo, instrumento de la arbitrariedad señorial, aseguró rápidamente la fortuna del molinero que ascendía fácilmente en la jerarquía social y se desmarcaba de los campesinos de la aldea.

El *banvin* prohibía a los habitantes de una jurisdicción que llevaran el vino nuevo al mercado durante un lapso de tiempo (tres semanas o un mes generalmente), durante el cual sólo se podía vender la cosecha del señor, precisamente cuando los precios eran más elevados; en efecto, los vinos del año anterior se conservaban mal y, tras la vendimia, la demanda era muy fuerte. Esa era una ventaja económica y financiera muy importante que perjudicaba a los demás productores, viñateros tenentes o propietarios de sus viñedos. Sin embargo, debemos aportar algunas observaciones al respecto. El *banvin* no se aplicaba solamente a los campesinos plebeyos sino también a los señores, a las abadías y a las iglesias de la vecindad que no gozaban de ese privilegio y que debían respetar el monopolio. Por otro lado, tales restricciones fueron impuestas, del mismo modo, por simples burgueses, y en particular por comunidades urbanas que tenían grandes mercados o puertos de exportación. Ese fue el caso de los bordeleses, propietarios de viñedos más o menos cercanos a la ciudad, que habían obtenido del rey de Inglaterra la prohibición para los demás productores, los de los valles situados tierra adentro sobre todo, de presentar sus toneles en el mercado y en los muelles mientras no se hubiera vendido y embarcado su propia cosecha. Los viñateros del interior, nobles, abadías, burgueses o campesinos, se vieron muy perjudicados y ese monopolio bordelés fue objeto de infinitos conflictos, de maniobras de corrupción y de exenciones (por La Rochela a veces); a ese monopolio le debemos, es cierto, el Cognac y el Armagnac, pero ese *banvin* bordelés, esencialmente «burgués» y ciudadano, sigue siendo para el historiador de la economía uno de los ejemplos más flagrantes de las arbitrariedades y del abuso de poder. Por su lado, los parisienses, miembros de la Hansa de los «mercaderes del agua», es decir, originariamente propietarios y capitanes de naves fluviales, exigían que todos los vinos que llegaran de río arriba se desembarcaran y expusieran en los muelles (derecho de la *étape*) y prohibían a los viñateros de los alrededores que vendieran y exportaran sus cosechas si no se asociaban, precisamente, con un burgués parisiense, mediante lo que denominaban una *Compagnie française*: una asociación ficticia pero que suponía una punción financiera muy real...

Esos numerosos monopolios instaurados por las ciudades, fuera del señorío y del marco feudal, dictaron sin duda otras muchas opciones económicas y direcciones en el tráfico mercantil, y pesaron mucho más que los de los señores rurales, incluso tomados en conjunto. El Estado moderno es el digno heredero de esos monopolios y ha sabido multiplicar esas obligaciones, reservándose el ejercicio o el control del comercio de determinados productos importantes de consumo corriente y de servicios no menos indispensables. Debemos indignarnos ante el *banvin* señorial, al tiempo que aceptamos los diversos monopolios del Estado, raramente cuestionados.

Otros derechos del ban gravaban los derechos de paso por una encrucijada de carreteras, a la entrada de un señorío, al paso por un puente o al cruzar el curso de un río. Esos peajes o *tonlieux* también han hecho correr mucha tinta y se han presentado a menudo como los abusos más graves del feudalismo. Se dice que eran insoportables y algunos incluso afirman que, para escapar de ellos, los jefes de los acarreos o de los animales de albarda se resignaban a desviarse del camino, cortando a través de campos y de valles, y descubriendo nuevas rutas más libres. El peaje señorial ha sido en numerosas obras objeto de ataques vehementes que han forjado una imagen negra... tan falsa pero tan sólidamente anclada como las demás. Un autor del siglo XIX, llevado por su inspiración crítica y buscando la manera de convencer todavía más, no dudaba en mostrar a sus lectores un comercio arruinado por esas extorsiones arbitrarias, unas comunicaciones imposibles, y unas carreteras en mal estado y constantemente interceptadas por recaudadores arrogantes; los únicos mercaderes eran en aquella época judíos, «que no se arriesgaban a circular más que en caravanas».[34] ¿Por qué los judíos? ¿Y cómo podían pasar esas caravanas desapercibidas o resistir mejor las exigencias de los señores del peaje, esos horribles bandoleros? Durante toda nuestra infancia nos han repetido la historia edificante de ese rey de Francia, héroe ya «moderno» (¿era acaso consciente de ello?), que luchó contra esos abusos e hizo entrar en razón a los siniestros «señores bandoleros», y en primer lugar al terrible señor de Coucy. Sin duda esos hechos son auténticos, o casi. Pero hay que decir que la maniobra de ese rey consistió en sustituir los peajes de los señores, sin duda más o menos arbitrarios, por un impuesto real regular cobrado con gran escrupulosidad por oficiales experimentados. ¿En qué consistió el progreso?

34. J. A. Dulaure, *Histoire de la Noblesse ...*, p. 521.

No hace falta una larga reflexión para darse cuenta de que un Estado estructurado, con grandes medios y con el control sobre una vasta región, podía hacer respetar mejor sus derechos, perseguir más lejos a los defraudadores y, en definitiva, asegurarse mejores ingresos en dinero. El rey o el príncipe y sus recaudadores, que no mantenían ningún contacto con la población, fueron mucho más eficaces que los señores que les precedieron en esa tarea. Alrededor del año 1400, cuando el duque de Anjou decidió hacer fructificar su peaje de Crépy-en-Valois, creó una sorprendente mecánica administrativa, fiscal y represiva. Sus pretensiones no se limitaban a recaudar impuestos en Crépy ni tan sólo en todas las carreteras próximas; sino que afirmaba querer controlar todo el tráfico entre París y Flandes, por lo que colocó a sus agentes en gran cantidad de puntos estratégicos, llegando incluso hasta Ruán.[35] Fracasó sólo a causa de la resistencia del duque de Borgoña y de los burgueses de las grandes ciudades. El rey, en cambio, consiguió su objetivo sin muchos problemas. La diferencia entre el peaje señorial y las exigencias del Estado fue muy grande.

Por otro lado, ¿cómo podemos atribuir tal descrédito a esos impuestos y derechos de paso señoriales, como si representaran, en la historia del pasado, una excepción desafortunada? ¿Por qué mostramos tan virtuosamente indignados si a lo largo de los siglos y en todo el mundo, y más especialmente en Occidente, los derechos de circulación, los intercambios de ciudad a ciudad, los pasos de los puentes, los anclajes y los desembarcos en los puertos fluviales o marítimos se han sometido sin cesar a punciones fiscales de todo tipo, de las que no se habla? En la época medieval, el señor no era sin duda quien estaba mejor organizado. Las ciudades comerciales habían elaborado tarifas de aduana de una precisión extrema, tan complejas que se podría adivinar en ellas la mala voluntad de coger siempre al extranjero en falta; o, como mínimo, de favorecer a los mejor informados. Un manual para mercaderes como la célebre *Pratica della mercatura*, redactada hacia 1340 por Pegolotti, factor de la gran compañía florentina de los Bardi, era en gran parte una simple serie de listas de los impuestos que se cobraban a la entrada de las principales ciudades de Italia y de Europa; el autor, en definitiva, toma al mercader de la mano y le ayuda a no perder dinero y a evitar determinados obstáculos.[36]

35. J. Heers, «Fiscalité et politique: le péage de Crépy-en-Valois et le conflit Orléans-Bourgogne», en *Studi in Memoria di Federigo Melis*, Milán, vol. II, 1978, pp. 395-430.

36. F. Di Balduccio Pegolotti, *La pratica della mercatura*, A. Evans, ed., Cambridge, Mass., 1936.

A lo largo de toda la Edad Media, Venecia mantuvo a un verdadero ejército de agentes y de contables, de recaudadores recompensados por su celo, y de policías destinados a controlar la entrada del dinero de las aduanas; la señoría serenísima colocaba a un escribiente asalariado en cada nave e incitaba las delaciones para descubrir los fraudes; los pesquisidores y delatores se elevaron al rango de una institución. En la ciudad de Génova, la Casa di San Giorgio, ese banco convertido en un verdadero estado dentro del Estado y en una potencia marítima muy respetada, pudo ampliar sus actividades y atribuirse gran cantidad de poderes de inspección y de represión gracias a que le fueron confiadas la gestión y la recaudación de los derechos de aduana. Esos derechos, exigidos por todas las ciudades «burguesas», dedicadas a negocios pacíficos, fueron sin ninguna duda infinitamente más gravosos que los de los señores bandoleros; los agentes de las ciudades fueron mucho más duros en su tarea y contaron con el apoyo de grandes medios de investigación y de represión que ningún señor de un feudo rural habría podido mantener.

En la misma época, las aduanas establecidas en las regiones de Oriente, en el Imperio bizantino y el mundo musulmán, también respondían o bien a una centralización abusiva, o bien a los apetitos de gobernadores y pequeños señores. Todos los viajeros las padecían y se quejaban amargamente; les hacían falta consejeros y guías, intermediarios capaces de regatear y de distribuir bien determinadas comisiones. En Alejandría de Egipto o en El Cairo, los oficiales de la aduana se comportaban como tiranos ávidos y codiciosos; los cónsules de las naciones cristianas tenían que negociar varios acuerdos para obtener algunos privilegios y exenciones. Los relatos de los mercaderes o los peregrinos, cuando la nave anclaba en uno de los puertos del Levante, suenan a pesadilla: la aduana daba miedo y vaciaba las bolsas. Esas obligaciones y esos abusos han estado presentes en todos los tiempos y en todos los países. Marco Polo, que sabía perfectamente de lo que hablaba por haber ejercido durante varios años esos oficios en provincias de China, describió los infinitos recursos que el emperador obtenía de los derechos de entrada de los navíos o de las caravanas, o de los derechos sobre las ventas de las mercancías.

En cuanto a la época moderna y en Europa, ¿hace falta recordar los arbitrios municipales cobrados durante tanto tiempo en las puertas de nuestras ciudades, y los peajes sobre los puentes y obras de fábrica? Nada ha cambiado y el hábito de pagar parece aceptado. Protestamos

contra los pocos sueldos o denarios que se pagaban al señor de la Edad Media, y damos más que un óbolo por el simple hecho de utilizar una carretera rápida y, en todos los países, solamente por sacar un coche de un garaje.

Todo ello nos parece conveniente y, en la mayor parte de los casos, lo es sin duda. Todavía nos queda por aceptar ese mismo análisis para el pasado feudal... El peaje banal se justificaba, tal como afirmaba su dueño y beneficiario, por la necesidad de mantener las calzadas y los puentes o incluso, en cierta medida, por la necesidad de asegurar la seguridad de los caminos, los cursos de agua y las montañas. Esas construcciones, acondicionamientos y vigilancias implicaban a veces gastos importantes. Las corveas exigidas a los siervos, o incluso a algunos hombres libres, ineficaces y además cada vez peor organizadas, no eran suficientes; hacía falta reclutar y pagar a asalariados. Esas obras de arte eran frágiles ante las crecidas devastadoras de los ríos no del todo dominados, las heladas y los deshielos, y los incendios de las grandes piezas de madera. La historia de un puente, no solamente en el feudo señorial, sino en las ciudades más activas, incluso en París, es la de sus reconstrucciones sucesivas. El mantenimiento en buen estado de tales obras, con los medios técnicos de la época, ¿exigía realmente, guardando todas las proporciones, menos inversión y menos trabajo que nuestros grandes puentes o nuestros túneles? Hoy en día, en Occidente y en otras partes del mundo, las carreteras y caminos privados, mantenidos sin ayuda del Estado, sólo se pueden utilizar pagando un peaje en beneficio del promotor y propietario, ya sea un individuo o un organismo: es un derecho eminentemente privado, fijado según las reglas del mercado, que toleramos con toda naturalidad.

Todo indica que la idea que nos hacemos, todavía hoy, de las cargas fiscales que pesaban sobre los campesinos de la Edad Media, y que esas condenas de los abusos que incansablemente recuerdan los manuales o los relatos novelados, resultan de una idea preconcebida... o bien de una falta de reflexión. Para obtener una visión más serena y más exacta de las cosas, deberíamos orientar las reflexiones en dos sentidos.

Por un lado, hay que admitir que la punción fiscal es un procedimiento inherente a todo tipo de gobierno, sea cual sea su naturaleza: en los tiempos medievales, en Occidente, las ciudades comerciales y los príncipes establecieron organismos de recaudación más experimenta-

dos y más apremiantes que los de los señores feudales cuya reputación es sin embargo tan detestable. Es evidente que en los tiempos de la barbarie feudal los impuestos no eran ni más numerosos ni más elevados que en la Antigüedad o en la denominada Edad Moderna. Fuera de Occidente, esos organismos y oficiales obraban sin duda con la misma escrupulosidad y exigencia.

Por otro lado, es un hecho comprobado que todo refuerzo del Estado contra las estructuras particularistas, y en este caso contra las estructuras feudales, ha provocado, a lo largo de los siglos, un aumento de la presión fiscal y al mismo tiempo una mayor severidad en los procesos de recaudación.

Las consecuencias de la forma de cobrar los impuestos antes del surgimiento de un Estado fuerte no son siempre bien comprendidas por el hombre de hoy, que no se imagina cómo funcionaban las cosas antes de que un poder autoritario, con verdaderos medios coercitivos, se hiciera cargo de la recaudación. En definitiva, todo se resume en una apreciación incompleta e incluso errónea de las mentalidades y de las prácticas del pasado, que tendemos a comprender como lo haríamos con las mentalidades y prácticas de nuestro tiempo.

Interpretamos mal los textos. Los censales, las tarifas de peajes, y, de un modo general, todos los registros fiscales, ofrecen listas de contribuyentes y precisan las sumas que debía pagar cada uno. A partir de ahí construimos nuestras teorías. Pero se trata de registros de la base tributaria y no de su percepción: de sumas debidas pero no de sumas efectivamente pagadas. Para una época en la que las negativas a pagar o los retrasos eran tan frecuentes, establecer las cargas solamente a partir de la base tributaria, a partir de las listas de censos o de corveas, representa aplicar nuestras formas de comportamiento a una época a la que no corresponden.

La realidad sólo se puede evaluar a través del estudio de documentos muy particulares, muy precisos... y desgraciadamente muy escasos. Nos han llegado pocos registros contables de las recaudaciones.

Sólo nos ayudan los azares afortunados. En este sentido, las conclusiones no carecen de interés pero sorprenden un poco. En Inglaterra, donde las cuentas de los *manors* son más numerosas que en otros países, los registros de recaudación se completaban generalmente con listas de atrasos en las que se anotaban, año tras año, los retrasos y los pagos todavía no efectuados. El conjunto de esos retrasos podía llegar hasta una cuarta parte, o incluso un tercio de la recaudación prevista y

los impagados se registraban, en algunos casos, durante tres, cuatro o más años... hasta que se borraban, al parecer. En los dominios del arzobispo de Canterbury, esos retrasos se acumulaban y alcanzaban cifras impresionantes. Las *rentes* (censos) que se debían por las tenencias del *manor* de Northfleet ascendían cada año a 62 libras; pero las sumas no pagadas alcanzaban, acumuladas, 168 libras en 1460 y 211 libras en 1470.[37] En Francia, cuando algunos felices azares documentales nos permiten llevar a cabo esta investigación, llegamos a las mismas conclusiones; es decir, los retrasos y los rechazos eran frecuentes y considerables. Por ejemplo, en el caso del cobro del diezmo en la región de Lyon, la señora Lorcin demuestra que, hasta el siglo XVI, el diezmo se mantuvo en una tasa «elevada» de una doceava parte o a veces de una décima parte de la cosecha, pero que los campesinos lograban reducir considerablemente las cantidades que debían pagar mediante todo tipo de procedimientos ingeniosos, «multiplicando las exenciones, y acumulando los obstáculos a la tarea de los agentes».[38]

Se ha dicho a menudo que, siendo ya muy duras de por sí, las cargas que pesaban sobre el campesinado eran además arbitrarias, de modo que nadie podía saber lo que debía pagar, ni podía establecer previsiones sólidas; todos se hallaban constantemente bajo el peso de nuevas exigencias.

No cabe duda de que ese sistema, tanto en lo referente a la fiscalidad como a los censos territoriales, y a las formas de repartición y de recaudación, puede sorprender: existe una gran complejidad y diversidad de una región a otra, e incluso a menudo dentro de un solo señorío donde las condiciones de los contribuyentes no pasaban todas por el mismo molde. En lo referente al arriendo de las tierras, descifrar con exactitud un censal señorial no es cosa fácil, dado que las formas de designar a los hombres, las tierras y las formas de explotación podían variar mucho y nos parecen, en algunos casos, indescifrables. ¿Acaso era suficientemente claro para los hombres de la época? ¿No se podían, de mala fe, mantener zonas de incertidumbre, situaciones de litigio, o puertas abiertas a lo arbitrario?

Esa diversidad y esos embrollos nos sorprenden evidentemente,

37. F. R. H. du Boulay, «A renter economy in the later Middle Ages: the archbishopric of Canterbury», *English Historical Review* (1964); R. R. Davies, «Baronial Accounts, Incomes and Arrears in the later Middle Ages», *ibid.* (1968).

38. Cf. *supra*, nota 33.

dado que estamos acostumbrados a un rigor, o por lo menos consideramos el rigor como indispensable en toda estructura pública... Pero se dice que si reuniéramos en un solo corpus el conjunto de las disposiciones fiscales vigentes en Francia hoy en día, en un Estado supercentralizado y cargado de experiencia, llenaríamos aproximadamente treinta volúmenes: textos fundamentales, adiciones y rectificaciones, exenciones y tolerancias, contradicciones incluso y enmarañamientos que algunos denuncian, sin duda con razón, como inextricables. El ciudadano de a pie (el que «suelta» sus denarios) no puede descifrar esas disposiciones solo; le hacen falta verdaderos expertos, informados y duchos en los arcanos reservados solamente a los iniciados: y esas son fuentes de punciones suplementarias y de desigualdades evidentes ante el impuesto. La complejidad en ese sentido alcanza los niveles más altos, y ¿podemos pensar que el despotismo anónimo hallaría aquí múltiples ocasiones de obrar con severidad? Se trata de simples constataciones que deberían llevarnos a un análisis un poco más objetivo del pasado y que deberían impedir que suscribiéramos lemas sempiternos.

En todos los tiempos, el Estado, sean cuales sean su forma y su estructura política, ha trabajado vigorosamente en ese sentido. Los clichés miserabilistas y los lemas que llenan nuestra historia de los tiempos antiguos —y los medievales o feudales en particular—, de los tiempos que preceden a la instauración de una autoridad central fuerte, tienen mucho que ver con el arte de hacer aceptar cargas cada vez más pesadas. Indignarse por las exacciones de antaño da buena conciencia a los responsables de las de hoy... y ayuda a los contribuyentes a no rechistar.

4. LA CIUDAD Y EL CAMPO: ¿DOS MUNDOS ENFRENTADOS?

La historia social ha estado casi siempre guiada por el deseo de definir antagonismos, de oponer entre sí a grupos llamados «sociales», de marcar separaciones y competencias entre profesiones, géneros de vida o formas de civilización. Todo debía explicarse de ese modo. La receta parecía simple y no pedía mucho tiempo de preparación, ni para la investigación ni para el análisis: consistía en definir dos categorías, por lo general totalmente inventadas, con características a la fuerza bien marcadas, y luego confrontarlas en todos sus elementos y en todos sus aspectos. Además de la satisfacción de avanzar solamente por senderos balizados, esos métodos tenían también el mérito —nada despreciable, en Francia sobre todo— de colmar los espíritus apasionados por la claridad y preocupados por imponerse una especie de rigor, de pseudocientifismo.

¿Por qué disimular lo que todo el mundo podía constatar; es decir, que las clasificaciones defendidas por determinados autores respondían a la preocupación por aportar una confirmación a la teoría marxista de la «lucha de clases», aplicándola de ese modo a la Edad Media occidental? Tanto si se afirmaba de una forma abierta y clara, como si se presentaba mediante alusiones y una determinada arquitectura del discurso, esa creencia en la existencia de diversas clases sociales perfectamente individualizadas y definidas por sus actividades y sus intereses gozó de un gran número de adhesiones a lo largo de las pasadas generaciones y, en definitiva, ha marcado profundamente nuestra forma de concebir y de dirigir el estudio de las sociedades medievales. Esta afirmación no supone un ataque contra «los viejos tópicos» completamente pasados de moda; no hace falta remontarse mucho en el tiempo para hallar profesiones de fe y análisis de ese tipo, pregonados sin ninguna moderación. La colección «Les grandes civilisations» nos ofrece un ejemplo perfecto de ello, pre-

cisamente en el volumen dedicado a la Edad Media, que contrasta totalmente con todos los demás libros de la serie. Esta colección de obras notables en muchos casos, en la que se incluyen, entre otras, la *Grèce* de François Chamoux, la *Roma* de Pierre Grimal, y las dos magistrales aportaciones de Pierre Chaunu sobre los siglos XVII y XVIII, también incluye, de la mano de Jacques Le Goff, una *Civilisation de l'Occident médiéval* completamente impregnada de esa ideología dominante. El autor no lo esconde en absoluto y habla con convicción de clases sociales; el índice de la obra es, en ese sentido, una lección escrupulosamente preparada. El capítulo consagrado a la «Société chrétienne (X^{e}-XIII^{e} siècles)» incluye algunos apartados particularmente bien elegidos: «La lutte des classes: société urbaine et société féodale», «La lutte des classes en milieu rural», «La lutte des classes en milieu urbain», «La femme dans la lutte des classes» (*sic*), «Rivalités à l'intérieur des classes», «L'Église et la royauté dans la lutte des classes», y «Hérésies et luttes des classes». Una generación de estudiantes se alimentó de esta obra.

En ese tipo de obras vemos muy a menudo que el pasado no se analiza de medias tintas y que se admite con facilidad que la sociedad medieval se inscribía en fórmulas de ese género: señores contra campesinos, sin duda, y, todavía mejor, el campo contra las ciudades. El mundo rural, abrumado bajo el yugo de un feudalismo turbulento e incapaz de evolucionar, y cerrado consiguientemente dentro de unas estructuras paralizadas, se oponía, según nos dicen, al mundo urbano, en el que todo era moderación, serenidad y deseos de avanzar por la vía del progreso económico y social. Poblada con hombres libres de toda sujeción, la ciudad llevaba una vida tranquila, dedicada a los negocios honestos, a los mercados, al trabajo artesanal y a la sana administración. Sin duda se rodeaba de fuertes murallas, pero solamente para defenderse de los señores feudales del campo. Sus milicias iban a veces a combatir lejos, pero jamás por una causa que no fuera justa: en Bouvines, por ejemplo, lucharon junto al rey de Francia para defender a nuestro país de las tropas imperiales y del conde de Flandes, vasallo traidor, brutal y poco de fiar que, la noche de la batalla, fue llevado hasta París en medio de las burlas del pueblo que no dejaba de aclamar a sus héroes. ¡He aquí una bella imagen de Épinal!

Nuestra historiografía, desde el siglo XIX y quizá antes, ha mostrado siempre más simpatía por las sociedades urbanas, modelos en definitiva de un pueblo y de unos burgueses activos, ingeniosos, impregnados de ideas de libertad y de justicia social, y capaces de librarse de restriccio-

nes intolerables y de ofrecer refugio a los perseguidos; a los desgraciados fugitivos que dejaban tras ellos el sombrío recuerdo de la opresión señorial. Dentro de esa línea de pensamiento, nuestros maestros han afirmado constantemente que la gente de las ciudades había obtenido muy temprano, por su valentía frente a las arbitrariedades, cartas municipales que les garantizaban el libre ejercicio de sus tareas y de sus negocios, así como el derecho de autogobernarse o, por lo menos, de autoadministrarse. De ahí —al correr de la pluma o en la euforia del discurso— a presentar esas ciudades medievales «de municipio» como verdaderas «repúblicas» burguesas y mercantiles, e incluso como una especie de democracias, no había más que un paso que se dio rápidamente. De hecho, la idea de una distinción absoluta y de grandes contrastes y distorsiones entre medios rurales y medios urbanos perdura todavía, en beneficio evidentemente de la ciudad y de los burgueses, que fueron, como parece claro, los primeros que se lanzaron por el camino de la conquista de las libertades; en beneficio, pues, de esos hombres que se propusieron como modelos y símbolos de un futuro radiante.

¿Libertades? ¿Qué libertades?

Todas esas afirmaciones tan a menudo repetidas deben ser totalmente revisadas, y varios puntos del esquema exigen, sin ninguna duda, un examen detenido y varias rectificaciones.

¿Quiénes fueron las pioneras? ¿Las ciudades burguesas o las aldeas campesinas?

La vitalidad y los logros de la comunidad rural

Afirmar que las libertades económicas, financieras y administrativas se afirmaron más tempranamente y de una forma más sólida en un gran número de comunidades aldeanas que en las ciudades próximas, supone quizá pecar de herejía... O, en todo caso, supone ir deliberadamente contra la corriente.

Sin embargo, ni el proceso de emancipación respecto a las restricciones señoriales, ni su cronología, ni sus circunstancias y resultados, parecen haber sido objeto de estudios muy precisos.

Sabemos que en Italia, un país en el que abundan las ciudades ricas que se nos presentan como perfectos ejemplos de comunidades urbanas y de repúblicas mercantiles prósperas y poderosas, las simples aldeas, eminentemente campesinas, también habían codificado estatutos comunales y habían obtenido franquicias que les garantizaban una autonomía real (derechos de mercado, de policía, de justicia...).

En el noroeste europeo, principalmente en Inglaterra y en el norte de Francia, los campesinos no parecen en absoluto estar retrasados respecto a los habitantes de las ciudades; ni para organizarse, ni para promulgar reglamentos y designar responsables de su aplicación, ni para lograr que su señor reconociera determinadas libertades individuales o colectivas.

Los manuales citan regularmente, como primeros ejemplos de esas conquistas de las libertades, la carta de Lorris, otorgada por el rey Luis VII en 1155 y adoptada por ochenta y tres comunas del Gâtinais y del Orléanais; y la carta de Beaumont-en-Argonne (1182) que hallamos, con algunas variaciones, en algunos centenares de pueblos de Champagne y Borgoña. Los hechos y las fechas no parecen haberse cuestionado y todos seguimos estando de acuerdo con esa cronología. Pero presentar esas cartas comunales como signos de la emancipación de poblaciones urbanas es producto o bien de la pura fantasía o bien de una voluntad de demostrar algo. ¿Quién podría creer que se trataba de verdaderas ciudades? ¿Cuántos habitantes tenían Lorris y los pueblos de su alrededor? ¿Qué trabajos de artesanía podían llevar a un mercado lejano? ¿Qué comercio había en esas poblaciones? ¿Estaban acaso en encrucijadas de carreteras; eran centros de producción o de distribución? Es evidente que en esas comunidades no había «burgueses», sino solamente campesinos y artesanos de la fragua, del molino y del horno. Como mucho existía un mercado en el que se podían vender los excedentes de las cosechas y el ganado, y en el que se podían comprar semillas, herramientas agrícolas, cerámica y paños bastos. Ninguno de sus habitantes frecuentaba las ferias y los puertos.

Varios estudios, y algunos de forma muy explícita, invierten esas ideas hasta hace poco predominantes aportando pruebas irrefutables. En particular los estudios de Gérard Sivéry, de entrada limitados a Hainaut (1977) y, más recientemente, extendidos al conjunto de Occidente (1990), no dejan lugar a dudas.[39]

39. G. Sivéry, *Structures agraires et vie rurale dans le Hainaut à la fin du Moyen Âge*, Lille, vol. I, 1977, vol. II, 1980; *Terroirs et communautés rurales dans l'Europe occidentale au Moyen Âge*, Lille, 1990.

Es cierto que el movimiento de emancipación y el establecimiento de estructuras políticas responsables dentro de las sociedades campesinas conoció en toda Europa graves distorsiones cronológicas. La comunidad rural no se impuso en todas partes en la misma época y adoptó formas muy diferentes según las regiones. Está claro que las regiones ganaderas (y consiguientemente boscosas) y los territorios de *open-field*, de cereales mostraban características muy diferentes, tanto por el ritmo de los trabajos, como por el régimen de la explotación, y sobre todo en lo referente a la sumisión a las restricciones del ban, es decir, de la autoridad señorial o colectiva. Además, las montañas y sus extensas comunidades de valle se inscribían de una forma muy especial en el paisaje sociopolítico. Aplicar un solo cuadro de estructuras, aunque sea dentro de una región bien delimitada, lleva forzosamente a falsificar el análisis. Las cartas campesinas aparecen más tarde y son mucho menos precisas en el Lyonnais que en otras regiones muy cercanas situadas a ambas márgenes del río; en el Beaujolais, el Forez y el Delfinado. Los hombres del Lyonnais habían conseguido liberarse de toda forma de servidumbre y sus delegados discutían con el señor sobre la base imponible de la talla, cuya recaudación aseguraban ellos mismos; pero las estructuras activas que representaban a la comunidad siguieron siendo poco numerosas y muy discretas.[40] En este caso, la verdadera autonomía comunal fue otorgada más tarde.

Todas esas distorsiones cronológicas y esos destinos tan diferentes se podrían verificar sin duda en numerosas regiones de Occidente. Pero no ignoramos que esas diversidades también se encuentran, igualmente marcadas, en la evolución política de las ciudades de Europa occidental; unas se organizaron muy temprano en municipios, mientras que otras no lo lograron hasta al cabo de mucho tiempo, o incluso nunca del todo. No hay nada, desde ese punto de vista, que oponga el mundo rural al mundo urbano. Cualquier regla general y cualquier conclusión de apariencia simple son siempre ilusorias, y aquí es donde la obra realmente científica, que acepta la investigación y los matices, y que se interesa por las condiciones y los destinos diversos, vence sobre la exposición didáctica que pretende ofrecer fórmulas.

En todo caso, el «hecho comunal» parece indiscutible en el campo. «¿Por qué entonces negar el derecho de comuna a las comunidades

40. M.-T. Lorcin, *Les campagnes de la région lyonnaise aux XIV^{e} et XV^{e} siècles*, Lyon, 1974, pp. 160 y 419.

de campesinos mientras que tantos historiadores se lo reconocen a las ciudades?»: en 1953, durante un curso de la Sorbona ampliamente difundido, Édouard Perroy observó que las cartas de franquicia de los campesinos, como la de Lorris por ejemplo, estaban estrechamente vinculadas, y sin ambigüedades, a lo que denominamos la «revolución comunal». En contra de la tesis de Henri Pirenne, la exposición de Perroy destacaba la ausencia de una barrera entre la vida rural y la vida urbana, e insistía en el hecho de que cada comunidad aldeana poseía una *banlieue* (territorio circundante) sobre la que ejercía efectivamente su derecho de ban.[41]

No faltan pruebas de pueblos que, en las zonas ganaderas o boscosas, obtuvieron muy temprano cartas de libertad e incluso cartas municipales;[42] o de zonas vitícolas en las que los agricultores se beneficiaron muy temprano de esas mismas ventajas y de una verdadera libertad individual y colectiva.

El primer impulso estuvo quizá vinculado con el movimiento de la «paz», cuyos promotores y garantes eran los poderes públicos (el rey, el conde...). La carta de la pequeña comunidad de Prisches (Hainaut), que data de 1158, tenía por título «Leyes, comunas y paz». Reconocía a esa sociedad rural una autonomía administrativa total y el ejercicio de una justicia con derecho de vida y muerte sobre sus dependientes. Por otro lado, todo lleva a creer que, en la mayor parte de los casos, la carta no era consecuencia de una adquisición reciente, ni se presentaba en absoluto como una gran novedad, sino que era simplemente una redacción definitiva y en limpio de derechos ya ejercidos con anterioridad. La comunidad campesina no se forjó para luchar contra el señor; existía ya antes. Georges Duby demostró en 1957 que, en el Mâconnais, las «sociedades» rurales organizadas surgieron en la misma época que el señorío.[43]

En Borgoña y en Alsacia, esas estructuras aldeanas se desarrollaron manifiestamente fuera del marco del señorío y podían reunir a hombres de condiciones muy diferentes. En la región de Estrasburgo se afirma-

41. E. Perroy, *Terres et Paysans*, Curso CDU, París, 1953.

42. P. Duparc, «Une communauté pastorale en Savoie: Cheravaux», *Bulletin Philologique et Historique du Comité des Travaux Historiques et Scientifiques* (1963), pp. 309-329; P. Vaillant, «Les origines d'une libre confédération des vallées: les habitants de la communauté du Briançonnais au XIII^{e} siècle», *Bibliothèque de l'École des Chartes* (1967), pp. 301-348; R. Grand, «Chartes et communautés rurales d'Albepierre et de Combrelles», *Revue Historique du Droit Français et Étranger*, vol. CXXVII, pp. 373 y ss.

43. G. Duby, *La Société* ... (cf. *supra*, nota 22).

ron hacia 1200, esencialmente para defender sus bienes, la *communia* o *allmend*, contra las intrusiones de los vecinos y para organizar su correcta explotación. Esas instituciones, estrictamente campesinas, eran totalmente solidarias ante el impuesto y garantizaban su recaudación, podían exigir impuestos por su cuenta, y resolvían los litigios entre los usuarios de los bienes comunales. La diversidad de las palabras, en ambas lenguas, atestigua, no un proceso impuesto, sino al contrario la existencia de iniciativas espontáneas, limitadas a sectores circunscritos. Los textos hablan de *communitas, universitas, gemeinde* o *gemeinschaft*, administradas por un colegio de *majores* o de *schoeffen*, representados por un *syndicus, nuncius, consul, preco, tribunus*, o *heimburg*.[44]

En Thiérache (Hainaut), cada acción para imponer o reforzar el poder de un señor consolidaba instituciones aldeanas que habían funcionado durante generaciones. Esos pueblos tenían, en todos los casos y desde el siglo XII, oficiales de autoridad y magistrados: alcaldes, jurados, escabinos.[45] Los responsables, las administraciones provistas de poderes de decisión y de represión, que buscamos más bien en las ciudades, existían aquí antes que en la ciudad vecina y se mantuvieron sin interrupción y sin tropiezos.

Los orígenes de las comunidades rurales se disciernen mejor si tenemos en cuenta, a parte del factor estrictamente económico o político, el papel de las iglesias parroquiales y su gestión por parte de asociaciones de laicos: las fábricas o aún mejor las cofradías de diversas naturalezas. La paz, impuesta a menudo por el obispo, ofrecía un refugio inviolable alrededor de la iglesia y del *aître* (el cercado parroquial) desde 1100 a más tardar. Las cofradías fueron de entrada responsables del mantenimiento de la iglesia, luego del cercado, y luego, en definitiva, de la vigilancia de los bienes comunales e incluso de todo el territorio aldeano. Promulgaban reglamentos de gestión rural y, de esa forma, definían y ejercían un derecho de ban. De ese modo, en muchos lugares del Bordelais, la administración propiamente municipal fue precedida por la de la cofradía, y el alcalde por el síndico o el administrador que llevaba los libros;[46] en definitiva, esas cofradías fueron simplemente «comunidades silenciadas», sin carta y sin estatutos, gestionadas sola-

44. H. Dubled, «Les communautés de villages en Alsace au XIII^e siècle», *Revue d'Histoire Économique et Sociale* (1963).

45. G. Sivéry, *Terroirs et communautés ...*, pp. 116-127.

46. J. A. Brutails, «Note sur les fonds bénédictins des Archives de la Gironde», en *Actes de l'Académie des Sciences, Belles-Lettres et Arts de Bordeaux*, 1915, pp. 3-23.

mente por la experiencia y la tradición. En el sur de Francia, y más particularmente en las zonas montañosas, las cofradías del Espíritu Santo tenían en sus manos el destino de numerosos pueblos. En tanto que asociaciones piadosas, mandaban decir misas por los difuntos y distribuían limosnas a los pobres el día de Pentecostés; pero, por otro lado, se encargaban de las reparaciones de la iglesia y de los puentes; poseían bienes territoriales, prados y viñas, casas y molinos alquilados por su mediación a particulares; y todo ello estaba gestionado por priores, rectores, síndicos o procuradores, elegidos ya fuera por asamblea de todos los habitantes, ya fuera por unos «consejeros» ya designados. Esos magistrados comunales llevaban signos distintivos de su dignidad (un bastón, un sombrero). Prestaban dinero, herramientas, semillas, caballos o bueyes de labor, e incluso harina a los más necesitados. En tanto que sociedades de ayuda mutua, las cofradías fueron en una fecha muy temprana el esbozo de los verdaderos municipios cuyos poderes principales ya detentaban. La «maison du Saint-Esprit», lugar de reunión y almacén de víveres a la vez, donde se guardaba el cofre de los archivos y el pendón de la procesión, se convirtió a menudo en la casa comunal.[47]

El poder campesino

Doscientos o trescientos años más tarde, al final de la Edad Media, esas comunidades de aldea gozaban plenamente de las libertades personales fundamentales, de privilegios fiscales y económicos precisados con detalle y, lo que es más, del derecho a autoadministrarse según sus propios reglamentos, bajo la dirección de los responsables del orden y del presupuesto. La historia rural nos muestra que en los siglos XIV y XV existían pueblos sólidamente estructurados que organizaban sus actividades colectivas (rotación de cultivos, pastores de los rebaños, trashumancias irrigación, mercados...) y que llevaban sus cuentas escrupulosamente. Como toda sociedad urbana en la misma época, la de esos pueblos designaba y empleaba a tesoreros-contables, los llamados *massarts* en el norte de Francia. En cada pueblo de Thiérache, el contable cobraba los ingresos de la comunidad (alquiler de tierras y de casas, arriendos de los prados comunales) y llevaba generalmente tres contabilidades distintas: una para la Iglesia (la fábrica); otra para la comuni-

47. P. Duparc, «Confréries du Saint-Esprit et Communautés d'habitants au Moyen Âge», *Revue Historique du Droit Français et Étranger* (1958).

dad; y otra para la «mesa de los pobres» a quienes estaba encargado distribuir grano, tocino y zapatos. El señor, en este caso sobre todo el abad de Maroilles, no perdía en absoluto sus derechos, pero no podía imponer un derecho de ban por su única voluntad; desde 1335 ese ban debía determinarse de acuerdo con «la parte más sana de los habitantes», y el abad debía acatarlo como todo el mundo; debía respetar el calendario de los trabajos acordados en común y someterse a la reglamentación en vigor. Era responsable del mantenimiento de las carreteras, mientras que los campesinos se encargaban de los caminos; un año incluso se negaron a cortar sus setos hasta que el señor no hubiera mandado podar los suyos y respetado el alineamiento.[48]

Estas situaciones, en las que podemos observar que las comunidades aldeanas eran dueñas del ban y definían las restricciones referentes al calendario de trabajos y al mantenimiento de los caminos o los canales, no eran excepcionales; al contrario. Muchas comunidades se habían organizado perfectamente para decidir sobre la rotación de los cultivos y sobre la disposición de las parcelas, para vigilar los rebaños e incluso, llegado el caso, para repartir la talla y otros censos. Ese ban, al que el señor estaba forzosamente asociado por sus propias tierras, se confiaba a un responsable dotado de poderes coercitivos: el *rey* del pueblo o, en Inglaterra, el *viewer of the fields*, o bien, en Alemania, el *Bauerrichter*, o el *Schüttermeister*. Los recalcitrantes respondían de la falta de respeto hacia los reglamentos colectivos ante instancias judiciales, las *audiencias* rurales, que imponían multas.

El aire de la ciudad hace libre: una broma, sin duda

Contrariamente a lo que imaginamos generalmente, los campesinos no tenían en todas partes motivos para envidiar a las ciudades o para considerarlas como refugios donde olvidar su miseria y su servidumbre, como una especie de paraíso.

Según las costumbres de Flandes y de varias regiones de Alemania, un señor no podía reclamar a uno de sus siervos si éste había residido durante un año y un día en la ciudad; pero no precisaban de ninguna forma que ese hombre se convirtiera automáticamente en ciudadano, en condiciones de igualdad con los demás habitantes y, por lo que sabemos, eso parece poco verosímil. En Clermont (Beauvaisis), el siervo

48. G. Sivéry, *Terroirs et communautés* ..., p. 128; *Structures agraires* ..., pp. 628 y ss.

que se liberaba de ese modo pasaba a la jurisdicción de un nuevo señor (la ciudad misma quizá, o el conde, o el rey). En un contexto político y cultural muy diferente, en Milán, ciudad pañera que acogía una numerosa mano de obra inmigrante, el *podestà* proclamó en 1211 que los campesinos que se establecieran en la ciudad no tendrían pleno derecho de ciudadanía hasta haber residido en ella ininterrumpidamente por un período de treinta años (!). Sólo se les autorizaba una ausencia de seis semanas anuales en la época de la cosecha. Además, quien tuviera todavía al padre o a hermanos o parientes próximos trabajando directamente la tierra con sus manos (*ars vilis*), no podía, en ningún caso, incluso pasados los treinta años de residencia, ser reconocido como ciudadano.[49] Estas indicaciones sobre restricciones que eran muy corrientes nos dan la medida de esas «libertades». Pocas consignas históricas parecen tan falsas, tan ridículas y tan vacías de sentido como la que afirmaba que «el aire de la ciudad daba la libertad», lanzada no sabemos exactamente en qué circunstancias y al servicio de qué propaganda.

Autopsia del «movimiento municipal» en las ciudades

Dentro de la corriente de pensamiento «histórico» —o más bien pseudofilosófico e ideológico— que, durante mucho tiempo, ha presidido la reconstrucción del pasado, existió la fuerte tentación de inscribir la evolución de las instituciones urbanas dentro de un marco bien preparado para acogerlas: el de los antagonismos que, según se decía, oponían inevitablemente a los burgueses, mercaderes o artesanos, con las antiguas sociedades de señores, eclesiásticos (obispos sobre todo), grandes propietarios y señores de feudos. Para algunos autores más comprometidos con ciertas teorías o más penetrantes, esos enfrentamientos prefiguraban verdaderas luchas de clase.

En el origen, ¿se trató de revueltas o de negociaciones?

Nos han enseñado que las ciudades afortunadamente se habían liberado de la opresión de su señor, generalmente del conde o del obis-

49. P. Racine, «Citoyens et Vilains dans les communes italiennes», en *Festival d'Histoire de Montbrison*, octubre de 1986, pp. 381-394.

po, gracias a grandes convulsiones, a revueltas populares o por lo menos burguesas. Con un gran esfuerzo personal habían conseguido grandes ventajas, estrictamente consignadas en una carta inalienable. A partir de entonces se autogobernaron, de la manera más ventajosa para todos, y fueron los primeros oasis de libertades en un mundo todavía sometido a los abusos y a la barbarie del feudalismo. Todos los libros han cantado alabanzas a ese «movimiento municipal» y a su difusión irresistible a través del conjunto de la Europa occidental.

Sin embargo, ni la naturaleza ni el alcance de ese proceso se pueden evocar mediante fórmulas simples. La realidad parece más compleja y a menudo distinta. Una primera constatación acusa de falsedad la idea comúnmente admitida de revuelta: las cartas no se arrancaron a menudo tras una revuelta, sino que más bien se acordaron y fueron fruto de negociaciones, de tratos o de compras.

Por otro lado, las convulsiones políticas y los motines fueron raramente impulsados por los propios burgueses; se aprovecharon casi siempre de las disputas entre los señores. En muchas ciudades, el municipio fue un avatar de los conflictos entre señores, que ofrecieron a los habitantes, agrupados en asociaciones de vecindad o por oficios, la ocasión de sacar partido de su apoyo y de lograr que se les atribuyeran determinadas responsabilidades y poderes. En Francia, por ejemplo, las *communes* no se pueden interpretar como la consecuencia de impulsos espontáneos, dirigidos por burgueses con el fin de librarse de todas las restricciones. En Le Mans, en 1070, cuando se produjo la célebre efervescencia que a menudo se ha presentado como uno de los primeros signos del movimiento comunal, los habitantes de la ciudad se unieron a un partido de señores y al obispo para apoyar a uno de los pretendientes al condado contra su adversario: el partido «normando» contra el partido «francés» o *manceau*. Los burgueses estaban dirigidos por el obispo y por los sacerdotes de las iglesias de la ciudad que «llevaban la cruz y los pendones de la religión».[50] Ni rastro de las «libertades»... En Cambrai, en 1103, hallamos en el origen de los desórdenes un cisma episcopal; uno de los elegidos se apoyaba en el emperador y el otro en el conde de Flandes. Ambos pretendientes solicitaron el apoyo de los habitantes, y el más hábil les otorgó, para ganarse su alianza y tenerlos de su lado en la calle, una carta municipal... revocada dos años más tar-

50. G. Busson y A. Ledru, *Acta pontificum Cenomannis in urbe degentum*, Le Mans, 1901, pp. 376-378.

de.[51] Otro tanto ocurrió en Laon, algo más tarde, pero esta vez en provecho de un conflicto violento entre el obispo y el capítulo; los canónigos se aseguraron el apoyo de las masas que maltrataron duramente al prelado... pero la famosa carta de 1128, que también se ha citado a menudo en los manuales, fue muy limitada y denunciada una generación más tarde.

Los habitantes de las ciudades, agrupados en asociaciones de vecindad o en gremios, se aprovecharon de todas estas situaciones, fuentes de emociones, de conflictos e incluso de batallas encarnizadas, y consiguieron algunos poderes o responsabilidades. El municipio fue efectivamente el fruto no de un movimiento irresistible, de una revuelta valiente, sino simplemente de la querella entre los señores.

A fin de cuentas hubo más fracasos que logros

Por otro lado, el fenómeno municipal no conoció ni el alcance ni la suerte que numerosos escritos complacientes, que recordamos forzosamente, le atribuyen. Ese movimiento no se presenta en absoluto como un contagio general; no transformó las costumbres políticas y las estructuras sociales en toda Europa. En este campo, todo son diversidades e incluso diferencias. El movimiento triunfó sin ninguna duda en el norte y el centro de Italia, pero fue un triunfo más o menos confirmado y más o menos real: en algunos casos tenemos la certeza (Venecia, Génova, Florencia), y en otros casos la apariencia (Umbría, Estados Pontificios y Roma). También triunfó en las ciudades de Flandes, enriquecidas por sus industrias pañeras, capaces de arrancar al conde una autoadministración. He aquí, pues, dos polos en los que el movimiento comunal, bajo formas variadas, arraigó con fuerza y durante un período relativamente largo. Pero ¿y en los demás lugares?

El interés que los historiadores franceses han mostrado durante mucho tiempo por ese movimiento comunal en Francia, y el entusiasmo a veces delirante que algunos manifiestan en cuanto lo evocan, no dejan de sorprendernos. De creerlos, ese acontecimiento se habría situado en el mismo centro de la vida política en nuestras ciudades y el juramento municipal las habría marcado durante siglos, como un anuncio ya de las sociedades burguesas y democráticas. Hablar de la historia de las ciudades en la Edad Media llevaba inevitablemente a hablar de una

51. H. Dubrulle, *Cambrai à la fin du Moyen Âge*, Lille, 1904, pp. 10-25.

ruptura decisiva, de un paso brutal entre la servidumbre y las libertades; en definitiva, y una vez más, de un umbral, de un grado más felizmente alcanzado en la vía del progreso humano. Los mejores autores, los profesores de las universidades, han consagrado obras importantes a la descripción de las luchas del pueblo burgués contra los señores feudales, y al análisis subsiguiente de las instituciones municipales y de su funcionamiento.

Los comentarios eran naturalmente muy favorables y elogiaban las supuestas virtudes de esa gente valiente que solamente pensaba en liberarse de la tiranía y que, evidentemente, obraba por el bien de todos, defendiendo su ideal de igualdad con riesgo de perder todos sus bienes e incluso la vida en combates que la desproporción de las armas convertían en heroicos. David contra Goliat...

Sobre este tema, algunas exageraciones de muy poca calidad alcanzaban la hagiografía. El municipio lo resumía todo e iniciaba un gran futuro. Ninguna obra dejaba de recordar, por ejemplo, la presencia en la batalla de Bouvines, en las filas del ejército real, de las célebres «milicias comunales» y de ese intrépido hermano Guérin que les alentaba a voces. Nadie sabe el número ni la naturaleza de esas milicias; pero eso no importa: ¡eran los héroes de la libertad!

Bouvines se consideró como una «de las jornadas que construyeron Francia» y, en 1973, Georges Duby recordaba, en la conclusión de un libro consagrado a ese hecho de armas, y tras un análisis bien documentado del «nacimiento del mito», el éxito que había obtenido ese símbolo entre muchos autores, historiadores, pedagogos y políticos desde la década de 1850. En los primeros tiempos, parecía que los paladines del ideal que denominaban republicano o democrático habían dudado en cierta medida. ¿Hacía falta exaltar esa victoria y seguir a Guizot, que había ensalzado a Felipe Augusto, lo bastante clarividente como para defender los intereses de la burguesía, y que no dudaba en escribir que Bouvines fue «la obra del rey y del pueblo»? O bien, al contrario, ¿había que tomar partido por Michelet, que no veía en ello más que propaganda en favor de la monarquía y que consideraba que esa batalla sólo había sido un acontecimiento entre muchos otros, sin ningún aspecto destacable? Finalmente, prevaleció la preocupación por fortalecer el sentimiento nacional, garante de la unidad del país, y la proclamación de los méritos del pueblo, es decir, de la burguesía. Los elogios y las exageraciones se convirtieron en moneda corriente. Según Augustin Thierry, los jinetes de la región de Soissons, todos ellos ple-

beyos, iniciaron el asalto y «los burgueses de los municipios se colocaron en la primera línea de combate». Los manuales de la escuela republicana, los discursos, políticos o académicos, y las ceremonias conmemorativas se han nutrido de esas imágenes fuertes. Bouvines tomó la forma de un símbolo: el derecho de los pueblos, el futuro de la civilización «a la que la sociedad feudal ponía obstáculos».[52] En definitiva, los burgueses habían rematado en el campo de batalla, teatro nacional y frente al invasor teutónico, la obra de liberación tan bien llevada a término en sus ciudades.

Es cierto que esas fantasías parecen hoy relegadas al repertorio de las exageraciones; pero la visión de conjunto propuesta para nuestras reflexiones seguía siendo incompleta y falseada. Incompleta porque los análisis, incluso los más serios, se mantenían casi siempre en lo abstracto y no respondían a determinadas preguntas esenciales. Se habla de municipios, de juramentos, de milicias, de burguesía y a veces de clase burguesa, del pueblo... pero ¿de qué estamos hablando en realidad? ¿Dónde están las listas nominativas? ¿Quiénes eran los responsables o los jefes de ese movimiento comunal que se nos presenta desencarnado y sin contornos? ¿Qué profesiones, qué inserciones y qué alianzas, y qué parte y qué proporción de la población representaban? La imagen es además equivocada porque contiene demasiadas complacencias; los historiadores, llevados por sus simpatías y por sus impulsos, han insistido en hablar de revueltas que querrían que fueran de carácter social, dejando en la sombra el factor político y las rivalidades en el seno mismo de las aristocracias; y además, nos han presentado ese movimiento comunal como un fenómeno de gran amplitud y de gran duración, mientras que fue, en el norte de Francia como mínimo, un proceso a veces muy breve y específico. Muchas emociones, juramentos y combates en las calles, y muchas concesiones otorgadas y cartas de libertad, no tuvieron un gran futuro; algunos años más tarde, el señor, el rey o el conde, y el obispo, recuperaron lo que habían tenido que ceder.

En Francia, en los territorios reales y más concretamente al norte de París, parece ser que el rey capeto fomentó esas iniciativas y organizaciones municipales para atraerse a buenos aliados. Pero esos municipios, de los que se habla tan bien, y cuya historia se enriquece fá-

52. Todas estas referencias en G. Duby, *Le Dimanche de Bouvines*, París, 1973, pp. 216-232 (hay trad. cast.: *El domingo de Bouvines*, Alianza, Madrid, 1988).

cilmente con bellas leyendas, no conocieron siempre, en el plano administrativo o financiero, un gran éxito; ni mucho menos... Gestionados por sus escabinos y sus concejos, se hundieron a menudo en medio de graves desórdenes de tesorería; a pesar de los gravosos impuestos, a veces sobre los productos alimentarios esenciales, las deudas se acumulaban y los responsables ya no sabían a qué expedientes, a qué impuestos extraordinarios o a qué manipulaciones recurrir. Esos municipios se encontraron en un callejón sin salida y sus magistrados, cansados de luchar e incapaces de resolver esas situaciones desesperadas, solicitaron la ayuda del rey, que mandó a investigadores e instaló a oficiales permanentes, promulgó severos reglamentos para sanear las finanzas y, evidentemente, confiscó una parte de los poderes. A veces, los propios municipios, llegados a la bancarrota, suplicaban al príncipe que recuperara todo el poder. Diversas comunas de Île-de-France y de Picardía, y no de las menos importantes, se suprimieron por propia voluntad en los años 1300: Sens en 1318, Compiègne en 1319, Melun en 1320, y luego Senlis e incluso Soissons y Provins. En esta última ciudad, los magistrados procedieron a un escrutinio sobre la oportunidad de abandonar la administración vigente para ponerse bajo la del rey; el acta de esa consulta menciona en total a 2.701 personas (de las que 350 eran mujeres) y distingue por un lado las que deseaban «permanecer bajo el gobierno de los alcaldes y los escabinos», y por otro lado las «que son de la mencionada comuna y desean ser libres del gobierno de los alcaldes y escabinos y no ser gobernadas más que por el rey»: 156 personas votaron por la comuna, y 2.545 votaron por el rey.[53] Para los habitantes de la ciudad, la libertad consistía en escapar al poder del municipio.

Durante todo el tiempo de su existencia, esas administraciones municipales, orgullosas de su *beffroi* y de sus campanas, fueron, como mínimo en Francia, incapaces de dotarse de una mínima «Maison commune»; los escabinos y concejos se reunían unas veces en un sitio y otras veces en otro: en una de las puertas del recinto fortificado, en el mercado, en casa del obispo o en casa de los canónigos. En Orléans, la «chambre aux bourgeois» se hallaba en el castillete real y lo mismo ocurría en Sens; lo más corriente era que los concejos se reunieran en una de las salas del tribunal condal o vizcondal: *domus pacie, domus justicie* (en

53. F. Bourquelot, «Un scrutin au XIV^e siècle», *Mémoires de la Société des Antiquaires de France*, vol. XXI (1852), pp. 455 y ss.

Cambrai), *curia publica* (en Lovaina), *cour mayeur* (en Compiègne), o bien *malmaison* (derivado de *mallum*: «asamblea de justicia»). En 1470, en Le Mans, la asamblea «de la gente de Iglesia y de los burgueses» tuvo que celebrarse, para recibir al conde, en la gran sala del palacio episcopal, y la carta solemnemente concedida por Luis XI en 1481 se puso en un cofre que, a falta de algo mejor, se iba trasladando de casa en casa, hasta el punto que quedó completamente desmantelado y tuvieron que construir uno nuevo. ¡La primera «chambre de ville» de Le Mans data de 1611![54]

Los ayuntamientos que para nosotros simbolizan ese poder comunal urbano no se construyeron por lo general hasta bastante tarde, tras el abandono de la autonomía administrativa, y gracias a las iniciativas y a las liberalidades del rey o del príncipe. El conde Louis de Mâle fue quien hizo construir el de Brujas en 1377 y, exactamente cien años más tarde, en 1477, Carlos el Temerario hizo construir el de Bruselas.

Observemos también que en numerosas ciudades de Italia, la plaza comunal, mal dibujada e irregular si no deforme, no era más que la del Duomo, la de la catedral; el palacio episcopal eclipsaba a menudo en ellas al palacio comunal.

El pueblo en las sociedades urbanas: bajo el yugo de los ricos

Presentar esos gobiernos, o más bien esas administraciones municipales, como una especie de «democracia» todavía imperfecta, o bien describirlos con fórmulas ambiguas bien escogidas, supone abusar de palabras que deberían mantener un significado real y no ser utilizadas de cualquier modo a diestro y siniestro. La verdad es todo lo contrario. De Inglaterra a las regiones del imperio, y de Flandes a Andalucía o a los Estados Pontificios, todas las ciudades, sin excepción, estuvieron en manos de una aristocracia rica y dura que reinaba sin compartir su poder, monopolizando los cargos y los honores, y presidiendo ella sola el destino de la ciudad.

En el plano social, la palabra «burgués» no tiene ningún sentido y no representa nada más que una denominación cómoda. De hecho, todo estaba en manos de grandes familias que se perpetuaban, se sucedían a sí mismas, y se cooptaban para controlar sin interrupción los grandes

54. A. Bouton, *Le Maine. Histoire économique et sociale. XIVe, XVe et XVIe siècle*, Le Mans, 1970, pp. 737-747.

cargos, fuentes de importantes ingresos. Ver en el advenimiento de un municipio, y en la expansión económica o en el desarrollo del comercio a larga distancia (sobre todo en los siglos XIII y XIV), el surgimiento y la afirmación de nuevas categorías sociales y, aún más, de nuevas clases, supone mostrar una grave ignorancia de las realidades.

La jerarquía de las fortunas y de los poderes se impone a la que emprendemos el mínimo examen un poco serio. En Italia, en las ciudades que los libros llaman todavía «repúblicas mercantiles», los grandes mercaderes eran, en todos los sentidos de la palabra, nobles, guerreros, descendientes de familias muy antiguas o agregadas tras un cierto tiempo; estaban provistos de señoríos y de feudos, y eran capaces de poner en pie ejércitos privados. En Inglaterra, en Francia y en el imperio, las familias patricias que gobernaban las ciudades las doblegaban bajo su férula, se atribuían todos los escaños en las magistraturas y los concejos, y no se renovaban con facilidad: eran ricos negociantes, capitanes de industrias, propietarios territoriales en el campo y en la ciudad, juristas, consejeros del rey o del conde. Todos ellos habían sabido crear alianzas familiares cuidadosamente sopesadas y mantenidas. Todos eran parientes o amigos de los dignatarios de la Iglesia y, en muchos casos, clientes, protegidos, y aliados de los príncipes. En esas ciudades, en las que el historiador de hoy puede efectivamente observar la aparición de un «juramento comunal» y luego, eventualmente, la concesión de una carta de franquicia y la creación de cuerpos municipales (cónsules, escabinos y burgomaestres, alcaldes y *aldermen*), ni el pueblo ni tan siquiera el conjunto de los artesanos y de los pequeños mercaderes tenían acceso al gobierno; no eran elegidos para los concejos ni eran electores, y su participación se limitaba al papel de ciudadanos pasivos llamados a asentir.

Ese carácter decididamente y exclusivamente aristocrático del municipio, muy arraigado desde los orígenes, se mantuvo sin discontinuidad a lo largo de su historia. En ningún momento los hombres de condición modesta participaron en igualdad de condiciones con quienes desde hacía tanto tiempo se habían adjudicado los poderes de decisión; en ningún momento se consultó realmente a asambleas del pueblo urbano. Existió sin duda la demagogia, la movilización de las masas, y a menudo el clientelismo, pero no un consenso democrático...

Étienne Marcel, que ha quedado en nuestras memorias como el paladín de las libertades urbanas, no era en absoluto un hombre «nuevo» ni tampoco un hombre de condición modesta. Hijo de un pañero y de

una familia entre cuyos ancestros se hallaba un preboste real de París y baile de Ruán, se casó sucesivamente con dos ricas herederas: Jeanne de Damartin y Marguerite des Essars; esta última, hija de Pierre des Essars —ennoblecido en 1320, tesorero y luego *maître* de las cuentas del rey—, le aportó la enorme dote de tres mil escudos de oro y, consiguientemente, en herencia, varias tierras y mansiones señoriales. Marcel había sabido llevar, en todos los campos de la política y de la economía, una carrera muy brillante. Pañero a su vez, mantenía relaciones con los flamencos, empleaba en París a numerosos bataneros y tejedores traídos de Ypres, y se impuso como proveedor del palacio real. También sabemos que fue «preboste» (gobernador) de la poderosa cofradía de Notre-Dame aux Prêtres et aux Bourgeois, de la que los reyes y reinas de Francia formaban parte por lo general; también fue preboste de la cofradía de Santiago de Compostela y, a raíz de ello, estuvo muy vinculado con el partido navarro, y consiguientemente muy implicado en los conflictos dinásticos.[55] Ese era Étienne Marcel: un negociante de gran talento sin duda pero, en todo caso, un político ambicioso, aristócrata, y un buen ejemplo de esos burgueses de las ciudades de Francia y de Inglaterra, para quienes el gobierno de las ciudades abría el camino a la nobleza, nobleza de toga sin duda, pero de todos modos un camino prometedor, con un futuro rico, aunque sólo fuera por la adquisición de numerosos feudos y señoríos.

En Italia, el ascenso al poder de hombres procedentes de horizontes nuevos, e incluso de una «nueva nobleza» que habría surgido de los negocios, presentada hace poco en algunos libros como un hito decisivo en la historia de las ciudades, debe analizarse con más detalle.

Contrariamente a lo que implica una tradición literal de la palabra, el *popolo* que se impone en la mayor parte de las ciudades como un grupo sociopolítico original y fuertemente estructurado, no recluta ni a sus jefes ni a sus miembros activos en las capas sociales más amplias. El historiador atento llega casi siempre a la conclusión, *a priori* desconcertante, de que *popolari* y *nobili* no se distinguen con facilidad. En Pisa, por ejemplo, el partido denominado del *popolo* surgió de querellas entre las ricas familias nobles: algunas, hasta entonces más o menos extrañas en la ciudad pero ampliamente provistas de feudos en las montañas, se agruparon en torno a grandes personajes para hacer frente a los hombres que estaban en el poder; como jefes de guerra que

55. R. Cazelles, *Étienne Marcel*, París, 1980.

eran, esos nobles del partido de los *popolari* dirigieron las flotas de su ciudad en Cerdeña, Córcega y Oriente.[56]

En Génova, también fueron los dueños de feudos, los nobles guerreros, quienes tomaron la iniciativa y la dirección del partido «popular» para oponerse a los otros, nobles igual que ellos. Nada cambió tras el ascenso al poder de los *popolari*; en todos los concejos de la comuna, amplios o reducidos, los simples mercaderes y los maestros artesanos se hallaban siempre en minoría:[57] «en Génova, pues, *populus* es una palabra que, para designar a grupos que accedían al poder, traduce la misma ambigüedad que ya caracterizaba a los nombres de güelfo y gibelino; una ambigüedad que, más allá de las situaciones dentro de la comuna, sólo servía para proporcionar una especie de cobertura a la lucha entre los clanes».[58] Esta es una fórmula decisiva que tiene el mérito de no dejar ninguna duda sobre la naturaleza de esas calificaciones a las que hemos dado tanta importancia durante tanto tiempo; y es a la vez un análisis que se ve ampliamente confirmado por los hechos.

En esas ciudades de Italia, la llegada del *popolo* a los cargos públicos y su presencia en los órganos de gobierno no se puede interpretar como un trastorno de las instituciones, o como una especie de «revolución» que habría permitido a hombres nuevos tomar el poder y apartar a las antiguas familias nobles. En absoluto: la victoria de ese *popolo*, tanto en Florencia, como en Pisa, como en Génova y en Bolonia, marca más bien, en el transcurso de las luchas ancestrales entre partidos de naturaleza y estructura paralelas, el triunfo definitivo de una de esas facciones sobre la otra, que es exterminada, expulsada, acusada de todos los males, y cubierta de oprobio. En ese sentido, todo lo que nos han contado los manuales, incluso los más apreciados, debe ser revisado; y en particular el hecho de que, en los años 1290, el «segundo» popolo hiciera una entrada triunfal en el poder de Florencia; que sus dirigentes se lanzaran, con gran cantidad de ordenanzas draconianas, a una lucha severa contra las viejas familias nobles, las de los magnates; y que entonces se impusiera un gobierno de amplia base social, el de las

56. E. Cristiani, *Nobiltà e Popolo nel Comune di Pisa dalle origini del Podestariaro alla signoria dei Donoratico*, Nápoles, 1962.

57. G. Petti Balbi, «Genesi e Composizione di un ceto dirigente: I "popolares" a Genova nei secoli XIII-XIV», en *Spazio, società, potere nell'Italia dei Comuni*, G. Rossetti, ed., Nápoles, 1986, pp. 85-103; P. Racine, «Le "popolo", groupe social ou groupe de pression?», *Nuova Rivista Storica* (1989), pp. 133-150.

58. G. Airaldi, *Genova e la Liguria nel Medioevo*, Génova, 1986, p. 98.

Arti o gremios. Hay que leer una obra reciente para saber que, de hecho, sólo los grandes maestros de esos oficios, los más ricos sin duda, podían, gracias a todo tipo de reglamentaciones alambicadas, de subterfugios y de argucias, pretender el ejercicio de una verdadera actividad política o incluso administrativa.[59] La parte más importante del poder seguía en manos de los magnates que continuaron gobernando, ya fuera directamente mediante sus parientes más jóvenes y disponibles, contentos de entrar de ese modo en la carrera, ya fuera por personas interpuestas pero fieles y estrictamente dependientes: vecinos, aliados, clientes y *amici*, como por ejemplo los de los Médicis, cada vez más numerosos y con un gran futuro desde principios del siglo XV.

Y ese poder, que nuestros historiadores han llamado tanto popular como «colegial», protegía tan mal los derechos políticos y las libertades, que llevaba insensiblemente a la ciudad, sin muchos tropiezos y como por la fuerza de las cosas, no a una «democracia burguesa», sino a la tiranía principesca: en Florencia la de los Médicis que se convirtieron pronto en grandes duques de Toscana, y en las demás ciudades la de las otras familias asimismo aristocráticas.

En todas partes el gobierno de las comunas se dedicó ante todo a salvaguardar, si no a reforzar, los poderes y los intereses de los grandes, nobles o patricios.

¿Paz o masacres?

El municipio, un remanso de paz y de tranquilidad...; he aquí una imagen idílica propuesta de una forma constante y decidida a nuestra admiración y a nuestras reflexiones. Sin embargo, se trata del colmo de la impostura, del mejor «montaje», torcido y falaz, que nos podamos imaginar.

Para exaltar las virtudes «burguesas» y oponerlas a las malas formas o a los vicios de los señores rurales, batalladores inveterados, hacía falta como mínimo acreditar la idea de una ciudad apacible, industriosa, preocupada por respetar las vidas y los bienes. ¡Cuántos clichés! ¡Y cuántos errores, o más bien cuántos engaños! Porque, de hecho, la realidad estaba clara desde el principio, sin adentrarse siquiera en un mínimo estudio; bastaba con leer un texto cualquiera de la época: una cronolo-

59. J.-M. Najemy, *Corporation and Consensus in Florentine Electoral Politics. 1280-1400*, University of North Carolina Press, 1982.

gía, un diario doméstico, reglamentos y procesos, disposiciones administrativas de todo tipo, poesías y novelas. En cuanto dejamos de lado los discursos conformistas repetidos hasta la saciedad, observamos que los testimonios son abundantes y que todos van en el mismo sentido.

En cuanto se libraba a ella misma, sin control real o principesco, la ciudad se pasaba la mayor parte de sus días luchando, atacando a sus vecinos y, sobre todo, desgarrándose en conflictos sangrientos, verdaderas guerras civiles encarnizadas e inexpiables.

Las ciudades mercantiles de Italia, siempre presentadas como ejemplos de «paz urbana», manifestaban un tremendo apetito de conquistas. Cada año o casi cada año, hacia el mes de mayo, Florencia, Siena y Luca, esas ciudades florón de una civilización delicada, armaban sus milicias y las mandaban a invadir las regiones circundantes, con el fin de aumentar todavía más su *contado*, su señorío. Los buenos mercaderes y artesanos de esas milicias talaban las viñas y los árboles frutales, y saqueaban y arrasaban los pueblos sin defensa. A los pies de la muralla de la ciudad enemiga plantaban un campamento y provocaban a los asediados mediante diversos métodos de bastante mal gusto: lanzaban basura y cuerpos de animales muertos por encima de la muralla con el fin de infestar el aire y provocar epidemias. Al final del verano, esas bandas de saqueadores, hombres-ciudadanos del municipio, regresaban a casa cargados con el botín: prisioneros (mujeres y niños sobre todo, puesto que masacraban a los hombres), bueyes y caballos, trigo y vino. El triunfo, heredado o más bien copiado de la Roma antigua, exaltaba esas victorias y daba ocasión a distintas manifestaciones de júbilo, que eran pretextos ante todo para humillar a los vencidos.

Comparadas con las guerras entre ciudades, las guerras feudales entre señores bandoleros podían parecer una cabalgata de aficionados.

En el interior de la ciudad, las luchas entre las facciones dominadas por las familias de nobles-mercaderes se perpetuaban de año en año: eran luchas irreductibles por la conquista del poder en las que se enfrentaban los distintos «partidos», mal definidos a menudo pero siempre mantenidos en alerta por los deseos de venganza, por rencores arraigados; no nos hallamos ante la concordia sino ante el odio prolongado día tras día. Los cronistas atentos recuerdan con complacencia esos combates callejeros; pero, a menudo, se cansan de repetirse constantemente y se contentan con anotar los años escasos en los que la ciudad vivió en paz, sin «novedades», sin «rumores de pueblo» en las calles. No se trata de pequeños juegos de guerra, sino de verdaderos conflictos

armados, en las esquinas, ante las puertas de las murallas, y sobre todo desde lo alto de las torres y de las barricadas levantadas con prisas para convertir a todo un barrio en una verdadera fortaleza.[60] Los hombres del partido vencido, perseguidos, acorralados sin remisión, eran masacrados allí donde los encontraran o bien eran «juzgados» con prisa y, para que sirviera de ejemplo, decapitados en la plaza pública; sus cuerpos quedaban sin sepultura, librados a los grupos de niños que los paseaban de calle en calle y los despedazaban. Imágenes de horrores que los libros no nos muestran muy a menudo. Algunos días más tarde, la facción triunfante hacía condenar a los parientes y amigos de las víctimas, así como a sus clientes, por modestos que fueran: eran proscritos y desterrados a provincias lejanas, todos sus bienes les eran confiscados, y sus casas y palacios eran arrasados.[61]

En nuestra tradición histórica, el castillo, protector del pueblo, encarna la anarquía feudal y simboliza de alguna manera los impulsos guerreros, a menudo totalmente gratuitos, de los nobles, los dueños de los feudos. Pero ¿qué ocurría en la ciudad? ¿Debemos imaginarnos el paisaje urbano de aquella época tal como nos lo muestran las escenas del *Buen Gobierno*, la magnífica composición de pura y desvergonzada propaganda que se representa en las paredes del palacio comunal de Siena? Observemos, en todo caso, que las altas murallas levantadas con grandes costes, hacen inevitablemente de la ciudad un mundo cerrado, tan protegido y tan vigilado como el castillo más arrogante de los señores feudales. Las ciudades veían en esas murallas, cuya construcción se comía una parte importante de sus recursos, una defensa eficaz contra los ataques armados; no sólo contra los invasores del extranjero sino, más bien y en definitiva, contra las empresas astutas e inopinadas de los rebeldes exiliados, de aquellos a quienes las crónicas denominan, lisa y llanamente, el «partido de fuera». La ciudad mercantil vivía día tras día con la obsesión por la traición y por el complot, con las sospechas y las guardias reforzadas, con las delaciones, los encarcelamientos y las ejecuciones de los cómplices o supuestos cómplices colmados de injurias, de los enemigos «del pueblo y del partido», enemigos de la paz, «lobos rapaces», bestias inmundas...

60. J. Heers, *Les Partis et la vie politique dans l'Occident médiéval*, París, 1981, pp. 133-161.

61. J. Heers, *Espaces publics et espaces privés dans la ville: Le Liber terminorum de Bologne (1294)*, París, 1984, pp. 97-109.

Todas las familias poderosas debían protegerse construyendo palacios con muros coronados por almenas y torres en pleno corazón de la ciudad; durante más de tres siglos, a partir de principios del siglo XII, la ciudad «burguesa» de Italia se cubrió de fortalezas privadas. He aquí un trazo esencial del paisaje urbano que, generalmente, se nos escapa por completo porque el fenómeno de las guerras civiles se ha ocultado voluntariamente durante mucho tiempo. Las torres de piedra o de ladrillo, de cincuenta a cien metros de altura, mostraban claramente el poder del clan o del partido y su voluntad de acoger a los amigos durante los combates callejeros. Los escasos vestigios que han quedado (en Bolonia, y en el mismo San Gimignano) no dan más que una idea muy lejana de esos «bosques de torres» que los pintores sabían plasmar de un modo tan sorprendente. En Florencia se podían contar sin duda más de cien torres señoriales (de las grandes familias de mercaderes, pues), y en Bolonia más de doscientas en los años 1250-1280.[62] Era la imagen de una ciudad erguida, de una ciudad guerrera, un conjunto a la fuerza heteróclito de cuarteles cerrados.

Hay que admitir la idea de que la ciudad no se apaciguó hasta que halló un dueño y perdió consiguientemente su parte de independencia. Desde su llegada a Roma tras el gran cisma, en el siglo XV, los papas lograron conquistar poco a poco, barrio tras barrio, la ciudad de los nobles y de sus fortalezas; y lograron abrir grandes calles rectas a través del tejido inorgánico de los sectores cerrados y hasta entonces dominados por las familias nobles. En otros lugares, incluso fuera de Italia, la pacificación bajo la férula de un príncipe o de un tirano fue aparejada con los trabajos de urbanismo coherentes; toda ordenación planificada para responder a urgencias de interés general, toda reconstrucción de la red de calles y de plazas atestigua a la fuerza el surgimiento y luego el triunfo de un poder fuerte capaz de imponer su política y su voluntad. En una palabra, la ciudad «de comuna» no halló la paz y el orden hasta que dejó de existir: en Florencia, cuando los Médicis acapararon uno por uno todos los cargos y se impusieron como señores de la ciudad; en Pisa y en Luca otro tanto; en Ferrara sobre todo y en las ciudades del norte de la península cuando fueron sometidas, unas tras otras, a una dinastía de condes o de duques (Verona, Milán, Mantua...). En los demás países de Europa, esa paz urbana se vio asegurada más tempranamente

62. G. Gozzadini, *Delle torre gentilizie di Bologna e delle famiglie alle quali prima appartennero*, Bolonia, 1875.

gracias a las conquistas de los reyes o de los príncipes que hicieron arrasar las fortalezas privadas y redujeron los clanes guerreros a la obediencia: en Île-de-France, en Picardía y en Artois en el siglo XII; en el Languedoc inmediatamente después de la conquista real a raíz de la cruzada albigense, etc. Así pues, la ciudad francesa, la ciudad capeta sometida al rey, sin verdadero municipio, conoció sin duda un destino mucho más tranquilo que las ciudades de Italia famosas por ser repúblicas mercantiles y presentadas fácilmente como modelos de avance en la vía de las libertades.

Además, es fácil observar que las ciudades sometidas a un príncipe o a un tirano conocieron, en cuanto se debilitó la autoridad de ese señor, conflictos dramáticos de particularismos, desbordamientos de intolerancia y enfrentamientos de una crueldad espantosa; no fueron simples desórdenes, reivindicaciones sociales y emociones de un momento, sino verdaderas guerras civiles y a veces matanzas que las mejores obras mencionan sólo de una forma discreta, con el fin de no empañar esa imagen insigne de la ciudad, símbolo de paz y de prosperidad. Ello se verifica ampliamente en regiones muy diversas y en momentos muy alejados en el tiempo. En Toulouse, tras la conquista capeta, se enfrentaron la ciudad y el burgo, grupos de vecindad y grupos políticos estructurados alrededor de dos cofradías religiosas rivales: la de los Blancos, guiada por el obispo, y la de los Negros. En Burdeos, en la época de la dominación inglesa, principalmente entre 1230 y 1310, se opusieron en combates callejeros, ataques sorpresa, puñetazos y raptos, los dos partidos de los Soler y los Colon. Lo mismo ocurrió en Barcelona, a partir de los años 1430, cuando estallaron los conflictos, las intrigas y la competencia que enfrentaban a la facción de la Biga con la de la Busca. Finalmente, y sobre todo por ser un caso más dramático, en París, donde los conflictos de la guerra de los Cien Años, la invasión extranjera y las amenazas que ésta hacía pesar sobre la ciudad, el miedo a los bandidos que asolaban el campo circundante, y la debilidad del poder real (el rey estaba preso o enfermo, las regencias eran difíciles, había querellas entre príncipes de sangre real) provocaron, en tres ocasiones por lo menos —1357-1359, 1380-1382 y 1413-1418—, graves motines. Esas «revueltas» parisienses, sin duda de orígenes y de naturalezas complejas, libraron la ciudad constantemente a los ladrones, los saqueadores y los asesinos. Pero ello no ocurrió siempre de un modo anárquico y desconsiderado: los instigadores contaban, nombraban y denunciaban a los adversarios señalados como acaparadores, co-

rruptores y responsables de la miseria popular. Fue la época de las facciones y de las venganzas. Los partidarios de Étienne Marcel o del delfín, y luego los Armagnacs y los Borgoñones, obtuvieron signos de adhesión procedentes de sociedades político-religiosas en forma de cofradías. Parecía que todo estaba permitido para saciar los odios y las venganzas. Ningún gobierno municipal mostró en esos casos ni la capacidad ni la voluntad de oponerse a esos desórdenes. Esa es la imagen que se impone, cuando leemos los textos de la época, de esa ciudad, capital del reino, abandonada a su suerte sin señor ni tutela: centenares de cadáveres (entre quinientos y seiscientos) sólo en la noche del 28 al 29 de mayo de 1418; prisioneros masacrados (ya entonces...) en su celda; bandas de asesinos sueltos por las calles; la ciudad entera presa de una locura asesina.

VIDA URBANA Y SEÑORÍOS: UNA SIMBIOSIS

Parece fuera de duda que las tesis más sistemáticas, las que durante varios decenios han impuesto una dicotomía severa, son hoy en día abandonadas por quienes emprenden un verdadero examen de los hechos. Henri Pirenne, cuyo nombre sigue estando sin duda presente en muchas memorias, artesano de una pirámide de trabajos demostrativos iniciada en 1905 y completada en 1939,[63] trabajos que fueron a veces explotados de un modo abusivo y erróneo, se puede considerar como uno de los principales inventores y defensores de esas tesis. Durante mucho tiempo indiscutidas y recreadas por todos, se cuestionaron seriamente a partir de los años 1970,[64] y, desde entonces, esa refutación se ha afirmado a partir de una investigación histórica liberada de las hipótesis *a priori* y de esa tendencia a lo sistemático.

63. H. Pirenne, «Une crise industrielle au XIVe siècle: la draperie urbaine et la nouvelle draperie en Flandre», *Bulletin de l'Académie royale de Bruxelles. Classe des Lettres* (1905), pp. 489-521; «Les périodes de l'Histoire rurale du capitalisme», *ibid.* (1914), pp. 258-299; *Les Villes et les institutions urbaines*, París-Bruselas, 2 vols., 1939[5]; puesta al día por A. Verhulst, *Aux origines de nos villes*, Université de Liège (col. L'Histoire aujourd'hui), 1985.

64. G. Despy, «Villes et campagnes aux IXe et Xe siècles: l'exemple du pays mosan», *Revue du Nord* (1968), pp. 145-168; «Naissance de villes et de bourgades», *Hasquin* (1975), pp. 93-129; G. Despy y P. Ruelle, «Conclusions à deux mains», *Dierkens* (1978), pp. 492-496; Y. Morimoto, *Recherches sur les rapports villes-campagnes dans l'Occident médiéval*, Fukuoka, 1988.

Los elementos del debate están claros. Pirenne, y todavía más sus discípulos, afirmaron que la ciudad medieval era en todos los sentidos diferente del medio rural circundante; un cuerpo heterogéneo y completamente nuevo. Según ellos, la ciudad no tenía raíces rurales y no se había desarrollado más que como refugio, y luego bastión, de las libertades burguesas; libertades desconocidas o prácticamente desconocidas fuera de sus murallas. A partir de esa construcción aparentemente sólida extraían varias conclusiones, entre las que se encuentra una explicación de la famosa crisis de la industria pañera de las ciudades de Flandes a finales de la Edad Media; fenómeno socioeconómico que en aquella época atraía muy a menudo la atención de los historiadores. Creían que esas ciudades que producían tejidos de alta calidad para la exportación habían sufrido la competencia de otras industrias pañeras, en particular de las industrias rurales de los cantones vecinos que se limitaban a una producción más basta. Todo se analizaba en función de rivalidades entre centros de producción y medios sociales deliberadamente diferentes; pero todo eso no eran más que construcciones intelectuales de escuela. Pirenne sólo había estudiado el trabajo de la lana en algunas ciudades faro de esa producción. Otros han estudiado más ciudades y han descubierto la gran diversidad existente en lo referente al aprovisionamiento, a las exigencias, a las facturas y los tintes en empresas de todos los tamaños;[65] apoyándose en un gran número de documentos, han demostrado, por un lado, que la producción rural no se limitaba a los tejidos corrientes y baratos y, por otro lado, que los capitales e iniciativas de la ciudad intervenían frecuentemente en esa industria rural hasta el punto de dirigirla en muchas ocasiones. Aquella tesis tan bien presentada, aquel edificio fundamentado en la lógica que —hay que admitirlo— nos ha seducido durante más de una generación, no se basaba más que en un apriorismo intelectual, en una obsesión por querer clasificarlo todo, por delimitar antagonismos supuestamente inevitables. Sin embargo, el método correcto era precisamente el contrario: buscar de entrada los textos, confrontarlos y, a partir de esos análisis y sin prejuicios previos, extraer conclusiones.[66]

65. Artículo pionero de E. Coornaert, «Draperies rurales et draperies urbaines: l'évolution de l'industrie flamande au Moyen Âge et au XVI^e^ siècle», *Revue Belge de Philologie et d'histoire* (1950), pp. 59-96.

66. Y. Fujii, «Draperie urbaine et draperie rurale dans les Pays-Bas méridionaux au bas Moyen Âge: une mise au point des recherches après Henri Pirenne», *Journal of Medieval History* (1990), pp. 77-98.

La ciudad extendida y el medio rural dentro de la ciudad

En lo referente a las relaciones sociales y políticas principalmente, un gran número de indicaciones atacan decididamente la idea de una separación entre la ciudad y el campo; esas indicaciones atestiguan, al contrario, la existencia de vínculos estrechos entre ambos medios a todos los niveles. De entrada, hay que pensar que la muralla del recinto municipal, a menudo refugio para la gente de los alrededores, no impedía los intercambios con el medio circundante y los pueblos incluso más alejados. Muy a menudo, los ediles, desde Inglaterra a Portugal y desde Bretaña a las regiones del imperio, exigían a los burgos y comunidades rurales vecinas una aportación financiera apreciable a los gastos de construcción, reparación y mantenimiento de las murallas. Las dimensiones de las catedrales de naves inmensas se fijaron, en el momento de su construcción (en el siglo XII a menudo), no en función de la población urbana todavía relativamente débil, sino con el fin de acoger a la población del campo circundante en los días de las grandes solemnidades. En Inglaterra, numerosas ciudades —y no de las menos importantes— que organizaban grandes espectáculos populares, misterios y *plays* religiosos, escenificaciones de mímica y desfiles de carrozas, invitaban naturalmente a sus vecinos de los pueblos, pero les pedían que se hicieran cargo de parte de los gastos. La defensa y las fiestas reunían a los hombres de ambos medios, que ponían en común sus esfuerzos y sus capitales.

En el plano propiamente administrativo, la ciudad se prolongaba muy a menudo en el campo mediante distritos situados bajo la misma administración y bajo la misma jurisdicción, definiendo así, mediante líneas artificiales perfectamente rectas, circunscripciones destinadas a vivir en una simbiosis total con los barrios de intramuros. En Occidente, el movimiento de aprovechamiento, roturación y pacificación de los cantones todavía desiertos o devastados, asociaba a los campesinos y a los ciudadanos. La mayor parte de las cartas de villas nuevas o villas francas especificaba que los nuevos habitantes, los *huéspedes*, recibirían una parcela para construir dentro de la ciudad y, además, parcelas de tierra fuera de la ciudad. Las calles de las villas nuevas, de trazado regular, cruzadas en ángulo recto, se prolongaban fuera del recinto de la muralla y compartimentaban el territorio rural en bloques geométricos, réplicas exactas de los del tejido urbano.

En algunas regiones de Francia, podemos incluso preguntarnos si la

comuna de tal o cual ciudad sólo reunía efectivamente a los habitantes de las casas de intramuros o bien si, por el contrario, incluía igualmente a la gente del campo, llamando a numerosos campesinos a formar parte de ella. Para responder a esas preguntas nos faltan generalmente documentos detallados que ofrezcan listas nominativas de los miembros de la comuna, especificando sus cualidades y sus lugares de residencia. Por otro lado, se han emprendido pocas investigaciones en ese sentido. Observemos sin embargo que, de los 2.701 participantes en el «escrutinio» de Provins (en 1320) ya mencionado,[67] se nombran sin duda 1.741 cabezas de familia residentes en la ciudad, pero también 960 personas con residencia en ocho pueblos de los alrededores. Entre esas 960 personas no había solamente campesinos: 560 vivían de los campos y de las viñas, y los otros se dedicaban a trabajos textiles y a «profesiones mecánicas».

En Italia tenemos dos ejemplos que atestiguan de una forma singular esa complementariedad, impuesta autoritariamente desde el establecimiento de la ciudad. En los años 1260-1268, cuando gracias a los esfuerzos conjugados del rey angevino de Nápoles y del papa se fundó o mejor dicho se repobló completamente la ciudad de Aquila (Abruzos), sus protectores decidieron instalar, de buen grado o por la fuerza, a habitantes de ochenta y ocho pueblos más o menos alejados; cada grupo aldeano debía ocupar, bajo la dirección de un párroco, un sector delimitado de la ciudad alrededor de una iglesia parroquial, pero situado de forma que desde allí se pudiera ver a lo lejos el campanario del burgo de origen.[68] En un contexto geográfico e histórico muy distinto, pero aproximadamente en la misma época, los venecianos lograron pacificar y colonizar la isla de Creta tras una conquista difícil. Las tierras de los señores autóctonos fueron confiscadas y, exceptuando las reservadas al estado veneciano y a los conventos, se distribuyeron entre los colonos. La isla se dividió en seis *sextos* correspondientes exactamente a los seis barrios de la ciudad de la laguna. Cada una de las circunscripciones insulares comprendía una o más aglomeraciones urbanas (puertos y mercados) y un vasto territorio con sus burgos, sus pueblos, sus tierras y viñedos, sus montes y bosques.[69]

67. F. Bourquelot, *Un scrutin ...* (cf. *supra*, nota 53).

68. G. Budelli, C. Campaneschi, F. Fiorentino, M.-C. Marolda, «L'Aquila, nota sul rapporto tra "castelli" e "locoli" nella formazione d'una capitale territoriale», en *Città, contado e feudi*, E. Guidoni, ed., 1986, pp. 183-210.

69. F. Thiriet, *La Romanie vénitienne*, París, 1959, pp. 182-190.

Nobles, señores y guerreros dentro de la ciudad

Se hace difícil definir en qué aspectos la aristocracia urbana se podría oponer a la de los dueños de los feudos rurales y de los señoríos. La idea de que la ciudad era una sociedad diferenciada, dedicada exclusivamente al gran comercio y al tráfico de dinero, y desinteresada por la explotación de las tierras, es errónea.

Es cierto que las grandes ciudades atraían a numerosos negociantes, dado que a lo largo del tiempo habían ido desarrollando ferias y mercados. Pero esos mercados estuvieron de entrada estrechamente vinculados a la economía señorial; en él se vendían ante todo los excedentes de las cosechas y los productos del artesanado local. También es cierto que las sociedades urbanas estaban dominadas, en el plano político y social, por poderosas familias e incluso por dinastías de negociantes. Pero esos mercaderes no eran en absoluto recién llegados u hombres que hubiesen conseguido recientemente su fortuna durante viajes e intercambios arriesgados.

Por lo general, debido a un gusto por el exotismo y al deseo de privilegiar lo extraordinario, hemos sobreestimado la importancia del tráfico de productos de lujo de larga distancia, y en particular la importancia del tráfico de especias orientales que siempre nos ha parecido esencial. Y, al hacerlo, olvidamos que la prosperidad de la ciudad y de los hombres que la gobernaban se debía al negocio de los productos de la tierra; de los productos de consumo inmediato traídos desde los señoríos vecinos: grano, vino y lana fundamentalmente. Naturalmente, los grandes propietarios territoriales fomentaban esas ventas, directamente o mediante sus dependientes, familiares o parientes, procurando obtener el máximo beneficio; y ello vale para todos los grandes señores, para el conde, para el obispo y el capítulo, y para las ricas abadías, que poseían todos ellos una residencia en la ciudad.

En la propia Venecia, una ciudad nueva fundada sobre las islas de la laguna, los primeros negociantes de los siglos XI y XII, enriquecidos por intercambios al principio limitados, y luego pioneros en las rutas marítimas de Oriente, fueron los nobles propietarios de las salinas vecinas. Esos señores, dirigentes y responsables de las primeras comunidades insulares, y patronos de las primeras iglesias, que llevaban sus nombres, ganaron de entrada dinero vendiendo su sal en los mercados del litoral, mercados aún modestos, y luego, poco a poco, en las ciudades del interior.

En todas partes de Europa observamos que el origen de las grandes fortunas fue el comercio de productos primarios e indispensables; no el comercio de productos de lujo superfluos. Las especias llegaron más tarde y su tráfico siguió siendo, si lo consideramos en su justa magnitud, marginal, con pocos beneficios a veces, y en todo caso generó solamente intercambios de poco volumen. ¿Podemos comparar, en los grandes puertos del Mediterráneo, los grandes cargamentos de cereales o de vino que surcaban el mar en todas direcciones, con las escasas decenas de sacos de pimienta o de otros condimentos? Otro tanto ocurría en el mar del Norte y en el mar Báltico: los mercaderes de los puertos hanseáticos, de Hamburgo, de Bremen, de Rostock y de Lübeck, fueron de entrada negociantes de sal que mandaban sus grandes naves hasta la bahía de Bourgneuf y hasta el puerto de Setúbal en Portugal; o bien mercaderes de arenques salados que frecuentaban cada año las ferias de Scania y los puertos de Noruega o de Islandia.

En cuanto al análisis de las sociedades urbanas, podemos admitir sin duda y sin restricción alguna que, en las grandes metrópolis mercantiles del norte y el centro de Italia, los ricos mercaderes, capaces de acaparar buena parte del tráfico internacional en todas las direcciones, fueron, al principio y a lo largo de toda la Edad Media, auténticos nobles, provistos de feudos en el campo y en las montañas; instalados igualmente en la ciudad, dispusieron al principio de la madera, del hierro y de los poderes de mando sobre los hombres necesarios para armar y conducir naves a la aventura. Fueron ellos quienes, en los siglos XI y XII, pudieron atacar a los sarracenos en el Mediterráneo, garantizando así el éxito de la reconquista cristiana, desde la península ibérica hasta Tierra Santa. Esas familias aristocráticas, nobles en todos los sentidos del término, se mantuvieron a la cabeza de los negocios, aumentando simplemente sus vínculos sociales mediante un juego bien sopesado de alianzas y de agregaciones, y resistiendo con éxito tanto ante las ambiciones de los recién llegados como a los avatares de los conflictos políticos: mostraron una gran facultad de adaptación a las circunstancias, pero también, no lo olvidemos, una facultad de replegarse en los malos momentos en sus tierras, sus castillos y de movilizar sus tropas de fieles. Durante esos siglos de maravillosa prosperidad, esa época de las expediciones lejanas hacia Oriente o hacia el norte del Atlántico, ese tiempo de conquistas de factorías aventuradas en las orillas más lejanas del Mediterráneo, esos nobles italianos, mercaderes y financieros, seguían recordando a sus hijos y a sus clientes sus orígenes

rurales y señoriales; gestionaban con mano fuerte sus feudos o sus grandes dominios en tierra firme, en la montaña a menudo, residiendo por turno, según las estaciones y los azares caprichosos de la política, en sus palacios de la ciudad o en sus casas de campo, fortalezas, *poderi* o *ville*, situadas en el centro de enormes dominios explotados por arrendatarios o aparceros.

En toda Italia no había ninguna ruptura, ningún alejamiento que separara las ciudades de los pueblos más o menos cercanos. No solamente los nobles, sino también los «burgueses», pequeños artesanos y negociantes, notarios y juristas, cambistas y banqueros, poseían tierras, viñedos, rebaños de ovejas y bosques cuya explotación confiaban a asalariados o a aparceros. De todos los libros de contabilidad o diarios domésticos que nos han llegado de esa época, ninguno muestra a una familia estricta y exclusivamente implantada en la ciudad, al abrigo de las murallas. Esos textos, espejos fieles y apasionantes de la vida cotidiana, mencionan constantemente propiedades rurales, casas situadas en los burgos y las aldeas, idas y venidas continuas entre la casa de la ciudad y la del campo, y relaciones de amistad o de protección con los parientes, amigos o vecinos que se han quedado en el pueblo. Del pueblo llegaban las provisiones esenciales para la economía familiar: el grano y los vinos, los tejidos de lino y de cáñamo; y de ahí procedían también las sirvientas y nodrizas.

El último signo indiscutible de la permanencia de esos vínculos y de esa simbiosis vivida día tras día es que las familias, ya fueran nobles o más modestas, se establecieron siempre en un barrio desde el que pudieran tomar cómodamente la carretera que llevaba a sus tierras y a su casa de campo. Durante mucho tiempo y hasta principios del siglo XIV, por ejemplo, las murallas de Siena tenían tantas puertas como grandes linajes nobles tenía la ciudad; todas las familias nobles podían de ese modo acceder cómodamente, en tiempos de paz para los negocios y en tiempos de guerra para refugiarse, a sus feudos y a sus castillos fortificados.[70] Así pues, la distribución topográfica de las casas y los palacios, de los almacenes y de los talleres de la ciudad no se debía en absoluto al azar, sino que estaba en función de la localización de los señoríos de los nobles, y de las parcelas, viñedos y casas de pueblo de los demás habitantes en el *contado*: el distrito administrado por la comuna.

En ese sentido, la cartografía precisa de las implantaciones familia-

70. L. Bortolotti, *Siena*, Bari (col. Le città nella Storia d'Italia), 1983, pp. 21-29.

res o incluso la de los partidos y alianzas políticos ayuda mucho a obtener la medida exacta de los vínculos concretos que, en la vida cotidiana y en las relaciones sociales, unían a la gente de la ciudad con sus parientes en el campo; ya fuera para el aprovisionamiento o para la búsqueda de fidelidades al servicio de ambiciones. El estudio de los textos domésticos (contabilidades familiares, diarios personales y pequeñas crónicas, y actas notariales) y de los esquemas topográficos permite captar fácilmente la realidad. Las conclusiones de tal estudio ilustran perfectamente la íntima complicidad que existía entre la ciudad y el mundo rural que, lejos de enfrentarse, vivían de sus constantes intercambios y transformaciones. La ciudad no se cerró, sino que se enriqueció con las relaciones que cada grupo social mantuvo y desarrolló.[71]

El burgués, artesano o mercader, instalado en un barrio situado generalmente en la periferia del perímetro construido, no lejos de una puerta de la muralla, procuraba naturalmente comprar un campo, y luego otros campos, o bien un viñedo, y luego un pequeño dominio y, en algunos casos, un señorío, siempre en la dirección más cercana. No se le habría ocurrido cruzar la ciudad. De igual modo, el habitante de un burgo o de una aldea del distrito circundante colocaba a su hijo como aprendiz o a su hija como sirvienta en casa de amos que ya conocía, en un sector de la ciudad que le era familiar a fuerza de recorrer calles y plazas por sus negocios, y a fuerza de llevar sus hortalizas y sus gallinas al mercado. Los padres de Cristóbal Colón, originarios de un pequeño burgo de la montaña, en la Riviera di Levante, se establecieron de entrada como hortelanos en Quinto, un suburbio lejano al este de Génova, luego algo más cerca, en Quarto y en Sturla, y finalmente cerca del convento de San Esteban, justo extramuros de la Porta di Sant'Andrea, al este de la ciudad. Bernardo, el padre de Nicolás Maquiavelo, que poseía dos dominios modestos y tierras dispersas en tres pueblos del suroeste de Florencia, en la carretera de Siena, también era propietario de dos casas en la ciudad, ambas situadas cerca de la iglesia de Santa Felice, en el barrio del Oltrarno, el más cercano a su casa de campo, donde los antepasados del clan habían poseído antaño un palacio;[72] Nicolás nació en Florencia, pero cuando el regreso de los Médicis en 1512 le obligó a exiliarse, se refugió en su pueblo, donde se dedicó a vigilar a sus leñadores y a cazar tordos.

71. Por ejemplo, J. Plesner, *L'Émigration de la campagne à la ville libre de Florence*, Copenhague, 1934; G. Airaldi, *Genova e la Liguria nel Medioevo*, Turín, 1986.
72. B. Machiavelli, *Libro di Ricordi*, C. Olschki, ed., Florencia, 1954.

Ese proceso no se verifica solamente en Italia, sino en todas partes donde podamos analizar esas realidades topográficas, y localizar tanto las residencias intramuros como los bienes, tierras, viñas, granjas o casas de campo en los territorios circundantes.[73]

Esta conclusión desmiente, más que nunca, la teoría de las luchas entre clases sociales perfectamente delimitadas y severamente enfrentadas.

73. Véanse, por ejemplo, las indicaciones dadas sobre ese punto por M. Tits, *L'Évolution du patriciat louvaniste*, Lovaina, que muestra que el agrupamiento de las familias de la ciudad, en linajes mucho más importantes, estuvo determinado por la localización geográfica de sus señoríos.



Cuarta parte

LA IGLESIA: OTRAS LEYENDAS, OTROS COMBATES

Ante el gran tribunal de la Historia, los tiempos medievales sufren una tara indeleble: el oscurantismo segregado por una religión cristiana encerrada en prácticas populares teñidas de supersticiones. Parece claro que los griegos y los romanos de la Antigüedad, que no habían estado sometidos al yugo del cristianismo, escapaban a toda forma de opresión intelectual y moral; esos hombres verdaderamente libres se complacían en exaltar al hombre. En cambio, al hablar de la Edad Media, prácticamente todos los autores han condenado el cristianismo de un modo sistemático y sin matices, alcanzando a veces los grados más altos del disparate. Desde los años 1700 o 1750 hasta nuestros días, todos se han dedicado —en distintos géneros literarios y utilizando a veces acertadamente su talento literario— a ofrecer una imagen detestable de la Iglesia medieval. Esa corriente «histórica», latente desde los filósofos «a la manera de» Rousseau y Voltaire, se ha visto considerablemente reforzada por el anticlericalismo virulento de los años 1890-1910 y posteriormente, desde hace poco tiempo, por el cuestionamiento dentro de la propia Iglesia católica de ciertos valores y creencias, así como de determinadas formas de vida religiosa. De modo que, lejos de debilitarse, ese desprecio y esos rechazos siguen teniendo fuerza en nuestros días.

Los historiadores de esa veta han utilizado algunos descubrimientos sorprendentes y han instruido cierto número de procesos falseados. Por su lado, los novelistas, dramaturgos y autores de novelas cortas, panfletistas camuflados, han esbozado personajes sombríos, y los han erigido en símbolos vivientes del oscurantismo y de la intolerancia. Poco a poco, han forjado entre todos una misma imagen, desde Balzac, Victor Hugo y Michelet, hasta los escritorzuelos más insignificantes. Han descrito, a cual mejor, una sociedad aplastada bajo el báculo de los obispos y de los abades; han hablado de los sollozos en las chozas y han hecho estremecerse de indignación a las almas defensoras de la justicia. Un autor tan prestigioso y respetado por un gran público como Renan

escribió: «Un peso colosal de estupidez ha aplastado el espíritu humano ... La espantosa aventura de la Edad Media, esa interrupción de mil años en la historia de la civilización, se debe menos a los bárbaros que al espíritu dogmático en las masas».[1] La intención estaba clara: la decadencia de Roma y la desaparición de esa notable civilización no se debieron, como tantos textos han afirmado durante mucho tiempo, a las invasiones extranjeras sino a la irrupción del cristianismo, portador de desintegración de los verdaderos valores y factor ineluctable de atontamiento. La Edad Media es hija de la Iglesia, la principal instigadora y naturalmente la culpable de todos los males.

1. E. Renan, *Souvenirs d'enfance et de jeunesse (1883)*, Calman-Lévy, ed., París, 1960, p. 13; citado por J. Dumont, *La Révolution ou les prodiges des sacrilèges*, Critérion, Limoges, 1984, p. 182.

1. EL CLERO, AGENTE DEL OSCURANTISMO

UN PUEBLO DE ANALFABETOS

En su momento, tales exageraciones no fueron consideradas como extravagancias dado que reflejaban la opinión de la época. Nada en ellas era gratuito o inocente; al contrario... Los libros de texto redactados en cuanto se implantaron las leyes referentes a la escolarización obligatoria, adoctrinaban a los niños desde una edad muy temprana. Los manuales de historia acusaban a la Iglesia medieval, sin matices y sin miedo al ridículo, de haber hecho todo lo posible por mantener a los hombres en un estado de incultura total; todos decían que, para el clero, «la difusión de los libros suponía el triunfo del diablo», o que «la ignorancia hacía honor a la Edad Media». Leyendo esos textos se imponía la idea de que la Iglesia había «reservado celosamente para sus monjes, en el misterio de los claustros, algunos fragmentos de ciencia que se guardaba mucho de comunicar al gran público». Esos responsables de la enseñanza, dedicados a forjar los espíritus, seguían de cerca a sus maestros, y sobre todo a Michelet, que tituló los capítulos dedicados a la Iglesia en su *Histoire de France*: «De la création d'un peuple de fous», o bien «La proscription de la nature».[2]

En muchos aspectos todavía nos adherimos a ese descrédito. Algunos afirmarían tranquilamente que antes de Jules Ferry no se había hecho nada por la educación del pueblo. En todo caso, y eso es un truismo constantemente recordado, en los tiempos «medievales» (¿y por qué no decir «medievalescos»?) no había ninguna escuela ni en los pueblos ni en los barrios de las ciudades, a excepción de algunas es-

2. Citado por J. Guiraud, *Histoire partielle. Histoire vraie*, vol. 1, París, 1912, p. 58; y para Michelet, *Histoire de France*, VII, 27 y 36.

cuelas para privilegiados... destinados desde el principio a las carreras eclesiásticas. Sin embargo, he aquí un error absoluto, puesto que una gran variedad de documentación (archivos de la contabilidad de los municipios y archivos judiciales, registros fiscales, etc.) atestiguan ampliamente en distintas regiones la existencia, además del párroco y de sus asesores, de maestros de escuela de profesión, debidamente titulados y remunerados. En París, en 1380, Guillaume de Salvadille, profesor de teología en el colegio de los Dix-Huit y jefe de las «pequeñas escuelas» de la ciudad, reunió a los directores de esas escuelas donde se enseñaba a los niños a leer y a escribir, así como cálculo y el catecismo; estuvieron presentes veintidós «maestras» y cuarenta y un «maestros», todos ellos laicos, entre los que había dos bachilleres en derecho y siete licenciados en artes.[3]

En cuanto a la universidad, el concierto de las críticas, más condescendiente, nos quiere hacer admitir a la fuerza la idea de una escolástica retrógrada, petrificada en todo caso, y de una enseñanza que se limitaba a glosar siempre los mismos textos y que rechazaba deliberadamente las ideas nuevas hasta desacreditar severamente a los espíritus interesados por la investigación y por la libertad. Un manojo de leyendas se ha convertido en un discurso familiar; los prelados y los doctos maestros de las universidades, nos dicen, perseguían y condenaban a los hombres de ciencia, pioneros del libre pensamiento que interpretaban el mundo sin recurrir ni a las Sagradas Escrituras ni a los padres de la Iglesia. Algunas historias edificantes pueblan nuestras memorias; verdades de las que no nos libraríamos sin que nos tomaran por maníacos de llevar la contraria, o por Quijotes lanzados al ataque de molinos de viento.

Si creemos lo que dice la mayor parte de los libros, cuando Cristóbal Colón presentó su maravilloso proyecto de llegar a la lejana Asia, al imperio de Catay (China) o a la isla de Cipango (Japón) por vía marítima navegando hacia el oeste —un proyecto «moderno», fruto de una visión científica y audaz de la esfera terrestre—, tuvo que soportar las burlas de una pléyade de doctores fósiles de la Universidad de Salamanca, incapaces de salir de los caminos trillados y de concebir tal proceso intelectual. En ese enfrentamiento debemos ver el símbolo de una lucha entre el oscurantismo clerical de la Edad Media y el pensamiento moderno. Sin embargo, los hombres de Salamanca eran verdaderos

3. J. Hillairet, *L'Île de la Cité*, París, 1969, p. 48.

sabios y, en ese ámbito, Colón parecía más bien un charlatán. ¿Cómo podemos pretender o sugerir que esos universitarios y hombres de Iglesia negaran la posibilidad de llegar a China yendo hacia el oeste? Como todos los hombres sabios de su época, no tenían nada que aprender sobre la configuración de la tierra; desde hacía generaciones se sabía que la Tierra era redonda y se razonaba corrientemente en ese sentido. Afirmaban simplemente que la distancia desde Portugal a las islas de Japón era sin duda mayor de lo que afirmaba el genovés. Y tenían toda la razón: Colón hizo trampas de un modo vergonzoso eligiendo entre los escritos de los antiguos las cifras más favorables; había triturado sus cálculos y había olvidado determinados parámetros. En resumidas cuentas, decía que debía navegar setecientas cincuenta millas, mientras que la distancia real es, como mínimo, ¡de tres mil trescientas millas! De hecho, su proyecto era completamente irrealizable, pero ello no impide que guardemos de ese conflicto «cultural» el recuerdo de un hombre moderno, aventurero de la ciencia, pero incomprendido y condenado por unos patanes; un hombre que fue el blanco de la necedad de la Edad Media, de los sabios y de los hombres de Iglesia. Ese hombre, excelente navegante, piloto experimentado e intrépido, y notable dirigente de hombres, o bien se equivocaba por completo, o bien falseaba voluntariamente sus estimaciones con el fin de obtener el acuerdo de los soberanos y con la esperanza de descubrir tierras desconocidas. Pero eso sigue siendo un misterio que no estamos preparados para dilucidar. En todo caso, repitámoslo e insistamos, negarse a seguirle en su proyecto no era en absoluto un signo de intolerancia o de oscurantismo.

Religión y supersticiones

La Edad Media y la búsqueda de las reliquias

Hoy en día todo parece muy claro: esa Iglesia de los tiempos oscuros, de los «siglos de barbarie», logró a la perfección hacer del hombre un ser embrutecido, preso en una trampa y paralizado por creencias ridículas. El cristiano de hoy, seguro de una fe desnuda de atributos insignificantes y pueriles, ve evidentemente el cristianismo medieval con muy malos ojos: siente desprecio, condescendencia quizá, y el orgullo de quien se cree y se dice superior. En esos juicios no se observa ni un esfuerzo de comprensión, ni modestia, ni tampoco un simple respeto.

Es de buen tono hacer burla de ese oscurantismo. Tampoco se ha hecho ningún esfuerzo, si exceptuamos los trabajos de los especialistas (pero, ¿quién los tiene en cuenta a la hora de hablar para grandes públicos?), por marcar etapas, por matizar y analizar una evolución del sentimiento religioso a través de esos diez siglos del pasado, que sin embargo estuvieron repletos de reflexiones y procesos espirituales, así como de cuestionamientos.

Esa religión estaba, según nos dicen, manchada de supersticiones, de prácticas sumarias (¿habría que decir acaso «sociológicas»?) y superficiales; en una palabra, de creencias muy «populares» (¿o bien debemos decir «vulgares» o «primitivas»?). Todo el mundo podía y puede todavía adornar estas afirmaciones hasta el infinito y cargar su discurso de ironía o de irreverencias al hablar de esos temas; o bien evocar los innumerables peregrinajes, el culto de las reliquias, sus excesos y sus ingenuidades; y hablar incluso de los trapicheos y de los timos, de los maderos de la Cruz conservados en los tesoros de las iglesias, de las piezas de vestimenta o de los atributos inventados, de los héroes o heroínas de la fe que jamás habían existido, inventados utilizando juegos de palabras fáciles y desconcertantes; sin olvidar los cuerpos santos hallados en diversos lugares y venerados con el mismo fervor. Sí, es cierto, todo eso es exacto y podemos sobrecargar el catálogo de esas ingenuidades.

Las devociones «primarias»: la Iglesia medieval o el hombre de todos los tiempos

Pero ¿por qué atribuir la responsabilidad a esa Iglesia de los tiempos medievales que, desde el papa hasta los obispos y abades, condenó constante y vehementemente esas prácticas? ¿Por qué culpar a esa Iglesia que veía en esas prácticas las reminiscencias de numerosos cultos paganos?

En Inglaterra, en dos ocasiones como mínimo —en Londres en 1342 y en York en 1347—, los concilios episcopales denunciaron y prohibieron determinadas devociones muy antiguas, en particular los velatorios de los difuntos en los cementerios en las noches de las grandes fiestas litúrgicas; velatorios que servían como pretexto para ágapes y para danzas indignas. En la misma época, y también en Inglaterra, los enviados del papa y los obispos mandaban perseguir a los «perdonado-

res», falsos religiosos llegados de no se sabía dónde, que mostraban reliquias fabulosas («un pedazo de la vela de la barca de san Pedro ...») o bulas de cardenales perfectamente desconocidos... y obtenían de ello grandes beneficios.[4] Esas directrices tan numerosas y bien conocidas nos llevan a matizar enormemente la actitud del clero y nos autorizan a pensar que esas prácticas, desarrolladas y mantenidas muy a menudo en contra de las instrucciones de la Iglesia, se deben más bien a un hecho sociológico muy corriente que ha existido en todos los tiempos y en todas las civilizaciones.

En todo caso, las devociones y los cultos a los santos, que calificamos de pueriles, no son en absoluto propios de los tiempos medievales; en pleno auge del Renacimiento, los peregrinos y viajeros cultos, hombres «modernos» sin duda, no se burlaban de esas devociones y cumplían de buen grado los mismos gestos sin poner nada en duda, esperando los mismos beneficios espirituales o materiales, y a veces los mismos milagros. El sabio Montaigne, que *a priori* consideramos más bien hastiado si no algo irreverente, se detuvo en 1581 a visitar a Nuestra Señora de Loreto. Comulgó devotamente en la pequeña capilla que servía de relicario («... lo que no se permite a todo el mundo») y consiguió obtener, a fuerza de darse a conocer y de suplicar («con un gran favor») suficiente espacio para que colgaran su propio exvoto en la casa de la Virgen; un cuadro con cuatro figuras de plata: la de Nuestra Señora, la suya, y las de su esposa y su hija, «... y todas ellas están arrodilladas en ese cuadro, y Nuestra Señora está en la parte superior central».[5]

¿Qué época y qué sociedad no han conocido esas devociones que los buenos espíritus califican de ridículas? Los detractores que se complacen en describir esas prácticas y plegarias de la gente vulgar, y que insisten en las falsedades y las inverosimilitudes, ¿acaso olvidan que el culto al héroe muerto, aunque sea indigno o imaginario, se halla en las sociedades políticas de todos los tiempos, abundantemente ilustrado por una gran cantidad de movimientos de masas en los que el sentimiento religioso no es determinante? La Iglesia no era la única que sus-

4. D. W. Robertson, «Frequency of Preaching in xiiith. Century. England», *Speculum* (1949), pp. 376-388; G. R. Owst, *Litterature and pulpit in Medieval England; a neglected chapter in the History of English Letters of the English People*, Cambridge, 1933; *Preaching of Medieval England. An introduction to sermon manuscripts of the period circa 1350-1450*, Nueva York, 1965.

5. *Journal de voyage de Michel de Montaigne en Italie, par la Suisse et l'Allemagne, en 1580 et 1581*, Club français du livre, París, 1954, pp. 181-185.

citaba esos entusiasmos y esas veneraciones colectivas en la Edad Media. El peregrinaje a la tumba de Thomas Becket inmediatamente después de su asesinato exaltaba más su valentía y sus acciones políticas que sus perfecciones cristianas: Becket fue un mártir asesinado al pie del altar por los familiares del rey, un héroe defensor de las libertades y un paladín de la resistencia al poder absoluto. Esa devoción ha atraído a Canterbury, durante siglos, a multitudes procedentes de todos los horizontes.[6]

Mucho tiempo después del asesinato en la catedral, y con un año de diferencia, dos ciudades inglesas fueron testigos durante meses de grandes movimientos de masas, rozando el motín, alrededor de las tumbas de rebeldes a la autoridad real. En Pontefract, en Yorkshire, sobre la tumba de Thomas de Lancaster, primo de Eduardo II, que fue ejecutado en 1322: «un gran buen hombre y santo ... e hizo muchos milagros en el lugar en el que fue decapitado» (Froissart). Los peregrinos acudían a su tumba, y rezaban y suplicaban en grupos tan numerosos que a veces había que lamentar «homicidios y heridas mortales»; y todo ello a pesar de la prohibición de la Iglesia, en ese caso del arzobispo de York, que veía en esas actividades signos de herejía y de irreverencia hacia los santos. Sin embargo, la imagen de Thomas de Lancaster fue colocada en la catedral de Londres en 1323 y era lo suficientemente importante como para concitar grandes devociones de fieles; cinco años más tarde, en 1328, un comerciante de la ciudad vendía una copa decorada con una figura de «santo Thomas de Lancaster». En Brístol, en 1323, las masas de devotos se amontonaban a los pies del patíbulo en el que permanecieron durante algún tiempo colgados los cuerpos de dos caballeros rebeldes: Henry de Montfort y Henry de Wylynton, condenados por traición y bandolerismo y posteriormente descuartizados: también en ese caso se produjeron peregrinajes y veneraciones.[7] Todo hombre notable, muerto como mártir de una causa, ya fuera hombre de bien, traidor o bandolero, eso importaba poco, podía suscitar fuertes movimientos de entusiasmo popular; generar plegarias fervientes; provocar milagros; y ser venerado como un santo. El peregrinaje, impulso espon-

6. A. K. Hieatt y C. B. Hieatt, *Geoffrey Chaucer's Canterbury Tales*, Nueva York, 1964; H. Cooper, *The Canterbury Tales*, Oxford, 1989; y para una peregrinación más frecuente en su época que la de Canterbury: J. C. Dickson, *The Shrine of our Lady of Walsingham*, Cambridge, 1956.

7. J. C. Cox, *The Sanctuaries and Sanctuary Seekers of Medieval England*, Londres, 1911.

táneo en forma de culto a la personalidad, no se puede atribuir en esos casos a la superstición religiosa.

¿No resulta como mínimo curioso burlarse de esas devociones medievales, de esas supersticiones embrutecedoras, mientras vemos cómo nuestros contemporáneos se toman el tiempo y la molestia de visitar (pagando dinero) la casa y el despacho, y de ver con sus propios ojos la pluma, el sofá y todos los objetos domésticos, de un autor venerado, desaparecido desde hace mucho tiempo? ¿O no hay acaso disputas por una reliquia de una estrella del *music-hall*? ¿O no desfilan miles de personas en silencio respetuoso ante el mausoleo o la simple losa funeraria de un «gran timonel», más o menos sanguinario? ¿Y no están acaso dispuestas a hacerlo de nuevo por otro héroe de nuestra civilización, un gran pensador, un hombre público que goce de una fama suficiente?

Debemos preguntarnos si es lícito atacar con toda tranquilidad ese culto a los santos y esas devociones populares por hombres y mujeres de quienes, en realidad, sabemos muy pocas cosas; algunos en muchos casos perfectamente desconocidos o inexistentes, insignificantes, hechos de leyendas inventadas pero, en todo caso, perfectamente inofensivos y cuya historia no puede despertar ni pasiones ni amargura. Y todo ello mientras que hoy en día nuestras sociedades políticas en distintos países de libertad y de tolerancia proclamadas se dedican a dar a las calles, a las avenidas y a las plazas, e incluso a edificios insignes, a institutos o a anfiteatros de universidad, o hasta a un aeropuerto, nombres de hombres públicos a la fuerza muy discutidos en su tiempo y, en muchos casos, de una triste mediocridad.

Milagros y signos del cielo: los temores del año mil

Otro signo de oscurantismo residiría en la creencia en los milagros, en los avisos del cielo, y en las profecías de los eremitas y hombres santos: supersticiones ridículas que dan testimonio de una época caduca que podemos mirar por encima del hombro. Pero olvidamos que la adivinación se desarrolló ampliamente en aquella época fuera del contexto cristiano e incluso contra las directrices de la Iglesia. Desde la Antigüedad, el estudio del curso de los astros y de sus conjunciones no había dejado de apasionar a adeptos convencidos. La fama de los astrólogos italianos, que muchos consideraban magos, fue especialmente

brillante en las cortes principescas de Francia a partir de principios del siglo XV.[8] Y, sobre todo, nos negamos a estudiarnos a nosotros mismos, a estudiar de una forma igualmente lúcida nuestro tiempo, y a examinar nuestra sociedad con algo más de modestia. No podemos burlarnos de esas creencias medievales y olvidar los éxitos extraordinarios que están teniendo actualmente todo tipo de videntes y lectores de la buenaventura, patentados y ampliamente consultados. Debemos interrogarnos también sobre la proliferación de los «doctores», de los faquires y de los morabitos en nuestras ciudades. Por otro lado, cada día, un gran número de periódicos de gran tirada o de emisoras de radio de audiencias nada despreciables ofrecen un horóscopo de pura fantasía abundantemente comentado; y eso sin mencionar el «boletín» (o más bien el espectáculo...) llamado «meteorológico» que, a partir de datos científicos ciertamente sólidos, y rivalizando en las invenciones más o menos burlescas y audaces en la manera de describir el avance de los anticiclones, se parece más a un número de cabaret, o a una sesión de ciencia adivinatoria, que a una exposición sobria de observaciones.

Historia de una invención

El encarnizamiento en la denuncia del oscurantismo y las supersticiones, y en su ilustración con anécdotas que nadie ha hallado jamás en los textos pero que cuadran perfectamente con el objetivo y que refuerzan claramente las convicciones previas, está en el origen de diversas imágenes que han falsificado gravemente la interpretación de los hechos y que han forjado verdaderas leyendas de las que se han nutrido generaciones enteras de lectores.

Es el caso de la leyenda de los *Temores del año mil*, repetida con complacencia en gran cantidad de libros y adornada de formas variadas: se habla de señales luminosas en el cielo y de otros signos misteriosos, de profecías y de cálculos eruditos sobre los años transcurridos desde la creación del mundo o el nacimiento de Cristo, de las infinitas referencias al Apocalipsis; y se narran también los pánicos colectivos, el miedo presente en todo momento de la vida, y se describe a los hom-

8. A. De Mets, *Les Médecins, astrologues, chirurgiens et lettrés à Paris pendant la guerre de Cent Ans ...*, Amberes, 1934; y J. Trevedy, «Fous, folles et astrologues à la cour de Bretagne», *Bulletin Archéologique du Finistère*, vol. XVIII, pp. 3-14.

bres abandonando sus trabajos y su techo para refugiarse en interminables plegarias. Todos hemos leído y recordamos esas anécdotas.

Sin embargo, esa leyenda no descansa sobre ningún testimonio: «Ningún documento de la época —acta oficial o crónica— menciona los espantos del inicio del segundo milenio».[9] Las únicas referencias que se citaron abundantemente sin esfuerzos de análisis son de una naturaleza muy distinta y forman parte de una literatura que no narra en absoluto hechos reales o acontecimientos vividos, sino solamente especulaciones intelectuales. Sus autores fueron clérigos que no deseaban nada más que presentar sus propias reflexiones filosóficas sobre el destino de la Cristiandad y del mundo; que no hacían más que dedicarse a exégesis, a análisis de los textos sagrados, a menudo excesivamente torturados: ofrecían predicciones y profecías que sólo les afectaban a ellos y que no se fundamentaban en ninguna observación real, en ningún testimonio de la época. Raúl Glaber, tan a menudo citado, escribió en 1048 desde una perspectiva muy particular: la de la interpretación de los signos y de los prodigios que anunciaban el fin del mundo, preocupaciones directamente inspiradas en el Apocalipsis de San Juan aunque compartidas solamente por un número muy reducido de personas, a quienes, con toda modestia, no duda en calificar de «hombres ingeniosos y de espíritu penetrante».

Raúl Glaber no habla ni de miedos colectivos ni de desesperaciones, y todavía menos de abandonos de las labores o de los talleres; habla simplemente de lluvias persistentes que le recuerdan el Diluvio y que sitúa, de hecho, no en el año mil sino en 1033, al cabo de mil años de la muerte de Cristo. Evidentemente, esa era una gran ocasión para mencionar el Apocalipsis: «Se creía que el orden de las estaciones y de los elementos que había reinado desde el principio de los siglos había regresado para siempre al caos y que se aproximaba el fin del mundo». Cuando escribe «se», sólo se refiere a él mismo. En esos desarreglos climáticos, sin duda pasajeros, y ciertamente no más catastróficos que tantos otros que, descritos por los hombres de todas las épocas, no habían dado lugar a ningún tipo de interpretación, Glaber quería ver avisos del cielo y presagios decisivos que se insertaban de un modo satisfactorio en sus profecías. Pero todo ello no es más que una pura construcción intelectual... [10]

9. J. Berlioz, «Les terreurs de l'an mille ont-elles vraiment existé?», *L'Histoire* (noviembre de 1990), con una bibliografía puesta al día.

10. *Ibid.*

En cuanto a los acontecimientos mismos, no sólo parece imposible describir a partir de los textos de la época esos miedos y pánicos, ni tan solo desórdenes y disturbios, sino que algunos historiadores serios destacan que, por el contrario, deberíamos reconocer en los tiempos que precedieron o sucedieron inmediatamente al año mil serios esfuerzos de ordenamiento social: la paz de Dios, la reforma de la Iglesia y la organización de las comunidades campesinas.

En resumen, Raúl Glaber y algunos otros «clérigos» menos conocidos son las únicas autoridades mencionadas por quienes quieren afirmar la existencia de esos grandes miedos. Sin embargo, ninguno de esos clérigos habla de esos temores; sólo les preocupaban las discusiones y las especulaciones intelectuales sobre la fecha del fin del mundo, y sólo citaban algunos signos, al fin y al cabo muy corrientes, que para ellos —y sólo para ellos— anunciaban su llegada. Por otro lado, no situaban esos signos meteorológicos normales, en absoluto milagrosos, en el año mil, sino claramente más tarde. No mencionaban miedos ni desconciertos populares y todavía menos movimientos de masas. Hoy en día, el historiador buscaría en vano un texto de la época que hablara de tales acontecimientos. Al contrario, algunos autores serios y más interesados por los documentos históricos que por los discursos literarios o filosóficos, ven en los decenios bisagra entre esos dos siglos un período de calma relativa y de esfuerzos para luchar contra las guerras, los disturbios y los desórdenes.

¿Quién se benefició de esas leyendas?

Todo lo referente a los terrores del año mil se inventó *a posteriori*, y se presentó durante generaciones y a un gran público como la narración de hechos reales, ilustrada con una serie de anécdotas imaginarias. Como todas las leyendas, esta también tiene una historia. La empresa servía naturalmente a un propósito muy determinado y se inscribía en una fuerte corriente intelectual de anticlericalismo y de descrédito general de la Edad Media. Los signos precursores aparecen en los escritos inconexos y dispersos de historiadores o enciclopedistas de los siglos XVII y XVIII, hombres de Iglesia a menudo —canónigos y monjes benedictinos en particular—, que denunciaban con vehemencia la «ignorancia y la barbarie de los fieles» de los tiempos medievales, cuyos responsables eran los malos predicadores, «gente ignorante y basta». Esos ataques respondían a un proceso «reformador» de la Iglesia que,

en determinados medios eclesiásticos, gozaba de numerosos apoyos y simpatías. Todo lleva a pensar que, para apoyar e ilustrar sus críticas, esos reformadores acreditaron la historia de los pánicos del año mil, que condenaron de la misma forma con que lo hicieron para todos los demás signos de barbarie; las fiestas de los locos, las danzas religiosas, las zarabandas en los cementerios y los carnavales irrespetuosos.

Las imágenes de esos miedos colectivos, todas inventadas, fueron recuperadas, adornadas y comentadas ampliamente por los «filósofos» de antes y durante la Revolución de 1789. Esos escritores, sin duda muy oscuros, se dedicaron a animar, sobre todo en Francia y en Inglaterra, un movimiento violentamente antirreligioso. No se trataba solamente de hacer a la Iglesia romana culpable de embrutecer a los hombres y de propagar cuidadosamente el oscurantismo en el pueblo, sino que también se la acusaba de incitar a los nobles, a los burgueses y a los campesinos a dar sus bienes a las iglesias y a los conventos mediante subterfugios indignos. Los autores implicados en ese combate no atacaban solamente a los falsos predicadores, sino que acusaban a todo el clero de haber forjado, poco antes del año mil, la idea de la proximidad del fin del mundo con el fin de convencer a los fieles de que rezasen más, de que lavaran sus pecados, y de que se desembarazaran de sus bienes terrenales mediante grandes donaciones a los monasterios. Un panfleto anónimo, publicado exactamente en 1789 y titulado *Le Diable dans l'eau bénite ou l'iniquité retombant sur elle-même*, pretendía demostrar hasta sus mínimos detalles el mecanismo psicológico creado por los religiosos de todo tipo para asustar a la población y provocar esos movimientos de pánico. Esos satélites de Satán se habían «ganado la confianza del pueblo mediante su conducta zalamera y mediante el fanatismo crédulo que insinuaban en las almas»; sólo pensaban en convencer a los hombres, «convertidos en fanáticos hasta la estupidez», de que sus pecados sólo se podían redimir mediante el abandono de sus bienes perecederos. «Basándose en el idiotismo de esa moral, obtuvieron dones inmensos.»[11]

Esas explicaciones, bastante bien presentadas, se recuperaron naturalmente en 1791 en el momento de la confiscación de los bienes del clero que, según se decía sin ningún pudor, permitiría finalmente devolver todas esas tierras «al pueblo» (?) que había sido desposeído mediante «una supercheria innoble». De ese modo, y en uno de sus aspec-

11. Citado por J. Dumont, *La Révolution ...*, pp. 183-184.

tos como mínimo, el montaje creado y afinado por los propagandistas de la Revolución —en este caso la insistencia en hacer creer que los pánicos del año mil existieron realmente— debía simplemente justificar una vasta operación financiera en beneficio, al cabo de unos años, de los acaparadores de los bienes convertidos en «nacionales». A partir del momento en que se proporcionó la demostración de que los clérigos y los monjes se habían enriquecido mediante diversos procedimientos indignos, y mediante maquinaciones y supercherías infames, recuperar esos bienes suponía simplemente hacer justicia. No se trataba ya de una expoliación o de un abuso de autoridad, sino de una restitución que los magistrados y financieros de la Revolución podían emprender con la conciencia tranquila, puesto que la moral la aprobaba.

Más adelante, la evocación del año mil, de las desesperaciones de los hombres abrumados a la espera del fin del mundo y del Juicio Final, de los grandes movimientos de masas en forma de plegarias, y de los pánicos que mantenían con sus sermones los predicadores que hablaban sin cesar de los últimos días, fueron leyendas que se acogieron muy favorablemente por parte del movimiento romántico. Esas descripciones apocalípticas hallaron sus más bellas y más densas expresiones en los escritos de los historiadores de esa época, de los años 1830-1850. En seguida, numerosos autores recogieron esas leyendas y las convirtieron en un tema familiar para el gran público, garantizándoles así un gran éxito. Los relatos se enriquecían con invenciones maravillosas y sobre todo con imágenes inspiradas en un miserabilismo exagerado: Michelet no podía quedarse atrás y fue uno de los propagandistas más entusiastas de la leyenda negra: «ese fin del mundo tan triste resumía la esperanza y el espanto de la Edad Media ... He aquí la imagen de ese mundo pobre sin esperanza tras tantas ruinas ... el siervo aguardaba en su surco, a la sombra de la odiosa torre» (*Histoire de France*, 1833). Y el novelista Eugène Sue escribía unos veinte años más tarde: una «época fijada por la pérfida codicia de la Iglesia católica como el término asignado a la duración del mundo. Gracias a esa hipocresía infame ... el clero extorsionó los bienes de un gran número de señores francos y de hombres nobles más embrutecidos por la religión que bandidos y feroces» (*Les Mystères du Peuple*, 1856). Aquí aparecen claramente todos los elementos: los señores feudales más embrutecidos que brutales, y los monjes como responsables de todo.[12]

12. J. Berlioz, «*Les terreurs* ...».

En esa época, y durante generaciones, esas pamplinas no hacían reír. Al contrario, se aportaron todo tipo de afirmaciones rocambolescas, ilustradas con bellas anécdotas, para la edificación de los electores y para la educación de los niños. El *Dictionnaire Universel Larousse* de 1876 las adoptó sin matices; y los manuales escolares y los libros para el reparto de premios en la escuela también... Luego llegaron, a principios de nuestro siglo, las obras de gran propaganda, herramientas de la lucha psicológica, en el momento de los ataques contra las congregaciones y de la separación entre la Iglesia y el Estado.

¿En qué punto estamos actualmente? Para el lector —aunque sea poco atento— capaz de no confundir la Historia con los relatos fabulosos o de adoctrinamiento, parece claro que todo debe revisarse. La leyenda no se sostiene y esos temores no existieron jamás. Los errores, o más bien las maquinaciones, se denunciaron muy tempranamente, desde los años 1870, y posteriormente fueron constantemente rectificados durante aproximadamente medio siglo gracias a obras sólidas. Sus autores no se contentaban con aportar pruebas de la ausencia de tales pánicos; además pusieron en evidencia la ingenuidad de los románticos y el trabajo de los propagandistas activos en el combate político. Esa crítica se reemprendió posteriormente por parte de historiadores eminentes que publicaron trabajos de gran aceptación: Ferdinand Lot en 1947, Émile Pognon también en 1947 mediante una colección de textos, y Henri Focillon en 1952. Desde entonces, no ha habido un solo especialista de ese período o, de un modo más general, de la historia de la Iglesia, que por lo menos en Francia no haya desarrollado ese análisis y contribuido a una total refutación del mito.[13] Y sin embargo, la imagen de los terrores del año mil todavía se impone corrientemente en muchas memorias.

13. *Ibid.* y C. Amalvi, «Du bon usage des terreurs de l'an mille», *L'Histoire* (noviembre de 1990), pp. 10-15.

2. LIBERTINOS Y DEPRAVADOS: LA PAPISA JUANA

Además de culpable de embrutecer voluntariamente al pueblo sometido a sus enseñanzas y a sus tabúes, el clero medieval fue también culpable, según una tradición historiográfica sólidamente arraigada, de haber traicionado los propios preceptos de su religión; de llevar una vida indigna —libertina a veces—, de acumular riquezas, de pervertir a la sociedad laica y al pueblo virtuoso por naturaleza, ya fuera mediante tristes ejemplos, o utilizando todo tipo de maniobras y de intrigas: monjes glotones y monjes lascivos que vivían de la credulidad del pueblo, engañando a todo el mundo...

Ese cuadro apareció sin duda en una fecha muy temprana, desde el momento en que se desarrolló, ya en la Edad Media, una literatura satírica bajo la forma sobre todo de *fabliaux* y de sátiras. Los monjes, y secundariamente las monjas, aunque menos a menudo, se describían por lo general como individuos astutos y sin escrúpulos, como héroes de sórdidas aventuras. Pero en aquella época la intención y las críticas se mantenían dentro de ciertos límites y respondían al género deseado y esperado en esas farsas, que también atacaban, utilizando los mismos registros y de un modo igualmente vivo, a los burgueses y a los mercaderes, a los caballeros, a los campesinos sobre todo, a los médicos y a los barberos; y también, naturalmente, a los usureros y a los judíos. El tono de esas farsas se mantenía dentro de los límites propios del género y no alcanzaba el nivel de la denuncia vengativa.

Pero no todos los censores de la época hablaban solamente en nombre de la modestia y de la pureza de costumbres. El papado se había ganado durante mucho tiempo un gran número de enemigos por distintas razones que, a menudo, tenían que ver con rivalidades y con conflictos de influencia. En Italia —en los tiempos del papado de Aviñón— los tribunos de la política y de la fe ponían constantemente el grito en el

cielo y fustigaban a ese papado eminentemente francés que, a causa de su exilio, privaba a Roma de una parte importante de su prestigio, de su poder y de sus ingresos. No hallaban palabras suficientemente duras para denunciar esa «cautividad de Babilonia», acusada de todos los vicios. Cola di Rienzo, Petrarca y Catalina de Siena, ésta sobre todo con una energía sorprendente y a veces hasta medio histérica, unían sus voces en un concierto de imprecaciones. Luego vinieron las ambigüedades y las incertidumbres del gran Cisma, las pretensiones de independencia de las iglesias nacionales (galicanismo, anglicanismo) y, sobre todo, la grave crisis conciliar que puso en entredicho el poder de la Santa Sede. Los papas salieron victoriosos de ese conflicto (tras los concilios de Constanza y luego de Basilea) e incluso lograron reconstruir, durante un tiempo, la unidad con la Iglesia de Oriente, aunque no sin esfuerzos y sin críticas constantes.

En la época más agitada por los conflictos, todos los viejos escándalos, a menudo amañados o inventados, y algunos ya algo olvidados, se pusieron de nuevo de moda.

De ese modo volvió a escena, y con promesas de obtener un gran éxito gracias a los cuidados de publicistas de segunda fila, la famosa superchería de la papisa Juana, un buen ejemplo de las elucubraciones, ridículas y pueriles, acerca de la depravación que caracterizó al papado lejos de Roma.

La historia de su fabricación y sobre todo su reedición en distintos momentos es muy conocida. Los primeros relatos de esa aventura aparecieron en el siglo XIII, bajo la pluma de un clérigo bastante oscuro llamado Martín Polonio que nadie puede identificar realmente ni situar en una determinada corriente de alianzas u opciones. Recuperada por Petrarca y por Boccaccio (otra vez ellos...), la leyenda de la papisa Juana, de sus audacias y de sus desgracias, conoció sobre todo un gran éxito a partir de los años 1520 gracias a las obras de escritores protestantes que alimentaron con ella distintos libelos o que ilustraron con ella sus historias serias de la Iglesia, pretendiendo aportar evidentemente anécdotas reales.

Al principio, los autores se contentaban simplemente con mencionar a una mujer, llamada Juana, que, haciéndose pasar por un hombre con el apodo de Juan el Inglés, habría ocupado el trono pontifical tras la muerte de León IV en julio del año 855. Esa impostura duró dos años..., lo cual desmiente, evidentemente, la cronología de los soberanos pontífices, perfectamente establecida, que indica claramente que la

elección de Benedicto III, sucesor de León, se produjo apenas pasadas unas semanas desde el fallecimiento de este último.

Esas historias de la papisa se enriquecieron con un gran número de episodios que respondían a las expectativas de los lectores aficionados a los escándalos: intrigas enmarañadas, sorpresas y disimulos, amores culpables, exilios, blasfemias y venganzas; y todo ello adornado profusamente sobre un fondo de ambiciones desenfrenadas, de intolerancias, de traiciones y de maniobras oscuras.

Tal como se nos presenta en las últimas versiones, las que se elaboraron en el siglo XIX, la historia se resume esencialmente en las aventuras rocambolescas de una mujer llamada Juana, originaria esta vez de Maguncia que, travestida en hombre, consiguió que la eligieran papa y adoptó el nombre de Juan VIII. Focio, «patriarca de Constantinopla, sostenido por guerreros francos y germanos», asedió entonces Roma, tomó la ciudad, descubrió que Juana era una mujer, la desenmascaró, la hizo destituir por un «concilio de los obispos», y finalmente la hizo encarcelar. Poco tiempo después llegó el emperador Luis II, nieto de Carlomagno (?), que la liberó y la restituyó en el trono de san Pedro. Luego se produjo un nuevo conflicto; fue de nuevo expulsada para dejar su lugar a otro papa, Nicolás I... que no duró mucho tiempo; Juana regresó, y luego nos perdemos en los meandros, vueltas y revueltas de ese asunto sórdido.

Además, sobre esa trama ya muy complicada, se añadió otra, también fruto de la pura fantasía, cuyos inventores, tan fecundos como los primeros, tenían en la cabeza evidentemente las desgracias de Roma tras el saqueo de 1527. De la entrevista de Juana con Focio había nacido un hijo varón que fue recogido por un tal Pomerand, servidor fiel, también de Maguncia, que lo educó como si fuera su propio hijo y que le dio su nombre. Ese «bastardo de la papisa», el joven Pomerand, supo de boca de su madre, durante un encuentro en Alemania, sobre el secreto de su nacimiento; se dirigió a Roma pero fue rechazado, atacado y expulsado, y tuvo que sufrir humillaciones insoportables. Juró vengarse y de entrada «escribió la historia de su vida para que sirviera de ejemplo a sus sobrinos y para legar a su posteridad el cumplimiento de esa venganza». Pero, según prosigue el autor anónimo de uno de esos bellos relatos históricos, publicado en 1878 bajo la forma de libro para el reparto de premios a los alumnos meritorios de nuestros colegios,[14] «hi-

14. *Le Bâtard de la Papesse*, obra anónima, París, 1878, p. 209.

cieron falta siete siglos para que la obra de su padre adoptivo (?) se realizara, cuando un sucesor de Archambault, el condestable de Borbón, llevó a cabo el saqueo de Roma con la ayuda de un Pomerand y de los ejércitos alemanes». Archambault era uno de los condes de Saboya... Del Pomerand capitán del condestable no hay ningún rastro... De ese modo se podían explicar, y justificar quizá, los horrores del saqueo de Roma.

Ese autor no se quedó ahí. Eso no era más que un «prólogo» de una novela, una obra de pura ficción en la que, según reconoce el autor, todo es inventado. En definitiva, se trata de aproximadamente ochocientas páginas de una verdadera historia de capa y espada, de intrigas sórdidas desbaratadas por héroes de corazón valiente, en las que aparecen en escena y luego se retiran sin ninguna razón aparente numerosísimos personajes célebres: papas, reyes de Francia, el emperador Carlos V, Borbón y Sforza, el cardenal Chigi, Aretino y Benvenuto Cellini, además de un gran número de cortesanos. El héroe, de alma pura y de espada vengativa, siempre es un Pomerand, evidentemente enderezador de entuertos. Ese fantástico folletín, con una cantidad asombrosa de ingenuidades y disparates, escrito además con un estilo poco hábil y redundante, sitúa todos los episodios en un lapso de tiempo muy breve, que va de 1523 a la masacre de San Bartolomé. Todo queda vinculado.

3. LOS COMBATES MALINTENCIONADOS

LOS ALBIGENSES. ENSAYO DE ANÁLISIS POLÍTICO Y SOCIAL

La Iglesia, en la Edad Media sobre todo, perseguía con un odio feroz a los herejes, y nuestros manuales no se olvidan de recordar —como ejemplo significativo entre todos— los horrores de la cruzada contra los albigenses; las masacres, las investigaciones y las condenas. No sin razón, sin duda, y no pretendemos aquí minimizar esos horrores escandalosos ni establecer balances o distintos grados de violencia; y tampoco intentamos repartir la culpabilidad, ni pretendemos emprender un análisis —del tipo que sea, sociológico o psicológico, o si se prefiere antropológico— de esos desencadenamientos de crueldades. Los hechos están ahí, probados, y cubrirse la cara sólo sería un acto de hipocresía. Sin embargo, siempre me sorprende, incluso al leer obras serias y relativamente objetivas, observar cómo esa cruzada se interpreta de un modo tan unilateral y con tanta estrechez de miras; como si sólo fuera el resultado de la persecución de una herejía, es decir, una guerra de religión. En ese caso, todas las decisiones procederían de Roma y de los obispos o de los religiosos dominicos. Y ello supone reducir la empresa militar a un marco muy reducido y ocultar lo que quizá fue lo principal.

Es evidente que en la interpretación más corriente de la cruzada contra los albigenses faltan dos factores esenciales, que de inmediato dan al análisis otra dimensión.

Las guerras de conquista: Toulouse y Nápoles

¿Por qué debemos callar el hecho político? ¿Hay que olvidar que esa expedición, punitiva sin duda pero también de conquista, no fue de ningún modo un accidente aislado, únicamente provocado por el deseo

de derribar una nueva Iglesia, sino que por el contrario se inserta de un modo muy lógico dentro de un enorme programa de anexiones territoriales no disimuladas? Dirigida por los reyes de Francia, ya fuera mediante intermediarios o directamente, pero con una extraña perseverancia, esa conquista se produjo en un momento en que la familia capeta, finalmente victoriosa en el flanco oeste de su reino, se lanzó al asalto de las regiones del sur con gran cantidad de maniobras dinásticas o religiosas. En el caso del Languedoc, el resultado más visible de la cruzada fue la simple anexión del condado de Toulouse al reino de Francia en la persona de Alfonso de Poitiers, hermano de Luis IX. Otro hermano del rey, Carlos de Anjou, se instaló en Provenza y mediante una dura campaña militar tomó el reino de Nápoles, en cuya empresa le ayudó el papa francés Urbano IV (nacido en Troyes, canónigo de Laon, luego obispo de Verdún y nombrado patriarca de Jerusalén en 1255). Ese papa originario de Champagne puso su autoridad y sus reservas financieras al servicio de los franceses, proclamando y apoyando una cruzada contra los hijos del emperador Federico II, Manfredo y Conrado, herederos indiscutibles del reino de Nápoles. Así pues, y aunque con dos o tres decenios de intervalo, a la cruzada religiosa contra los albigenses para la conquista de una parte del Languedoc sucedió otra cruzada —igualmente decidida por Roma— para la conquista de Nápoles y de Sicilia.

Esas dos empresas no se diferencian en mucho. La de Italia también se colocó bajo el signo del favor divino y las victorias fueron celebradas como dones de Dios, como si fueran milagros. El feliz éxito de Benevento (1266) contra los alemanes de Manfredo y sus partidarios se celebró durante mucho tiempo; san Genaro, obispo mártir de Benevento (fallecido en el año 305), se convirtió en el patrón de ese Nápoles conquistado por los capetos, y en el día de su fiesta, el 19 de septiembre, la ciudad cantó sus acciones de gracias con grandes procesiones. Carlos II, hijo del conquistador, consagró en el corazón de la ciudad el monasterio de Santa Maria de Realvalle en conmemoración de esa victoria de Benevento que garantizó el éxito de la dinastía; su sucesor, Roberto, donó a la catedral un magnífico relicario de plata y oro para san Genaro, obra de dos orfebres franceses, Godofredo y Guillermo de Vézelay (1304-1306). Ese mismo Roberto y el papa francés de Aviñón, Juan XXII, ofrecieron uno tras otro un tisú de oro para la capilla (1318 y 1331), que se convirtió en un lugar de grandes peregrinaciones. En la misma época, los reyes angevinos aseguraron en su capital un lugar

preponderante a los franciscanos que tanto habían hecho por ellos durante la conquista del reino de Nápoles; hicieron construir o embellecer su iglesia de San Lorenzo Maggiore, donde se colocaron los primeros monumentos funerarios de la familia, la iglesia de Sant'Eligio, y luego la de Santa Clara y el convento de las clarisas.[15]

También es interesante recordar que, en ocasión de esa cruzada contra Nápoles, los ejércitos franceses, seguros de su derecho, llevaron a cabo atrocidades tan grandes como las que se habían producido anteriormente contra los albigenses. Al día siguiente de su victoria en Tagliacozzo (1268), los caballeros y soldados de a pie consiguieron alcanzar al joven príncipe alemán Conrado, de dieciséis años, y lo masacraron, a él y a numerosos nobles de su séquito, allí donde les hallaron. Esa bajeza, una acción estrictamente política que tenía por objetivo la exterminación de la dinastía rival y de su clientela más próxima, se escudó tras el pretexto del servicio a Dios y de la defensa de la Iglesia. La cruzada era una guerra «justa» y «buena». Las llamadas y palabras de ánimo del sumo pontífice se invocaron en todo momento. Los caballeros franceses y sus aliados hacían alarde de tener la conciencia limpia. Sus grandes hechos de armas fueron celebrados por ese papado sometido a la dinastía capeta y fueron cantados por los trovadores y por los pintores; en una casa de los hospitalarios, en Pernes-les-Fontaines, una serie de pinturas murales realizadas en el mismo momento de la conquista (1285) reproducen la leyenda de Guillermo de Orange y varias escenas de la vida de Carlos de Anjou, acompañados por figuras de la Virgen y de san Cristóbal llevando a Cristo. Se trata de una obra de pura propaganda al servicio de esa guerra de Francia contra el imperio por el dominio del reino de Nápoles. Como ocurrió en el caso de los albigenses, el enemigo era a la fuerza hereje. Aunque la expedición no podía de ningún modo invocar la existencia de una corriente religiosa marginal ni el mínimo intento de desobediencia dogmática respecto a Roma, los alemanes y sus partidarios italianos, los gibelinos, fueron acusados de herejía y fueron perseguidos como tales. En Nápoles, Carlos II, rey devoto, muy próximo al movimiento «espiritual» de los franciscanos y gran constructor de iglesias, instaló a los dominicos en un gran convento dedicado a san Pedro Mártir; ahora bien, esa dedicación atestigua una voluntad, puesto que ese Pietro di Verona, fallecido en 1252, fue santificado —por haber luchado tan vigorosamente contra la

15. E. G. Léonard, *Les Angevins de Naples*, París, 1954.

herejía— precisamente por el papa Inocencio IV, quien excomulgó al emperador Federico II y el primero que emprendió la tarea de desposeer a sus descendientes de la herencia napolitana. Y aún es más significativo el hecho de que ese convento se construyera (entre 1294 y 1301) gracias a los bienes confiscados a los «herejes», es decir, a los caballeros que habían combatido en el otro bando.

Tanto en Nápoles como en Toulouse, la conquista se revistió de legitimidad; el príncipe ambicioso no se podía lanzar a la aventura sin una garantía moral, por lo que afirmó ponerse al servicio de la Iglesia y utilizó el pretexto de la defensa de la verdadera fe.

La cruzada contra los albigenses, una convulsión grave y dramática en la historia de Francia, obtiene como es natural una mayor atención por parte de los historiadores que la guerra de Nápoles. Muchos de ellos han puesto una especie de pasión en la evocación de esos hechos, lo cual se comprende fácilmente. Sin embargo, ignorar completamente las ambiciones conquistadoras de la monarquía capeta y las de los señores del norte de Francia, en su búsqueda de feudos y tierras, supone encerrarse en una visión demasiado estrecha. Los reyes de Francia fueron en ese caso la parte asaltante, los instigadores y los actores principales. Si Felipe Augusto no tomó las armas personalmente, ello se debió a que el conflicto que le oponía al papa, a causa de la repudiación de Isemburg de Dinamarca, y la amenaza de excomunión que pesaba sobre él lo mantenían a la fuerza apartado de cualquier cruzada. Sin embargo, no puso ningún obstáculo a la partida de los caballeros de Île-de-France, sus vasallos directos; todo lo contrario. Su hijo Luis VIII dirigió personalmente el segundo asalto, el decisivo. La película de los acontecimientos muestra que el espíritu de conquista y de dominación política estuvo siempre en el corazón de los dirigentes: su objetivo era anexionarse feudos, reducir a los señores del sur a la obediencia y destruir todo tipo de autonomía. Cuando el rey tomó Aviñón, en 1226, su primera acción consistió en asegurarse el dominio absoluto de la ciudad contra las veleidades de independencia o de insumisión de los nobles; mandó rellenar los fosos, derribar las murallas, y destruir (según precisa el cronista) más de trescientas torres adyacentes a los palacios de las grandes familias. En definitiva, una vasta empresa de acondicionamiento que, en este caso, no se justificaba en absoluto por la lucha contra la herejía.[16]

16. *Gesta et chronica ... Ludovici VIII ... (Recueil des Historiens des Gaules et de la France*, vol. 17), 1878.

¿Por qué han quedado por lo general silenciados los aspectos políticos de esa triste cruzada? ¿Quizá porque, desde hace siglos, a los historiadores franceses les ha repugnado ofrecer una mala imagen de toda acción destinada a ampliar el «pré carré» de los capetos?

El norte contra el sur

Esa evocación del peso político de la cruzada no lleva de ningún modo a rehabilitar ni a justificar, y todavía menos a minimizar, las atrocidades y crueldades. El Languedoc del condado de Toulouse sufrió terriblemente a causa de esa convulsión de los bárbaros extranjeros, a menudo saqueadores y asesinos. Pero ¿por qué incriminar de entrada y sobre todo a los hombres de Iglesia? ¿Por qué esa deshonestidad a la hora de retener acontecimientos completamente inventados? La propaganda anticatólica presenta numerosas imágenes fruto de la pura fantasía. Una de ellas se refiere, naturalmente, al saqueo de Béziers por parte de los soldados de a pie, seguidores más bien que combatientes (el 22 de julio de 1209). Los hechos están demostrados; pero ¿hacía falta acusar, mediante una operación de puro «montaje», al legado Arnaud de Citeaux, y poner en su boca la frase tan famosa de «Matadlos a todos; Dios reconocerá a los suyos»? Se trata de una frase atroz que jamás fue pronunciada, todo lo contrario... Pero esas palabras se repiten en todas partes, y los manuales o las enciclopedias las reproducen sin ninguna duda apócrifa: el lema está bien arraigado, y sin duda todavía por mucho tiempo...

Dejando incluso a un lado la sed de conquistas, parece evidente que toda guerra de secesión como ésta engendra violencias inauditas. Hay que tener en cuenta el choque dramático de dos pueblos; la incomprensión y la hostilidad latente —sin hablar de la envidia que suscitaba entre la gente del norte una civilización sin duda más brillante— eran suficientes para provocar y luego mantener el deseo de combatir y de destruir. Esos antagonismos y violencias entre vecinos se han producido en todas las épocas.

¿Qué suerte esperaba a los enemigos vencidos de los ejércitos de Atenas? ¿Por qué los libros que cantan las virtudes de las ciudades de Italia en la Edad Media no mencionan por lo general las masacres y las destrucciones sistemáticas de casas, huertos y viñas, perpetuadas por las tropas de las ciudades «comunales» contra las ciudades vecinas o contra sus propios ciudadanos, miembros desdichados de un partido contrario?

¿Quién puede invocar un fanatismo religioso y una responsabilidad de la Iglesia en esas luchas inexpiables, proseguidas de generación en generación hasta alcanzar la ruina completa del adversario? Roma, los obispos y los religiosos predicaban en vano la paz, reconciliaban a las familias y a las facciones enemigas, les imponían solemnes ceremonias de perdón; pero las querellas se volvían a avivar inmediatamente.

¿Podemos hablar solamente de religión, de intolerancia y de persecución de herejes al explicar otros desencadenamientos de crueldad ocurridos en épocas posteriores, en nuestras sociedades «modernas», y que algunos autores tratan muy ligeramente? Nos referimos por ejemplo a las exacciones, pillajes y masacres por parte de los ejércitos franceses durante la campaña del Palatinado (1689); al terror revolucionario en París y en las provincias de Francia (1789-1794); al genocidio de la Vendée; y las represalias indecentes y asesinas tras la guerra de Secesión en los Estados Unidos, parangón de las virtudes cívicas. El culto a la ciudad o al Estado, y todavía más el espíritu de partido, así como las ideologías inspiradas por la búsqueda de la felicidad de la humanidad —sobre todo las que utilizaban como pretexto el establecimiento de una justicia social—, fueron infinitamente más asesinos que la cruzada de los albigenses en cuanto que provocaron enfrentamientos políticos.

Evidentemente, ello no explica ni justifica nada; en absoluto. Pero dejemos de citar esa guerra albigense —una guerra política y de secesión tanto como cruzada contra una religión condenada— como un drama provocado únicamente por la intransigencia de la Iglesia e ilustrado por atrocidades sin par; dejemos de minimizar el apetito de los príncipes y los aventureros del norte, los odios y los antagonismos entre pueblos todavía extraños entre sí; dejemos de silenciar la natural locura asesina de los combatientes tras los asaltos; y dejemos de incriminar sólo a la Iglesia, a la Iglesia de esencia «medieval». Las verdaderas guerras de religión, entre católicos y protestantes, o entre protestantes entre sí como ocurrió en Ginebra o en algunos casos en el imperio, se sitúan en el período que calificamos de moderno, iluminado por las luces del Renacimiento.

La Inquisición: exageraciones y olvidos

Según la literatura histórica del siglo XIX e incluso la de hoy en día, la Inquisición habría marcado con una mácula indeleble las páginas más negras de nuestro pasado. Las imágenes siniestras de ese monstruo

alimentado para perseguir a los cátaros; de ese mecanismo infame y tan experimentado; y de esos poderes exorbitantes concedidos a hombres crueles, insensibles a la piedad y a la razón, parecen tener siete vidas como los gatos. Esos cuadros pueblan el inconsciente colectivo del cristiano, que se siente algo responsable de ellos y que querría expiarlos; en todo caso, recuerda y denuncia esos crímenes en todo momento y en cualquier contexto.

Un autor mediocre pero quizá muy leído escribió, exactamente en 1878, que ese monstruo horrible todavía hacía estragos alrededor de los años 1830, con el mismo encarnizamiento por mandar a pobres inocentes al suplicio: «La justicia de la Inquisición era tan cruel como expeditiva, a juzgar por el número de víctimas que quemaba cada día». ¡Cada día! ¿Por qué? ¿Y dónde? Pero el porqué y el dónde son sólo detalles sin importancia... Bastaba con clavar el clavo. Tales camelos, sacados del repertorio de los viejos santurrones jacobinos, no sólo florecían en los panfletos de la antirreligión o en los libros baratos para lectores ansiosos de sensaciones fuertes. No se ofrecieron al azar o por accidente, sino de la forma más corriente, y durante generaciones, a los alumnos de la enseñanza básica laica, y en todos los cursos. Desde la promulgación de las leyes de Jules Ferry, esa era una de las llamas que siempre se mantuvieron vivas en el combate cívico. Una simple ojeada a los manuales de los años 1880-1890 nos dará una idea de esas exageraciones: «En 1244 doscientos cinco herejes fueron quemados a la vez en la pequeña ciudad de Montségur ... en 1328 centenares de herejes fueron emparedados en una cueva cercana a Foix donde murieron de hambre; la Inquisición, extendiendo el terror por todas partes e impidiendo a los hombres pensar, funcionó durante varios siglos en los países católicos (España, Francia)» (Aulard y Debidoux: curso medio). «El acusado no tenía defensor. La Inquisición destruyó todo pensamiento libre en el sur de Francia y se cobró innumerables víctimas en el siglo XII (*sic*)» (los mismos autores: curso superior). «Las penas eran atroces, la tortura, el emparedamiento perpetuo, la hoguera; la libertad de pensamiento fue aplastada por el peso de los cadáveres de innumerables víctimas» (Guiot y Mane: curso superior).[17] Incluso antes de existir, en el siglo XII, ese monstruo clerical ya torturaba y quemaba a hombres y mujeres culpables solamente de haber querido pensar, y ese

17. Todo lo que precede, citado por: J. Guiraud, *Histoire partielle ...*, p. 303, e *Introduction* del capítulo sobre la Inquisición.

es sin duda su crimen más abominable a los ojos de esos autores, pedagogos y especialistas del adoctrinamiento de los niños. No hay nada más condenable que los ataques contra la libertad de pensamiento... ¿Es inoportuno preguntarse si esos redactores de manuales, a sueldo del Estado y de una corriente de opinión determinada, se cuestionaron si el aporreamiento intelectual, el terrorismo cultural impuesto por sus libros y por los maestros que los citaban, dejaban a los alumnos la facultad de pensar sanamente y de elegir sus propias opiniones?

Las persecuciones y condenas no ofrecen ninguna duda. Pertenecen a la historia de esa dura conquista de los bienes y de los espíritus que se abatió de un modo tan severo, y a veces tan cruel, sobre las regiones del sur. Sin embargo, la Historia no se hace de la evocación de imágenes monstruosas. La Inquisición, su establecimiento y su organización, sus procesos y sus sentencias, exigían evidentemente un estudio minucioso. Ello se llevó a cabo de un modo ejemplar,[18] pero al parecer en vano puesto que los mismos cuadros y los mismos temas siguen reapareciendo regularmente; sobre todo, se olvidan con facilidad determinados aspectos de esa acción represiva, que sin embargo son importantes.

Las conclusiones de estudios recientes aportan muchos elementos nuevos.[19] No sólo completan un análisis a menudo reducido a simples trazos y demuestran, por ejemplo, que los dominicos cedieron el paso en muchas ocasiones a los obispos, que generalmente fueron los responsables. No sólo afirman que el número de los ajusticiados era muy inferior a las cifras que generalmente se habían ofrecido y, en todo caso, muy inferior al de las ejecuciones y asesinatos perpetrados durante otros grandes dramas de nuestra historia —citados de un modo discreto por los mismos autores, que, en esos casos, sí encuentran muchos argumentos para explicar, matizar y justificar determinados hechos. También, y sobre todo, han intentado llevar a cabo un análisis

18. C. Molinier, *L'Inquisition dans le midi de la France aux XIII^e et XIV^e siècles*, París, 1880; C. Douais, «Les sources de l'Inquisition dans le midi de la France au XIII^e et au XIV^e siècle», *Revue des Questions Historiques* (1881), pp. 383-459; J.-M. Vidal, *Le Tribunal de l'Inquisition de Pamiers*, Toulouse, 1906.

19. Y. Dossat, *Les Crises de l'Inquisition toulousaine au XIII^e siècle (1233-1273)*, Burdeos, 1959; J. Duvernoy, ed., *Registre d'Inquisition de Jacques Fournier*, 3 vols., Toulouse, 1965; J. H. Mundy, *The repression of Catharism at Toulouse. The royal Diploma of 1279*, Londres, 1985; G. Heeningsen y J. Tedeschi, *The Inquisition in early modern Europe*, Northern Illinois University Press, 1986; A. Dondaine, *Les Héresies et l'Inquisition aux XII^e-XIII^e siècles, documents et études*, Y. Dossat, ed., 1990.

preciso de las estructuras de la institución, de los procesos, de las prácticas y de las condenas, sin referirse exclusivamente a las crónicas o a las canciones que son a la fuerza y naturalmente vengativas, y estudiando los manuales de los inquisidores y las actas de los tribunales. Todo ello lleva a conclusiones más matizadas de las que se han propuesto generalmente.

Los manuales de los inquisidores predican la moderación en la forma de tratar a los prisioneros y sospechosos, y el rigor en la instrucción de los procesos. El manual del dominico Bernardo Gui, inquisidor de Toulouse entre 1307 y 1323, aconseja sobre todo la firmeza y pide que los jueces sean incorruptibles («... no dejarse emocionar por las plegarias o los dones ...»), pero también dice que esos jueces deben saber escuchar, discutir, sopesar los pros y los contras, y mostrarse abiertos a la duda en los casos difíciles: «Que el amor por la verdad y la piedad, que deben siempre estar en el corazón del juez, lo iluminen sin cesar. Entonces sus sentencias no podrán parecer el resultado de la codicia o de una crueldad perversa».

Por otro lado, sabemos perfectamente que los anatemas, las persecuciones religiosas, y las actitudes brutales o insidiosas para obtener confesiones o conversiones forzadas existieron en todos los tiempos y no se terminaron en absoluto una vez finalizada la Edad Media. ¿Quién no se extrañaría ante las condenas severas de nuestros libros de historia —desde los manuales de clase a los libros escritos para llenar nuestros momentos de ocio— contra esas crueldades insoportables de la Iglesia medieval, mientras que un velo púdico cubre los tiempos de la Reforma? Es cierto que se han denunciado los horrores de los combates o de las venganzas y represalias, pero no los de las condenas sistemáticas por pensar de un modo equivocado. ¿Quién menciona en los gruesos libros para el uso de nuestros escolares las brujas de Salem libradas a un tribunal de puritanos histéricos y luego entregadas a las llamas, o las hogueras de Ginebra en tiempos de Calvino, en pleno Renacimiento? En su tesis publicada en los Estados Unidos en 1980, el historiador danés Gustav Hernningson ha demostrado perfectamente que la «locura criminal de la caza de brujas» es un fenómeno eminentemente moderno. Lutero quería «quemarlas a todas».

Por otro lado, conviene no olvidar el aspecto financiero; los tribunales de la Inquisición atacaban más a los bienes que a las personas: multas, reparaciones de faltas, confiscaciones, obligación de reconstruir conventos o iglesias y de dotarlos. Se trataba, de hecho, de una

vasta política de acaparamiento de las riquezas inmuebles y muebles en beneficio al principio de las arcas reales, y luego de los obispos recientemente nombrados, llegados del norte, de los caballeros de la cruzada y de todos aquellos a quienes arrastraron con ellos. Todo ello se parecía a una forma de colonización, o en todo caso de ordenación del Languedoc; esa colonización siguió, bajo otros aspectos y pretextos, hasta mucho más tarde, hasta los momentos difíciles de la guerra de los Cien Años.

En el plano material y financiero, la Inquisición completaba así la obra de conquista de la cruzada albigense; son dos aspectos, dos caras, de un proceso destinado a provocar y luego consolidar la unificación del reino capeto. Evidentemente, no debemos ocultar el alcance de la herejía y la proyección de la Iglesia cátara, ni los rigores o atrocidades de la represión. Pero el aspecto religioso ¿no parece un pretexto oportuno al servicio de un gran proyecto político?

4. LA USURA Y EL TIEMPO DE LOS TABÚES

Así pues, el hombre de la Edad Media vivía abrumado por una religiosidad ciega y por un gran número de supersticiones ridículas que le prohibían cualquier libre arbitrio y que estrangulaban la sociedad con un collar de obligaciones y de tabúes. Esta es la idea que generalmente, y desde hace mucho tiempo, se ha admitido y sostenido en un gran número de obras serias.

Una demostración de ello, entre muchas otras, sería la prohibición y la condena de la «usura», es decir, según la terminología de la época, no sólo de los préstamos con tasas de interés muy elevadas, sino de todo tipo de préstamo que aportara beneficios del tipo que fueran. En el terreno de los análisis económicos y sociales, ese esquema se podía describir de una manera simplista, y los autores más preocupados por enunciar principios generales que por descubrir realidades cuyo estudio es a veces difícil extrajeron las conclusiones que todos conocemos: la Iglesia prohibía, nadie se atrevía a realizar esas actividades, y los buenos cristianos —de buen grado, por convicción, o por temor al castigo o incluso al fuego del infierno— se abstuvieron de practicar préstamos de dinero e incluso cualquier práctica contable o escrituraria que implicara un beneficio de ese tipo. El hombre debía trabajar con sus manos para expiar el pecado original, «ganarse el pan con el sudor de su frente»; las riquezas adquiridas de otro modo olían a azufre, y de ahí el adagio de que «les écus ne peuvent faire d'autres écus» (de los escudos no salen otros escudos).

Los judíos, situados fuera de esa ley general, marginales, extranjeros, despreciados y detestados por ello, eran los únicos que podían arriesgarse a practicar la usura. Evidentemente sometidos a todo tipo de azares y de persecuciones, y temiendo siempre, con razón, la confiscación de sus bienes por parte del rey o del príncipe, sólo concedían préstamos de dinero a cambio de fianzas elevadas —a menudo confiscadas

al fin y al cabo— y al precio de intereses prohibitivos. Esas exigencias pesaban mucho sobre los campesinos, ya arruinados por los «impuestos» señoriales, obligados a menudo a pedir dinero prestado en la época de la siembra o sobre todo entre dos cosechas, e incapaces a veces de reembolsar el dinero a tiempo. Consiguientemente, esos campesinos acababan siendo poco a poco desposeídos de sus campos, de su ganado o incluso de sus herramientas.

En el mundo de los negocios, entre los mercaderes y los artesanos, el malestar que provocaban esas prohibiciones formales era enorme, y esos tabúes explicarían muchos arcaísmos y muchas insuficiencias: sin préstamos ni capitales no había fluidez de dinero, los medios eran reducidos, y la economía se mantenía en un estadio en definitiva «primario», es decir «primitivo» (para algunas épocas podemos hablar incluso de economía «cerrada» o «de subsistencia»), artesanal en todas sus prácticas, y en todo caso nunca capitalista ni tan sólo precapitalista. Se producían pequeñas transacciones, familiares si era posible y dentro de un pequeño radio de acción; transportes que se limitaban a productos de lujo y en forma de caravanas, sin duda por miedo al bandidaje de los señores, o bien en pequeñas embarcaciones constantemente amenazadas por las tormentas o los piratas... Esa fue la tesis sostenida, sin pruebas que la apoyaran pero muy satisfactoria para el espíritu, por Werner Sombart en los años 1900-1930;[20] una tesis completamente desmantelada posteriormente por innumerables trabajos, no de filósofos de la Historia sino de verdaderos investigadores. Sin embargo, esa tesis sigue gozando de un papel principal y sigue inspirando muchos discursos y manuales.

La construcción que ve en el desconcierto o en la irritación de los hombres de negocios uno de los orígenes de la Reforma se inscribe dentro de la misma lógica de pensamiento y está guiada por la misma ceguera ante los hechos. Ante la imposibilidad de dirigir sus negocios de un modo apropiado, de emprender tráficos más amplios, y de beneficiarse según su conveniencia de los préstamos e inversiones, los mercaderes cuestionaron seriamente esa Iglesia responsable de tantos obstáculos; se alejaron de las tradiciones, de la ortodoxia en definitiva, e impulsaron una Reforma, es decir, una nueva Iglesia contra Roma. Eso es lo que han afirmado, siguiendo a Max Weber (1864-1920),[21] numerosos teóricos alemanes y numerosos émulos suyos a continuación.

20. W. Sombart, *Le Capitalisme moderne*, 1902; *Les Juifs et la vie économique*, 1911.
21. M. Weber, *L'Éthique protestante et l'esprit du capitalisme*, 1964.

A pesar de la calidad del discurso demostrativo, esa tesis no podía resistir un examen, por rápido que fuese. Pero esta teoría reaparece constantemente en determinados manuales u obras de divulgación. Esa imagen, como todas las que se presentan de un modo suficientemente insistente, mantiene su poder de seducción. Esas ideas han inspirado sin duda a algunos historiadores, afanosos y obstinados, que no hace mucho tiempo se han dedicado a definir un umbral de paso entre la Edad Media y la Edad Moderna, entre el oscurantismo paralizante y una mayor libertad de pensamiento.

Hay tanto que decir sobre esas actitudes tan ingenuas, que no sabemos por dónde empezar. Todo es falso y todo debe revisarse si nos ceñimos a la simple lectura de los documentos; una lectura que, evidentemente, representa un proceso intelectual distinto a la especulación.

Mencionemos de entrada algunas evidencias: las declaraciones de prohibición de la usura, precisas, circunstanciadas y adaptadas a cada práctica, fueron sin duda muy frecuentes, se renovaron constantemente, y no sólo fueron promulgadas por la Iglesia en distintos grados de la jerarquía, sino también por los gobiernos de los príncipes o de los municipios. Sin embargo, la multiplicación de reglamentos y prohibiciones no constituye, en ningún caso, la demostración de que los hombres los obedecieran y de que las prácticas del préstamo no existieran; al contrario, es el signo de la existencia de graves resistencias y desobediencias, y consiguientemente de la permanencia de las prácticas usurarias. La abundante producción reglamentaria muestra claramente que las infracciones eran numerosas y que los hombres hacían poco caso de las prohibiciones.

Por otro lado, aunque las advertencias y las condenas tan a menudo repetidas de antemano —no solamente en lo referente a las tasas prohibitivas sino a todo tipo de préstamo retribuido— no ofrecen ninguna duda, nada indica que las represiones se hicieran efectivas por lo general. A los innumerables recordatorios de las prohibiciones responde, al parecer, un número muy reducido de procesos y de multas. Los archivos judiciales no dicen a menudo nada sobre ese aspecto.

Evidentemente culpable a los ojos de las leyes, de su religión y de la sociedad, el prestamista razonable, moderado en sus exigencias, se preguntaba sin duda si sus faltas eran muy graves y decidía finalmente hacer caso omiso de las advertencias. En cuanto al prestamista inveterado, al que designamos hoy con el nombre de usurero, raras veces lo vemos perseguido por la Iglesia o por el brazo secular.

El usurero reparaba sin duda sus errores: hacía donaciones a los pobres y para obras caritativas, pero lo más corriente era que en el ocaso de su vida, en el momento de redactar su testamento, privara a sus hijos de una parte de la herencia y les legara el cuidado de distribuir limosnas y legados a los hospitales o a los conventos; su generosidad se dirigía a menudo a los hermanos mendicantes que, entre los doctores de la Iglesia, habían sabido aceptar mejor la necesidad de las prácticas financieras en la dirección de los negocios y habían propuesto una flexibilidad razonable en las prohibiciones. A esas reparaciones *post mortem* debemos grandes realizaciones sociales, como el hospital-hospicio fundado en Prato por Francesco di Marco Datini;[22] o bien la escuela de gramática y de ábaco instituida por el usurero milanés Tomaso Grassi;[23] y sobre todo, en Padua, la capilla llamada de los Scrovegni, decorada con las célebres pinturas murales de Giotto (en 1304-1305) y construida con el dinero legado a los hermanos *gaudenti*, de la *Ordini dei militi di Maria Vergina Gloriosa*, por el mercader Enrico Scrovegni para redimir los pecados de su padre Rinaldo, usurero notorio.[24] Se trataba, pues, de reparaciones individuales, fuera de toda represión judicial.

NEGOCIOS Y SUBTERFUGIOS

Todo historiador de las prácticas monetarias y financieras en las sociedades medievales, tanto urbanas como rurales, constata que el préstamo con interés se practicaba en todas partes y por parte de todo el mundo, bajo distintas formas y a veces realmente a un bajo precio.

Entre negociantes, armadores o banqueros, nada se podía hacer sin ese recurso constante a los capitales de terceros que comprometían su dinero, suputaban riesgos y beneficios, y especulaban de buen grado. Ello se podía producir mediante diversas formas de asociación comercial, todas ampliamente practicadas y autorizadas: en Italia, por ejemplo, la *commenda, societas, colleganza*, las compañías florentinas de base familiar, o las compañías genovesas denominadas *a caranti*, to-

22. F. Melis, *Aspetti della vita economica medievale (Studi nell'Archivio Datini di Prato)*, vol. I, Siena, 1962.

23. G. Barbieri, «L'usurario Tomaso Grassi nel raconto bandellanio e nella documentazione storica», en *Studi in onore di Amintore Fanfani*, Milán, vol. II, 1962, pp. 21-88.

24. D. M. Federici, *Istoria dei cavalieri gaudenti*, Treviso, vol. I, 1787, p. 289.

talmente anónimas.[25] También se podía producir mediante préstamos camuflados bajo diversas prácticas cada vez más complejas; *mutus gratis et amore Dei*, escribían los notarios al redactar el contrato, pero al mismo tiempo recargaban la suma prestada y establecían multas muy severas sobre los retrasos; préstamos denominados «de riesgo marítimo» que ayudaban a armar navíos y servían como seguro; especulaciones sobre los cambios de cotización de las distintas monedas (préstamos cifrados en una moneda y reembolsables en otra); y sobre todo cambio y contracambio, mediante el *pacto di ricorsa* e incluso el *change sec*, que provocaban el intercambio de cartas o de informaciones por centenas entre las grandes plazas financieras de Occidente.[26] Esos procedimientos tan corrientes, utilizados por lo menos en Italia en distintos niveles de la sociedad mercantil, son testimonio de una vivacidad de espíritu sorprendente, de una gran habilidad en el manejo de las cifras y las fracciones, y, sobre todo, de la existencia de una red de informaciones completamente al día. Tuvieron tanto éxito que algunos elementos importantes de las actividades económicas debieron su existencia o su desarrollo a esa utilización intensiva de los subterfugios para practicar el préstamo a interés sin infringir abiertamente las prohibiciones.[27]

Una demostración de esos usos tan corrientes, totalmente admitidos entre negociantes o banqueros, la encontramos en las bajas tasas de in-

25. A. E. Sayous, «Les méthodes commerciales à Barcelone au XV^e^ siècle», *Revue d'Histoire du Droit Français et Étranger* (1936); E. Byrne, «Commercial contracts of the Genoese in the Syrian trade of the Twelfth Century», *Quarterly Journal of Economics*, (1916-1917); M. M. Postan, «Credit in Medieval Time», *Economic History Review* (1928); Y. Renouard, *Recherches sur les compagnies commerciales et bancaires utilisées par les papes d'Avignon avant le Grand Schisme*, París, 1942; *Les Hommes d'affaires italiens au Moyen Âge*, París, 1950; J. Heers, *Gênes au XV^e^ siècle. Activité économique et problèmes sociaux*, París, 1961, pp. 197-204.

26. R. de Roover, *L'Évolution de la lettre de change (XIV^e^-XVIII^e^ siècles)*, París, 1952; G. Mandich, *Le Pacte de ricorsa et le marché italien des changes au XVI^e^ siècle*, París, 1953. (La operación del contracambio consistía en devolver a su ciudad de origen una carta de cambio que no se pagaba en su lugar de destino; ese regreso se efectuaba a una tasa distinta que a la ida, lo que proporcionaba un beneficio que correspondía al interés del dinero durante el tiempo de ambas expediciones. Esta operación, de entrada compleja, acabó por simplificarse y permitir un número considerable de préstamos de dinero, durante cuatro o seis meses generalmente.)

27. M. Brésard, *Les foires de Lyon aux XIV^e^ et XV^e^ siècles*, París, 1914; J. F. Bergier, *Genève et l'économie européenne de la Renaissance*, París, 1963; R. Gandilhon, *La politique économique de Louis XI*, París, 1941; J. Paz y G. Espejo, *Las antiguas ferias de Medina del Campo*, Valladolid, 1912.

terés. Quien se tome la molestia de desmontar el mecanismo y de recoger los datos necesarios (cotización de las monedas y tasas de cambio), verá que los análisis muestran invariablemente que esas tasas oscilaban entre el 7 y el 12 por 100;[28] un nivel perfectamente razonable que es testimonio de una economía que se había liberado ampliamente de la penuria de las inversiones, y que daba la espalda de forma resuelta a ese carácter «artesanal» y «medievalesco» que le atribuimos con tanta facilidad. En un momento en que, según algunos autores, los grandes mercaderes habrían deseado una reforma de la Iglesia para poder llevar mejor sus negocios, éstos se beneficiaban en realidad de grandes facilidades de crédito, y esos mismos mercaderes habían aprendido tan bien la forma de eludir las órdenes y la forma de montar una vasta gama de prácticas paralelas perfectamente dominadas, que esos ejercicios se habían convertido en pura rutina. La Iglesia no frenó el desarrollo del crédito. Los hombres de negocios y los hombres de Iglesia se entendían bien; unos y otros sabían transigir y esos arreglos nos parecen más verosímiles y más conformes con la marcha de una sociedad que las exigencias y el respeto absoluto de las prohibiciones.

Evidentemente, la prudencia o el buen tono exigían que jamás se manifestaran claramente los intereses del préstamo; exigían aplicar esas prácticas de rodeo, algunas muy alambicadas, y no indicar ni la suma ni tan sólo la previsión de un beneficio. Ello suponía sacrificarse (hipocresía sin duda) a los reglamentos, pero no sólo a los reglamentos del clero; la Iglesia y sus eventuales penas espirituales no eran las únicas que desempeñaban un papel en ese campo. La presión social, la fama entre los conciudadanos, el qué dirán en definitiva, contaban tanto como la Iglesia. En los años 1450, los mercaderes y financieros genoveses que en su ciudad respetaban escrupulosamente las costumbres y la discreción, y que jamás indicaban en sus libros de cuentas el interés de sus préstamos en dinero, lo hacían en cambio abiertamente, con toda naturalidad y sin ningún tipo de precaución, en cuanto residían en Londres: entonces sus operaciones contables aparecen perfectamente claras, con las tasas de interés para cada uno de los préstamos concedidos.[29] Lo que en su casa no era

28. J. Heers, *Le livre de comptes de Giovanni Piccamiglio, homme d'affaires génois (1456-1460)*, París y Aix-en-Provence, 1959, cuadros y gráfico pp. 50-52.

29. J. Heers, «Les Génois en Angleterre; la crise de 1458-1466», en *Studi in onore di Armando Sapori*, Milán, vol. I, 1957, pp. 809-832. Esos préstamos, relativamente numerosos, proporcionaban un interés anual del 14 por 100.

posible, bajo la mirada de los vecinos y de los amigos, se convertía en posible en el extranjero.

Así pues, observamos la existencia de procedimientos ingeniosos para sortear los reglamentos, de subterfugios y de engaños. Sin duda... Sin embargo, todo nos indica que con esas formas y esos camuflajes no se engañaba a nadie. El mercader enterado no sólo sabía dónde podía pedir dinero prestado, sino que estaba al corriente de las variaciones del interés de un lugar a otro, o de una estación del año a otra, y dirigía sus negocios en consecuencia. En los años 1339-1340, Francesco Pegolotti, factor de la compañía florentina de los Bardi, consagró largos capítulos de *La pratica della mercatura* a mencionar, para la edificación de los negociantes, en qué ocasiones o en qué meses del año «el dinero era más caro» (la tasa de interés más elevada) en gran cantidad de puertos y ciudades, no sólo en Italia, sino en todo Oriente y Occidente.[30]

Lo importante era saber rápidamente, de ser posible antes que otros, la cotización de las mercancías y el precio del dinero. Las informaciones y especulaciones exigían precauciones y maniobras, y movilizaban las energías de los factores o corredores que siempre estaban en vilo. Los corresponsales de las compañías, responsables de las factorías o de las filiales en calidad de agentes asalariados, se quejaban regularmente de tener que escribir tan a menudo para comunicar noticias y cifras; les era penoso y fatigoso pasarse largas horas escribiendo sus cartas, bajo la luz de débiles candelas para asegurarse del secreto; cada una de esas cartas se terminaba invariablemente con la cotización de las principales monedas extranjeras, lo cual permitía a su patrón, a centenares de leguas de allí, organizar mejor sus operaciones de cambio y de intercambio y, consiguientemente, de préstamo de dinero.[31]

Lejos de rechazar los beneficios del dinero, el hombre de negocios especulaba con todo. En el siglo XIV, cuando las compañías florentinas organizaron el primer servicio de correo regular, en particular con la corte pontifical de Aviñón, aceptaron evidentemente hacerse cargo

30. A. Evans, ed., *La pratica della mercatura di Francesco di Balduccio Pegolotti*, Cambridge, Mass., 1936.

31. Por ejemplo, la carta dirigida a Francesco Datini de Prato por parte de un agente de su asociado de Aviñón: «Aquí el calor es insoportable y no podemos soportar la fatiga de escribir como si el clima fuera más fresco». Cf. R. Brun, «Annales avignonnaises de 1382 à 1410», en *Mémoires de l'Institut historique de Provence*, 1934-1935, p. 26.

también de las cartas de sus vecinos y competidores; pero su cartero tenía orden de no distribuir estas últimas hasta pasadas 24 horas desde la llegada de su propio correo portador de la *scarsella* («la escarcela»).[32]

Afirmar que el espíritu especulador, o capitalista, no podía desarrollarse y guiar los negocios en esos tiempos «de barbarie medieval»; creer, según Sombart, que ese espíritu de lucro nació en las comunidades israelitas, o, según Werner, en los tiempos de la Reforma en los medios marcados por el calvinismo; o decir, tal como escriben los profesionales de la copia exacta de un original, que ese espíritu no surgió hasta la Edad «Moderna», con el Renacimiento, una vez cruzado un «umbral» económico, son muestras de una pura fantasía.

Todo el mundo sabe también, por lo menos entre los historiadores de las doctrinas económicas, que la Iglesia misma había matizado su posición en determinados puntos y había levantado algunas prohibiciones; sus doctores y censores reconocían que los beneficios del dinero se convertían en lícitos en cuanto el servicio ofrecido era indispensable o el riesgo que se corría se revelaba importante. Los dominicos y los franciscanos, muy vinculados al mundo de los negocios, hicieron mucho en ese sentido y ampliaron las justificaciones a un gran número de prácticas financieras.[33] Así, poco a poco, el seguro marítimo, durante mucho tiempo reducido a subterfugios, acabó ejerciéndose a plena luz del día. Un agente de seguros genovés, llamado en 1463 a ofrecer testimonio ante notario, dijo —de un modo que no podía ser más claro— que él y sus vecinos de banco establecían contratos de seguro marítimo bajo la forma de venta simulada de naves o de mercancías; que ello se hacía comúnmente en la plaza pública y que toda la ciudad estaba al corriente de ello. Ahora bien, desde ese momento y sobre todo en los años siguientes, los notarios, aunque seguían utilizando las fórmulas de la venta ficticia, comenzaron a indicar claramente la tasa de la prima.[34]

32. Y. Renouard, *Recherches* .... Igualmente, sobre la importancia de las noticias en las especulaciones comerciales y financieras: G. Sardella, *Nouvelles et Spéculations à Venise au début du XVI^e siècle*, Cahiers des Annales n.° 1, París, 1949; J. Heers, «Il Commercio nel Mediterraneo alla fine del secolo XIV e nei primi anni del XV», *Archivio Storico Italiano* (1955), pp. 157-209.

33. R. De Roover, «Le marché monétaire au Moyen Âge et au début des temps modernes. Problèmes et méthodes», *Revue Historique* (1962); «The Scolastic Attitude toward Trade and Entrepreneurship», *Explorations in Entrepreneurial History*, I (1963), pp. 76-87.

34. J. Heers, *Gênes* ..., pp. 206-217; en particular la p. 210: el testimonio declara «que la costumbre es que quienes aseguran las mercancías de un navío reconocen haber

La usura indecente

Nos referimos a la usura abusiva, de pequeñas sumas de dinero prestadas por períodos cortos a los campesinos para comprar semillas, herramientas o animales de tiro; a los artesanos cuando estaban apurados; y a todo tipo de gente humilde que tenía que hacer frente a gastos excepcionales (bodas de hijas, compras de ropa, reembolso de otras deudas, etc.). Esos préstamos surgían de un sistema y de un contexto social muy distintos. La Historia nos ha informado ampliamente de esas prácticas y de las relaciones humanas que generaban: el prestamista, usurero sin vergüenza, exigía tasas prohibitivas y, muy a menudo, confiscaba los bienes empeñados; se trataba generalmente de un judío, naturalmente rechazado por la comunidad urbana y obligado a llevar sus negocios en la sombra y a vivir en un gueto. Pero también esta imagen es excesiva, tal como han demostrado, desde hace pocos años, verdaderas investigaciones.

La colaboración entre judíos y cristianos

Hay que revisar, antes que nada, la posición social de los israelitas en los distintos países de la Europa cristiana. Las comunidades judías no estaban a la fuerza excluidas, netamente separadas, acantonadas en una *judería* (la palabra gueto aparece más tarde), en un barrio cerrado, o en todo caso cuidadosamente aislado. En determinadas regiones, en las ciudades de Provenza por ejemplo, ocurría todo lo contrario: los judíos vivían casi siempre en diversos sectores de la ciudad, y a veces eran vecinos de los cristianos.[35] El estudio de esas implantaciones topográficas todavía no se ha realizado de una forma precisa para todas las ciudades; sin duda nos depararía algunas sorpresas...

---

comprado esas mercancías y se comprometen a pagar elevadas sumas de dinero en caso de pérdida; pero, en realidad, nada se ha vendido y el notario lo sabe perfectamente; sin embargo, lo redacta de ese modo ... puesto que aunque nada sea cierto en esa acta, no es por ello menos regular o conforme con lo que se acostumbra a hacer». Cf. también J. Heers, «Le prix de l'assurance maritime à la fin du Moyen Âge», *Revue d'Histoire Économique et Sociale* (1959), pp. 7-19; M. Del Treppo, «Assicurazioni e Commercio a Barcelona, 1428-1429», *Rivista Storica Italiana* (1957-1958); F. Melis, *I primi secoli delle assicurazioni (secoli XIII-XVI)*, Roma, 1965; L. A. Boiteux, *La fortune de mer. Le besoin de sécurité et les débuts de l'assurance maritime*, París, 1968.

35. D. Iancou-Agou, «Topographie des quartiers juifs en Provence médiévale», *Revue des Études Juives* (1974).

Por otro lado, los israelitas no eran solamente prestamistas; ni mucho menos. Generalmente eran pequeños mercaderes, negociantes de grano y de ganado en el medio rural, artesanos del cuero y de los tejidos, o médicos en las ciudades.[36]

En el plano de los negocios, los prestamistas judíos no estaban excluidos de la buena sociedad cristiana. Colaboraban a menudo con los financieros de la ciudad o con simples burgueses en búsqueda de buenas inversiones; y ello hasta tal punto que el dinero prestado por los judíos provenía por lo general de familias ciudadanas que se servían de ellos como intermediarios para que no pareciera abiertamente que ejercían esas actividades, para esconder sus disponibilidades y no pagar impuestos sobre esos ingresos. Por ello, la comuna de Siena decidió en 1457 que «los citados judíos deben dar a conocer los nombres de todos los ciudadanos y habitantes de la ciudad que tienen dinero colocado en su *presto*». Hacia 1480, un cronista de Mantua sostenía que las bancas de préstamo regentadas por israelitas pertenecían de hecho a los Trotti, grandes financieros cristianos. Cuando en 1460 el papa proyectó imponer una tasa del 5 por 100 sobre los capitales de los judíos, el duque de Milán, Francesco Sforza, intentó disuadirlo, puesto que ello iba a suponer una «carga insoportable» para esos súbditos, puesto que «muchos capitales de los cristianos están en manos de los judíos». Gravar a los usureros judíos desembocaría en una pérdida de dinero por parte de una «gran e infinita cantidad» de cristianos...[37]

En algunas ciudades de Italia, los judíos hallaban efectivamente protectores entre las grandes familias nobles y tenían sus oficinas de usura en las puertas mismas de los palacios de esas familias. Ello ocurría en Florencia, por ejemplo, donde debían hacer frente a la competencia de los «cambistas» de la ciudad, muy activos y poco escrupulosos. Neri di Bicci, un pintor florentino no muy brillante y con frecuencia apurado, pedía a menudo dinero prestado a todo tipo de personas y

36. J. Schatzmiller, *Recherches sur la communauté juive de Manosque au Moyen Âge. 1241-1329*, París-La Haya, 1973; D. Iancou-Agou, *Les juifs de Provence. 1475-1501. De l'insertion à l'expulsion*, Marsella, 1981; R. W. Emery, *The jews of Perpignan in the XIIIth. Century*, Nueva York, 1959; Cf. igualmente M. J. Pimenta Ferro, *Os Judeus em Portugal no seculo XIV*, Lisboa, 1970 (cuadro de las profesiones ejercidas por los judíos en las ciudades de Portugal); D. Iancou-Agou, «L'inventaire de la bibliothèque et du mobilier d'un médecin juif d'Aix-en-Provence», *Revue des Études Juives* (1975).

37. Todo ello citado por L. Poliakov, *Les Banchieri juifs et le Saint-Siège*, París, 1965, pp. 99-106.

ofrecía una gran cantidad de objetos domésticos como fianza (ropa, cinturones de seda, vajilla de plata y joyas). En los años 1450, acudía a uno de los bancos de préstamo recientemente abiertos por judíos en el barrio de Santa Trinità. Esa «mesa» de usurero, de prestamista, estaba regentada por un hombre a quien llamaban El «Ebreo degli Spini»; y estaba instalada, precisamente, en una de las casas de la familia noble de los Spini. El registro contable de ese mismo pintor, decididamente muy a menudo en apuros económicos, muestra también que dejó ricos vestidos en prenda al «Ebreo degli Arrigucci» y al «Ebreo di Borghese».[38]

Lombardos, cambistas y mercaderes

¿Cómo podemos vincular tan estrechamente la usura y la calidad de no cristiano, de excluido de la Iglesia, cuando la competencia de los judíos en lo referente a los préstamos a interés en el campo y en las ciudades fueron los «cahorsins» y luego aquellos a quienes se denominaba corrientemente los «lombardos»? Es cierto que los primeros fueron en una época acusados de herejes; una acusación que fue más bien un pretexto para la intervención de los ejércitos capetos en el sur y para la confiscación de sus bienes. Pero los lombardos no fueron en ningún momento el centro de ninguna sospecha. De entrada, efectivamente, los hombres de Piacenza y de las ciudades del Po, luego toscanos de Florencia, Siena o Pistoia sobre todo, y luego piamonteses de Asti y de Chieri, se establecieron sin ninguna dificultad, beneficiándose incluso de privilegios y de protección, en muchas ciudades de Francia, Inglaterra, Flandes, Hainaut y el valle del Rin.[39]

Al principio, en los siglos XII y XIII, las luchas entre los partidos, las proscripciones y los exilios fueron casi siempre la causa de esa diáspo-

38. Neri di Bicci, *Ricordanze (10 marzo 1453-24 aprile 1474)*, B. Santi, ed., Pisa, 1976, pp. 5, 16, 17, 32, 36, 77 y 155.

39. P. Wolff, «Le problème des Cahorsins», *Annales du Midi* (1950), pp. 229-238; Y. Renouard, «Les Cahorsins, hommes d'affaires français du XIII^e siècle», *Transactions of the Royal Historical Society* (1961), pp. 43-67; C. Piton, *Les lombards en France et à Paris*, París, 2 vols., 1892-1893; L. Gauthier, *Les lombards dans les deux Bourgognes*, París, 1907; V. Chomel, «Communautés rurales et casanes lombardes en Dauphiné. Contribution au problème de l'endettement des sociétés paysannes du sud-est de la France au bas Moyen Âge», *Bulletin de la Commission Historique* (1951-1952).

ra que los llevó lejos de sus lugares de origen, a la búsqueda de pequeños beneficios en una situación precaria. Pero rápidamente las situaciones se aclararon; el lombardo entablaba y mantenía vínculos constantes con su ciudad de origen. Algunos formaron importantes compañías de hermanos y de primos que extendían sus ramificaciones en amplias regiones. Sin duda prestaban con fianza (objetos, prendas de vestir, tierras y cosechas) pero también practicaban otros tipos de negocios: sociedades mercantiles más modestas que las grandes compañías pero, a fin de cuentas, de la misma naturaleza e igualmente respetables.[40]

Sin duda alguna, los intereses eran muy elevados, en ocasiones escandalosos, y el prestatario se veía a menudo arrastrado a un verdadero abismo a causa de la acumulación de los atrasos, multas y penalidades; podía llegar a perder sus tierras y sus instrumentos de trabajo. Para el usurero esa era quizá una política preconcebida, y la apropiación de bienes territoriales era quizá el objetivo final de sus operaciones. Ciertamente podemos incriminar la miseria de esos tiempos, la injusticia de los destinos y la avidez de los usureros. Pero, antes que ver en ello algo propio de nuestros tiempos medievales cargados de iniquidad, ¿no sería más útil comparar esas relaciones entre campesinos y usureros con las de otros tiempos y otras civilizaciones, consideradas *a priori* como menos presas en ese oscurantismo ineluctable? Compararlas, por ejemplo, con lo que sabemos sobre la vida rural en la Antigüedad griega o romana; o bien con la Edad Moderna y Contemporánea, con nuestros pueblos del siglo XIX. Y, fuera de Europa, ayer como hoy, con todas las formas de explotación y de expoliación de los campesinos —igual de severas si no más— por financieros de poca monta o de propietarios de tierras.

La Iglesia: ¿sanciones o protección?

Esos prestamistas a dita exigían mucho; y además infringían las leyes de la Iglesia que, según suponemos, no sólo no debía manifestar ninguna tolerancia con respecto a ellos, sino que los perseguía con sus anatemas. Sin embargo, tampoco en este caso el examen de los hechos y de las actitudes responde a nuestras suposiciones. Es cierto que la historia de nuestras ciudades estuvo marcada por persecuciones violentas contra los ju-

40. C. M. de La Roncière, *Un changeur florentin du Trecento: Lippo di Fede del Sega (1285 environ-1363 environ)*, París, 1973.

díos y, a veces, contra los lombardos; la gente del pueblo, arruinada, se lanzaba a la calle con la esperanza de cancelar sus deudas, saqueaba las casas de sus acreedores y exigía su partida. A menudo se invocaba el deseo de expulsar a los impuros, judíos o herejes, y esos motines iban entonces acompañados de grandes movimientos de piedad exacerbada. Pero no nos inventamos nada cuando afirmamos que durante esos pogroms los judíos y los lombardos, y sobre todo los judíos, hallaron con frecuencia refugio en los obispos y los abades, tras los muros de los conventos.

Por un Francisco Javier que predicaba la pureza y la expiación de los pecados, y que atizaba los antagonismos y las violencias, ¡cuántos prelados y dominicos compasivos y protectores no habría!... ¿Acaso no fueron Roma y el papa quienes acogieron a los judíos expulsados de España por los edictos de los Reyes Católicos?[41]

Otro tanto ocurrió, sin duda en circunstancias menos dramáticas, con los lombardos. En los años 1280-1300, cuando sus sucursales de París sufrieron las persecuciones reales, cuando sus bienes fueron confiscados y sus créditos anulados, escribían para confortarse mutuamente, para describir la situación, para felicitarse por haber podido salvar lo esencial y, sobre todo, e insistiendo mucho, para dar las gracias a tal abad o a tal obispo que habían sabido protegerlos y ayudarlos a llevar bien sus negocios.[42]

Sin duda el rey y la Iglesia no estaban constantemente dispuestos a castigar ni hacían una cuestión de honor del respeto a las prohibiciones. Es cierto que legislaron, recordaron las condenas y blandieron algunas amenazas o, de forma más modesta, en una maniobra ya de repliegue, intentaron definir límites razonables a las tasas de interés. Es cierto que en los años de malas cosechas, ante el aumento de las quejas y luego de la cólera de la gente pobre que, ante la imposibilidad de pagar ni tan sólo las multas atrasadas, veía acercarse el momento de las confisca-

41. L. Poliakov, *Les Banchieri ...*

42. Por ejemplo: el 26 de enero de 1330, el factor de la compañía «lombarda» de los Partini, de Pistoia, les escribió desde Bourges para darles parte de la confiscación de sus bienes en París. Menciona lo que ha podido salvar gracias a diversos subterfugios y precauciones, y añade: «el prior de la cartuja y los demás han estado muy amables con nosotros y nos han hecho grandes servicios yendo y viniendo y guardando nuestros bienes. Nosotros hemos hecho por ellos lo que hemos creído apropiado. Pienso que estaría bien que vos le escribieseis, a él y al convento, para demostrar que os acordáis de ellos ...». Cf. L.Chiappelli, «Una lettera mercantile del 1330», *Archivio Storico Italiano*, vol. I, (1924), pp. 249-256.

ciones, el rey o el príncipe, preocupado por mantener la paz social, cedió a las recriminaciones y expulsó a judíos o a lombardos. Con ello obtenía un beneficio doble: para los pobres gracias a la moratoria y a la satisfacción de ver a sus verdugos expulsados de la ciudad; y para la corona por la confiscación de los bienes, por las grandes multas, y también por el hecho de que una parte de los créditos de los prestamistas era recuperada por los oficiales del Estado que exigían con firmeza, y sin escapatoria esta vez, su pago. Esas persecuciones responden ante todo a preocupaciones políticas y financieras: se apaciguaba a los deudores arrastrados hacia el desastre, a la vez que se enriquecían las arcas reales, que a menudo también estaban con el agua al cuello.

Contra la opinión de los autores aficionados a los esquemas habituales, esas persecuciones, confiscaciones y expulsiones tienen poco que ver con la lucha ciega contra los no cristianos: los lombardos sufrieron con igual dureza, y quizá más a menudo que los judíos, tanto por las convulsiones populares como por los edictos reales. Si sólo vemos en ello un signo de intolerancia, una defensa de la religión y de sus preceptos, nos privamos de importantes elementos de apreciación.

Las relaciones entre las autoridades civiles o eclesiásticas y los usureros no han sido hasta ahora muy estudiadas. Sin embargo, algunas indicaciones, específicas pero muy significativas, nos dan una idea precisa de las complacencias y de los acuerdos a que llegaban. En 1302-1305, los Gallerani, una sociedad de lombardos (de hecho, en este caso eran de Siena) instalada en París, concedieron en pocos meses un número considerable de préstamos a campesinos de Île-de-France, en una zona bastante amplia que iba desde Taverny y Montmorency hasta Arpajon y Étampes. Esos préstamos, que oscilaban entre diez sueldos y varias libras, tenían naturalmente como fianzas parcelas de tierra o viñedos. Pero esas garantías no se entregaban, como ocurría con los bienes muebles, en el momento del contrato; los campos y los viñedos quedaban en manos del deudor. ¿Cómo podía pensarse en confiscarlos en caso de no pagar? ¿Acaso podía mandarse a un agente para que se enfrentara a la comunidad campesina, a la fuerza solidaria? No, sin duda. Valía más asegurarse garantías serias. Esos lombardos hacían registrar cada uno de sus préstamos ya fuera por el preboste de París, ya fuera por el oficial (el juez) del obispo que les entregaban cartas denominadas «de garantía» o «de obligación». Cuando se acumulaban los retrasos, y cuando el rechazo o la imposibilidad de reembolsar los préstamos se hacían patentes, los Gallerani requerían inmediatamente la intervención

de las autoridades. El preboste real mandaba a un sargento del Châtelet acompañado por una pequeña escolta de gente armada para que confiscaran la tierra; el obispo utilizaba las armas espirituales, incluida la excomunión.[43] Lejos de condenar, la Iglesia acudía en ayuda del usurero.

USUREROS QUE ERAN BUENOS CRISTIANOS Y BUENOS BURGUESES

Los judíos y los lombardos eran extranjeros en su medio de adopción, por lo que, si las circunstancias apremiaban, se podían señalar fácilmente como blanco de la venganza de las masas; de ese modo, el préstamo con interés se habría mantenido como un fenómeno social muy particular, limitado a algunos individuos señalados con el dedo, cuyas fechorías no recaían sobre toda la comunidad. No nos imaginamos que los buenos cristianos, la gente de la ciudad y los fieles feligreses, fueran capaces de practicar de un modo tan amplio y con tanta frecuencia una verdadera usura. La Iglesia, según nos han contado, lo prohibía y reinaba entonces en exclusiva sobre masas sometidas a sus exigencias, paralizadas por el temor a los tabúes y a las condenas.

Todo ello es inexacto y las investigaciones, por simples que sean, que se llevan a cabo a partir de documentos privados muy explícitos muestran todo lo contrario. Es cierto que las investigaciones que no se contentan con recrear los esquemas tradicionales siguen siendo poco numerosas: los textos privados han desaparecido en la mayor parte de los casos o bien no son de fácil acceso; y sobre todo, las conclusiones de esos estudios gozan de una difusión restringida. Pero, al final, se levanta el velo que cubría las realidades de esos tráficos de dinero entre cristianos, y podemos precisar y enriquecer, en el plano social, un cuadro que hasta ahora ha sido demasiado incompleto.

En el año 1400, el rey de Francia Carlos VI pidió que se emprendiera una investigación sobre «todo tipo de lombardos y otras gentes que prestan a usura y que concluyen falsos contratos ilusorios ...», con el fin de examinar sus cuentas y de cargarlos de multas. Los comisarios reales efectuaron entonces largos viajes, durante cuatro años seguidos, por

43. A. Grunzweig, «La garantie du crédit non commercial dans la région de Paris au temps de Philippe le Bel», en *Studi in onore di Amintore Fanfani*, Milán, vol. II, 1962, pp. 527-546; G. Bigwood y A. Grunzweig, *Les Livres de comptes des Gallerani*, Bruselas, 2 vols., 1969.

todo el norte de Francia: Picardía, Champagne, Île-de-France y Turena. La investigación se saldó con 520 multas, impuestas sobre 491 «usureros». Tres grandes familias lombardas de Asti, implantadas gracias a sus numerosos parientes o agentes en varias ciudades, fueron catalogadas y sufrieron duras sanciones; por su lado, los «lombardos de Ruán», independientes de los primeros, pagaron efectivamente una de las multas más elevadas: doscientas libras, una suma sin duda considerable. Esos fueron los únicos extranjeros. Además, aparecen cuatro compañías, no más. Todos los demás usureros, 487 en total, eran franceses de origen, algunos (pocos) llegados de provincias alejadas (Languedoc en particular), pero casi todos ciudadanos precisamente de las ciudades en las que ejercían sus negocios de usura. Y muchos de ellos no se contentaban con conceder pequeños préstamos ocasionales: un tal Pierre du Chemin tuvo que pagar una multa de cuatrocientas libras; un tal Pierre Belle seiscientas... Todos ellos eran buenos cristianos y buenos burgueses.[44]

Esos prestamistas, hombres de su ciudad y perfectamente integrados en la sociedad, ¿eran acaso mercaderes, dedicados a varios negocios de dinero y bien enterados de las diversas fluctuaciones de las monedas? No solamente. Y también en este caso tenemos muchas pruebas de la amplia difusión, en todos los niveles de la sociedad, de esos préstamos a cambio de varios tipos de compensación. En Montbrison, por ejemplo, y en otras ciudades de Forez, centros de ferias o de grandes mercados, los testamentos de algunos burgueses nos muestran a hombres preocupados por redactar, para sus herederos, la lista de los créditos que habían concedido; mencionan los nombres, precisan las sumas empeñadas y las modalidades de los reembolsos. En ningún caso perdonan deudas, y parecen estar perfectamente cómodos con esta situación. Hugues Maniglier, que fue mayordomo de la colegiata de Notre-Dame de Montbrison e hizo fortuna en el comercio de la cera, de los paños, de trigo, de centeno y de vino, dejó a su muerte un gran número de reconocimientos de deudas debidamente registradas. El carnicero más rico de la ciudad, Mathieu Chambon, prestaba corrientemente a un interés del 7 por 100 y guardaba en su cofre ciento treinta y dos documentos de crédito, que ascendían a la gran suma de mil quinientas libras tornesas; un tercio de esas deudas, contratadas por campesinos de los alrededores o por pequeños artesanos, databa de hacía más de diez

44. C. Vornefeld, *La Situation sociale et les origines des usuriers chrétiens au temps de Charles VI*, tesis mecanografiada, Université de Paris-Sorbonne, 1988.

años; algunas iban acompañadas de prendas heteróclitas; otras preveían la confiscación de las tierras y, efectivamente, ese carnicero logró de ese modo reunir una considerable fortuna territorial: campos, prados, viñas y rentas.[45]

También observamos cómo, en los tiempos difíciles de la guerra de los Cien Años, algunos burgueses de Angers y de Le Mans prestaron dinero a nobles prisioneros de los ingleses, con el fin de que pudieran pagar su rescate; como prenda aceptaban joyas.[46] En una fecha mucho más temprana, en 1294, en Lille, seis burgueses obtuvieron del conde el monopolio de las operaciones de banca y de cambio; prestaban regularmente con interés, a todo tipo de personas, sin pedir fianzas puesto que tenían la garantía del príncipe; esos hombres procedían de familias honorables de la ciudad, escabinos en algunos casos, comerciantes de lana o mercaderes de paños.[47]

Los nobles prestaban también a menudo dinero con interés, ya fuera directamente dentro de su feudo a sus campesinos, ya fuera en las ciudades, sobre todo en París, mediante un intermediario que les rendía cuentas.[48] Y otro tanto ocurría con la gente de Iglesia: en Inglaterra, el obispo de Coventry, el arzobispo de York y tres clérigos de la cancillería real hicieron registrar, entre 1335 y 1385, más de doscientos veinte reconocimientos de deudas firmados por caballeros u otros miembros del clero, todas ellas de pequeñas cantidades y a corto plazo, visiblemente para hacer frente a situaciones de urgencia.[49]

En Italia, todos los registros privados, de una autenticidad indiscutible, dan testimonio de la constante práctica de los préstamos entre ciudadanos, entre vecinos, de los ciudadanos a los campesinos, y a menudo entre gentes de condición humilde. En esos casos el cabeza de familia empeñaba una pieza de vajilla, un mantel o vestidos. Es cierto que un gran número de esos servicios era por pura amistad y gratuito; pero no todos, y es fácil apreciar cuáles eran los beneficios. Esas gentes humildes vivían sin duda holgadamente pero siempre parecía que

45. E. Fournial, *Les villes et l'économie d'échange en Forez aux XIII^e et XIV^e siècles*, París, 1967, pp. 209 y ss.

46. A. Bouton, *Le Maine. Histoire économique et sociale*, vol. II, Le Mans, 1972, pp. 102-103.

47. G. Sivéry, *Histoire de Lille*, vol. I, Lille, 1970, pp. 192 y ss.

48. M.-T. Caron, «Vie et Mort d'une grande dame: Jeanne de Chalon, comtesse de Tonnerre (vers 1388-vers 1450)», *Francia* (1981).

49. R. B. Pugh, «Some Medieval Moneylenders», *Speculum* (1968), pp. 274-289.

tuvieran apuros; los hombres y mujeres pedían constantemente dinero prestado, reembolsaban los préstamos en el momento establecido, y prestaban a su vez a otros. No escondían en absoluto esas actividades, y no intentaban silenciar sus beneficios. Las prácticas del préstamo, muy corrientes, tejían el fondo de las relaciones sociales.

¿Y los campesinos? ¿Acaso debemos creer que estaban al abrigo de las costumbres perniciosas de la ciudad, y que eran respetuosos con las prohibiciones? Según una literatura que, por otro lado, no se refiere sólo a esa época, el hombre del campo estaba limpio de toda especulación y sólo amasaba pequeños beneficios a costa de duros trabajos.

Sin embargo, los préstamos que ponían las tierras como fianza eran conocidos desde hacía mucho tiempo. Todas las obras que describen la vida rural y la condición de los hombres han hablado de ello, pero a menudo sin insistir mucho ni destacar el significado de esas prácticas.

En el transcurso del tiempo y según las regiones, esos acuerdos tuvieron varios nombres, pero el principio y el resultado fueron siempre los mismos. Es cierto que en la práctica se intentaba esconder la usura; pero su existencia se descubre sin problemas tras esos distintos tipos de contrato. El campesino que buscaba un préstamo vendía una parcela de tierra y recibía inmediatamente, en dinero contante, el precio fijado; el contrato precisaba que la venta era revocable según su conveniencia en el momento que reembolsara su deuda. Entre tanto, recuperaba del comprador el usufructo de esa misma parcela, y la cultivaba a cambio de un arriendo anual que representaba el interés sobre el dinero prestado. Esos préstamos, denominados por lo general «arriendos-ventas», se practicaron ampliamente desde una fecha muy temprana, sin duda desde el siglo XI, en todas las regiones de Occidente; hallamos centenares de muestras de ello y, dado que el bien empeñado parecía más sólido que otros tipos de prenda, la tasa de interés se mantuvo, en contra de la idea que tenemos de la usura medieval, sorprendentemente baja: en general entre el 10 y el 12 por 100. Los compradores-prestamistas no eran ni judíos ni lombardos, ni siempre grandes burgueses, cambistas o mercaderes a gran escala; lo más corriente es que pertenecieran a la misma comunidad rural, que fueran vecinos más favorecidos en definitiva. Esas prácticas tan corrientes, perfectamente desarrolladas y relativamente baratas, interesaban a estratos muy amplios de la sociedad rural y, dentro del mundo campesino, no generaban ningún tipo de reprobación. Los censores de la Iglesia nunca se refirieron a ellas.

CONCLUSIÓN

Los hechos hablan por sí mismos: durante muchos siglos de la Edad Media, de hecho desde que disponemos de documentación, los préstamos a interés se practicaron ampliamente en todo tipo de ocasión; tanto en la ciudad como en el campo; por parte de hombres de todo tipo de profesiones que se situaban en distintos niveles de fortuna y de renombre. Los judíos y los lombardos tenían sin duda sus oficinas más abiertas que los demás, que actuaban de forma más discreta, pero no concluían, al fin y al cabo, más que un número limitado de operaciones; a menudo no eran más que intermediarios dedicados a hacer fructificar el dinero de los buenos burgueses cristianos.

Cada uno era de un modo u otro acreedor de su vecino y esperaba de él servicios o, más a menudo, un beneficio monetario cuidadosamente fijado de antemano; si no se cumplía lo pactado, existían distintas sanciones igualmente codificadas y apremiantes que penalizaban al deudor insolvente o recalcitrante. Fuera de los momentos difíciles y de amenaza de convulsiones populares, los poderes administrativos y la Iglesia no mostraron reparos a esas actividades y utilizaron sus armas para exigir el reembolso de las deudas, recargadas con intereses o con las penalidades previstas.

Todo ello es cierto. Sin embargo, tacha de completamente falso lo que se ha escrito y enseñado desde hace generaciones, y reduce a la nada numerosas tesis brillantes fundadas sobre postulados demasiado frágiles; tesis que no se fundamentaban en ninguna investigación, por superficial que fuese. No hay nada excepcional ni sorprendente en ello... Un gran número de ideas, igualmente aceptadas e igualmente difundidas corrientemente en nuestros libros, también merecen, si no una total revisión, por lo menos una desempolvadura seria.

¿Por qué tales errores?

Hay que reconocer y aceptar que la «creación» histórica surge de un proceso complejo, sometido a un gran número de azares y de influencias. En pocas ocasiones es libre; al contrario, generalmente está marcada por el «clima» político y social, por las curiosidades y las preocupaciones de cada época, o, a veces, se manifiesta exageradamente voluntarista al servicio de una ideología, de una causa apoyada con el entusiasmo de los neófitos, o incluso, de la «picardía» de los seductores profesionales del pensamiento.

Sin embargo, no insistamos de nuevo demasiado en las malas intenciones de los escritores, «historiadores», panfletistas inagotables o novelistas, comprometidos desde hace mucho tiempo en la lucha por desacreditar todo lo que, en el pasado, no cuadraba con su ideal de Estado centralizador; todo lo que les parecía ajeno al «progreso» industrial, mercantil y burgués. Esos autores han hecho nuestra historia oficial con una absoluta impunidad. A ellos les debemos esa imagen de la Edad Media que todavía se impone, apenas matizada, en nuestro folklore político y en nuestro bagaje cultural; esa imagen siniestra, falseada hasta el punto de que parece el reverso de las realidades.

Pensemos más bien en la gente honesta, en los historiadores que no están comprometidos *a priori* con ninguna idea preconcebida, ni con ninguna intención de demostrar o de moralizar. La tarea no es fácil, y el camino está constantemente sembrado de emboscadas.

De entrada, puede parecer natural abordar la investigación con, por lo menos, una primera idea en la cabeza; buscar su ilustración y confirmación, aunque sólo sea para guiar nuestros pasos o para clasificar los documentos e informaciones; parece natural favorecer esa «hipótesis de trabajo» e ignorar los hechos, aunque a veces sean indiscutibles, que podrían ir en contra de tal hipótesis. En tal caso, utilizamos pretextos pueriles, incluso tan grotescos como la demasiado célebre fórmula de que «la excepción confirma la regla». En ese proceso, los descubrimientos sólo se interpretan a la luz de la hipótesis inicial. Uno de los maestros franceses, fundador de la escuela llamada «de los Annales», a quien admiramos todavía y con razón por sus sólidos trabajos, se atrevió a escribir en una obra consagrada al oficio de historiador que «si no sabemos lo que buscamos, no sabemos lo que encontramos». Pero ¿quién determina la hipótesis: la moda, el conformismo, el deseo de agradar y de no separarse de lo que se admite por regla general o de lo que afirma un polígrafo brillante? Demasiados estudiantes, jóvenes investigadores de buena volun-

tad y perfectamente armados para llevar a cabo investigaciones serias, así como capaces de extraer conclusiones por sí mismos, se creen obligados a consagrar sus esfuerzos a la confirmación, en su propio campo de estudio, de lo que han recogido en un manual escrito por un «gran medievalista». La Historia no es una ilustración de los pensamientos dominantes.

Tampoco es una simple aplicación de las reglas generales, y constituye una equivocación trabajar sólo para aportar una piedra mayor y muy brillante... a un edificio ya casi terminado. Evidentemente, la formulación de conclusiones con valor de demostración se revela satisfactoria para el espíritu. Pero, además de que se trata de sostener a la fuerza una hipótesis de partida, supone imponerse a sí mismo e imponer a los lectores una visión muy particular de las estructuras sociales y de su evolución. Algunos querrían hacernos creer en un destino ineluctable, en una marcha de la humanidad, regular y uniforme, a través de diversos estadios más o menos bien definidos; en una palabra, en el «sentido de la Historia». Otros, lejos de adherirse a esos esquemas, piensan que, en circunstancias más o menos similares, la Historia se repite, o afirman, por lo menos, que un análisis realizado para un lugar vale para otro. La investigación histórica se limitaría, en tal caso, una vez establecida la regla, a exhumar detalles en el simple nivel de la anécdota. Para ese largo período denominado Edad Media, hay que renunciar a tales métodos. Por mucho que les pese a quienes nos reprocharían que plantemos «demasiados árboles que esconden el bosque», todo en la Edad Media es diversidad: nos hallamos ante imágenes de un mundo compartimentado en el que las relaciones entre los países, relaciones sin duda desahogadas, no implicaban servidumbres culturales; de un mundo que todavía no estaba aplastado en un mismo molde por parte de los procedimientos administrativos. Por ello, las lecciones generales y las fórmulas ingeniosas, que constituyen la felicidad de los pedagogos, nos inducen al error y, además, estancan las investigaciones. ¿Por qué dedicarse a descubrir lo que ya creemos conocer?

Tenemos al fin y al cabo, y sobre todo, el «documento»: esa palabra tan trillada, empleada a diestro y siniestro para designar cualquier cosa. Es cierto que cada período, cada «edad» incluso, nos ofrece una documentación propia, diferente a menudo de las demás, y más o menos accesible o fácil de interpretar. Las dificultades, y eso es algo que olvidamos con demasiada facilidad, se sitúan en distintos niveles y a veces no tienen nada que ver entre un texto y otro. Enfrentarse a los documentos más arduos, a los más ricos en informaciones precisas, a los más «auténticos» también, exige una gran capacidad y esfuerzo.

Es comprensible que los primeros autores que se lanzaron a la aventura histórica, privados de puntos de referencia y de jalones, de tramas cronológicas e institucionales apropiadas, se limitaran de entrada a lo esencial, es decir, a la historia de los acontecimientos y a la historia política, y que, en los demás aspectos, se limitaran a los documentos más fáciles, piadosamente conservados en buen estado y con una bella escritura; a los textos «oficiales», reglamentarios o administrativos que, en pocas líneas, enseñan (o aportan...) mucho. También es comprensible (pero, por mi parte, con infinitamente menos simpatía) que algunos autores de hoy en día con prisa por escribir, a menudo confusos e incluso incapaces de descifrar una fuente auténtica, se limiten a tales lecturas. Demasiados historiadores, algunos de gran renombre, disertan de forma erudita sobre el pasado sin referirse suficientemente a los documentos de los archivos... y muchos otros que, en la época de sus verdaderas investigaciones, han ofrecido pruebas indiscutibles de su capacidad, la olvidan para encastillarse en el campo de las reflexiones o de las evocaciones rápidas.

Dejando a un lado las malas intenciones, la imagen que tenemos de la Edad Media y la sarta de errores que lleva consigo surgen, en gran parte, de esas elecciones documentales. Quien ha querido describir las sociedades, las relaciones humanas, la vida cotidiana y las formas de civilización, se ha dirigido a los textos literarios ampliamente utilizados. Las canciones de gesta, los ciclos poéticos, las farsas y sátiras, los sermones de los predicadores, las crónicas o los tratados morales, ofrecen una gran cantidad de informaciones inmediatamente explotables; constituyen minas inagotables. Y, además, son de un acceso maravillosamente fácil: bellos manuscritos, caligrafiados, iluminados a veces; los más importantes están editados y se acompañan con notas preciosas y glosarios de gran calidad. No ofrecen ninguna dificultad de lectura...

Pero no hay que olvidar que esos «documentos» sólo ofrecen evidentemente un determinado reflejo de la realidad. Tampoco hay que olvidar que entre la realidad y el cuadro que esos textos describen se interponen las intenciones y el arte del autor dotado de una personalidad propia, marcado por sus preocupaciones y por sus compromisos, sometido a un encargo de su señor o al gusto del público al que pretende llegar. ¡El arte literario también existe...! Esos textos, testimonios indispensables para quien quiera estudiar las corrientes de opinión, las modas, los caminos seguidos por la creación literaria y los estereotipos, sólo deben ser considerados en segunda instancia por el historiador de las sociedades que quie-

ra limitarse a lo concreto. El escritor crea, adorna o caricaturiza tanto como el pintor. Y, en cambio, hemos renunciado a considerar las escenas de género de las pinturas de los manuscritos o de las esculturas de los pórticos y de los capiteles de nuestras iglesias como fuentes iconográficas perfectas para el conocimiento de la arquitectura, las costumbres, las herramientas agrícolas y los usos y costumbres de la Edad Media.

Ese divorcio o esos matices entre la realidad y la representación artística o literaria han existido en todas las épocas. ¿Quién podría creer que el teatro de Boulevard de hace un tiempo era el reflejo exacto de la sociedad burguesa de aquella época? ¿Y quién cree que las series norteamericanas que nos ofrecen tan generosamente nuestras cadenas de televisión son la imagen de las ciudades de hoy, ni que sean las de aquel continente? Sin hablar de las justificaciones y de los malos alegatos... ¿Quién podría escribir seriamente nuestra historia, dentro de medio siglo, plagiando las maravillosas memorias de uno de nuestros políticos? Y sin embargo, numerosos autores, no de novelas sino de verdaderos libros de historia, han utilizado y utilizan todavía esos procedimientos: describen las costumbres de los religiosos basándose en el *Decamerón* y en otros cuentos o farsas; hablan de las prácticas de los mercaderes refiriéndose a los anatemas de los predicadores; evocan la vida de Luis IX citando largos pasajes de la hagiografía de Joinville; y otros describen la vida cotidiana de los señores sin utilizar como fuentes más que las canciones de gesta. De ese modo, algunos autores, que caminan según sople el viento, han afirmado que la mujer en la Edad Media se consideraba de condición inferior y que sufría un verdadero y duro desprecio, arguyendo simplemente que no aparecía a menudo o en absoluto en las novelas de caballerías (*Guillermo* el *Mariscal* y otras): éstas describen sociedades de combatientes, decían, en las que la mujer sólo era un objeto destinado al reposo del guerrero, a los placeres pasajeros y a la procreación del heredero varón. ¿Acaso, desde entonces, hallamos a las mujeres en una posición mejor en los relatos de la era «moderna», desde Marignan a Verdún y al Pacífico? ¿O bien en los resúmenes de determinadas competiciones deportivas?

También utilizamos, para describir la vida cotidiana en las ciudades y las costumbres burguesas, numerosas citas de obras satíricas, *fabliaux* y farsas, o, en un registro distinto, algunos tratados de economía doméstica que hablaban de la forma de comportarse y de educar a los hijos o llevar a los servidores. ¿Quién se privaría de citar, en ese contexto, el tan célebre *Ménagier de Paris*, escrito hacia 1390 por un autor desconocido

de quien se dice que era «burgués y desahogado»? De tales lecturas procede un gran número de afirmaciones perentorias sobre la condición de la mujer, en general, a lo largo de toda la Edad Media. Pero ¿es eso acaso serio? Lo que es cierto —suposición ya muy arriesgada— para París, ¿es acaso cierto para otros lugares; para Toulouse o para Marsella, por ejemplo? Los florentinos se alarmaban y se indignaban ante la libertad de costumbres que exhibían las mujeres de Génova, por poner un caso. Y a esos autores, el del *Ménagier* entre otros, ¿los conocemos por algo más que por sus escritos? ¿Era ese burgués un hombre sensato o un cascarrabias avaro y desabrido, que hallaba en la redacción de esa obra una forma de desfogar su bilis? De ese modo se escribe, demasiado a menudo, la historia social... Habría que hacer algo muy distinto.

Evidentemente, el verdadero documento aporta más. Pero aun así... Es inútil recordar de nuevo que una disposición real o municipal, que una bula pontifical, o que un decreto de un sínodo, son solamente testimonio de una intención y no del respeto de las órdenes o prohibiciones; que un registro fiscal, que un censal o un libro de la talla que ofrecen la lista de los sujetos no permiten de ningún modo determinar quién había pagado efectivamente y cuánto. Un exceso de ingenuidad en ese sentido ha llevado a menudo a graves errores. El manejo de los textos no es una tarea para aficionados con prisas.

En resumidas cuentas, nos damos cuenta de que, cuanto más quiera el historiador captar la realidad cotidiana, más debe liberarse de las grandes series de documentación oficial de tan fácil acceso —tan bien clasificada y utilizada ya en numerosísimas ocasiones—, para adentrarse en la búsqueda azarosa de textos mal conocidos, mucho menos «nobles», dispersos e incompletos en la mayor parte de los casos, generalmente mal escritos y con un lenguaje incierto, sobre malos papeles, y que se entregan al investigador en un estado lastimoso. No cabe duda de que esas lecturas tan difíciles, que nos ofrecen resultados a menudo específicos, pueden parecer ingratas. Un gran número de autores sigue renunciando a ellas, y prefiere enunciar grandes postulados o adornar los antiguos enunciados. Pero sólo gracias a esas lecturas podrá la Historia abordar otros campos de investigación, o bien, mediante el análisis de los hechos reales, matizar o incluso desmentir las reglas generales, esas construcciones intelectuales que tanto debían a apriorismos o a compromisos. Debemos emprender una revisión que no sea una llamada a forjar otras teorías, a la fuerza igualmente ficticias, sino una llamada a oponer lo concreto a las abstracciones.

ÍNDICE ALFABÉTICO

ÍNDICE

SEGUNDA PARTE

EL FEUDALISMO Y LOS DERECHOS SEÑORIALES

TERCERA PARTE

LOS CAMPESINOS O LA LEYENDA NEGRA

CUARTA PARTE

LA IGLESIA: OTRAS LEYENDAS, OTROS COMBATES



Guy Bois
LA REVOLUCIÓN DEL AÑO MIL

Peter Spufford
DINERO Y MONEDA
EN LA EUROPA MEDIEVAL

Christopher Dyer
NIVELES DE VIDA
EN LA BAJA EDAD MEDIA

Ferdinand Seibt y Winfried Eberhard, eds.
EUROPA 1400
La crisis de la baja Edad Media

Pierre Bonnassie
DEL ESCLAVISMO AL FEUDALISMO
EN EUROPA OCCIDENTAL

Léopold Genicot
COMUNIDADES RURALES EN EL
OCCIDENTE MEDIEVAL

Joseph Pérez
HISTORIA DE UNA TRAGEDIA
La expulsión de los judíos de España

Jacques Heers
LA INVENCIÓN DE LA EDAD MEDIA

Crítica *Historia medieval*

«Lo medieval da vergüenza, es detestable; y lo "feudal", su tarjeta de visita para muchos, es todavía más indignante.» Ello es consecuencia, en buena medida, de la imagen forjada a propósito de la Edad Media por numerosos historiadores y escritores de los dos últimos siglos. De acuerdo con esa visión la época medieval tendría como características más señaladas el retraso y el oscurantismo. Este libro del profesor Heers pretende salir al paso de esa concepción de lo medieval, para lo cual pasa revista a cuatro temas claves: la contraposición entre Edad Media y Renacimiento, el feudalismo y los derechos señoriales, los campesinos o la leyenda negra, y la actuación de la Iglesia. Apoyándose en sólidos argumentos, Jacques Heers llega a la conclusión de que la imagen negativa de la Edad Media fue fruto, ante todo, de los partidarios del estado centralista y de la burguesía, los cuales acusaron sin piedad y, lo que es más grave, frecuentemente sin fundamento, a todo lo que procedía de los tiempos medievales, urdiendo patrañas inimaginables a propósito de los «terribles señores feudales», de los «campesinos sometidos al más infame despotismo» y de la Iglesia católica «intolerante y represora». Heers, en nombre de un acercamiento a la historia libre de prejuicios, polemiza con esas interpretaciones, defendiendo en ocasiones posturas sin duda discutibles pero dando muestras en todo momento de su gran lucidez.

Jacques Heers es profesor de historia medieval de la Universidad de la Sorbona (París IV). Entre sus obras principales podemos recordar las siguientes, todas ellas traducidas al castellano: *Occidente en los siglos XIV y XV*, Barcelona, 1968; *Historia de la Edad Media*, Barcelona, 1976; *El clan familiar en la Edad Media*, Barcelona, 1978; *Carnavales y fiestas de locos*, Barcelona, 1988; *Esclavos y sirvientes en las sociedades mediterráneas durante la Edad Media*, Valencia, 1989.

